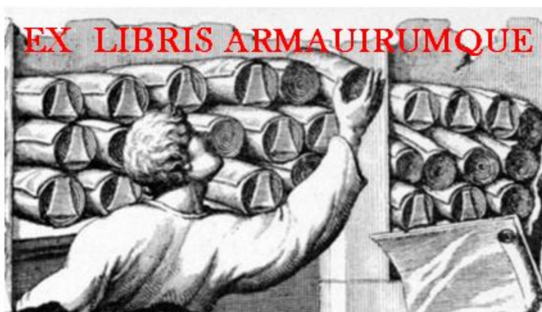
ANTOLOGIA DE LA NOVELA CORTA UNIVERSAL

1

Selecciones del Reader's Digest

ANTOLOGIA DE LA NOVELA CORTA UNIVERSAL

VOLUMEN I



SELECCIONES DEL READER'S DIGEST
Marca Registrada

MADRID • MEXICO • SANTIAGO DE CHILE • BUENOS AIRES • BOGOTA • NUEVA YORK

Editado en México por Reader's Digest México, S. A. de C. V.

Esta segunda edición se terminó de imprimir el día 20 de junio de 1977 en los talleres de Impresora y Editora Mexicana, S. A. de C. V., San Mateo Tecoloapan, Estado de México. Se tiraron 30 000 ejemplares.

Impreso en México
Printed in Mexico

Los reconocimientos correspondientes a las distintas novelas figuran en la página 375

Las ilustraciones que encabezan las novelas son obra de MIGUEL ACQUARONI

Las novelas de este volumen se publican en su versión íntegra excepto *Qué más da; Mario y el mago* y *El ruiseñor*, que han sido condensadas

CONTENIDO



EL ESPEJO DE LIDA SAL

MIGUEL ANGEL ASTURIAS/GUATEMALA



Los RÍOS van quedando sin resuello al decaer el invierno. Al blando resbalar de las corrientes sustituye el silencio seco, el silencio de la sed, el silencio de las sequías, el silencio de láminas de agua inmovilizada entre los islotes de arena, el silencio de los árboles que el calor y el viento tostado del verano caliente hacen sudar hojas, el silencio de los campos donde los labriegos dormitan desnudos y sin sueño. Ni moscas. Bochorno. Sol filudo y tierra como horno de quemar ladrillos. Los ganados enflaquecidos se espantan el calor con el rabo buscando la sombra de los aguacatales. Por la hierba seca y escasa, conejos sedientos, serpientes sordas en busca de agua y pájaros que apenas alzan el vuelo.

Ni qué decir, por supuesto, lo que gastan los ojos en ver tanta tierra sobreplana. Por los cuatro lados de la distancia se va la vista hasta el horizonte. Sólo fijándose bien se divisan pequeños grupos de árboles, campos de tierras removidas y caminos de esos que se forman de tanto pasar y pasar por el mismo punto y que van llevando por allí mismo, hacia ranchos con humano contento de fuego, de mujer, de hijos, de corrales donde la vida picotea, como gallina insaciable, el contento de los días.

En una de esas desesperadas horas de calor y escasez de aire, volvió a casa doña Petronila Angela, a quien unos apelaban así y otros Petrángela, esposa de don Felipe Alvizures, madre de varón y encinta de meses. Doña Petronila Angela hace como que no hace nada para que su marido no la regañe por hacer cosas en el estado

en que está, y con ese como no hacer nada mantiene la casa en orden, todas las cosas derechas: ropa limpia en las camas, aseo en las habitaciones, patios y corredores, ojos en la cocina, manos en la costura y en el horno, y pies por todas partes: por el gallinero, por el cuarto de moler maíz o cacao, por el cuarto de guardar cosas viejas, por el corral, por la huerta, por el cuarto de aplanchar, por la despensa, por todas partes.

Su señor marido la riñe cuando la ve en tareas, quisiera que se estuviera sentada o tendida a la bartola, y eso es malo, porque los hijos salen holgazanes. Su señor marido, Felipe Alvizures, es un hombre espacioso por dentro, lo que lo hace lento en sus movimientos, y por fuera siempre enfundado en espaciosas ropas de dril. Pocas aritméticas, pues sabe sumar de corrido con maíces, y poquísimas letras, pues no hace falta saber leer, como saben muchos que jamás leen. Además, lo de espacioso por dentro lo decía ella, porque le costaba juntar las palabras. Parecía que las iba a traer una a un punto y otra a un punto más retirado todavía. Dentro y fuera de él, el señor Felipe, tenía donde moverse a sus anchas para no hacer nada a la carrera, para reflexionar cabal, cabal. Y cuando le llegue la hora, Dios guarde, decía Petrángela, si la muerte no lo acorrala, no se lo va a poder llevar.

Por toda la casa se reparte la fuerza del sol. Un sol con hambre que sabe que es la hora del almuerzo. Pero bajo los techos de teja de barro se siente más bien fresco. Contra su costumbre, Felipito, el hijo mayor, llegó antes que su padre, saltó a caballo sobre la puerta de trancas, sólo dos trancas tenía pasadas, las más altas y peligrosas, y entre el espanto de las gallinas, los ladridos de los perros y el revolotear de las palomas de castilla, después de una ida y venida a velocidad de relámpago, sentó el caballo entre las chispas arrancadas del choque de las herraduras en las piedras del patio, y soltó una risotada.

—¡Qué sin gracia, Felipito... ya sabía que eras vos!

A su madre no le gustaban esas vistosidades. El caballo con los ojos brillantes y la boca espumosa, y Felipito ya en tierra abrazando y contentando a su señora madre.

Al poco rato llegó su padre montado en un macho negro, al que llamaban «Samaritano», por manso. Bajóse de la cabalgadura,

pacienzudamente, a botar las trancas de la puerta que Felipito había saltado, las colocó de nuevo y entró sin ruido, apenas el tastaceo de los cascos del «Samaritano» al cruzar el empedrado de frente el apeadero.

Almorzaron callada la boca, viéndose como si no se vieran. El señor Felipe veía a su mujer, esta a su hijo, y el hijo a sus padres que devoraban tortillas, rasgaban la carne de una pierna de pollo con los dientes filudos, tomaban agua a grandes tragos para que les pasara de la garganta la masa de una sabrosa yuca colorada.

—Dios se lo pague, señor padre...

El almuerzo terminó, como siempre, sin muchas palabras, entre el silencio de todos y las consultas de Petrángela a la cara y el movimiento de las manos de su esposo, para saber cuándo este había concluido el plato y pedir a la sirvienta lo que seguía.

Felipito, después de agradecer a su padre, acercóse a su madre con los brazos cruzados sobre el pecho, baja la cabeza, y repitió:

—Dios se lo pague, señora madre...

Y todo concluyó con don Felipe en la hamaca, su mujer en una silla de balancín y Felipito en un banco, en el que seguía montado a caballo. Cada quien en sus pensamientos. El señor Felipe fumaba. Felipito no se animaba a fumar en la cara de su padre y se le iban los ojos tras el humo, y Petrángela, se hamaqueaba, dándose movimiento con uno de sus pequeños pies.

2

LIDA SAL, una mulata mas torneada que un trompo, seguía con la oreja, no en lo que hacía, sino en la cháchara del ciego Benito Jojón y un tal Faluterio, encargado de la fiesta de la Virgen del Carmen. El ciego y Faluterio habían terminado de comer y estaban para irse. Esto ayudaba a que Lida Sal escuchara lo que hablaban. Los lavaderos de platos y trastos sucios estaban casi a la par de la puerta que la comedería tenía sobre la calle.

—Los «Perfectantes» —decía el ciego, ensayando gestos igual que si se arrancara de las arrugas de la cara molestias de telaraña— son los mágicos, y cómo va a ser eso que usted me dice, cómo no se

van a encontrar candidatas máxime ahora que los hombres andan tan ariscos. Sí, amigo Faluterio, hay poca boda y mucho bautizo, lo que no está bueno. Mucho solterón con cría, mucho solterón con cría...

—¿Qué es lo que usted quiere?, y le formulo la pregunta así a boca de jarro para que me diga su cabalidad en este asunto, y pueda yo conversarlo después con los otros miembros de la cofradía de la Santísima Virgen. Ya la fiesta está encima, y si no hay mujeres que se hagan cargo de los vestidos de los «Perfectantes», pues se hará como el año pasado, sin mágicos...

—Hablar nada cuesta, Faluterio, hacer es más trabajoso. Si a mí me dan la caridad de ocuparme de los trajes de los «Perfectantes», tal vez encuentre candidatas, hay mucha mujer casadera, Faluterio, mucha mujer en edad de su merecimiento.

—Es difícil, Benito, es difícil. Creencias de antes. Hoy con lo que la gente sabe, quién va a creer en semejante cochinada. De mi parte y de parte de todos los del comité de la fiesta patronal, creo que no habrá inconveniente en dar a usted, que es necesitado y no puede trabajar por ser ciego, los atavíos de los «Perfectantes».

—Sí, sí, yo daré pasos para repartirlos, y así no se acaban las cosas de antes.

—Me voy, lo dejo, y tenga por hecho lo ofrecido.

—Le tomo la palabra, Faluterio, le tomo la palabra, y voy a buscar por donde Dios me ayude.

La mano fría y jabonosa de Lida Sal abandonó el plato que estaba lavando, se posó en el brazo del ciego, en la manga de su saco que de tanto remiendo era un solo remiendo. Benito Jojón cedió al ademán afectuoso, detuvo el paso, pues él también iba hacia su casa que era la plaza toda, y preguntó quién le retenía.

—Soy yo, Lida Sal, la muchacha que friega los platos aquí en la comidería.

—Sí, hija, y qué se te ofrece...

—Que me dé un consejo nuevo...

—¡Ja! ¡Ja!, entonces vos sos de las que creen que hay consejos viejos...

—Y mismito por eso, yo lo quiero nuevo. Un consejo que invente

sólo para mí, que no se lo haya dado a ninguna otra, que ni siquiera lo haya pensado. Nuevo, qué se entiende, nuevo...

—Veamos, veamos, si puedo...

—Se trata, ya sabe usted...

—No, no sé nada...

—Que estoy, ¿cómo le dijera?, que estoy algo prendada de un hombre y este ni siquiera me vuelve a ver...

—¿Es soltero?

—Sí, soltero, guapo, rico... —suspiró Lida Sal—, pero qué se va a fijar en mí, friega trastes, si él es una gran cosa...

—No te des más trabajo. Sé lo que querés, pero como me has dicho que eres fregona, me cuesta pensar en que te alcance para dar la limosna de uno de los trajes de los «Perfectantes». Son muy caros...

—Por allí no se aflija. Tengo alguito, si no es mucho lo que cuesta la limosna. Lo que yo quiero saber es si usted se compromete a darme uno de esos vestidos mágicos y va donde el ingrato ese a que se lo ponga el día de la patrona. Que se vista de «Perfectante» con el traje que yo le mande, eso es lo principal. Lo demás corre por cuenta de la magia.

—Pero, hija, si además de no ver, no sé dónde encontrar al caballero ese que te has prometido, del que te has prendado, pues estoy doblemente ciego.

Lida Sal se inclinó hasta una de las grandes orejas rugosas y peludas y mugrientas del ciego, y le dijo:

—Donde los Alvizures...

—Ah... ah...

—Felipito Alvizures...

—Veo claro, veo claro... quieres hacer un buen casamiento...

—¡No, por Dios! ¡Acuérdese que es ciego y no puede ver claro, si lo que ve en mi amor es el interés!

—Entonces, si no es por interés, es porque te lo pide el cuerpo...

—No sea animalón. Me lo pide el alma, porque si me lo pidiera el cuerpo me sudaría al verlo, y no sudo cuando lo veo; por el contrario, me quedo como si no fuera yo, y suspiro.

—Eso está bueno. ¿Cuántos años tenés?

—Diez y nueve voy a cumplir, pero digo que tal vez van a ser

veinte. ¡Épale, quite la mano de allí... ciego y todo tanteando cómo es el bulto!

—Cerciorarme, hijita, cerciorarme de cómo andás de carnes...

—¿Va a ir donde los Alvizures?... ¡eso es lo que me interesa!

—Hoy mismo... ¿Y qué es esto que me has clavado en el dedo? ¿Es un anillo?

—Es un anillo de oro, vale lo que pesa...

—Qué bueno... qué bueno...

—Y se lo doy a cuenta de lo que haya que pagar por la limosna del traje de «Perfectante».

—Sos práctica, niña, pero no puedo ir adonde los Alvizures, sin saber siquiera cómo te llamas...

—Lida Sal...

—Lindo nombre, pero no es cristiano. Me voy adonde me manda tu corazón. Ensayaremos la magia. Como a estas horas están las carretas del señor Felipe cargando o descargando leña en el mercado, me sentaré en una de ellas, ya lo he hecho otras veces, y allá me tendrán de visita en busca de Felipito.

3

El ciego le quiso besar la mano a doña Petronila Angela, pero esta la escabulló a tiempo y en el aire quedó el chasquido. No le gustaban los besuqueos y por eso le caían mal los perros.

La boca se hizo para comer, para hablar, para rezar, Jojón, y no para andarse comiéndose a la gente. ¿Venía en busca de los hombres? Por allí están en las hamacas. Deme la mano, lo llevo para que no se vaya a caer. ¿Y qué le dio por dejarse venir tan de repente? Por fortuna usted sabe que las carretas están a su entera disposición y que esta es su casa.

—Sí, Dios se lo pague, mi señora, y si eché el viaje sin avisarles antes, es porque el tiempo se nos está entrando y hay que ganarle la delantera para preparar bien la fiesta de la Santísima Virgen.

—Tiene razón, ya casi estamos en vísperas del gran día, y tan pronto ¿verdad? si parece que no hubiera pasado un año.

—Y ahora se hacen preparativos muy mejores que los del año pasado. Viera usted...

El señor Felipe en una hamaca y Felipito en otra, se mecían mientras iba cayendo el sol. El señor Felipe fumaba tabaco con olor a higo y Felipito, por respeto, se conformaba con ver formarse y deshacerse las nubes del humo perfumado en el aire tibio.

La Petrángela se llegó hasta ellos conduciendo a Jojón de la mano, y, ya cerca de las hamacas, les anunció que tenían visita.

—No es visita —corrigió el ciego—, es molesta...

—Los amigos nunca molestan —adelantóse a decir el señor Felipe al tiempo de sacar una de sus cortas piernas de la hamaca, para sentarse.

—¿Se lo trajeron los carreteros, Jojón? —preguntó Felipito.

—Así es, niño, así es. Pero si tuve cómo venirme, no sé cómo me voy a ir de aquí.

—Yo le ensillo un caballo y me lo llevo —contestó Felipito—. Por eso no tenga cuidado...

—Y si no, se queda con nosotros...

—¡Ay, mi señora, si fuera cosa, me quedaba, pero tengo boca, y ya sabe que prendas con boca molestan siempre!

El señor Felipe, mientras tanto, estrechó la mano del ciego, tan llena de oscuridades, y le condujo a una silla que había traído Felipito.

—Le voy a poner un cigarro en la boca —dijo el señor Felipe.

—No me pida permiso, señor; para dar gustos no se pide permiso...

Y ya fumando a pulmón batiente, siguió Jojón:

—Les decía que no era visita la mía, sino molesta. Y así es, pura molesta. Vengo con la embajada de ver si Felipito quiere ser este año el jefe de los «Perfectantes».

—Esa es cosa de él —dijo el señor Felipe Alvizures, haciendo señas a Petrángela que se acercara y al acercarse aquella, la tomó de la cintura inabarcable con sólo un brazo, para quedar juntos, atentos al hablar del ciego.

—Algo tramado está eso... —reaccionó Felipito, soltando un chisquete de saliva que brilló en el piso. Cada vez que se ponía nervioso escupía así.

—No es puñalada de pícaro —adujo Jojón—, pues hay tiempo para pensarlo bien y resolver despacio, siempre que sea pronto, pues ya la festividad se viene, y afíjese, niño, que hay que probarle el vestido, para que le quede bien y coserle en las mangas los galones de Príncipe de los «Perfectantes».

—No creo que haya mucho que pensarlo —decidió la ejecutiva Petrángela—, Felipito está ofrecido a la Virgen del Carmen, y qué mejor oportunidad para rendirle culto que participar en su fiesta principal.

—Eso si... —articuló Felipe hijo.

—Entonces —terció el padre buscando palabras—, no hay mucho que pensarlo ni más que hablar —y siempre sin encontrar cómo decir las cosas—: ¡Vido que no hizo el viaje de balde, señor Benito! Y si ahora, como decías, lo vas a llevar montado, en el pueblo te podés aprobar el vestido que te quede mejor, por si hay que hacerle algunos acomodos.

—Por lo pronto los galones de Príncipe —dijo Jojón—. El vestido hasta después se lo voy a traer para que se lo pruebe, porque no me lo han dado.

—Sea... —aceptó Felipito—, y para no perder tiempo voy a ver si hallo un macho manso, antes de que se nos entre la noche.

—¡Espere, don preciso! —le detuvo la madre—, vamos a que Jojón tome su buen chocolate...

—Sí, sí, madre, ya sé, pero mientras él toma el chocolate, yo busco el macho y lo ensillo. Se hace tarde... —y ya fue saliendo hacia los corrales—, se hace tarde y oscurece, aunque a un ciego lo mismo le da andar de día que de noche... —se dijo Felipito para él solo.

4

La comedería estaba apagada y silenciosa. Poca gente de noche. Todo el movimiento era a mediodía. Así que hubo espacio y anchura para que el ciego, muy del brazo de Felipito Alvizures, entrara a sentarse en una de las mesas, y para que dos ojos fijaran en este sus pupilas negras, llenas de una luz de esperanza.

—Se sirven de algo —acercóse a preguntar Lida Sal, frotando la mesa de madera vieja, gastada por los años y las intemperies, con una servilleta.

—Un par de cervezas —contestó Felipito—, y si hay panes con carne, nos da dos.

La mulata perdía por momentos la seguridad del piso, lo único seguro que tenía bajo los pies. Estaba en un sofoco que disimulaba mal. Cada vez que podía frotaba sus brazos desnudos y sus senos firmes, temblantes bajo la camisita, en los hombros de Felipe. Pretextos para acercársele no faltaban: los vasos, la espuma derramada del vaso del ciego, los platos con los panes con carne.

—Y usted —preguntó Alvizures al ciego— dónde pernocta, porque ya lo voy a ir dejando.

—Por aquí. Aquí mismo en la comidería me dan posada a veces ¿verdad, Lida Sal?

—Sí, sí... —fue todo lo que esta pudo decir, y más le costó formar con sus labios la cifra del valor de las cervezas y los panes.

En la mano hecha hueco, hueco en el que sentía el corazón, apretó las moneditas calentitas que le pagó Alvizures, calentitas de estar en su bolsa, en contacto de su persona, y sin poder resistir más, se las llevó a los labios y las besó. Luego de besarlas se las frotó en la cara y las dejó caer entre sus senos.

Por la oscuridad sin ojos, esa oscuridad de las noches que empiezan y acaban negras, color de pizarra, trotaba el caballo de Felipito Alvizures que se alejaba seguido del andar sonzón del macho en que había venido montado el ciego.

Y qué difícil romper a hablar en medio de tantas cosas tan calladas.

—Sosiego, don ciego —le salió el juego de palabras, tan de fiesta tenía el alma—, no es cosa de andar palpando...

—La mano te quiere apretar, malpensada, para que me sintás el anillo que desde hoy me diste, en el dedo, ya como cosa mía, pues trabajo me ha costado ganármelo, trabajo y maña. Mañana tendrás aquí el vestido de «Perfectante» que lucirá Felipito en la fiesta.

—Y qué debo hacer...

—Hija, dormir con el vestido bastantes noches, para que lo dejés impregnado de tu magia, cuando uno duerme se vuelve mágico,

y que así al ponérselo él para la fiesta, sienta el encantamiento, y te busque, y ya no pueda vivir sin verte.

Lida Sal se quiso agarrar del aire. Se le fue la cabeza. Apretó la mano en el respaldo de una silla, con la otra mano se apoyó en la mesa, y un sollozo cerrado le llegó a los labios.

—¿Llorás?

—¡No! ¡No!... ¡Sí! ¡Sí!

—¿Llorás o no llorás?

—Sí, de felicidad...

—Pero ¿tan feliz sos?...

—¡Sosiego, don ciego, sosiego!

La teta caliente de la mulata se le fue de la mano al viejo, mientras aquella sentía que las monedas con que le pagó Felipito Alvizures escurríansele de los senos hacia el vientre, igual que si su corazón estuviera ya soltando pedazos de metal caliente, emitiendo dinero para acabar de cubrir a Jojón la limosna del traje mágico.

5

No HABÍA disfraz más vistoso que el del «Perfectante». Calzón de Guardia Suizo, peto de arcángel, chaquetilla torera. Botas, galones, flecos dorados, abotonaduras y cordones de oro, colores firmes y tornasolados, lentejuelas, abalorios, pedazos de cristal con destellos de piedras preciosas. Los «Perfectantes» brillaban como soles entre las comparsas que acompañaban a la Virgen del Carmen, durante la procesión que recorría todas las calles del pueblo, las principales y las humildes, pues nadie era menos para que no pasara por su casa la Gran Señora.

El señor Felipe movió la cabeza de un lado a otro. Pensándolo bien, no muy le gustaba que su hijo vistiera aquella rimbombancia, pero, como ponerse en contra habría sido herir los sentimientos religiosos de la Petrángela, más despiertos ahora que estaba encinta, disimuló su desagrado con una broma que su consorte encontró de mal gusto.

—Tan prendado estaba yo de tu señora madre cuando nos casamos, Felipito, que la gente contaba que ella había dormido siete

noches seguidas con el traje con que yo salí de «Perfectante», hará unos veintisiete, treinta años tal vez...

—¡Nunca salió de «Perfectante» tu padre, hijo, no le creás!... —lo contradijo ella, temerosa y apesarada.

—Pues entonces debaldito dormiste con el traje... —rió Alvizures, hombre de pocas risas, y no porque no le gustara reírse, era sabroso reírse, sino porque desde que se casó decía—: La risa se queda en la puerta de la iglesia donde uno se casa, donde empieza el viacrucis...

—Eso de que yo te magié para que te casaras conmigo, es pura invención tuya... Si saliste de «Perfectante», quién sabe por quien otra...

—¿Otra?... Ni veinte leguas a la redonda... —y rió, rió de muy buena gana, invitando a reírse a Felipito—: ¡Reíte, hijo, reíte, aún sos soltero! El reír y la risa son privilegios de la soltería. Cuando te casés, cuando alguna duerma con el vestido de «Perfectante» que te toque lucir en la fiesta, adiós risa para siempre. Los casados no nos reímos, hacemos como que nos reímos, lo que no es lo mismo... la risa es atributo de la soltería... de la soltería joven ¿eh? porque los solterones viejos tampoco se ríen, enseñan los dientes...

—Tu padre todo lo enreda, hijo... —reaccionó la Petrángela—. La risa es de los jóvenes, casados o solteros, y no de los viejos, y a él le entró el viejo, qué culpa tenemos, le entró el viejo...

La Petrángela no concilió el sueño esa noche. Asomaban a su conciencia aquellas noches en que en verdad durmió con el traje de «Perfectante», que el señor Felipe Alvizures vistió en la fiesta hará treinta años. Tuvo que contradecirlo ante su hijo, porque hay secretos que no se revelan ni a los hijos. No secretos, intimidades, pequeñas intimidades. No amanecía. Sintió frío. Trajo los pies al amor de la cobija. Apretó los párpados. Imposible volver a dormirse. El sueño andaba ausente de sus ojos, temía que a esa hora, en víspera de la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, alguna estuviera durmiendo con el traje de «Perfectante» que luciría Felipito, para impregnarlo de su sudor mágico y que por este arte lo sedujera.

—¡Ay, Señora del Cielo, Virgen Santísima!... —mascullaba—, ¡perdoná mis temores, mis supersticiones, sé que son estúpidos...

que son sólo creencias, creencias sin fundamento... pero es mi hijo... mi hijo!

Lo efectivo sería evitar que saliera de «Perfectante». Pero cómo evitarlo, si había aceptado e iba a figurar como Príncipe de los «Perfectantes». Sería desorganizarlo todo y luego que ella, ante su esposo, fue la que dispuso que Felipito aceptara.

No amanecía. No cantaban los gallos. La boca seca. El pelo entelarañado en su cara de tanto buscar el sueño en la almohada.

—¿Qué mujer, Dios mío, qué mujer estará durmiendo con el traje de «Perfectante» que llevará mi Felipito?

6

LIDA SAL, más pómulos que ojos de día, pero de noche más ojos que pómulos, arrastraba las pupilas de un lado a otro de la pieza en que dormía y al asegurarse que estaba sola, que sólo la gran oscuridad era su compañera, la puerta bien atrancada, la puerta y un ventanuco que daba a la más ciega despensa, quedábase fríamente desnuda, paseaba sus manos de piel escamosa por la fregadera de los trastes, a lo largo de su cuerpo fino, y seca la garganta por la congoja, y húmedos los ojos, y temblorosos los muslos, se enfundaba el traje de «Perfectante», antes de echarse a dormir. Pero más que dormir, era privazón la que le iba paralizando el cuerpo, privazón y cansancio que no impedían que en voz baja, medio dormida, le conversara al trapo, le confiara a cada uno de los hilos de colores, a las lentejuelas, a los abalorios, a los oros, sus sentimientos amorosos.

Pero una noche no se lo puso. Lo dejó bajo su almohada hecho un molote, triste porque no tenía un espejo de cuerpo entero para vérselo enfundado, no porque le importara saber cómo le quedaba, si corto, si largo, si folludo, si estrecho, sino porque era parte de la premagia vestírselo y vérselo puesto delante de un gran espejo. Poco a poco lo fue sacando de bajo la almohada, mangas, piernas, espalda, pecho, para acariciarlo con sus mejillas, posarle encima la frente con sus pensamientos, besarlo con menudos chasquidos...

Muy de mañana vino Jojón por su desayuno. Desde que andaba

en connivencias con ella, comía a su apetito, siempre a espaldas de la patrona, que en esos días poco estaba en la comedería, pues andaba haciendo los preparativos para poder dar cumplimiento con la clientela y los forasteros, durante los días de la fiesta.

—La desgracia de ser pobre —se quejó la mulata—, no tengo espejo grande para verme...

—Y eso sí que es urgente —le contestó el ciego—, porque por allí te puede fallar la magia...

—Y qué hacer, sólo que me fuera a meter como ladronà, a una casa rica, a media noche, vestida de «Perfectante». Estoy desesperada. Desde anoche estoy que no sé qué hacer. Aconséjeme...

—Es lo que no sé... La magia tiene sus consistencias...

—No entiendo lo que me quiere decir...

—Sí, porque la magia consiste en esto o consiste en aquello, pero siempre consiste en algo, y en este caso, consiste en vestir de «Perfectante» y verse en un espejo de cuerpo entero.

—Y usted siendo ciego, cómo sabe de espejos...

—No soy ciego de nacimiento, hijita. Perdí la vista ya de grande, culpa de un mal purulento que me carcomió los párpados, primero, y luego se me fue adentro.

—Sí, en las casas grandes, hay grandes espejos... allí donde los Alvizures...

—Diz que hay uno muy hermoso donde los Alvizures y hasta se cuenta... No, no es picardía... Bueno, pero tal vez con eso te puedo dar una esperanza. Por eso te lo referiré, no por chismoso. Hago la salvedad para cuando seás su nuera. Se cuenta que como la madre de Felipito, doña Petrángela, no tuvo espejo donde verse cuando hechizó a su marido, el día que se casó llevaba el traje de «Perfectante» bajo el vestido de novia, y al decirle don Felipe que se desvistiera, se quitó el traje blanco y en lugar de aparecer desnuda, resultó de «Perfectante», sólo para cumplir el rito, para cumplir con la magia...

—¿Y así se desnudan los casados?

—Sí, hija...

—¿Entonces usted fue casado?

—Sí, y como aún no me había carcomido los ojos el mal, pude ver a mi mujer...

—Vestida de «Perfectante»...

—No, hija, en cuero de Eva...

Lida Sal retiraba el tazón en que acababa de tomar café con leche el ciego y sacudía las migas de pan sobre la mesa. No fuera a venir la patrona.

—No sé dónde, pero tenés que buscar un espejo para verte de cuerpo entero vestida de «Perfectante»... —fueron sus últimas palabras. Esa vez se le olvidó advertirla que el plazo para devolver el vestido se iba acercando, que ya la fiesta estaba encima, y que había que llevar el traje adonde los Alvizures.

7

Estrellas casi náufragas en la claridad de la luna, árboles de color verdoso oscuro, corrales olorosos a leche y a sereno, montones de heno hacinado en el campo, más amarillo a la luz del plenilunio. La tarde se había quedado mucho. Se había ido afilando hasta no ser sino un reflejo cortante justo donde el cielo ya era estrellado. Y en ese filo cortante, azulenco, rojizo, rosa, verde, violeta de la tarde, tenía Lida Sal los ojos fijos, pensando en que se llegaba el plazo de devolver el vestido.

—Mañana último día que te lo dejo —le advirtió Jojón—, pues si no se los llevo a tiempo, lo echamos a perder todo...

—Sí, sí, no tenga cuidado, mañana se lo entrego, hoy me veo en el espejo...

—En el espejo de tus sueños será, hijita, porque no veo dónde...

El filo luminoso de la tarde le quedó a Lida Sal en las pupilas, como la rendija de un imposible, como una rendija por donde podía asomarse al cielo.

—¡Sabandija maldita!... —vino a tirarla del pelo la dueña de la comedería—. ¡No te da vergüenza, con todo el trasterío sin lavar! Hace días que andas pululando como loca y no te anda la mano.

La mulata se dejó tirar la greña y pellizcar los brazos sin contestar. Un momento después, como por ensalmo, amainó el regaño. Pero era peor. Porque al palabrerío insultante siguieron jaculatorias y adoctrinamientos.

—Ya viene la fiesta y la señorita ni siquiera me ha pedido para hacerse una mudada nueva. De lo que te tengo debías comprar un vestido, unos zapatos, unas medias. No es cuento de presentarte en la iglesia y en la procesión como una pobre chaparrastrosa. Da vergüenza, qué van a decir de mí que soy tu patrona, lo menos que te tengo con hambre o que me quedo con tus mesadas.

—Pues, si le parece, mañana me da y salgo a comprar algo.

—Pues, claro, niña, agrado quiere agrado. Vos me agradás con el oficio, y yo te agrado comprándote lo que te hace falta. Y más que sos joven y no sos fea. Quién te dice que entre los que vienen a vender ganado a la fiesta, no te sale un buen partido.

Lida Sal la oía como no oírla. Fregaba sus trastos, pensando, rumiando lo que había imaginado frente a la última rendija de la tarde. Lo más duro era fregar las sartenes y las ollas. Qué infelicidad. Tenía que rasparlas a muñeca con piedra pómez hasta quitarles la mantecosidad del fondo y luego, por fuera, batallar con el hollín también grasiento.

El esplendor de la luna no permitía pensar que era de noche. Sólo parecía que el día se había enfriado, pero que seguía igual.

—No queda lejos —se dijo dando forma verbal a su pensamiento— y es un aguaje bien grande, casi una laguneta.

No se quedó mucho en su cuarto. Había que estar de regreso al amanecer y entregar el traje de «Perfectante» al ciego, para que lo llevara a casa de los Alvizures... ah, pero antes tenía que vérselo ella en un gran espejo, la magia tiene sus consistencias...

Al principio, el campo abierto la sobrecogió. Pero luego fue familiarizando los ojos con las arboledas, las piedras, las sombras. Veía tan claro por donde iba, que le parecía andar a la luz de un día sumergido. Nadie la encontró con aquel vestido raro, si no hubiera echado a correr, como ante una visión diabólica. Tuvo miedo, miedo de ser una visión de fuego, una antorcha de lentejuelas en llamas, un reguero de abalorio, de chispas de agua que integrarían una sola piedra preciosa con forma humana, al llegar y asomarse al lago vestida con el traje que luciría Felipito Alvizures en la fiesta.

Desde las pestañas de un barranco oloroso a derrumbes, entre raíces desenterradas y piedras removidas, contempló el ancho espejo verde, azul, y hondo, entre cendales de nubes bajas, rayos lunares

y sueños de oscuridad. Se creyó otra. ¿Era ella? ¿Era Lida Sal? ¿Era la mulata que fregaba los trastes en la comedería, la que bajaba por aquel camino, en aquella noche, bajo aquella luna, con aquel vestido de fuego y de rocío?

De lado y lado iban rozándole los hombros las pestañas de los pinos, flores sonámbulas de perfume dormido le mojaban el cabello y la cara con besos de pocitos de agua.

—¡Paso! ¡Paso!... —decía al avanzar por entre bosques de árboles de jengibre, fragantes, enloquecedores.

—¡Abran paso! ¡Abran paso!... —repetía al dejar atrás rocas y piedras gigantescas rodadas desde el cielo, si eran aerolitos, o desde la boca de un volcán en no remoto cataclismo, si eran de la tierra.

—¡Paso! ¡Paso!... —a las cascadas...

—¡Campo y anchura para que pase la hermosura! —a los regatos y arroyos que también iban como ella a verse al gran espejo.

—¡Ah! ¡Ah!, a ustedes se los traga —les decía— y a mí no me va a tragar, sólo me va a ver, me va a ver vestida de «Perfectante», para que se cumplan cabales las consistencias de la magia.

No había viento. Luna y agua. Lida Sal se arrimó a un árbol que dormía llorando, mas al punto se alejó horrorizada, tal vez era de mal agüero asomarse al espejo junto a un árbol que lloraba dormido.

De un lado a otro de la playa fue buscando sitio para verse de cuerpo entero. No lograba su imagen completa. De cuerpo entero. Sólo que subiera a una de las altas piedras de la otra orilla.

—Si me viera el ciego... —Pero qué tontería, cómo podía verla un ciego... Sí, había dicho una tontería y la que tenía que mirarse era ella, mirarse de pies a cabeza.

Ya estaba, ya estaba sobre una roca de basalto contemplándose en el agua.

¿Qué mejor espejo?

Deslizó un pie hacia el extremo para recrearse en el vestido que llevaba, lentejuelas, abalorios, piedras luminosas, galones, flecos y cordones de oro y luego el otro pie para verse mejor y ya no se detuvo, dio su cuerpo contra su imagen, choque del que no quedó ni su imagen ni su cuerpo.

Pero volvió a la superficie. Trataba de salvarse... las manos...

las burbujas... el ahogo... había vuelto a ser la mulata que peleaba por lo inalcanzable... la orilla... ahora era la orilla lo inalcanzable...

Dos inmensas congojas...

Lo último que cerró fueron las inmensas congojas de sus ojos que divisaban cada vez más lejos la orilla del pequeño lago llamado desde entonces el «Espejo de Lida Sal».

Cuando llueve con luna flota su cadáver. Lo han visto las rocas. Lo han visto los sauces que lloran hojas y reflejos. Los venados, los conejos lo han visto. Se telegrafían la noticia, con la palpitación de sus corazoncitos de tierra, los topos, antes de volver a sus oscuridades.

Redes de lluvia de plata parpadeante sacan su imagen del espejo desazogado y la pasean vestida de «Perfectante» por la superficie del agua que la sueña luminosa y ausente.



QUE MAS DA

SANTHA RAMA RAU/INDIA

Santha Rama Rau

Qué podía existir de común para nosotros? Creo que muy poco; lo único el haber estudiado los dos en América. Y aun en los cuatro años pasados en el extranjero los contactos tampoco fueron demasiados, y en esas contadas ocasiones no fue mucho lo que tuvimos que decirnos. Es más, si me hubieran preguntado: ¿Qué estudia Anand en Boston?, habría respondido que administración de empresas o algo así. Por el contrario, mis estudios los había realizado en la universidad de Wellesley, y fueron los consabidos cursos de Letras. Me atrevería a decir que fue nuestra condición de inadaptados lo que nos unió al regresar a Bombay. Para la generación de nuestros padres esa incómoda situación se designaba en general con la socorrida frase de «England-returned» (1), aplicable aun cuando los estudios se hubieran cursado en Munich o Edimburgo, caso bastante frecuente por aquella época entre los estudiantes hindúes. El término se utilizaba como indicador de méritos (para empleos y matrimonios) y también como denotativo de los problemas de readaptación en el seno de las familias. Aun después de la guerra, en las secciones de anuncios por palabras de ciertos periódicos, no era extraño encontrarse reclamos como este: «Se busca chica culta, piel clara, importante pertenezca casta superior, para joven 'England-returned'. Escribir enviando fotografía.» El anuncio proporcionaba sobrados antecedentes personales acerca del solicitante, es decir, el joven provenía de una familia lo bastante rica como para

(1) Literalmente, que ha vuelto de Inglaterra. (N. del T.)

haber podido enviarle a estudiar al extranjero, lo cual significaba las más ventajosas posibilidades en la obtención de un buen empleo. El problema se presentaba sin duda a la familia de la chica, que habría de demostrar que la interesada reunía las condiciones impuestas en el reclamo matrimonial, sin contar con que luego habría de ser el suyo un hogar poco convencional en el que tal vez tendría que servir carne a sus invitados, y hasta licores, y recibir a extranjeros. Aunque por otra parte comprendiese que el partido no era de despreciar.

La frase «England-returned» era el típico indianismo que tanto solía divertir a los ingleses cuando la encontraban en alguna solicitud de trabajo. Para los indios, naturalmente, tenía un significado serio y preciso. Pero en el curso de una generación, cada vez más sensible al ridículo, había terminado por caer en desuso, y cuando Anand y yo regresamos a Bombay, tuvimos que buscar una definición propia para nuestra incómoda situación. Nuestras ideas, comentábamos, eran demasiado avanzadas para una ciudad como Bombay; ninguna empresa podría llegar a fructificar jamás en la India dentro del cerrado sistema familiar imperante. Con nuestros mal digeridos conocimientos psicológicos, hacíamos observaciones sobre los efectos del conformismo como norma de vida. Total, que estábamos sufriendo la consabida morriña propia del «England-returned». Comparado con el de Anand, mi caso era un poco más soportable. Entre otras cosas porque mis padres eran «liberales», es decir, que no se contaban entre los hindúes ortodoxos, y después de haber andado errantes por el mundo, en el servicio diplomático, por espacio de quince años, estaban preparados para aceptar con ecuanimidad, y aun con cierto matiz de aprobación, mi decisión de entrar a trabajar en una revista de Bombay. También contribuía a que las cosas me fueran más fáciles la circunstancia de haber pasado ya lo peor de mi readaptación seis años atrás, después de tirarme otros diez estudiando en internados ingleses.

Para Anand, las tribulaciones «England-returned» habían resultado más virulentas: sus familiares eran ortodoxos; su madre no sólo desconocía el inglés, sino que desconfiaba de todo cuanto fuesen formas de vida extranjeras. A Anand lo habían educado enteramente en Bombay, enviándolo a América tan sólo para que hiciera

unos cursos complementarios. Su padre, un próspero contratista de Bombay, insistía en que Anand, como hijo único que era, se fuese familiarizando con los asuntos comerciales de su casa.

Nuestras familias vivían en la misma barriada, pero llevaban una existencia muy diferente. Claro que entre los de nuestra generación las diferencias tendían a borrarse, y Anand y yo pertenecíamos al mismo círculo social, pese a lo cual nunca nos habíamos mostrado particular aprecio. Fue sin duda un momento de aburrimiento, y la reminiscencia de haber estado ambos en América, lo que nos puso en relación un día.

Era la época de los monzones, aún lo recuerdo, y había diluviado toda la mañana sobre la ciudad. Hacia el mediodía escampó, y resolví dedicar la hora del almuerzo a efectuar algunas compras. Apenas había dado unos pasos hacia la zona céntrica de Bombay cuando empezó a llover de nuevo, mansamente al principio, cosa que no presagiaba nada bueno, como en efecto sucedió, pues no tardó en transformarse en uno de esos aguaceros torrenciales propios de la estación monzónica. Me zampé en el primer portal que hallé al paso, y me di de sopetón con Anand, un joven delgado, más bien bajo, que vestía con cierta elegancia y garbo. Era el edificio donde la empresa de su padre tenía las oficinas, y Anand estaba allí mirando con cara fosca la calle convertida en río y los transeúntes apresurados. Nos saludamos con fría cortesía. ¿Quién estaba de humor para pláticas joviales? Seguimos contemplando la lluvia, el laberinto del tráfico, los coches, mojados y relucientes, que rodaban despacio por el agua fangosa de la calzada.

Por fin, sin mucho interés, dijo Anand:

—¿Qué haces ahora?

—En este momento iba de compras —repuse con displicencia—, pero va a ser imposible, con este tiempo.

—Dichosa lluvia —murmuró. Casi no le oía con el ruido que hacía el agua por los canalones.

—Hum —contesté, y, por corresponder a su cortesía, añadí—: Y tú, ¿qué haces?

—Dios sabe —dijo con tono de profundo abatimiento—. Trabajando, supongo. —Y al cabo de una pausa añadió—: Bueno, mira, como tú no puedes ir de compras y yo no puedo ir al garaje

por mi coche, ¿por qué no vamos a comer un bocado a la vuelta de la esquina?

—Okay —dije, no hallando manera humana de rechazar la invitación.

Anand me miró de lleno por vez primera y esbozó una sonrisa.

—Okay —repitió—. Hace ya tiempo que no oía eso.

Nos precipitamos calle abajo, metiéndonos en los charcos y esquivando paraguas, hasta llegar, empapados y riendo, al restaurante más próximo. No era más que una cafetería, en realidad, con mostrador y taburetes a un lado del pequeño recinto y unas cuantas mesas al otro. Nos quedamos parados en medio, jadeantes, secándonos malamente la cara con el pañuelo y alisándonos hacia atrás el pelo mojado, sin parar de reír con ese regocijo tonto que tales momentos producen. Resolvimos sentarnos a una mesa, porque dijo Anand que los bollitos con baño de azúcar rosado, puestos en primorosa pirámide sobre el mostrador, tenían una pinta muy poco apetitosa para estarlos viendo todo el rato mientras almorzábamos.

Nuestra entrada tumultuosa había hecho volverse a los otros parroquianos; pero cuando nos instalamos en nuestra mesa, los jóvenes que estaban en la barra —empleados quizá de las oficinas próximas, modesta y conmovedoramente pulcros con sus camisas blancas y sus pantalones de dril blanco (insoslayable aspecto de los oficinistas en la India)— restituyeron la atención a sus bollos y sus tazas de café con leche. Los sikhs de la mesa inmediata, tocados con vistosos turbantes, reanudaron su alegre conversación con expansivos gestos y ademanes. Las dos mecanógrafas angloindias con vestidos estampados de flores volvieron a sus cuchicheos, a sus risitas y su gaseosa.

Cuando el camarero nos trajo el menú, descubrimos que el restaurante se llamaba Café Laxmi y de la Insignia de Oro. Esto hizo soltar a Anand una estrepitosa carcajada, y mientras esperábamos nuestros emparedados y nuestro café, se dedicó a inventar combinaciones no menos disparatadas e impropias para nombres de restaurantes: Tostadero de Venus y de Sun Yat-sen, Heladería Cadillac y del Diablo Rojo, y cosas por el estilo, no muy ingeniosas, la verdad, pero en esos momentos estábamos de buen talante y dispuestos a divertirnos con lo que fuese.

Recuerdo que en determinado momento uno de nosotros dijo: «Bueno, y de verdad, ¿qué te parece Bombay?», y el otro contestó: «Las cosas como son. Bombay es el mismísimo infierno», y entablamos la primera de nuestras interminables conversaciones acerca de nosotros mismos, nuestro ambiente, nuestras familias, nuestras tétricas predicciones del futuro. Pasamos un rato delicioso.

Un par de días después Anand me llamó a la oficina invitándome de nuevo a almorzar.

—Nos resarciremos de los honores del Laxmi y la Insignia de Oro —dijo—. Iremos al Taj, que por lo menos dispone de aire acondicionado.

Había reservado una mesa junto a las ventanas en el hotel Taj Mahal. Mientras comíamos, nos era dado contemplar las grises y amenazadoras aguas del puerto, las densas nubes monzónicas acumuladas sobre las islas dispersas. En el grato frescor del ambiente, mientras afuera caía la lluvia sofocante y calinosa, bebimos una botella de vino, comimos el *pâté de foie gras* local y nos compadecimos de nosotros mismos.

—No entiendo —dijo Anand— por qué se molestó mi padre en enviarme a Norteamérica, puesto que no parece interesado en nada de lo que allí aprendí.

—Oh, ya sé, ya sé —dije, deseosa de hablar de mis problemas personales.

—El negocio se administra total y exactamente lo mismo que hace cincuenta años. ¿Puedes creerlo?

—Hombre, claro que sí. Lo que yo digo, ahí tienes la revista...

—Qué te estaba diciendo, todo se hace a base de acuerdos y contratos verbales, de lo más vago e impreciso. Nada se archiva ni se registra como Dios manda. Y una confianza tan desmesurada en el hecho de tener mano aquí, e influencia allí, y conocer a este o al otro en el gobierno, que conseguirá la tramitación de las licencias, y los permisos de importación, y lo que sea.

—Bueno, para mí es un milagro que saquemos un número siquiera de la revista, si tenemos en cuenta que ni uno solo de los cajistas sabe inglés y que tienen que componer los moldes en un idioma que desconocen, formando las líneas a mano y al revés.

—Pero por lo menos tú no tienes que contender también con la

familia. ¡Toda esa morralla de tíos-abuelos decrépitos v de primos segundos retrasados mentales a quienes hay que dar empleo porque sí!

—¿Y no puedes proponer que los jubilen?

—No creas que no lo he hecho ya. Mi padre se limita a sonreír y dice que pronto sentaré la cabeza. ¿De qué sirve?

Nuestras pláticas terminaban casi siempre cuando uno de nosotros, con exagerado gesto de hastío, decía: «Bueno, así van las cosas. Y ahora volvamos al yugo.» Yo jamás añadía que disfrutaba realmente con mi trabajo.

Ese día, hasta que ya nos disponíamos a salir del Taj no reparamos en los muchos conocidos nuestros que almorzaban en el espacioso comedor. Camino de la puerta, saludamos a varios con sendas sonrisas y cabezadas, y nos paramos ante algunas mesas para cambiar apretones de manos. Con creciente irritación advertimos la bien disimulada curiosidad implícita tras las amables formalidades de rigor.

Anand y yo, remolones y en silencio, bajamos por la ancha y llana escalera del hotel. Y sólo cuando hubimos puesto pie en la calle mi acompañante estalló:

—Mal rayo les parta. ¡Cotillas asquerosos!

—Es por el vino —insinué—. Ni los que han andado mucho por el extranjero toman aquí vino en las comidas.

—¿Y a ellos qué les importa?

—Ya sabes, las Disolutas Costumbres Extranjeras, y además tú eres lo que ellos llaman un buen partido, conque es lo más natural que la cosa les intrigue.

Anand frunció el entrecejo, y así cruzamos la calle hasta su coche, que tenía estacionado junto al malecón. Abrió la portezuela para que yo montara y luego subió él y se sentó al volante. No puso de inmediato el coche en marcha; permaneció quieto, las manos sobre el volante, sin mirarme, fija la vista en la luz amenazadora de la tarde incipiente, que no iba a tardar en oscurecerse y desatarse en lluvia. De pronto crispó los dedos y dijo:

—Bueno, así se los lleve a todos pateta. Que hablen, si no tienen nada mejor que hacer.

—Sí. De todos modos, qué más da —dije, esperando que no sonara como si a mí sí que me importase.

Almorzamos en el Taj varias veces después de aquella, pero en cada ocasión un poco más retadores, un poco más enterados de las miradas estimatorias con que nos sopesaban y medían, sin olvidar un momento que éramos los únicos «desvinculados» que almorzaban juntos. Los demás eran hombres de negocios, o matrimonios con invitados que, por alguna razón, no podían comer en casa, o grupos de señoras, o forasteros.

Bombay es una gran ciudad, pero en su modo de vida es más semejante a un conjunto de aldeas conglomeradas. En nuestro círculo social, por ejemplo, cada cual conocía, de vista por lo menos, a todos los demás. Conque, naturalmente, todos sabían que Anand y yo almorzábamos juntos un par de veces a la semana, y sin duda debían de estar enteradas nuestras familias.

Mis padres nunca me dijeron nada sobre el particular, aunque se advertía una cierta cautela en su actitud y en sus palabras cada vez que el nombre de Anand salía en la conversación. Si la madre de Anand le reprendió alguna vez por lo que estábamos dando que hablar a la gente, es evidente que él no lo juzgó digno de comentario. Supongo que de todos sería ella la más preocupada, ortodoxa como era, y deseosa de un buen matrimonio para su hijo único, un matrimonio de estilo conservador; no poco desconcertada debía de sentirse por lo que a ella sin duda le parecería —resulta asombroso visto retrospectivamente— una especie de sofisticación.

De cuando en cuando Anand me llevaba a merendar a su casa después del cierre de nuestras oficinas. Yo creo que lo hacía por consideración a su madre, aunque no lo reconociese; para tranquilizar el ánimo de la mujer acerca de la compañía que se había buscado; para mostrarle que yo no era una «chica fácil» aunque trabajara en una revista. No sé hasta qué punto la tranquilicé, con mi pelo corto y mis labios pintados, y sin la tradicional *tika* en la frente. Pero siempre me saludaba con suma cortesía, juntando las manos en un *namaskar*, y muy disimuladamente, cuando le parecía que yo no reparaba en ello, me dirigía miradas escrutadoras. No podíamos siquiera conversar, pues procedíamos de diferentes comunidades y ella no hablaba más que gujarati, mientras que mi lengua materna era el hindi. Siempre aguardaba con nosotros en la sala hasta que uno de los criados traía la merienda; luego alzaba de la silla su oronda

humanidad, me cumplimentaba con una leve cabezada y nos dejaba solos. Claro que siempre teníamos noción de su presencia en la estancia contigua, al otro lado de las cortinas, y de cuando en cuando oíamos sonar su taza sobre el platillo. Nuestra conversación, aun cuando ella no la entendiera, era forzosamente poco natural.

Fue tal vez esta callada coacción, o quizá fuera sólo una especie de desasosiego, lo que nos movió a Anand y a mí a dejar los lugares que normalmente frecuentaba nuestro círculo de relaciones y a buscar restaurantes oscuros para nuestros almuerzos en compañía. Aun cuando nos consideráramos liberales, supongo que estaba empezando a perder mi combatividad y adustez propias de todo «England-returned». No estaba dispuesta, sin embargo, a renunciar a los almuerzos con Anand. Me caía simpático, y esperaba con cierta impaciencia sus llamadas telefónicas, cuando su voz tan grata decía cosas como: «¿Aló? ¿Es la mujer de carrera?» (Entre las frases de desafío que Anand gastaba era esta una de sus predilectas, y es que nadie comprendía que trabajase por dinero una hija de familia respetable que podía mantenerla). Algunas veces decía: «Aquí el agente secreto 507. ¿Es usted combatiente de la resistencia?»

En cualquier caso, yo me echaba a reír y decía que sí, y entonces proponía él que probáramos tales o cuales platos chinos, o que fuésemos a comer pollo con curry picante a cierto figón persa, o, si no llovía, que fuésemos a la playa de Chowpatty y picáramos de las mil chucherías que allí improvisaban, bien sazonadas de especias, los vendedores ambulantes. Por un acuerdo tácito, no volvió a llevarme en su coche. Nos dábamos cita en la esquina de la parada de taxis o llegábamos por separado a nuestro punto de destino.

Yendo en una ocasión para Colaba, el punto más meridional de la isla, Anand se inclinó de pronto y pidió al taxista que se detuviera. En una calle de deslucidas casas de clase media, y de aspecto por lo demás muy poco atrayente, había visto una muestra comercial que decía: «Casa Joe». Anand estaba embelesado, y sin duda la muestra resultaba exótica entre los bungalows y las malvas reales. Casa Joe —así bautizada por algún nostálgico soldado norteamericano que habría llegado hasta allí durante la guerra— no tardó en convertirse en nuestro restaurante predilecto. Por un lado lo mirábamos como un descubrimiento personal, y además tenía un

cocinero de Goa, lo cual quería decir que podría uno pedir carne de vaca. La mayor parte de los hindúes, por principio, no consumen carne de vaca, con el resultado de que en Bombay era esta la carne más económica, y fue mucha la que nosotros comimos en Casa Joe.

El propietario, a quien Anand se empeñaba en llamar Joe, aunque era un indio gordo y campechano, pronto se acostumbró a vernos por allí casi un día sí y otro no. Qué ganancias podía sacar de su negocio era algo que no acertábamos a imaginar, ya que allí no parecía que jamás hubiese nadie, aparte de Anand y de mí. Joe servía personalmente a la mesa, pues por no haber, ni siquiera había camareros. Según Anand, se trataba probablemente de una tapadera que encubría actividades de contrabando o estraperlo, y podía esperarse cualquier cosa de un hombre que llevaba en Bombay un establecimiento llamado Casa Joe. Total, que en la de Joe llegamos a sentirnos como en nuestra propia casa, tanto que hasta le compramos un mantel a cuadros para dar al lugar un poquitín de viso, y él lo extendía con mucha ceremonia sobre la mesa del rincón indicando invariablemente que lo habían lavado y planchado después de nuestra última comida. Guardábamos en Casa Joe una botella de ginebra, y le enseñamos a hacer *gimlets* con gin y zumo de lima fresca, a fin de poder tomar el aperitivo. No tenía autorización para expender licores, de suerte que siempre preparaba nuestros cocteles en una botella opaca con etiqueta de cualquier bebida inocua, por si alguien entraba en ese momento.

Solíamos sentarnos a nuestra mesa delante de las ventanas, y así, entre miradas esporádicas al jardincillo ralo y desperdigado, a los jazmines, al tráfico inconstante, teníamos nuestros coloquios. ¡Y qué coloquios! Lo que se dice interminables. A veces las pláticas empezaban con aquello de «¿Fuiste tú en Estados Unidos...?» o «¿Recuerdas...?» Y a veces también nos extendíamos sobre incidentes acaecidos en nuestras casas o en nuestras oficinas. Hablábamos muchísimo acerca de ellos: término harto flexible, cuyo significado abarcaba todos aquellos parientes y amigos que teníamos por retrógrados, rémoras y cortos de entendimiento. Así, durante los meses que siguen a la estación monzónica, de pegajosa calina, hasta los primeros días, más frescos y luminosos, del incipiente invierno, continuamos los dos charla que charla. Cuando ahora lo recuerdo

me parece un milagro que encontrásemos tanto que decir sobre los pormenores de nuestra existencia, relativamente trivial.

Si hubiéramos sido un punto más viejos o más observadores, habríamos comprendido sin duda que aquel estado de cosas no podía durar mucho tiempo más. Oscuramente advertía yo que cada día de vida en Bombay suavizaba una pizca nuestro antagonismo y desdibujaba los perfiles de los años pasados en América. Mas con todo, nunca imaginé a lo que llegaría el contraataque de la familia de Anand en su brega con el descontento que como buen «England-returned» dejaba traslucir el muchacho. La madre de Anand era una mujer expeditiva y sin complejidades, y en su opinión no había más que una manera incuestionable para curar el mal de raíz.

Fue en Casa Joe donde Anand me anunció la llegada de Janaki. Yo había ido temprano ese día, me acuerdo bien, y estaba sentada a nuestra mesa cuando Anand entró. Su manera de andar era siempre un tanto nerviosa, pero esa mañana parecía más acusada la tensión. Traía rígidos los estrechos hombros y un aire de preocupación y de disgusto, de suerte que le pregunté en seguida si ocurría algo.

—¿Que si ocurre algo? —inquirió con tono incisivo—. ¿Y por qué había de ocurrir nada?

—Qué sé yo. Te veo raro.

—Es que lo soy —dijo, rehuyendo deliberadamente el sentido de mis palabras.

Joe le trajo su aperitivo y preguntó con acento un tanto desolado si queríamos bistec como siempre, *otra vez*.

Anand le hizo una seña impaciente con la mano y dijo:

—Luego. Luego lo decidiremos. —Después me miró a mí con un ceño apocalíptico—. ¿Sabes lo que han hecho ellos ahora? Pues han ido y han invitado a un pariente, un pariente lejano, a pasar en casa una temporada.

A mí aquello no me pareció un desastre tan grande. Invitados o no, los parientes llegaban de visita cada dos por tres. Todo pariente tenía derecho a presentarse siempre que lo estimara conveniente y a quedarse todo el tiempo que le apeteciera. Pero puesto que él parecía tan atribulado, inquirí precavidamente:

—Y supongo que esperaréis acoplarle en la empresa en un puesto u otro, ¿no?

—¿Acoplarle has dicho? En todo caso, acoplarla. Es una chica. Una prima lejana.

—¿Una chica? ¿Y va a trabajar en el negocio? —Aquella sí que era realmente una noticia catastrófica.

—Quia, de ninguna manera. ¿Es que no ves lo que se traen entre manos? Intentan casarme.

No se me ocurrió nada mejor que un «No, hombre, no lo creo» de lo menos convincente del mundo.

—Supongo —prosiguió sin hacer el menor caso de mis palabras— que ellos creen obrar con mucho tacto. Nos ponen a vivir bajo el mismo techo, figúrate tú, de modo que mi incomprensible preferencia, esa preferencia *extranjerizante* —y recalcó con amarga ironía la palabra—, por decidir personalmente en estas cuestiones no se sienta lastimada. Hemos de ir cobrándonos afecto poco a poco, imperceptiblemente. ¡La maquinación salta a la vista!

—Deben de ser todo figuraciones tuyas.

—Llegó anoche. Ni siquiera me habían avisado que venía.

—Pero la gente se presenta sin previo aviso. Pasa siempre.

—Lo sé. Pero a ella la habían *invitado*. Me lo ha dicho.

—Pobre Anand.

Lo sentía por él, y hacía mía su indignación. Entre Anand y yo no había existido nunca la menor relación sentimental, de suerte que la muchacha no representaba amenaza personal alguna; pero creí sinceramente que estaba en juego una cuestión de principio. Muy a menudo habíamos convenido que el sistema de concertar los matrimonios sin tener en cuenta los sentimientos de los interesados era el mayor insulto a los derechos de estos últimos como seres humanos, la máxima e intolerable injerencia de las familias en su tiranía. Traté de pensar algo consolador que decir, pero sólo conseguí proferir débilmente:

—Bueno, lo único que puedes hacer es tomártelo con calma.

—¿Y verla echar una mano en las faenas domésticas, haciéndose, a la chita callando, la indispensable? —Con una ácida sonrisa, añadió—: Mientras pasan rápidos los años... ¿Y esperas que nos hagamos viejos en amable y casta compañía?

—¡No seas tonto! —dije, soltando la carcajada—. Tarde o temprano tendrá que irse.

—Pero ¿viviré yo tanto? —Parecía recuperar su buen humor.

—Eres bastante injusto con la pobre —dije, pensando por primera vez en la muchacha—. Quiero decir, si la han hecho concebir esperanzas.

—No empieces a compadecerte de ella ahora. La única manera de solventar la cuestión pronta y definitivamente (a fin de que mi actitud quede bien clara) es casarme con otra en seguida. Supongo que tú no querrás considerar la idea de casarte conmigo, ¿verdad?

—No, por Dios —dije sobresaltada—. No creo que sea preciso recurrir a una medida tan drástica.

—Bueno, tal vez no. Ya veremos.

—¿Cómo se llama? —decidí preguntar por último.

—Janaki.

—Bonito nombre.

—A mí me da náuseas.

AGUARDÉ con impaciencia nuestro próximo almuerzo, y cuando nos vimos un par de días después en Casa Joe, me puse a interrogar a Anand con vivo interés:

—¿Qué, cómo van las cosas? ¿Cómo te las arreglas con Janaki?

Anand parecía abstraído e hizo un gesto como si le fastidiara un poco el tema.

—¡Joe! —llamó—. Más hielo, por San Pedro. Los *gimlets* se sirven fríos. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa en un movimiento nervioso, característico en él—. Nunca aprenderá —dijo con aire resignado, y luego, al cabo de una pausa—: ¿Janaki? Perfectamente, supongo. Un incordio sin importancia.

—¿Está *muy* cariñosa contigo?

—Pues mira, hay que decir en su favor que se las arregla para ser bastante discreta.

—¡Vaya! —Me sentí un poco decepcionada, sin saber por qué.

—Lo que me pone frenético es el saber que está siempre cerca de mí.

—Yo en un caso así me volvería loca.

—¡Es tan femenina...! —recalcó súbitamente malhumorado.

—¿Te agobia con sus cuidados, quieres decir?

—No; no es eso precisamente. Pero veo en otro aspecto su solicitud:

espera que me haya gustado la comida, o que haya tenido un buen día en mi trabajo, o cualquier puñetería por el estilo.

—Pues parece bastante halagüeño.

—Supongo que forma parte de la estrategia. Lo desolador es pensar lo mal que ellos me conocen si creen que voy a casarme con una mujer como Janaki.

—¿Con qué clase de mujer te casarías?

—Dios sabe —dijo Anand con acento desesperanzado—. Una mujer completamente distinta, de todos modos. En tiempos conocí a una...

—¿Conociste a una chica en América? —pregunté con interés.

—¿No hay siempre una chica en América? Es una tradición. En tiempo de nuestros padres solía ser la hija de la patrona en Inglaterra. Rubia, por lo general, y siempre complaciente.

—¿Y la tuya cómo era?

—Complaciente. Pero bastante por encima de la hija de la patrona. Cursaba último año en la universidad. Y sus padres eran estupendos, dentro de lo que cabe; un poco tímidos, pero dispuestos a creer que un hogar decente es la mejor protección para una chica. No creo que se hubieran opuesto a que nos casáramos.

—¿Por qué no te casaste con ella entonces?

—Pues mira, no lo sé. Supongo que era incapaz de imaginármela en el papel de nuera india, conviviendo en el seno de una familia de Bombay... ¡con la que se hubiera armado! Sentimientos heridos y recriminaciones y decepción por todas partes. No la recuerdo con añoranza —esto lo dijo muy serio, como si se tratara de un punto capital—. Sé que no era particularmente guapa ni nada, pero creo que a mí me consideraba por mí mismo, por mi personalidad humana. No era para ella simplemente un hijo de familia, un partido matrimonial, una persona bien relacionada en los negocios.

—¿Y para Janaki eres todo eso?

—Supongo que sí. ¿Qué otra cosa puedo ser?

Cuando salíamos de Casa Joe después de haber almorzado, dijo:

—¿Por qué no vienes a casa a merendar, y así la conoces? ¿Te gustaría?

—Estaba esperando que me lo pidieras.

—Okay, pues. ¿Mañana?

Al día siguiente, llena de expectación, me reuní con Anand y juntos fuimos a su casa en el coche.

—¿No le sentará mal a tu madre que me hayas invitado?

—¿Por qué ha de sentarle mal? No es la primera vez que meriendas con nosotros.

—Hombre, no seas tan lerdo —dije, pensando: pobre chica, va a ser para ella de lo más decepcionante, si insiste en tratarla como a una prima de tantas que viene a pasar unas vacaciones—. ¿Y tiene el tacto tu madre de dejaros solos a la hora de merendar?

—Ni por asomo. Se ponen las dos a charlar sobre labores domésticas. Es aburridísimo, te lo aseguro.

A mí no me resultó, ni con mucho, tan aburrido. Por una parte, la madre de Anand estuvo más cordial conmigo que en las visitas anteriores, y me pregunté si tan segura podría sentirse ya del éxito de su plan que yo hubiera dejado de constituir a sus ojos un peligro. Y hubo además la expectante curiosidad por conocer a Janaki.

Entró por fin con el criado que traía la bandeja de la merienda, apartando y sosteniendo la cortina de la puerta para que el hombre pasase con mayor holgura. Era garbosa, regordeta, con un lindo palmito y una sonrisa tímida, vacilante, que parecía dispuesta a borrarse de inmediato si no era correspondida. Vi al instante que constituía el desiderátum de cualquier suegra: callada, obediente, servicial. Llevaba el pelo recogido en la nuca, en el clásico moño convencional, y no le faltaba la tradicional *tika* en la frente; fuera de esto, todo su maquillaje se reducía a un ligerísimo toque de barra de labios, y aun supuse que aquello probablemente sería una experiencia nueva para ella, una concesión a los occidentalizados gustos de Anand.

Hablaba más que con nadie con la madre de Anand, en gujarati, y observé que había asumido ya algunas de las obligaciones propias de una anfitriona. Sirvió el té en las tazas, preguntando, en un inglés diáfano y cantarín, si yo lo deseaba con leche y azúcar; y también pasaba las fuentes de dulces y entremeses indostánicos.

Después del primer bocado, dije con satisfacción:

—Esto es delicioso.

La madre de Anand percibió el tono, aunque no comprendiera las palabras, y dijo algo a Anand en gujarati.

—Los ha hecho Janaki —tradujo él, sin mucho interés.

Janaki, ruborizada, se limpió la boca con la servilleta, mirando luego con sorpresa y sobresalto la mancha de carmín que había quedado en el paño.

—Qué habilidosa eres —dije a Janaki—. Ojalá supiese yo cocinar.

—Es muy fácil aprender —contestó la muchacha tímidamente.

—No sé si alguna vez tendré tiempo para ello.

Y sin el menor asomo de envidia ni sarcasmo, dijo:

—Eso pasa con personas como tú que llevan una vida tan atareada y tan interesante.

Me sentí avergonzada de mí misma, sin poder precisar en absoluto por qué razón.

Continuamos charlando sobre trivialidades, y Janaki supo terciar en la conversación admirablemente, logrando parecer interesada en los comentarios más intrascendentes, sin dejar de atender al mismo tiempo que no quedaran vacíos platos ni tazas. Poco a poco el peso de la conversación fue recayendo sobre nosotras dos, porque Anand se retrajo, parapetándose en un hosco silencio. Recuerdo haber pensado que, mirándolo bien, no podía reprochársele. Debía de ser para volverse loco tener que soportar aquella solicitud almibarada y vacua todos los días después del trabajo. Por último se levantó bruscamente, dijo sin más preámbulos que tenía que revisar unos papeles y nos dejó. Yo me marché poco después.

Janaki me acompañó hasta la puerta. Con una espontaneidad imprevista, me puso la mano en el brazo y dijo:

—Vuelve otra tarde a merendar, por favor. Si no estás demasiado ocupada, se entiende. Sería muy grato para mí. No tengo amigas en Bombay.

—Me encantaría, y tú también tienes que venir a merendar a mi casa.

—Oh, no, muchísimas gracias. Tal vez más adelante, pero antes tengo que aprender las costumbres de esta casa. Lo comprendes, ¿verdad?

Volví a pie para casa, pensando con admiración en la mezcla de azoramiento y confianza que había advertido en Janaki, así como en el hecho de que ya se sintiera segura de tener un puesto permanente en aquella casa.

En nuestro siguiente almuerzo, fue Anand quien preguntó con visible ansiedad:

—¿Qué? ¿Qué te ha parecido Janaki?

—Muy agradable —contesté con objetividad.

—Eres como mi madre, que dice: «Una chica bien buena. Deberías considerarte afortunado». Supongo que te habrá pedido que seas su amiga.

—¿Cómo lo has averiguado?

—No es tan tonta como parece. A mí me dijo lo mismo. «¿No quieres que seamos amigos, Anand?» —remedó con una insustancial y deslucida voz de falsete. Luego frunció el entrecejo y dijo—: El sistema de la cuña, ¿te das cuenta? Tendría gracia, si no fuera tan triste.

—Bueno, por lo menos es muy guapa —dije, abogando por ella.

—Está demasiado gorda.

—Yo creo que eso más bien la favorece.

—Lo que dice mi madre, que su robustez compensa lo canijo que soy yo. —Anand era en extremo susceptible cuando le tocaban a su complexión física, y así, en un tono amostazado que a una la prevenía contra toda tentación de compadecerle, dijo—: Sí, desde un punto de vista genético, la mar de sano. Una chica fuerte y saludable como Janaki casada con un escomendrijo como yo, con la probabilidad de tener hijos fuertes y sanos que salgan a ella. Los hijos, como ves, son el objeto primordial de toda esta triquiñuela. Yo soy hijo único y estoy obligado a dejar descendencia. Mi madre tiene de estas cosas una idea bastante elemental.

—Tienes que reconocer —dije un tanto incómoda— que Janaki haría una madre excelente.

—De eso no me cabe la menor duda. Es el símbolo mismo de nuestra madre Tierra. Pero me molesta bastante que se me considere desde un punto de vista tan agrícola.

En las semanas subsiguientes, Janaki fue tema básico de nuestras conversaciones durante los almuerzos, y yo merendé con ellos bastante a menudo. A veces, si Anand tenía que velar en su oficina o asistir a reuniones del consejo, Janaki y yo merendábamos solas, y ella me hacía cientos de preguntas acerca de América, con el propósito,

pensaba yo, de formarse una idea de la vida de Anand en aquel continente y de las circunstancias que tanto parecían influir en él. Todo lo norteamericano entusiasmaba a Janaki por igual, y a mí esto me daba no poco solaz, pues me hacía sentirme muy superior en experiencia.

Unas veces directamente y otras valiéndose de rodeos, me interrogaba acerca de los gustos y preferencias de Anand. Recuerdo que tuvimos una sesión muy larga tratando del arreglo y aspecto personal de ella. ¿Debía maquillarse? ¿Debía cortarse el pelo? ¿Y qué le decía de la ropa? Yo le hice ver que estaba muy bien tal como iba, pero ella insistió:

—Y él, ¿nunca dice nada? Tiene que haber hecho algún comentario...

—Bueno —contesté de mala gana—, en una ocasión observó que a su entender estabas una pizca metida en carnes.

—Pues en seguida adelgazo —dijo Janaki, sin el menor vestigio de rencor.

—¡Por Dios! No tomes el comentario tan en serio.

—Si es cosa de nada —me aseguró Janaki—. No tiene una más que prescindir del arroz y del *ghi*.

Como lo dijo lo hizo. En dos semanas noté la diferencia.

Cuando Anand estaba presente, la atmósfera era mucho más tensa. De la frígida cortesía con que solía tratar a Janaki los primeros días, su actitud fue pasando poco a poco a un estado de irritación permanente que se manifestaba en un iracundo silencio y, posteriormente, en una especie de solapada tomadura de pelo, no exenta en ocasiones de verdadera mala intención. «¿Qué has hecho hoy? ¿Los dobladillos de las sábanas? ¿Las puntillas para el ajuar?», y Janaki parecía desconcertada y sonreía como si se le hubiera escapado el busilis de un chiste ingenioso. Ni que decir tiene que era un portento con la aguja y hacía un sinfín de primorosos bordados en todo cuanto se le venía a las manos —paños, mantelerías, toallas—, escogiendo infaliblemente dibujos horrendos de mujeres con enormes miriñaques que regaban las flores en algún jardín inglés, o bien ramos de rosas con profusión de cintas. En cierta ocasión Janaki contestó muy seriamente a la pregunta de Anand relatando ce por be cómo se había desarrollado para ella el día, las tareas domés-

ticas efectuadas, las señoras que habían visitado a su madre y a quiénes se había servido café, y hasta enseñó el bordado que había hecho.

—Maravilloso; no puede estar más en consonancia con las tradiciones de la India, ¿no te parece? —me hizo notar Anand con una ironía bastante pesada. En situaciones así no podía evitar el disgusto que me causaba en su papel de atormentador. El hecho era, naturalmente, que a medida que la impaciencia de mi amigo con la muchacha iba tornándose más y más manifiesta, yo, imperceptiblemente, iba cobrando a Janaki mayor afecto y simpatía. En su impertérrita convicción de que al final todo se arreglaría, había para mí no sólo una conmovedora inocencia, sino también una buena dosis de noble y valiente tesón. Lo que no descubrí fue el sólido realismo que detrás de su actitud se escondía. Comencé a sospechar su carácter calculador cierto día en que Anand se mostró especialmente difícil, empeñado en hablar de libros que ella no había leído y haciéndole observaciones a sabiendas de que no las podía contestar.

Durante un buen rato Janaki no dijo nada; luego, con mucha discreción y modestia, admitió:

—Yo sólo leo los cuentos del *Illustrated Weekly*. Pero escúchame, Anand, si me trajeses algunos libros que tú estimes buenos, los leería.

—Bien, ya veré si tengo tiempo —contestó con voz adusta.

Cuando Janaki salió a despedirme a la puerta aquella tarde, dije en el colmo de la exasperación:

—¿Por qué lo aguantas? No tiene por qué ser tan antipático cuando te habla.

—Es natural que haya dificultades al principio. Después de haber vivido en América, no pueden faltar aquí motivos de enojo.

—Bueno, a mí me parece que tú eres demasiado indulgente. Yo no lo soportaría ni un instante. —En mi fuero interno había empezado a pensar que a fin de cuentas debía de ser boba.

—¿Y tú qué harías? —preguntó Janaki.

—Marcharme, por supuesto. Volverme por donde había venido... —contesté, y en ese momento supe y comprendí sus motivos. ¿Volver a qué? ¿A otro compromiso matrimonial arreglado por sus padres?

¿Aprender a complacer a otro hombre? Allí por lo menos tenía en buen aprecio a su futura suegra.

—Y además —dijo—, sé que él en el fondo es bueno.

Al final vino a resultar que Janaki era la más juiciosa de todos nosotros, y a menudo he pensado cuán afortunado fue que no siguiera mi consejo entonces. No es que Anand capitulara en seguida. Siguió de mal humor y hecho un cascarrabias; pero poco a poco, y a regañadientes, terminó enredado en el más satisfactorio de los papeles: el de Pigmalión.

Lo noté por primera vez un día en que despachó su almuerzo bastante aprisa y de vuelta para nuestras respectivas oficinas dijo:

—Las conversaciones de esa chica me sacan de quicio. Más vale que le compre algunos libros, me parece a mí. Mientras tenga que soportar su compañía... —añadió torpemente.

En la librería nos separamos, y por posteriores conversaciones supe que Janaki hacía sus «deberes escolares» con diligencia y satisfacción.

De ahí en adelante las cosas progresaron con no poca rapidez, y acabé anticipándome a las frecuentes propuestas de Anand de que pasáramos de compras una parte de la hora del almuerzo. Por lo general expresaba este deseo con cierta rudeza: «Tenemos que conseguir que esa niña se ponga saris menos paletos.» «Esa niña no oye más que música de películas. No voy a tener más remedio que llevarle algo clásico que valga la pena.»

De todos modos, en casa seguía estando con ella desconsiderado y altanero. Janaki lo tomaba con calma y estoicismo, discípula aplicada consciente de que su torpeza era una prueba difícil para su maestro. No obstante, yo no abrigaba la menor duda respecto al cambio de actitud que en Anand se operaba, y estaba segura de que la historia de Pigmalión no podía tener más que un desenlace.

Era evidente que los padres de Anand confiaban también en el resultado, pues un día en la merienda mi amigo anunció con mil alharacas que su padre iba a enviarle a Nueva York en viaje de negocios. Le complacía, dijo, porque significaba que al fin iban a confiarle una auténtica responsabilidad.

—Y lo estupendo que es volver a los Estados Unidos —dije—. Lo que te vas a divertir.

—Ah, sí. Eso también, naturalmente. Pero no sé el tiempo que me va a quedar para fiestas y luminarias. —Tan fácilmente se había pasado al punto de vista del correcto hombre de negocios que me entraron ganas de reír.

Pero no terminaron ahí las cosas. Nos habíamos enfrascado de tal modo en la discusión de los detalles del viaje que nos sobresaltó de medio a medio cuando súbitamente Janaki dijo con voz resuelta:

—Yo también me voy. Me vuelvo a mi casa. —Un momento de absoluto silencio—. Mañana —concluyó.

—Pero ¿por qué...? —comencé yo.

—Lo he decidido así —repuso.

Anand no dijo nada; se limitó a levantarse, hechos polvo todos sus espléndidos e importantes proyectos, y salió de la habitación. Esperamos hasta oír el portazo que dio al entrar en su despacho.

Luego, el afecto que había cobrado a Janaki (y, por supuesto, la curiosidad) me movió a preguntar:

—Pero ¿por qué ahora, precisamente cuando las cosas marchan tan bien?

—Tú me lo aconsejaste, ¿no te acuerdas?

—Pero las cosas entonces eran distintas.

—Sí. —Y asintió con la cabeza, como si ambas reconociéramos una verdad particular.

De momento pensé que se creía derrotada. Me sorprendió y preocupó que lo que tan claro parecía para mí permaneciese oscuro para ella.

—Escucha —dije con cautela—, ¿es que no ves que él... que, a pesar de todo, se ha enamorado de ti?

No sé exactamente qué respuesta esperaba en ella: una sonrisa radiante, quizá, o hasta una impresión de triunfo. Lo que no había esperado es que me fulminase con la mirada, como si fuera su enemiga, y dijese:

—¡Enamorado! ¿Qué me puede importar que esté enamorado de mí? Lo que yo quiero es que se case conmigo.

—Para él es diferente —dije, con el mayor tono persuasivo posible—. Para él eso es importante.

Me miró astutamente, con el gesto de quien toma una resolución acerca de algo.

—¿Estás segura?

—Completamente segura.

Su voz sonó áspera e impaciente:

—Amor: qué libros lee una; si oye buena música; o si tiene «buen gusto»... signifique eso lo que quiera. Como si todas esas cosas tuvieran nada que ver con el matrimonio.

—Según se mire —dije, aunque sabía que era inútil decir nada. ¿Cómo se puede hacer atractiva la idea del amor romántico a una mujer que sólo desea un hogar, un marido y tener hijos? Aun cuando nada podía remediarse a ese respecto, creí conocer la razón de su repentino desistimiento. La renovación de las experiencias de Anand en América debía de parecerle una amenaza irresistible. Procuré tranquilizarla, haciéndole ver que Anand estaría fuera solo unas semanas, que iba a echarla de menos, que ahora América le parecería totalmente distinta.

Pero no quiso escucharme, y no hacía más que repetir:

—Debo hacer las maletas y marcharme mañana.

Pobre Janaki, pensé. De sobra comprendo que la enfadosa tarea de comenzar de nuevo a desenmarañar los intrincamientos del «England-returned» en la persona de Anand debía de parecerle punto menos que insuperable. No se me ocurrió que lo mismo podía haber pensado: Qué inteligente, Janaki: la única de nosotros que sabe exactamente lo que quiere. ¿Marcharse de la casa? Antes se habría dejado cortar la cabeza.

Cuando lo pienso, no puedo menos que preguntarme hasta dónde llegaba entonces mi candidez. El hecho es que las mujeres —o tal vez solamente las mujeres de un cierto mundo, el mundo de Janaki— han heredado, tras la amarga experiencia de los siglos, el instinto inflexible de la propia preservación. Me causa horror la idea de que aún lo necesiten; pero sería estúpido negar que, en muchas regiones del globo, así sucede. Esa fría y sutil resolución de hallar seguridad y aferrarse a ella, esa disposición a recurrir a todos los medios y a todas las armas —no en el amor, que ella excluía, sino en la guerra, pues de una guerra se trataba: la consecución o la pérdida de un reino— era en realidad lo que el mundo merecía y debía esperar por parte de Janaki. Como en todas las guerras, la victoria, la conquista, el éxito, llámesele como se quiera,

era la única virtud. Y, por supuesto, lo realmente absurdo era que nadie se habría sorprendido más que la propia Janaki si alguien la hubiese tildado de feminista.

Así las cosas, al día siguiente oí con ansiedad a Anand cuando me dijo por teléfono:

—Almorcemos juntos. Quiero hablar contigo. ¿Casa Joe? ¿A la una?

Estaba yo segura de que Janaki se había marchado a su casa, sin más que la ignominia de unos cuantos vestidos nuevos y un fárrago de tediosa conversación que recordar.

En cuanto le vi me di cuenta de mi equivocación. Tenía mi amigo ese aire vergonzante inconfundible que hace totalmente superfluo el anuncio de las buenas noticias.

—Una tarde memorable —dijo.

—Ya lo creo.

Siguió una larga pausa, en la que se hizo bien visible su apuro, y luego me soltó precipitadamente:

—Mira, esto va a parecer ridículo. Me refiero a... bueno, que Janaki y yo nos vamos a casar.

—No podríais hacer nada más sensato —dije, como si se me hubiera quitado un gran peso de encima.

Pareció sorprendido.

—¿Sensato? Quizá a ti te lo parezca así. La verdad es que los dos estamos enamorados.

—¿Los dos enamorados? —repetí con incredulidad, y al punto me arrepentí.

—Sabía que iba a parecerte extraño. Supongo que lo que tú creías era que no he dejado de odiarla en todo este tiempo. —Me sonrió con cierto aire de superioridad—. Así lo creí yo mismo hasta no hace mucho. Y Janaki, como puedes figurarte, no tenía motivos para pensar otra cosa. Y reconozco que desde luego la pobre ha dado prueba de valor. Vamos, cuando uno piensa...

—Más vale que empieces por el principio —dije, súbitamente desalentada.

—Okay. Ayer te oí cuando te ibas, y luego sentí a Janaki entrar en el vestíbulo (ya sabes la manera tan tímida que tiene de andar) y pararse ante la puerta de mi despacho. Yo estaba lo que se dice

desolado; pero supongo que no habría dado un solo paso si ella... vamos, si otra persona no hubiera tomado la iniciativa.

—Sí —dije, sabiendo lo que venía pero incapaz de desechar mi abatimiento—. Quería explicar las razones que la inducían a volverse a casa.

—Pues dijo (ahí lo tienes, no es la mujer pasiva que tú te figuras), me dijo que muy en contra de todos sus planes, y en contra también de lo que de su persona hubiera podido esperarse, pues que ella (sé que esto va a parecer idiota) se había enamorado de mí.

—Claro. Y eso explicaba su comportamiento. Siempre esforzándose por complacerte, quiero decir.

—Eso es. Entonces comprendí que...

—Todo tu enojo y malos modales era simplemente que... —le apremié para que terminase de una vez su relato.

—Eso es.

—Pues enhorabuena —dije, no sin cierto embarazo.

—Tiene gracia, ¿verdad? —adujo él con tono confidencial—, que los planes de ellos hayan resultado... pero de modo tan distinto. No creo que ellos lo comprendan nunca.

—No valdría la pena tratar de explicárselo.

—No, por Dios. Mira, mañana llevo a Janaki a almorzar fuera. ¿Quieres acompañarnos?

—No, hombre, es de suponer que...

—Ella tiene especial deseo de que vengas. Te aprecia muchísimo, ¿sabes?, y además no le hace feliz del todo el salir conmigo sin carabina.

—En ese caso... —dije, con una reticencia que Anand no captó. Y a todo esto yo no dejaba un solo momento de pensar: ¿No habremos sido todos instrumentos suyos? Una suegra cariñosa, que la comprendía, un hombre a quien conquistar con halagos, una amiga inocentona de quien recibir información sobre los antecedentes y las condiciones en que se presenta el combate, con quien poder examinar tácticas y sus efectos. Ahora que ha triunfado no debe de sentir más que desprecio por todos nosotros. Pero al mismo tiempo me preguntaba: ¿Será verdad que está enamorada, a fin de cuentas? Era ese un estado en que no se sabría desenvolver, y ella sólo podía confiar en el manejo del arma que conocía: una habilidad para complacer o intentar complacer. ¿Y por qué iba a haberme dicho

todo eso ella misma? ¿Cómo hubiera podido siquiera intentarlo, siendo el amor un dominio del que tan insegura estaba, tan ajeno a su experiencia?

Ahora que tantas Janakis he conocido en el mundo, creo haber hallado la explicación correcta del caso.

—Entonces quedamos en el Taj —estaba diciendo Anand—, si a ti te viene bien. ¿Eh?

Había reservado una mesa junto a las ventanas. Janaki llegó con un poquito de retraso, para estar bien segura —explicó jadeante— de que llegábamos nosotros primero, porque habría sido penoso para ella tener que sentarse sola.

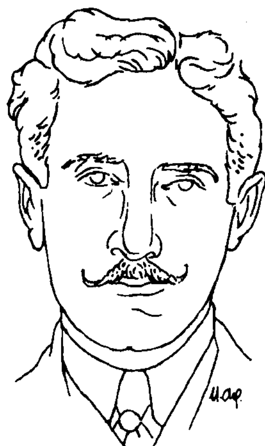
Pedimos del menú indio, y Anand, tras una fugaz e interrogante mirada para mi lado, dijo:

—No hace falta vino, creo yo. La verdad es que no hay ningún vino que vaya bien con la comida india, ¿no os parece?

EL GUARDIA Y LA ANTIFONA

O. HENRY/ESTADOS UNIDOS

O. Henry



SOAPY SE removió con desasosiego en su banco del Madison Square. Cuando los gansos salvajes graznan en la noche, cuando las mujeres sin abrigo de piel de foca se ponen más cariñosas con sus maridos y cuando Soapy se remueve con desasosiego en su banco del parque, puede decirse que el invierno está a la vuelta de la esquina.

Una hoja seca le cayó a Soapy sobre las rodillas. La tarjeta de visita de Juan Escarcha. Juan es atento con los habituales del Madison Square y les previene honradamente de su visita anual. En las encrucijadas lo anuncia el Viento Norte, heraldo de la mansión de la Intemperie, para que vayan preparándose sus moradores.

Soapy abriga el convencimiento de que ha llegado la hora de constituirse en Junta individual de Recursos y Arbitrios que provea contra los rigores que se avecinan. Tal es la causa de que se revuelva con inquietud en su banco.

No puede decirse que las ambiciones de Soapy, cara al invierno, fueran excesivas. No había en ellas lugar para consideraciones tales como cruceros por el Mediterráneo, cielos adormecedores del sur o singladuras por el golfo del Vesubio. Tres meses en la Isla era cuanto anhelaba su alma. Tres meses de mesa y cama garantizadas en amable compañía, al abrigo del cierzo y de los polizontes, parecían a Soapy la esencia de cuanto pueda desearse.

Hacía ya años que tenía su cuartel de invierno en la hospitalaria prisión de la Isla de Blackwell. Lo mismo que sus conciudadanos neoyorquinos más afortunados sacaban cada invierno sus billetes

para Palm Beach y la Riviera, Soapy había efectuado sus modestos preparativos para su migración anual a la Isla. Y al fin había llegado el día. La noche anterior, tres periódicos sabatinos sabiamente distribuidos bajo su abrigo, en torno a los tobillos y sobre el vientre, no habían logrado detener el frío mientras dormía en su banco, junto al surtidor de la fuente de la plaza vieja. Tal era la razón de que la Isla se insinuara, grandiosa y oportuna, en el ánimo de Soapy. Despreciaba los socorros establecidos en nombre de la caridad para los pobres. En opinión de Soapy, la Ley era más benigna que la Filantropía. Había incontables instituciones, municipales y caritativas, en que poder presentarse y recibir alojamiento y comida sin más trámite. Mas para el orgulloso espíritu de Soapy resultan harto gravosos los dones de la caridad. Si no en metálico, cada beneficio recibido de manos de la filantropía ha de pagarse en humillación. Lo mismo que César tuvo su Bruto, cada cama de caridad va gravada con el portazgo de un baño, cada trozo de pan es la compensación de una inquisición personal y privada. Cuánto mejor es ser huésped de la ley, que aunque regida por normas, no se inmiscuye abusivamente en los asuntos privados de un caballero.

Resuelto, pues, a trasladarse a la Isla, Soapy puso manos a la obra para la realización de su deseo. Hay a este fin diversos y sencillos procedimientos. El más grato de todos consiste en almorzar opíparamente en un restaurante de lujo, y luego, previa declaración de insolvencia, ser puesto tranquilamente y sin alborotos en manos de un policía. Un juez complaciente suele hacer el resto.

Soapy abandonó su banco, salió tranquilamente de la plaza y cruzó el liso mar de asfalto donde confluyen Broadway y la Quinta Avenida. Torció para Broadway y se detuvo ante un café resplandeciente donde se daban cita cada noche los productos más selectos de la viña, el gusano de seda y el protoplasma.

Soapy confiaba en sí mismo desde el botón inferior del chaleco para arriba. Se había afeitado, su chaqueta estaba decente, y su corbata de nudo hecho, negra e impecable, era obsequio de una dama misionera en el Día de Acción de Gracias. Si conseguía llegar a una mesa del restaurante su éxito podía ser insospechado. La mitad de su persona visible por encima de la mesa no despertaría dudas en el ánimo del camarero. Todo se limitaría, pensaba Soapy,

a un buen pato asado, una botella de Chablis, después Camembert, una tacita de café y un cigarro puro. Un cigarro de un dólar sería razonable. La cuenta al final no sería tan elevada como para inducir a una drástica acción vindicativa por parte de la administración del café; y en cambio, la comida le dejaría repleto y feliz para el viaje a su refugio invernal.

Pero en cuanto traspuso la puerta del restaurante los ojos del maître descendieron sobre sus raídos pantalones y sus ruinosos zapatos. Manos vigorosas y diligentes le hicieron dar la vuelta y en silencio y prontamente lo llevaron de nuevo hasta la acera, conjurando el plebeyo destino que amenazaba al pato asado.

Soapy desistió de Broadway. Al parecer no iba a ser epicúreo su camino a la Isla ambicionada. Habría que pensar otro modo de que lo metieran en chirona.

En una esquina de la Sexta Avenida, las luces eléctricas y los artículos hábilmente distribuidos tras la luna de un escaparate cautivaban la atención de los transeúntes. Soapy cogió una piedra y la estrelló contra el cristal. Asomó gente corriendo por la esquina, con un guardia delante. Soapy se quedó inmóvil, las manos en los bolsillos, sonriendo a la vista de los botones dorados.

—¿Dónde está el que ha hecho eso? —preguntó el agente con excitación.

—No irá usted a creer que yo tengo nada que ver con ello, ¿eh? —dijo Soapy, no sin cierto sarcasmo, pero amistosamente, como cuando se desea buena suerte.

El cerebro del policía se negó a aceptar a Soapy ni siquiera como una pista. Los que rompen escaparates no se quedan a charlar con los esbirros de la ley. Ponen pies en polvorosa. El guardia vio un hombre que corría tras el autobús y emprendió su persecución con la porra en alto. Soapy, con el corazón afligido, por dos veces fracasado, siguió su vagabundeo.

Al otro lado de la calle había un restaurante sin grandes pretensiones. Provisión para bolsas modestas y magnos apetitos. Vajilla y atmósfera, espesas; mantelería y sopa, claras. Allí no encontraron oposición el calzado delator ni los reveladores pantalones de Soapy. Se sentó en una mesa y consumió un bistec, hojuelas, buñuelos y empanada. Acto seguido puso en conocimiento del camarero la

circunstancia del divorcio entre él y la más insignificante moneda.

—Conque muévase y vaya a buscar un guardia —dijo Soapy—. Y no haga esperar a un caballero.

—Nada de guardias —afirmó el camarero con una voz como un mantecado y un ojo como la cereza de un coctel Manhattan—. ¡Eh, Con!

Dos camareros expulsaron violentamente a Soapy, que fue a aterrizar limpiamente sobre su oreja izquierda en el santo suelo. Se levantó, desplegando una por una sus articulaciones lo mismo que se abre una regla de carpintero, y se sacudió el polvo de la ropa. El camino de la cárcel iba ya pareciendo todo menos un sueño placentero. La Isla se alejaba cada vez más en el horizonte. Un guardia parado delante de un almacén, dos puertas más allá, se echó a reír y prosiguió su ronda.

Cinco bocacalles dejó Soapy atrás antes de recobrar arrestos y decidirse a seguir actuando en pro de sus aspiraciones. Esta vez la oportunidad se le presentó en forma que él calificó presuntuosamente de infalible. Una muchacha de aire modesto y agradable, parada ante un escaparate, curioseaba con vivo interés la exposición de bacías de afeitar y de tinteros, y a dos metros del escaparate un robusto policía de porte severo estaba recostado en una boca de incendios.

Soapy, tal era su designio, adoptaría el papel de ruin y despreciable «conquistador». El aspecto refinado y elegante de su víctima y la proximidad del escrupoloso guardia le animaron a creer que muy pronto sentiría en su brazo la agradable presa del agente, lo cual le aseguraría el acceso a su residencia de invierno en la Isla, la islita chiquita y acogedora.

Soapy enderezó la corbata de nudo hecho, regalo de la dama misionera, estiró los arrugados puños de su camisa, dio a su sombrero una inclinación irresistible y se cernió sobre la joven. Clavó los ojos en ella, se vio acometido por repentinas toses y «ejems», sonrió, hizo una mueca y atacó con desfachatez la vil e insolente letanía del «conquistador». Con el rabillo del ojo Soapy se cercioró de que el policía le observaba con atención. La muchacha se alejó unos pasos y se enfrascó de nuevo en la contemplación de los chismes para el afeitado. Soapy continuó su audaz avance hacia ella, se quitó el sombrero y le espetó:

—¡Vamos, Bedelia! ¿No vienes a jugar conmigo?

El policía seguía mirando. La joven acosada no tenía más que mover un dedo y Soapy se encontraría prácticamente camino de su paraíso insular. Ya se regodeaba imaginando el grato calor del cuartelillo de policía. La muchacha se encaró con él y, alargando la mano, agarró la manga de la chaqueta de Soapy.

—Claro que sí, Mike —afirmó jubilosa— si te pagas unas cañas... Te hubiese hablado antes, pero estaba mirando el poli.

Pegada la chica a él como la hiedra al muro, Soapy dejó atrás al guardia entre las sombras de la noche. No había que darle vueltas: estaba predestinado a la libertad.

En la esquina más próxima se desasió de su compañía y se alejó velozmente. Paró en el barrio donde uno encuentra por la noche las calles más iluminadas, los corazones más gozosos, las más livianas promesas y las operetas más frívolas. Mujeres con pieles y hombres con magníficos abrigos deambulaban alegremente al aire invernal. De pronto asaltó a Soapy el repentino temor de que algún horrible encantamiento le hubiese inmunizado contra las detenciones. Tal pensamiento le sumió en el pánico, y cuando topó con otro guardia dando bordadas, perezoso y mayestático, delante de un teatro resplandeciente, se agarró, como a un clavo ardiendo, a la simulación de una «conducta desordenada».

Plantóse, pues, en mitad de la acera, y empezó a vociferar torpes incongruencias, forzando al máximo su agria voz. Bailó, rugió, desvarió y molestó de todas las maneras posibles a todo el mundo.

El policía hizo girar la porra, volvió la espalda a Soapy e informó a un transeúnte:

—Es uno de los chicos de Yale celebrando el julepe que han dado a los del Hartford College. Ruidoso, pero inofensivo. Tenemos órdenes de dejarlos en paz.

Desconsolado, Soapy cesó en su infructuoso alboroto. ¿Es que no iba a ponerle las manos encima ningún guardia? En su delirio, la Isla parecíale una Arcadia inaccesible. Hubo de abotonarse su liviana chaqueta para defenderse del viento glacial.

En un estanco vio un caballero bien vestido encendiendo un cigarrillo en una llama oscilante. Había dejado su paraguas de seda junto a la puerta, al entrar. Soapy se apoderó del paraguas y se alejó

despacio con él. El hombre del cigarrillo le siguió precipitadamente.

—Mi paraguas —explicó con severidad.

—Ah, ¿es este? —se mofó Soapy, añadiendo el delito de injurias al de hurto—. Pues bien, ¿por qué no llama a un guardia? Se lo he quitado yo. ¡Su paraguas! ¿ Por qué no llama a un poli? Hay uno en la esquina.

El propietario del paraguas aminoró el paso y otro tanto hizo Soapy, con el presentimiento de que la suerte iba a ponérsele de nuevo en contra. El policía miró a los dos con curiosidad.

—Claro, claro... —dijo el del paraguas— es decir... bueno, ya sabe usted, las equivocaciones... yo... si el paraguas es suyo, confío en que me disculpe... lo cogí esta mañana en un restaurante... si lo reconoce usted como suyo... espero que usted...

—Pues claro que es mío —dijo Soapy con rencor.

El ex propietario del paraguas se batió en retirada. El policía corrió en auxilio de una rubia exuberante fardada con capa larga que iba a cruzar la calle sin ver un tranvía que se le venía encima.

Soapy puso rumbo al este por una calle levantada y en obras. Arrojó el paraguas, colérico, a una zanja y se despachó a su gusto contra los del casco y la porra. Ahora que estaba deseando caer en sus garras, ellos parecían mirarle como a un rey que no puede incurrir en delito.

Anda que te anda Soapy llegó a una avenida transversal donde el resplandor y el tumulto casi habían desaparecido, y se encaminó a Madison Square, ya que el instinto hogareño persiste aunque el hogar sea un banco del parque.

Pero en una esquina tranquila, de una tranquilidad desacostumbrada, Soapy se detuvo un momento. Alzábase allí una vieja iglesia, una iglesia pintoresca, de trazado irregular y con buhardillas en el tejado. A través de una vidriera violeta se difundía una luz suave, a cuyo resplandor sin duda el organista jugueteaba con los registros, cerciorándose de su perfecto conocimiento de la antífona que habría de interpretar el próximo domingo. Así llegó a los oídos de Soapy una dulce música que le cautivó y le mantuvo pegado a los caprichosos dibujos de la reja de hierro.

La luna resplandecía serena en el cenit; vehículos y peatones eran escasos; piaban los gorriones soñolientos en los aleros, y por

un momento hubiérase creído que la escena correspondía al cementerio de una parroquia rural. La antífona que tocaba el organista mantenía a Soapy prácticamente soldado con la reja de hierro, ya que la conocía muy bien, la conocía de aquellos tiempos que colmaban su vida de cosas como madres, rosas, ambiciones, amigos, sentimientos, cuellos de camisa inmaculados...

La combinación de la receptiva disposición espiritual de Soapy con el influjo que aureolaba la vieja iglesia operó en su alma un cambio súbito y prodigioso. Consideró con indecible horror la sima en que había caído, sus días de degradación, de indignos deseos, sus esperanzas muertas, sus facultades arruinadas, las bajas motivaciones que guiaban su existencia.

Y en el mismo instante su corazón respondió estremecido a ese nuevo estado de ánimo. Un impulso instantáneo y poderoso le animó a luchar contra su destino sin esperanza. Se levantaría del fango; haría de sí mismo un hombre nuevo; expulsaría al demonio que había tomado posesión de él. Quedaba tiempo; aún era relativamente joven: resucitaría sus viejas y vehementes ambiciones y las seguiría sin un desmayo. Aquellas notas de órgano, solemnes, llenas empero de dulzura, habían operado en él una revolución. Mañana iría al tumultuoso barrio comercial a pedir trabajo. Cierto importador de pieles le ofreció una vez un puesto de conductor; mañana iría a verle y le pediría el empleo. Sería algo en el mundo. Sería...

Soapy sintió que una mano se apoyaba en su brazo. Se volvió rápidamente y se enfrentó con la ancha cara de un policía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el guardia.

—Nada —dijo Soapy.

—Entonces, vamos —concluyó el policía.

—Tres meses en la Isla —sentenció el juez del tribunal de distrito a la mañana siguiente.

LA MORTAJA

MIGUEL DELIBES/ESPAÑA



EL VALLE, en rigor, no era tal valle sino una polvorienta cuenca delimitada por unos tesos blancos e inhóspitos. El valle, en rigor, no daba sino dos estaciones: invierno y verano y ambas eran extremosas, agrias, casi despiadadas. Al finalizar mayo comenzaba a descender de los cerros de greda un calor denso y enervante, como una lenta invasión de lava, que en pocas semanas absorbía las últimas humedades del invierno. El lecho de la cuenca, entonces, empezaba a cuartearse por falta de agua y el río se encogía sobre sí mismo y su caudal pasaba en pocos días de una opacidad lora y espesa a una verdosidad de botella casi transparente. El trigo, fustigado por el sol, espigaba y maduraba apenas granado y a primeros de junio la cuenca únicamente conservaba dos notas verdes: la enmarañada fronda de las riberas del río y el emparrado que sombreaba la mayor de las tres edificaciones que se levantaban próximas a la corriente. El resto de la cuenca asumía una agónica amarillez de desierto. Era el calor y bajo él se hacía la siembra de los melonares, se segaba el trigo, y la codorniz, que había llegado con los últimos fríos de la Baja Extremadura, abandonaba los nidos y buscaba el frescor en las altas pajas de los ribazos. La cuenca parecía emanar un aliento fumoso, hecho de insignificantes partículas de greda y de polvillo de trigo. Y en invierno y verano, la casa grande, flanqueada por el emparrado, emitía un «bom-bom» acompasado, casi siniestro, que era como el latido de un enorme corazón.

El niño jugaba en el camino, junto a la casa blanca, bajo el sol,

y sobre los trigales, a su derecha, el cernícalo aleteaba sin avanzar, como si flotase en el aire, cazando insectos. La tarde cubría la cuenca compasivamente y el hombre que venía de la falda de los cerros, con la vieja chaqueta desmayada sobre los hombros, pasó por su lado, sin mirarle, empujó con el pie la puerta de la casa y casi a ciegas se desnudó y se desplomó en el lecho sin abrirlo. Al momento, casi sin transición, empezó a roncar arrítmicamente.

El Senderines, el niño, le siguió con los ojos hasta perderle en el oscuro agujero de la puerta; al cabo reanudó sus juegos.

Hubo un tiempo en que al niño le descorazonaba que sus amigos dijeran de su padre que tenía nombre de mujer; le humillaba que dijeran eso de su padre, tan fornido y poderoso. Años antes, cuando sus relaciones no se habían enfriado del todo, el Senderines le preguntó si Trinidad era, en efecto, nombre de mujer. Su padre había respondido:

—Las cosas son según las tomes. Trinidad son tres dioses y no tres diosas, ¿comprendes? De todos modos mis amigos me llaman Trino para evitar confusiones.

El Senderines, el niño, se lo dijo así a Canor. Andaban entonces reparando la carretera y solían sentarse al caer la tarde sobre los bidones de alquitrán amontonados en las cunetas. Más tarde, Canor abandonó la Central y se marchó a vivir al pueblo a casa de unos parientes. Sólo venía por la Central durante las Navidades.

Canor, en aquella ocasión, se las mantuvo tiesas e insistió que Trinidad era nombre de mujer como todos los nombres que terminaban en «dad» y que no conocía un solo nombre que terminara en «dad» y fuera nombre de hombre. No transigió, sin embargo:

—Bueno —dijo, apurando sus razones—. No hay mujer que pese más de cien kilos, me parece a mí. Mi padre pesa más de cien kilos.

Todavía no se bañaban las tardes de verano en la gran balsa que formaba el río, junto a la Central, porque ni uno ni otro sabían sostenerse sobre el agua. Ni osaban pasar sobre el muro de cemento al otro lado del río porque una vez que el Senderines lo intentó sus pies resbalaron en el verdín y sufrió una descalabradura. Tampoco el río encerraba por aquel tiempo alevines de carpa ni lucios porque aún no los habían traído de Aranjuez. El río sólo daba por entonces barbos espinosos y alguna tenca, y Ovi, la mujer de Goyo, aseguraba

que tenían un asqueroso gusto a cieno. A pesar de ello, Goyo dejaba pasar las horas sentado sobre la presa, con la caña muerta en los dedos, o buscando pacientemente ovas o gusanos para encarnar el anzuelo. Canor y el Senderines solían sentarse a su lado y le observaban en silencio. A veces el hilo se tensaba, la punta de la caña descendía hacía el río y entonces Goyo perdía el color e iniciaba una serie de movimientos precipitados y torpes. El barbo luchaba por su libertad pero Goyo tenía previstas alevosamente cada una de sus reacciones. Al fin, el pez terminaba por reposar su fatiga sobre el muro y Canor y el Senderines le hurgaban cruelmente en los ojos y la boca con unos juncos hasta que le veían morir.

Más tarde los prohombres de la reproducción piscícola aportaron al río alevines de carpa y pequeños lucios. Llegaron tres camiones de Aranjuez cargados de perolas con la recría, y allí la arrojaron a la corriente para que se multiplicasen. Ahora Goyo decía que los lucios eran voraces como tiburones y que a una lavandera de su pueblo uno de ellos le arrancó un brazo hasta el codo de una sola dentellada. El Senderines le había oído contar varias veces la misma historia y mentalmente decidió no volver a bañarse sobre la quieta balsa de la represa. Mas una tarde pensó que los camiones de Aranjuez volcaron su carga sobre la parte baja de la represa y bañándose en la balsa no había por qué temer. Se lo dijo así a Goyo y Goyo abrió mucho los ojos y la boca, como los peces en la agonía, para explicarle que los lucios, durante la noche, daban brincos como títeres y podían salvar alturas de hasta más de siete metros. Dijo también que algunos de los lucios de Aranjuez estarían ya a más de veinte kilómetros río arriba porque eran peces muy viajeros. El Senderines pensó, entonces, que la situación era grave. Esa noche soñó que se despertaba y al asomarse a la ventana sobre el río, divisó un ejército de lucios que saltaban la presa contra corriente; sus cuerpos fosforescían con un lúgubre tono cárdeno, como de fuego fatuo, a la luz de la luna. Le dominó un oscuro temor. No le dijo nada a su padre, sin embargo. A Trinidad le irritaba que mostrase miedo hacia ninguna cosa. Cuando muy chico solía decirle:

—No vayas a ser como tu madre que tenía miedo de los truenos y las abejas. Los hombres no sienten miedo de nada.

Su madre acababa de morir entonces. El Senderines tenía una

idea confusa de este accidente. Mentalmente le relacionaba con el piar frenético de los gorriones nuevos y el zumbido incesante de los tábanos en la tarde. Aún recordaba que el doctor le había dicho:

—Tienes que comer, muchacho. A los niños flacos les ocurre lo que a tu madre.

El Senderines era flaco. Desde aquel día le poseyó la convicción de que estaba destinado a morir joven; le sucedería lo mismo que a su madre. En ocasiones, Trinidad le remangaba pacientemente las mangas de la blusita y le tanteaba el brazo, por abajo y por arriba:

—¡Bah! ¡Bah! —decía, decepcionado.

Los bracitos del Senderines eran entecos y pálidos. Trino buscaba en ellos, en vano, el nacimiento de la fuerza. Desde entonces su padre empezó a despreciarle. Perdió por él la ardorosa debilidad de los primeros años. Regresaba de la Central malhumorado y apenas si le dirigía la palabra. Al comenzar el verano le dijo:

—¿Es que no piensas bañarte más en la balsa, tú?

El Senderines frunció el ceño; se azoró:

—Baja mucha porquería de la fábrica, padre —dijo.

Trino sonrió; antes que sonrisa era la suya una mueca displicente:

—Los lucios se comen a los niños crudos ¿no es eso?

El Senderines humilló los ojos. Cada vez que su padre se dirigía a él y le miraba de frente le agarraba la sensación de que estaba descubriendo hasta sus pensamientos más recónditos.

La C.E.S.A. montó una fábrica río arriba años atrás. El Senderines sólo había ido allá una vez, la última primavera, y cuando observó cómo la máquina aquella trituraba entre sus feroces mandíbulas troncos de hasta un metro de diámetro con la misma facilidad que si fuesen barquillos, pensó en los lucios y empezó a temblar. Luego la C.E.S.A. soltaba los residuos de su digestión en la corriente y se formaban en la superficie unos montoncitos de espuma blanquiazul semejantes a icebergs. A el Senderines no le repugnaban las espumas pero le recordaban la proximidad de los lucios y temía al río. Frecuentemente, el Senderines, atrapaba alguno de aquellos icebergs y hundía en ellos sus bracitos desnudos, desde la orilla. La espuma le producía cosquillas en las caras posteriores de los antebrazos y ello le

hacía reír. La última Navidad, Canor y él orinaron sobre una de aquellas pellas y se deshizo como si fuese de nieve.

Pero su padre seguía conminándole con los ojos. A veces el Senderines pensaba que la mirada y la corpulencia de Dios serían semejantes a las de su padre.

—La balsa está muy sucia, padre —repitió sin la menor intención de persuadir a Trinidad, sino para que cesase de mirarle.

—Ya. Los lucios andan por debajo esperando atrapar la tierna piernecita de un niño. ¿A que es eso?

Ahora Trinidad acababa de llegar borracho como la mayor parte de los sábados y roncaba desnudo sobre las mantas. Hacía calor y las moscas se posaban sobre sus brazos, sobre su rostro, sobre su pecho reluciente de sudor, mas él no se inmutaba. En el camino, a pocos pasos de la casa, el Senderines manipulaba la arcilla e imprimía al barro las formas más diversas. Le atraía la plasticidad del barro. A el Senderines le atraía todo aquello cuya forma cambiase al menor accidente. La monotonía, la rigidez de las cosas le abrumaba. Le placían las nubes, la maleable ductilidad de la arcilla húmeda, los desperdicios blancos de la C.E.S.A., el trigo molido entre los dientes. Años atrás, llegaron los Reyes Magos desde el pueblo más próximo, montados en borricos, y le dejaron, por una vez, un juguete en la ventana. El Senderines lo destrozó en cuanto lo tuvo entre las manos; él hubiera deseado cambiarlo. Por eso le placía moldear el barro a su capricho, darle una forma e, inmediatamente, destruirla.

Cuando descubrió el yacimiento junto al chorro del abrevadero, Conrado regresaba al pueblo después de su servicio en la Central:

—A tu padre no va a gustarle ese juego, ¿verdad que no? —dijo.

—No lo sé —dijo el niño cándidamente.

—Los rapaces siempre andáis inventando diabluras. Cualquier cosa antes que cumplir vuestra obligación.

Y se fue, empujando la bicicleta del sillín, camino arriba. Nunca la montaba hasta llegar a la carretera. El Senderines no le hizo caso. Conrado alimentaba unas ideas demasiado estrechas sobre los deberes de cada uno. A su padre le daba de lado que él se distrajese de esta o de otra manera. A Trino lo único que le irritaba era que él fuese débil y que sintiese miedo de lo oscuro, de los lucios y de la Central. Pero el Senderines no podía remediarlo.

Cinco años antes su padre le llevó con él para que viera por dentro la fábrica de luz. Hasta entonces él no había reparado en la mágica transformación. Consideraba la Central, con su fachada ceñida por la vieja parra, como un elemento imprescindible de su vida. Tan sólo sabía de ella lo que Conrado le dijo en una ocasión:

—El agua entra por esta reja y dentro la hacemos luz; es muy sencillo.

El pensaba que dentro existirían unas enormes tinas y que Conrado, Goyo y su padre apalearían el agua incansablemente hasta que de ella no quedase más que el brillo. Luego se dedicarían a llenar bombillas con aquel brillo para que, llegada la noche, los hombres tuvieran luz. Por entonces el «bom-bom» de la Central le fascinaba. El creía que aquel fragor sostenido lo producía su padre y sus compañeros al romper el agua para extraerle sus cristalinos brillantes. Pero no era así. Ni su padre, ni Conrado, ni Goyo, amasaban nada dentro de la fábrica. En puridad, ni su padre, ni Goyo, ni Conrado «trabajaban» allí; se limitaban a observar unas agujas, a oprimir unos botones, a mover unas palancas. El «bom-bom» que acompañaba su vida no lo producía, pues, su padre al desentrañar el agua, ni al sacarla lustre; el agua entraba y luego salía tan sucia como entrara. Nadie la tocaba. En lugar de unas tinas rutilantes, el Senderines se encontró con unos torvos cilindros negros adornados de calaveras por todas partes y experimentó un imponente pavor y rompió a llorar. Posteriormente, Conrado le explicó que del agua sólo se aprovechaba la fuerza; que bastaba la fuerza del agua para fabricar la luz. El Senderines no lo comprendía; a él no le parecía que el agua tuviera ninguna fuerza. Si es caso aprovecharía la fuerza de los barbos y de las tencas y de las carpas, que eran los únicos que luchaban desesperadamente cuando Goyo pretendía atraparlos desde la presa. Más adelante, pensó que el negocio de su padre no era un mal negocio porque don Rafael tenía que comprar el trigo para molerlo en su fábrica y el agua del río, en cambio, no costaba dinero. Más adelante aún, se enteró de que el negocio no era de su padre, sino que su padre se limitaba a aprovechar la fuerza del río, mientras el dueño del negocio se limitaba a aprovechar la fuerza de su padre. La organización del mundo se modificaba a los ojos de el Senderines; se le ofrecía como una confusa maraña.

A partir de su visita, el «bom-bom» de la Central cesó de agradarle. Durante la noche pensaba que eran las calaveras grabadas sobre los grandes cilindros negros las que aullaban. Conrado le había dicho que los cilindros soltaban rayos como las nubes de verano y que las calaveras querían decir que quien tocase allí se moriría en un instante y su cuerpo se volvería negro como el carbón. A el Senderines, la vecindad de la Central comenzó a obsesionarle. Una tarde, el verano anterior, la fábrica se detuvo de pronto y entonces se dio cuenta el niño de que el silencio tenía voz, una voz opaca y misteriosa que no podía resistirla. Corrió junto a su padre y entonces advirtió que los hombres de la Central se habían habituado a hablar a gritos para entenderse; que Conrado, la Ovi, y su padre, y Goyo, voceaban ya aunque en torno se alzara el silencio y se sintiese incluso el murmullo del agua en los sauces de la ribera.

El sol rozó la línea del horizonte y el Senderines dejó el barro, se puso en pie, y se sacudió formalmente las posaderas. En la base del cerro que hendía al sol se alzaban las blancas casitas de los obreros de la C.E.S.A. y en torno a ellas se elevaba como una niebla de polvillo blanquecino. El niño contempló un instante el agua de la balsa, repentinamente oscurecida en contraste con los tesos de greda, aún deslumbrantes, en la ribera opuesta. Sobre la superficie del río flotaban los residuos de la fábrica como espumas de jabón, y los cínifes empezaban a desperezarse entre las frondas de la orilla. El Senderines permaneció unos segundos inmóvil al sentir el zumbido de uno de ellos junto a sí. De pronto se disparó una palmada en la mejilla y al notar bajo la mano el minúsculo accidente comprendió que había hecho blanco y sonrió. Con los dedos índice y pulgar recogió los restos del insecto y los examinó cumplidamente; no había picado aún; no tenía sangre. La cabecera de la cama del niño constituía un muestrario de minúsculas manchas rojas. Durante el verano su primera manifestación de vida, cada mañana, consistía en ejecutar a los mosquitos que le habían atacado durante el sueño. Los despachurraba uno a uno, de un seco palmetazo, y luego se recreaba contemplando la forma y la extensión de la mancha en la pared y su imaginación recreaba figuras de animales. Jamás le traicionó su fantasía. Del palmetazo siempre salía algo y era aquella para él la más fascinante colección. Las noches húmedas sufría un desencanto. Los

mosquitos no abandonaban la fronda del río y en consecuencia, el niño, al despertar, paseaba su redonda mirada ávida, inútilmente, por los cuatro lienzos de pared mal encalada.

Se limpió los dedos al pantalón y entró en la casa. Sin una causa aparente, experimentó, de súbito, la misma impresión que el día que los cilindros de la fábrica dejaron repentinamente de funcionar. Presintió que algo fallaba en la penumbra aunque, de momento, no acertara a precisar qué. Hizo un esfuerzo para constatar que la Central seguía en marcha y acto seguido se preguntó qué echaba de menos dentro del habitual orden de su mundo. Trinidad dormía sobre el lecho y, a la declinante luz del crepúsculo, el niño descubrió, una a una, las cosas y las sombras que le eran familiares. Sin embargo, en la estancia aleteaba una fugitiva sombra nueva que el niño no acertaba a identificar. Le pareció que Trinidad estaba despierto, dada su inmovilidad excesiva, y pensó que aguardaba a reconvenirle por algo y el niño, agobiado por la tensión, decidió afrontar directamente su mirada:

—Buenas tardes, padre —dijo, aproximándose a la cabecera del lecho.

Permaneció clavado allí, inmóvil, esperando. Mas Trino no se enteró y el niño parpadeaba titubeante, poseído de una sumisa confusión. Apenas divisiba a su padre, de espaldas a la ventana; su rostro era un indescifrable juego de sombras. Precisaba, no obstante, su gran masa afirmando el peso sobre el jergón. Su desnudez no le turbaba. Trino le dijo dos veranos antes: «Todos los hombres somos iguales». Y, por primera vez, se tumbó desnudo sobre el lecho y a el Senderines no le deslumbró sino el oscuro misterio del vello. No dijo nada ni preguntó nada porque intuía que todo aquello, como la misma necesidad de trabajar, era una primaria cuestión de tiempo. Ahora esperaba, como entonces, y aún demoró unos instantes el dar la luz; y lo hizo cuando estuvo persuadido de que su padre no tenía nada que decirle. Pulsó el conmutador y al hacerse la claridad en la estancia bajó la noche a la ventana. Entonces se volvió y distinguió la mirada queda y mecánica del padre; sus ojos desorbitados y vidriosos. Estaba inmóvil como una fotografía. De la boca, crispada patéticamente, escurría un hilillo de baba, junto al que reposaban dos moscas. Otra inspeccionaba confiadamente los orificios de su nariz.

El Senderines supo que su padre estaba muerto, porque no había estornudado. Torpe, mecánicamente, fue reculando hasta sentir en el trasero el golpe de la puerta. Entonces volvió a la realidad. Permaneció inmóvil, indeciso, mirando sin pestañear el cadáver desnudo. A poco retornó lentamente sobre sus pasos, levantó la mano y espantó las moscas, poniendo cuidado en no tocar a su padre. Una de las moscas tornó sobre el cadáver y el niño la volvió a espantar. Percibía con agobiadora insistencia el latido de la Central y era como una paradoja aquel latido sobre un cuerpo muerto. A el Senderines le suponía un notable esfuerzo pensar; prácticamente se agotaba pensando en la perentoria necesidad de pensar. No quería sentir miedo, ni sorpresa. Permaneció unos minutos agarrado a los pies de hierro de la cama, escuchando su propia respiración. Trino siempre aborreció que él tuviese miedo y aun cuando en la vida jamás se esforzó el Senderines en complacerle, ahora lo deseaba porque era lo último que podía darle. Por primera vez en la vida, el niño se sentía ante una responsabilidad y se esforzaba en ver en aquellos ojos enloquecidos, en la boca pavorosamente inmóvil, los rasgos familiares. De súbito, entre las pajas del borde del camino empezó a cantar un grillo cebollero y el niño se sobresaltó, aunque el canto de los cebolleros de ordinario le agradaba. Descubrió al pie del lecho las ropas del padre y con la visión le asaltó el deseo apremiante de vestirle. Le avergonzaba que la gente del pueblo pudiera descubrirle así a la mañana siguiente. Se agachó junto a la ropa y su calor le estremeció. Los calcetines estaban húmedos y agujereados, conservaban aún la huella de un pie vivo, pero el niño se aproximó al cadáver, con los ojos levemente espantados, y desmanotadamente se los puso. Ahora sentía en el pecho los duros golpes del corazón, lo mismo que cuando tenía calentura. El Senderines evitaba pasar la mirada por el cuerpo desnudo. Acababa de descubrir que metiéndose de un golpe en el miedo, cerrando los ojos y apretando la boca, el miedo huía como un perro acobardado.

Vaciló entre ponerle o no los calzoncillos, cuya finalidad le parecía inútil, y al fin se decidió por prescindir de ellos porque nadie iba a advertirlo. Tomó los viejos y parcheados pantalones de dril e intentó levantar la pierna derecha de Trinidad, sin conseguirlo. Depositó entonces los pantalones al borde de la cama y tiró de la pierna muerta

hacia arriba con las dos manos, mas cuando soltó una de ellas para aproximar aquellos, el peso le venció y la pierna se desplomó sobre el lecho, pesadamente. A la puerta de la casa, dominando el sordo bramido de la Central, cantaba enojosamente el grillo. De los trigales llegaba amortiguado el golpeteo casi mecánico de una codorniz. Eran los ruidos de cada noche y el Senderines, a pesar de su circunstancia, no podía darles una interpretación distinta. El niño empezó a sudar. Había olvidado el significado de sus movimientos y sólo reparaba en la resistencia física que se oponía a su quehacer. Se volvió de espaldas al cadáver, con la pierna del padre prendida por el tobillo, y de un solo esfuerzo consiguió montarla sobre su hombro derecho. Entonces, cómodamente, introdujo el pie por la pernera y repitió la operación con la otra pierna. El Senderines sonreía ahora, a pesar de que el sudor empapaba su blusa y los rufos cabellos se le adherían obstinadamente a la frente. Ya no experimentaba temor alguno, si es caso el temor de tropezar con un obstáculo irreductible. Recordó súbitamente, cómo, de muy niño, apremiaba a su padre para que le explicase la razón de llamarle Senderines. Trino aún no había perdido su confianza en él. Le decía:

—Siempre vas buscando las veredas como los conejos; eres lo mismo que un conejo.

Ahora que el Senderines intuía su abandono lamentó no haberle preguntado cuando aún era tiempo su verdadero nombre. El no podría marchar por el mundo sin un nombre cristiano, aunque en realidad ignorase qué clase de mundo se abría tras el teso pelado que albergaba a los obreros de la C.E.S.A. La carretera se perdía allí y él había oído decir que la carretera conducía a la ciudad. Una vez le preguntó a Conrado qué había detrás del teso y Conrado dijo:

—Mejor es que no lo sepas nunca. Detrás está el pecado.

El Senderines acudió a Canor durante las Navidades. Canor le dijo abriendo desmesuradamente los ojos:

—Están las luces y los automóviles y más hombres que cañas en ese rastrojo.

Senderines no se dio por satisfecho:

—¿Y qué es el pecado? —demandó con impaciencia.

Canor se santiguó. Agregó confidencialmente:

—El maestro dice que el pecado son las mujeres.

El Senderines se imaginó a las mujeres de la ciudad vestidas de luto y con una calavera amarilla prendida sobre cada pecho. A partir de entonces, la proximidad de la Ovi, con sus brazos deformes y sus párpados rojos, le sobrecogía.

Había conseguido levantar los pantalones hasta los muslos velludos de Trino y ahí se detuvo. Jadeaba. Tenía los deditos horizontalmente cruzados de líneas rojas, como los muslos cuando se sentaba demasiado tiempo sobre las costuras del pantalón. Su padre le parecía de pronto un extraño. Su padre se murió el día que le mostró la fábrica y él rompió a llorar al ver las turbinas negras y las calaveras. Pero esto era lo que quedaba de él y había que cubrirlo. El debía a su padre la libertad, ya que todos los padres que él conocía habían truncado la libertad de sus hijos enviándolos al taller o a la escuela. El suyo no le privó de su libertad y el Senderines no indagaba los motivos; agradecía a su padre el hecho en sí.

Intentó levantar el cadáver por la cintura, en vano. La codorniz cantaba ahora más cerca. El Senderines se limpió el sudor de la frente con la bocamanga. Hizo otro intento. «Cagüen» —murmuró—. De súbito se sentía impotente; presentía que había alcanzado el tope de sus posibilidades. Jamás lograría colocar los pantalones en su sitio. Instintivamente posó la mirada en el rostro del padre y vio en sus ojos todo el espanto de la muerte. El niño, por primera vez en la noche, experimentó unos atropellados deseos de llorar. «Algo le hace daño en alguna parte», pensó. Pero no lloró por no aumentar su daño, aunque le empujaba a hacerlo la conciencia de que no podía aliviarlo. Levantó la cabeza y volvió los ojos atemorizados por la pieza. El Senderines reparó en la noche y en su soledad. Del cauce ascendía el rumor fragoroso de la Central acentuando el silencio y el niño se sintió desconcertado. Instintivamente se separó unos metros de la cama; durante largo rato permaneció en pie, impasible, con los escuálidos bracitos desmayados a lo largo del cuerpo. Necesitaba una voz y sin pensarlo más se acercó a la radio y la conectó. Cuando nació en la estancia y se fue agrandando una voz nasal ininteligible, el Senderines clavó sus ojos en los del muerto y todo su cuerpecillo se tensó. Apagó el receptor porque se le hacía que era su padre quien hablaba de esa extraña manera. Intuyó que iba a gritar y paso a paso fue reculando sin cesar de observar el cadáver. Cuando notó en la

espalda el contacto de la puerta suspiró y sin volverse buscó a tientas el pomo y abrió aquella de par en par.

Salió corriendo a la noche. El cebollero dejó de cantar al sentir sus pisadas en el sendero. Del río ascendía una brisa tibia que enfriaba sus ropas húmedas. Al alcanzar el almorrón el niño se detuvo. Del otro lado del campo de trigo veía brillar la luz de la casa de Goyo. Respiró profundamente. El le ayudaría y jamás descubriría a nadie que vio desnudo el cuerpo de Trino. El grillo reanudó tímidamente el cri-cri a sus espaldas. Según caminaba, el Senderines descubrió una lucecita entre los yerbajos de la vereda. Se detuvo, se arrodilló en el suelo y apartó las pajas. «Oh, una luciérnaga» —se dijo, con una alegría desproporcionada—. La tomó delicadamente entre sus dedos y con la otra mano extrajo trabajosamente del bolsillo del pantalón una cajita de betún con la cubierta horadada. Levantó la cubierta con cuidado y la encerró allí. En la linde del trigal tropezó con un montón de piedras. Algunas, las más blancas, casi fosforescían en las tinieblas. Tomó dos y las hizo chocar con fuerza. Las chispas se desprendían con un gozoso y efímero resplandor. La llamada insolente de la codorniz, a sus pies, le sobresaltó. El Senderines continuó durante un rato frotando las piedras hasta que le dolieron los brazos de hacerlo; sólo entonces se llegó a la casa de Goyo y llamó con el pie.

La Ovi se sorprendió de verle.

—¿Qué pintas tú aquí a estas horas? —dijo—. Me has asustado.

El Senderines, en el umbral, con una piedra en cada mano, no sabía qué responder. Vio desplazarse a Goyo al fondo de la habitación, desenmarañando un sedal.

—¿Ocurre algo? —voceó desde dentro.

A el Senderines le volvió inmediatamente la lucidez. Dijo:

—¿Es que vas a pescar lucios mañana?

—Bueno —gruñó Goyo aproximándose—. No te habrá mandado tu padre a estas horas a preguntar si voy a pescar mañana o no, ¿verdad?

A el Senderines se le quebró la sonrisa en los labios. Denegó con la cabeza, obstinadamente. Balbució al fin:

—Mi padre ha muerto.

La Ovi, que sujetaba la puerta, se llevó ambas manos a los labios:

—¡Ave María! ¿Qué dices? —dijo. Había palidecido.

Dijo Goyo:

—Anda, pasa y no digas disparates. ¿Qué esperas ahí a la puerta con una piedra en cada mano? ¿Dónde llevas esas piedras? ¿Estás tonto?

El Senderines se volvió y arrojó los guijarros a lo oscuro, hacia la linde del trigal, donde la codorniz cantaba. Luego franqueó la puerta y contó lo que había pasado. Goyo estalló; hablaba a voces con su mujer, con la misma tranquilidad que si el Senderines no existiese:

—Ha reventado, eso. ¿Para qué crees que tenemos la cabeza sobre los hombros? Bueno, pues a Trino le sobraba. Esta tarde disputó con Baudilio sobre quién de los dos comía más. Pagó Baudilio, claro. Y ¿sabes qué se comió el Trino? Dos docenas de huevos para empezar; luego se zampó un cochinillo y hasta royó los huesos y todo. Yo le decía: «Para ya». Y ¿sabes qué me contestó? Me dice: «Tú a esconder, marrano». Se había metido ya dos litros de vino y no sabía lo que se hacía. Y es lo que me digo, si no saben beber es mejor que no lo hagan. Le está bien empleado ¡eso es todo lo que se me ocurre!

Goyo tenía los ojos enloquecidos, y según hablaba, su voz adquiría unos trémolos extraños. Era distinto a cuando pescaba. En todo caso tenía cara de pez. De repente se volvió al niño, le tomó de la mano y tiró de él brutalmente hacia dentro de la casa. Luego empujó la puerta de un puntapié. Voceó, como si el Senderines fuera culpable de algo:

—Luego me ha dado dos guantadas ¿sabes? Y eso no se lo perdono yo ni a mi padre, que gloria haya. Si no sabe beber que no beba. Al fin y al cabo yo no quería jugar y él me obligó a hacerlo. Y si le había ganado la apuesta a Baudilio, otras veces tendremos que perder, digo yo. La vida es así. Unas veces se gana y otras se pierde. Pero él, no. Y va y me dice: «¿Tienes triunfo?» Y yo le digo que sí, porque era cierto, y el Baudilio terció entonces que la lengua en el culo y que para eso estaban las señas. Pero yo dije que sí y él echó una brisca y Baudilio sacudió el rey pero yo no tenía para matar al rey aunque tenía triunfo y ellos se llevaron la baza.

Goyo jadeaba. El sudor le escurría por la piel lo mismo que cuando luchaba con los barbos desde la presa. Le exaltaba una irritación creciente a causa de la conciencia de que Trino estaba muerto y no

podía oírle. Por eso voceaba a el Senderines en la confianza de que algo le llegara al otro y el Senderines le miraba atónito, enervado por una dolorosa confusión. La Ovi permanecía muda, con las chatas manos levemente crispadas sobre el respaldo de una silla. Goyo vociferó:

—Bueno, pues Trino, sin venir a cuento, se levanta y me planta dos guantadas. Así, sin más; va y me dice: «Toma y toma, por tu triunfo». Pero yo sí tenía triunfo, lo juro por mi madre, aunque no pudiera montar al rey, y se lo enseñé a Baudilio y se puso a reír, a lo bobo, y yo le dije a Trino que era un mermado y él se puso a vocear que me iba a pisar los hígados. Y yo me digo que un hombre como él no tiene derecho a golpear a nadie que no pese cien kilos, porque es lo mismo que si pegase a una mujer. Pero estaba cargado y quería seguir golpeándome y entonces yo me despaché a mi gusto y me juré por estas que no volvería a mirarle a la cara así se muriera. ¿Comprendes ahora?

Goyo montó los pulgares en cruz y se los mostró insistentemente a el Senderines, pero el Senderines no le comprendía.

—Lo he jurado por estas —agregó— y yo no puedo ir contigo ahora; ¿sabes? Me he jurado no dar un paso por él y esto es sagrado, ¿comprendes? Todo ha sido tal y como te lo digo.

Hubo un silencio. Al cabo, añadió Goyo, variando de tono:

—Quédate con nosotros hasta que le den tierra mañana. Duerme aquí; por la mañana bajas al pueblo y avisas al cura.

El Senderines denegó con la cabeza:

—Hay que vestirle —dijo—. Está desnudo sobre la cama.

La Ovi volvió a llevarse las manos a la boca:

—¡Ave María! —dijo.

Goyo reflexionaba. Dijo al fin, volviendo a poner en aspa los pulgares:

—¡Tienes que comprenderme! He jurado por estas no volver a mirarle a la cara y no dar un paso por él. Yo le estimaba, pero él me dio esta tarde dos guantadas sin motivo y ello no se lo perdono yo ni a mi padre. Ya está dicho.

Le volvió la espalda al niño y se dirigió al fondo de la habitación. El Senderines vaciló un momento: «Bueno», dijo. La Ovi salió detrás de él a lo oscuro. De pronto, el Senderines sentía frío. Había

pasado mucho calor tratando de vestir a Trino y, sin embargo, ahora, le castañeteaban los dientes. La Ovi le agarró por un brazo; hablaba nerviosamente:

—Escucha, hijo. Yo no quería dejarte solo esta noche, pero me asustan los muertos. Esta es la pura verdad. Me dan miedo las manos y los pies de los muertos. Yo no sirvo para eso.

Miraba a un lado y a otro empavorecida. Agregó:

—Cuando lo de mi madre tampoco estuve y, ya ves, era mi madre y era en mí una obligación. Luego me alegré porque mi cuñada me dijo que al vestirla después de muerta todavía se quejaba. ¡Ya ves tú! ¿Tú crees, hijo, que es posible que se queje un muerto? Con mi tía también salieron luego con que si la gata estuvo hablando sola tendida a los pies de la difunta. Cuando hay muertos en las casas suceden cosas muy raras y a mí me da miedo y sólo pienso en que llegue la hora del entierro para descansar.

El resplandor de las estrellas caía sobre su rostro espantado y también ella parecía una difunta. El niño no respondió. Del ribazo llegó el golpeteo de la codorniz dominando el sordo estruendo de la Central.

—¿Qué es eso? —dijo la mujer, electrizada.

—Una codorniz —respondió el niño.

—¿Hace así todas las noches?

—Sí.

—¿Estás seguro?

Ella contemplaba sobrecogida el leve oleaje del trigal.

—Sí.

Sacudió la cabeza:

—¡Ave María! Parece como si cantara aquí mismo; debajo de mi saya.

Y quiso reír, pero su garganta emitió un ronquido inarticulado. Luego se marchó.

El Senderines pensó en Conrado porque se le hacía cada vez más arduo regresar solo al lado de Trino. Vagamente temía que se quejase si él volvía a manipular con sus piernas o que el sarnoso gato de la Central, que miraba talmente como una persona, se hubiera acostado a los pies de la cama y estuviese hablando. Conrado trató de tranquilizarle. Le dijo:

Que los muertos, a veces, conservan aire en el cuerpo y al doblarles por la cintura chillan porque el aire se escapa por arriba o por abajo, pero que, bien mirado, no pueden hacer daño.

Que los gatos en determinadas ocasiones parece ciertamente que en lugar de «miau» dicen «mío», pero te vas a ver y no han dicho más que «miau» y eso sin intención.

Que la noticia le había dejado como sin sangre, esta es la verdad, pero que estaba amarrado al servicio como un perro, puesto que de todo lo que ocurriese en su ausencia era él el único responsable.

Que volviera junto a su padre, se acostara y esperase allí, ya que a las seis de la mañana terminaba su turno y entonces, claro, iría a casa de Trino y le ayudaría.

Cuando el niño se vio de nuevo solo junto a la balsa se arrodilló en la orilla y sumergió sus bracitos desnudos en la corriente. Los residuos de la C.E.S.A. resaltaban en la oscuridad y el Senderines arrancó un junco y trató de atraer el más próximo. No lo consiguió y, entonces, arrojó el junco lejos y se sentó en el suelo contrariado. A su derecha, la reja de la Central absorbía ávidamente el agua, formando unos tumultuosos remolinos. El resto del río era una superficie bruñida, inmóvil, que reflejaba los agujeritos luminosos de las estrellas. Los chopos de las márgenes volcaban una sombra tenue y fantasmal sobre las aguas quietas. El cebollero y la codorniz apenas se oían ahora, eclipsadas sus voces por las gárgaras estruendosas de la Central. El Senderines pensó con pavor en los lucios y, luego, en la necesidad de vestir a su padre, pero los amigos de su padre o habían dejado de serlo, o estaban afanados, o sentían miedo de los muertos. El rostro del niño se iluminó de pronto, extrajo la cajita de betún del bolsillo y la entreabrió. El gusano brillaba con un frío resplandor verdiamarillo que reverberaba en la cubierta plateada. El niño arrancó unas briznas de hierba y las metió en la caja. «Este bicho tiene que comer —pensó—, si no se morirá también», Luego tomó una pajita y la aproximó a la luz; la retiró inmediatamente y observó el extremo y no estaba chamuscado y él imaginó que aún era pronto y volvió a incrustarla en la blanda fosforescencia del animal. El gusano se retorcía impotente en su prisión. Súbitamente, el Senderines se incorporó y, a pasos rápidos, se en-

caminó a la casa. Sin mirar el lecho con el muerto, se deslizó hasta la mesilla de noche y una vez allí colocó la luciérnaga sobre el leve montoncito de yerbas, apagó la luz y se dirigió a la puerta para estudiar el efecto. La puntita del gusano rutilaba en las tinieblas y el niño entreabrió los labios en una semisonrisa. Se sentía más conforme. Luego pensó que debería cazar tres luciérnagas más para disponer una en cada esquina de la cama y se complació previendo el conjunto.

De pronto, oyó cantar abajo, en el río, y olvidó sus proyectos. No tenía noticia de que el Pernales hubiera llegado. El Pernales bajaba cada verano a la Cascajera a fabricar piedras para los trillos. No tenía otros útiles que un martillo rudimentario y un pulso matemático para golpear los guijarros del río. A su golpe estos se abrían como rajas de sandía y los bordes de los fragmentos eran agudos como hojas de afeitar. Canor y él, antaño, gustaban de verle afanar, sin precipitaciones, con la colilla apagada fija en el labio inferior, el parcheado sombrero sobre los ojos, canturreando perezosamente. Las tórtolas cruzaban de vez en cuando sobre el río como ráfagas; y los peces se arrimaban hasta el borde del agua sin recelos porque sabían que el Pernales era inofensivo.

Durante el invierno, el Pernales desaparecía. Al concluir la recolección, cualquier mañana, el Pernales ascendía del cauce con un hatillo en la mano y se marchaba carretera adelante, hacia los tesos, canturreando. Una vez, Conrado dijo que le había visto vendiendo confituras en la ciudad, a la puerta de un cine. Pero Baudilio, el capataz de la C.E.S.A., afirmaba que el Pernales pasaba los meses fríos mendigando de puerta en puerta. No faltaba quien decía que el Pernales invernaba en el Africa como las golondrinas. Lo cierto es que al anunciarse el verano llegaba puntualmente a la Cascajera y reanudaba el oficio interrumpido ocho meses antes.

El Senderines escuchaba cantar desafinadamente más abajo de la presa, junto al puente; la voz del Pernales ahuyentaba las sombras y los temores y hacía solubles todos los problemas. Cerró la puerta y tomó la vereda del río. Al doblar el recodo divisó la hoguera bajo el puente y al hombre inclinándose sobre el fuego sin cesar de cantar. Ya más próximo distinguió sus facciones rojizas, su barba de ocho días, su desastrada y elemental indumentaria. Sobre el pilar del

puente, un cartelón de brea decía: «Se benden pernales para trillos».

El hombre volvió la cara al sentir los pasos del niño:

—Hola —dijo—, entra y siéntate. ¡Vaya como has crecido! Ya eres casi un hombre. ¿Quieres un trago?

El niño denegó con la cabeza.

El Pernales empujó el sombrero hacia la nuca y se rascó prolongadamente:

—¿Quieres cantar conmigo? —preguntó—. Yo no canto bien, pero cuando me da la agonía dentro del pecho, me pongo a cantar y sale.

—No —dijo el niño.

—¿Qué quieres entonces? Tu padre el año pasado no necesitaba piedras. ¿Es que del año pasado a este se ha hecho tu padre un rico terrateniente? Ji, ji, ji.

El niño adoptó una actitud de gravedad.

—Mi padre ha muerto —dijo y permaneció a la expectativa.

El hombre no dijo nada; se quedó unos segundos perplejo, como hipnotizado por el fuego. El niño agregó:

—Está desnudo y hay que vestirle antes de dar aviso.

—!Ahí va! —dijo, entonces, el hombre y volvió a rascarse obstinadamente la cabeza. Le miraba ahora el niño de refilón. Súbitamente dejó de rascarse y añadió—: La vida es eso. Unos viven para enterrar a los otros que se mueren. Lo malo será para el que muera el último.

Los brincos de las llamas alteraban a intervalos la expresión de su rostro. El Pernales se agachó para arrimar al fuego una brazada de pinocha. De reojo observaba al niño. Dijo:

—El Pernales es un pobre diablo, ya lo sabemos todos. Pero eso no quita para que a cada paso la gente venga aquí y me diga: «Pernales, por favor, échame una mano», como si Pernales no tuviera más que hacer que echarle una mano al vecino. El negocio del Pernales no le importa a nadie; al Pernales, en cambio, tienen que importarle los negocios de los demás. Así es la vida.

Sobre el fuego humeaba un puchero y junto al pilar del puente se amontonaban las esquirlas blancas, afiladas como cuchillos. A la derecha, había media docena de latas abolladas y una botella. El Senderines observaba todo esto sin demasiada atención y cuando

vio al Pernales empinar el codo intuyó que las cosas terminarían por arreglarse:

—¿Vendrás? —preguntó el niño, al cabo de una pausa, con la voz quebrada.

El Pernales se frotó una mano con la otra en lo alto de las llamas. Sus ojillos se avivaron:

—¿Qué piensas hacer con la ropa de tu padre? —preguntó como sin interés—. Eso ya no ha de servirle. La ropa les queda a los muertos demasiado holgada; no sé lo que pasa, pero siempre sucede así.

Dijo el Senderines:

—Te daré el traje nuevo de mi padre si me ayudas.

—Bueno, yo no dije tal —agregó el hombre—. De todas formas si yo abandono mi negocio para ayudarte, justo es que me guardes una atención, hijo. ¿Y los zapatos? ¿Has pensado que los zapatos de tu padre no te sirven a ti ni para sombrero?

—Sí —dijo el niño—. Te los daré también.

Experimentaba, por primera vez, el raro placer de disponer de un resorte para mover a los hombres. El Pernales podía hablar durante mucho tiempo sin que la colilla se desprendiera de sus labios.

—Está bien —dijo. Tomó la botella y la introdujo en el abombado bolsillo de su chaqueta. Luego apagó el fuego con el pie—: Andando —agregó.

Al llegar al sendero, el viejo se volvió al niño:

—Si invitaras a la boda de tu padre no estarías solo —dijo—. Nunca comí yo tanto chocolate como en la boda de mi madre. Había allí más de cuatro docenas de invitados. Bueno, pues, luego se murió ella y allí nadie me conocía. ¿Sabes por qué, hijo? Pues porque no había chocolate.

El niño daba dos pasos por cada zancada del hombre, que andaba bamboleándose como un veterano contramaestre. Carraspeó, hizo como si masticase algo y por último escupió con fuerza. Seguidamente preguntó:

—¿Sabes escupir por el colmillo, hijo?

—No —dijo el niño.

—Has de aprenderlo. Un hombre que sabe escupir por el colmillo ya puede caminar solo por la vida.

El Pernales sonreía siempre. El niño le miraba atónito; se sentía fascinado por los huecos de la boca del otro.

—¿Cómo se escupe por el colmillo? —preguntó, interesado. Comprendía que ahora que estaba solo en el mundo le convenía aprender la técnica del dominio y la sugestión.

El hombre se agachó y abrió la boca y el niño metió la nariz por ella, pero no veía nada y olía mal. El Pernales se irguió:

—Está oscuro aquí, en casa te lo diré.

Mas en la casa dominaba la muda presencia de Trino, inmóvil, sobre la cama. Sus miembros se iban aplomando y su rostro, en tan breve tiempo, había adquirido una tonalidad cérea. El Pernales, al cruzar ante él, se descubrió e hizo un borroso ademán, como si se santiguara.

—¡Ahí va! —dijo—. No parece él; está como más flaco.

Al niño, su padre muerto le parecía un gigante. El Pernales divisó la mancha que había junto al embozo.

—Ha reventado ¿eh?

Dijo el Senderines:

—Decía el doctor que sólo se mueren los flacos.

—¡Vaya! —respondió el hombre—. ¿Eso dijo el doctor?

—Sí —prosiguió el niño.

—Mira —agregó el Pernales—. Los hombres se mueren por no comer o por comer demasiado.

Intentó colocar los pantalones en la cintura del muerto sin conseguirlo. De repente reparó en el montoncito de yerbas con la luciérnaga:

—¿Quién colocó esta porquería ahí? —dijo.

—¡No lo toques!

—¿Fuiste tú?

—Sí.

—¿Y qué pinta eso aquí?

—¡Nada; no lo toques!

El hombre sonrió.

—¡Echa una mano! —dijo—. Tu padre pesa como un camión.

Concentró toda su fuerza en los brazos y por un instante levantó el cuerpo, pero el niño no acertó a coordinar sus movimientos con los del hombre:

—Si estás pensando en tus juegos no adelantaremos nada —gruñó—. Cuando yo levante, echa la ropa hacia arriba, si no no acabaremos nunca.

De pronto, el Pernales reparó en el despertador en la repisa y se fue a él derechamente.

—¡Dios! ¡Ya lo creo que es bonito el despertador! ¿Sabes, hijo, que yo siempre quise tener un despertador igualito a este?

Le puso a sonar y su sonrisa desdentada se distendía conforme el timbre elevaba su estridencia. Se rascó la cabeza.

—Me gusta —dijo—. Me gusta por vivir.

El niño se impacientaba. La desnudez del cuerpo de Trinidad, su palidez de cera, le provocaban el vómito. Dijo:

—Te daré también el despertador si me ayudas a vestirle.

—No se trata de eso ahora, hijo —se apresuró el Pernales—. Claro que yo no voy a quitarte la voluntad si tienes el capricho de obsequiarme, pero yo no te he pedido nada, porque el Pernales si mueve una mano no extiende la otra para que le recompensen. Cuando el interés mueve a los hombres, el mundo marcha mal; es cosa sabida.

Sus ojillos despedían unas chispitas socarronas. Cantó la codorniz en el trigo y el Pernales se aquietó. Al concluir el ruido y reanudarse el monótono rumor de la Central, guiñó un ojo.

—Este va a ser un buen año de codornices —dijo—. ¿Sentiste con qué impaciencia llama la tía?

El niño asintió sin palabras y volvió los ojos al cadáver de su padre. Pero el Pernales no se dio por aludido.

—¿Dónde está el traje y los zapatos que me vas a regalar? —preguntó.

El Senderines le llevó al armario.

—Mira —dijo.

El hombre palpaba la superficie de la tela con sensual delectación.

—¡Vaya, si es un terno de una vez! —dijo—. Listado y color chocolate como a mí me gusta. Con él puesto no me va a conocer ni mi madre.

Sonreía. Agregó:

—La Paula, allá arriba, se va a quedar de una pieza cuando

me vea. Es estirada como una marquesa, hijo. Yo la digo: «Paula, muchacha, ¿dónde te pondremos que no te cague la mosca?» Y ella se enfada. Ji, ji, ji.

El Pernales se descalzó la vieja sandalia e introdujo su pie descalzo en uno de los zapatos.

—Me bailan, hijo. Tú puedes comprobarlo —sus facciones, bajo la barba, adoptaron una actitud entre preocupada y perpleja—. ¿Qué podemos hacer?

El niño reflexionó un momento.

—Ahí tiene que haber unos calcetines de listas amarillas —dijo al cabo—. Con ellos puestos te vendrán los zapatos más justos.

—Probaremos —dijo el viejo.

Sacó los calcetines de listas amarillas del fondo de un cajón y se vistió uno. En la punta se le formaba una bolsa vacía.

—Me están que ni pintados, hijo.

Sonreía. Se calzó el zapato y se lo abrochó; luego estiró la pierna y se contempló con una pícara expresión de complacencia. Parecía una estatua con un pedestal desproporcionado.

—¿Crees tú que Paula querrá bailar conmigo, ahora, hijo?

A sus espaldas, Trino esperaba pacientemente, resignadamente, que cubriera su desnudez. A el Senderines empezaba a pesarle el sueño sobre las cejas. Se esforzaba en mantener los ojos abiertos y, a cada intento, experimentaba la sensación de que los globos oculares se dilataban y oprimían irresistiblemente los huecos de sus cuencas. La inmovilidad de Trino, el zumbido de la Central, la voz del Pernales, el golpeteo de la codorniz, eran incitaciones casi invencibles al sueño. Mas él sabía que era preciso conservarse despierto, siquiera hasta que el cuerpo de su padre estuviera vestido.

El Pernales se había calzado el otro pie y se movía ahora con el equilibrio inestable de quien por primera vez calza zuecos. De vez en cuando, la confortabilidad inusitada de sus extremidades tiraba de sus pupilas y él entonces cedía, bajaba los ojos, y se recreaba en el milagro, con un asomo de vanidosa complacencia. Advirtió, súbitamente, la impaciencia del pequeño, se rascó la cabeza y dijo:

—¡Vaaaya! A trabajar. No me distraigas, hijo.

Se aproximó al cadáver e introdujo las dos manos bajo la cintura. Advirtió:

—Estate atento y tira del pantalón hacia arriba cuando yo le levante.

Pero no lo logró hasta el tercer intento. El sudor le chorreaba por las sienes. Luego, cuando abotonaba el pantalón, dijo, como para sí:

—Es la primera vez que hago esto con otro hombre.

El Senderines sonrió hondo. Oyó la voz del Pernales.

—No querrás que le pongamos la camisa nueva, ¿verdad, hijo? Digo yo que de esa camisa te sacan dos para ti y aún te sobra tela para remendarlas.

Regresó del armario con la camisa que Trino reservaba para los domingos. Agregó confidencialmente:

—Por más que si te descuidas te cuesta más eso que si te las haces nuevas.

Superpuso la camisa a sus harapos y miró de frente al niño. Le guiñó un ojo y sonrió.

—Eh, ¿qué tal? —dijo.

El niño quería dormir, pero no quería quedarse solo con el muerto.

Añadió el Pernales:

—Salgo yo a la calle con esta camisa y la gente se piensa que soy un ladrón. Sin embargo, me arriesgaría con gusto si supiera que la Paula va a aceptar un baile conmigo por razón de esta camisa. Y yo digo: ¿Para qué vas a malgastar en un muerto una ropa nueva cuando hay un vivo que la puede aprovechar?

—Para ti —dijo el niño a quien la noche pesaba ya demasiado sobre las cejas.

—Bueno, hijo, no te digo que no, porque este saco de poco te puede servir a ti, si no es para sacarle lustre a los zapatos.

Depositó la camisa flamante sobre una silla, tomó la vieja y sudada de la que Trino acababa de despojarse, introdujo su brazo bajo los sobacos del cadáver y le incorporó:

—Así —dijo—. Métele el brazo por esa manga..., eso es.

La falta de flexibilidad de los miembros de Trino exasperaba al niño. El esperaba algo que no se produjo:

—No ha dicho nada —dijo, al concluir la operación con cierto desencanto.

El Pernales volvió a él sus ojos asombrados:

—¿Quién?

—El padre.

—¿Qué querías que dijese?

—La Ovi dice que los muertos hablan y a veces hablan los gatos que están junto a los muertos.

—¡Ah, ya! —dijo el Pernales.

Cuando concluyó de vestir al muerto, destapó la botella y echó un largo trago. A continuación la guardó en un bolsillo, el despertador en el otro y colocó cuidadosamente el traje y la camisa en el antebrazo. Permaneció unos segundos a los pies de la cama, observando el cadáver.

—Digo —dijo de pronto— que este hombre tiene los ojos y la boca tan abiertos como si hubiera visto al diablo. ¿No probaste de cerrárselos?

—No —dijo el niño.

El Pernales vaciló y, finalmente, depositó las ropas sobre una silla y se acercó al cadáver. Mantuvo un instante los dedos sobre los párpados inmóviles y cuando los retiró, Trinidad descansaba. Seguidamente le anudó un pañuelo en la nuca, pasándoselo bajo la barbilla. Dijo, al concluir:

—Mañana, cuando bajes a dar aviso, se lo puedes quitar.

El Senderines se erizó.

—¿Es que te marchas? —inquirió anhelante.

—¡Qué hacer! Mi negocio está allá abajo, hijo, no lo olvides.

El niño se despabiló de pronto:

—¿Qué hora es?

El Pernales extrajo el despertador del bolsillo.

—Esto tiene las dos; puede que vaya adelantado.

—Hasta las seis no subirá Conrado de la Central —exclamó el niño—. ¿Es que no puedes aguardar conmigo hasta esa hora?

—¡Las seis! Hijo, ¿qué piensas entonces que haga de lo mío?

El Senderines se sentía desolado. Recorrió con la mirada toda la pieza. Dijo, de súbito, desbordado:

—Quédate y te daré... te daré —se dirigió al armario— esta corbata y estos calzoncillos y este chaleco y la pelliza, y... y...

Arrojó todo al suelo, en informe amasijo. El miedo le atenazaba. Echó a correr hacia el rincón.

—...Y el aparato de radio —exclamó.

Levantó hacia el Pernales sus pupilas humedecidas.

—Pernales, si te quedas te daré también el aparato de radio —repitió triunfalmente.

El Pernales dio unos pasos ronceros por la habitación.

—El caso es —dijo— que más pierdo yo por hacerte caso.

Mas cuando le vio sentado, el Senderines le dirigió una sonrisa agradecida. Ahora empezaban a marchar bien las cosas. Conrado llegaría a las seis y la luz del sol no se marcharía ya hasta catorce horas más tarde. Se sentó, a su vez, en un taburete, se acodó en el jergón y apoyó la barbilla en las palmas de las manos. Volvía a ganarle un enervamiento reconfortante. Permaneció unos minutos mirando al Pernales en silencio. El «bom-bom» de la Central ascendía pesadamente del cauce del río.

Dijo el niño, de pronto:

—Pernales, ¿cómo te las arreglas para escupir por el colmillo? Esa es una cosa que yo quisiera aprender.

El Pernales sacó pausadamente la botella del bolsillo y bebió; bebió de largo como si no oyera al niño; como si el niño no existiese. Al concluir, la cerró con parsimonia y volvió a guardarla. Finalmente, dijo:

—Yo aprendí a escupir por el colmillo, hijo, cuando me di cuenta que en el mundo hay mucha mala gente y que con la mala gente si te lías a trompazos te encierran y si escupes por el colmillo nadie te dice nada. Entonces yo me dije: «Pernales, has de aprender a escupir por el colmillo para poder decir a la mala gente lo que es sin que nadie te ponga la mano encima, ni te encierren». Lo comprendí. Y es bien sencillo, hijo.

La cabecita del niño empezó a oscilar. Por un momento el niño trató de sobreponerse; abrió desmesuradamente los ojos y preguntó:

—¿Cómo lo haces?

El Pernales abrió un palmo de boca y hablaba como si la tuviera llena de pasta. Con la negra uña de su dedo índice se señalaba los labios. Repitió:

—Es bien sencillo, hijo. Combas la lengua y en el hueco colocas el escupitajo...

El Senderines no podía con sus párpados. La codorniz aturdía

ahora. El grillo hacía un cuarto de hora que había cesado de cantar.

—...luego no haces sino presionar contra los dientes y...

El Senderines se dejaba arrullar. La conciencia de compañía había serenado sus nervios. Y también el hecho de que ahora su padre estuviera vestido sobre la cama. Todo lo demás quedaba muy lejos de él. Ni siquiera le preocupaba lo que pudiera encontrar mañana por detrás de los tesos.

—...y el escupitajo escapa por el colmillo porque...

Aún intentó el niño imponerse a la descomedida atracción del sueño, pero terminó por reclinar suavemente la frente sobre el jergón, junto a la pierna del muerto y quedarse dormido. Sus labios dibujaban la iniciación de una sonrisa y en su tersa mejilla había aparecido un hoyuelo diminuto.

Despertó, pero no a los pocos minutos, como pensaba, porque la luz del nuevo día se adentraba ya por la ventana y las alondras cantaban en el camino y el Pernales no estaba allí, sino Conrado. Le descubrió a través de una niebla, alto y grave, a los pies del lecho. El niño no tuvo que sonreír de nuevo, sino que aprovechó la esbozada sonrisa del sueño para recibir a Conrado.

—Buenos días —dijo.

La luciérnaga ya no brillaba sobre la mesa de noche, ni el cebollero cantaba, ni cantaba la codorniz, pero el duro, incansable pulso de la Central, continuaba latiendo abajo, junto al río. Conrado se había abotonado la camisa blanca hasta arriba para entrar donde el muerto. El Senderines se incorporó desplazando el taburete con el pie. Al constatar la muda presencia de Trino, pavorosamente blanco, pavorosamente petrificado, comprendió que para él no llegaba ya la nueva luz y cesó repentinamente de sonreír. Dijo:

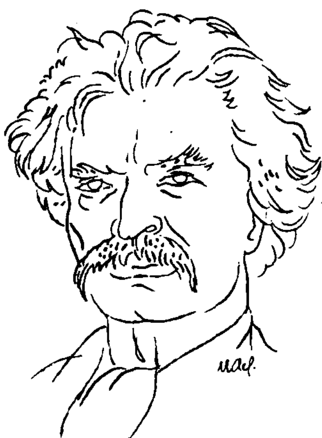
—Voy a bajar a dar aviso.

Conrado asintió, se sentó en el taburete que el niño acababa de dejar, lo arrimó a la cama, sacó la petaca y se puso a liar un cigarrillo, aunque le temblaban ligeramente las manos.

—No tardes —dijo.

LOS McWILLIAMS Y EL TIMBRE DE ALARMA

MARK TWAIN/ESTADOS UNIDOS



LA CONVERSACIÓN fue pasando lenta, imperceptiblemente del tiempo a las cosechas, de las cosechas a la literatura, de la literatura al chismorreo, del chismorreo a la religión, y por último hizo un quiebro insólito para aterrizar en el tema de los aparatos de alarma contra los ladrones. Fue entonces cuando por vez primera el señor McWilliams demostró cierta emoción. Cada vez que advierto esa señal en el cuadrante de dicho caballero me hago cargo de la situación, guardo profundo silencio y le doy oportunidad de desahogarse. Empezó, pues, a hablar con mal disimulada emoción:

NO DOY un céntimo por los aparatos de alarma contra ladrones, señor Twain, ni un céntimo, y voy a decirle por qué. Cuando estábamos acabando de construir nuestra casa advertimos que nos había sobrado algo de dinero, cantidad que sin duda había pasado desapercibida también al fontanero. Yo pensaba destinarla para las misiones, pues los paganos, sin saber por qué, siempre me habían fastidiado; pero la señora McWilliams dijo que no, que mejor sería instalar un aparato de alarma contra los ladrones, y yo hube de aceptar el convenio. Debo explicar que cada vez que yo quiero una cosa y la señora McWilliams desea otra distinta, y hemos de decidirnos por el antojo de la señora McWilliams, como siempre sucede, ella lo llama un convenio. Pues bien: vino el hombre de Nueva York, instaló la alarma, nos cobró trescientos veinticinco dólares y aseguró que ya podíamos dormir a pierna suelta. Así lo

hicimos durante cierto tiempo, cosa de un mes. Pero una noche olemos a humo, y mi mujer me dice que más vale que suba a ver qué pasa. Enciendo una vela, me voy para la escalera y tropiezo con un ladrón que salía de un aposento con una cesta llena de cacharros de latón que en la oscuridad había tomado por plata maciza. Iba fumando en pipa.

—Amigo —le dije—, no se permite fumar en esta habitación.

Confesó que era forastero y que no podíamos esperar que conociese las normas de la casa, añadiendo que había estado en muchas por lo menos tan buenas como aquella y que nunca hasta entonces se le había hecho la menor objeción en ese sentido. En toda una larga experiencia, puntualizó, en ningún sitio se pensó jamás que tales normas obligasen a los ladrones.

Yo repuse:

—Pues nada, siga fumando, si esa es la costumbre; creo, no obstante, que conceder a un ladrón el privilegio que se niega a un obispo constituye una clara demostración de la relajación de los tiempos en que vivimos. Pero dejando eso a un lado, ¿con qué derecho entra usted en esta casa, furtiva y clandestinamente, sin hacer sonar la alarma contra los ladrones?

Pareció confuso y avergonzado, y con visible embarazo declaró:

—Le pido mil perdones. No sabía que tuviesen ustedes una alarma contra ladrones, pues de haberlo sabido la habría hecho sonar. Le suplico que no lo comente donde puedan oírlo mis padres, porque están viejos y delicados, y tan imperdonable infracción de los convencionalismos consagrados por nuestra civilización cristiana podría cortar con demasiada brusquedad el frágil puente que pende en las tinieblas entre el presente pálido y evanescente y las grandes profundidades solemnes de la eternidad. ¿Le importaría darme una cerilla?

—Sus sentimientos le honran —contesté—, pero si me permite decirlo, la metáfora no es su fuerte. Déjese de la pierna: estas cerillas sólo se encienden con la caja, y aun así no siempre, si puede darse crédito a mi experiencia. Pero volviendo al asunto: ¿cómo ha entrado usted aquí?

—Por una ventana del segundo piso.

Así había sido, en efecto. Procedí a rescatar los cacharros según

las tarifas de las casas de compra-venta, descontando los gastos de publicidad, di las buenas noches al ladrón, cerré la ventana tras él y fui a presentar mi informe ante el cuartel general. A la mañana siguiente mandamos aviso al de las alarmas contra ladrones, vino y nos explicó que la razón de que la alarma no se hubiera disparado era que sólo la primera planta de la casa estaba conectada a la misma. Era lo que se dice una idiotez: en una batalla, tanto da no llevar armadura en absoluto como llevarla sólo para las piernas. Así pues, el técnico conectó a la alarma todo el segundo piso, nos sacó trescientos dólares más y se fue con viento fresco. Al cabo de cierto tiempo sorprendí una noche a un ladrón en el tercer piso cuando se disponía a bajar por una escala de mano con un lote de efectos variados. Mi primer impulso fue el de partirle la cabeza con un taco de billar; pero el segundo fue el de abstenerme de tal designio, ya que el hombre se encontraba entre la taquera y yo. El segundo impulso era sin duda alguna el más sensato, de modo que me contuve y procedí a la consabida transacción. Recuperé los efectos a la misma tarifa que la vez anterior, descontando el diez por ciento en concepto de uso de la escalera de mano, que era mía, y al día siguiente mandé llamar otra vez al experto, el cual conectó a la alarma el tercer piso a cambio de otros trescientos dólares.

Para entonces el «avisador» alcanzaba ya dimensiones impresionantes. Tenía cuarenta y siete rótulos con los nombres de las diversas dependencias y chimeneas, y ocupaba el espacio de un armario ropero corriente. El timbre era del tamaño de una palangana y había sido instalado sobre la cabecera de nuestro lecho. Un alambre iba desde la casa al alojamiento del cochero en la caballeriza, y junto a su almohada tenía otro timbre de padre y muy señor mío.

Era para que nos hubiésemos encontrado ya a nuestras anchas, y sin embargo, había un pero. Todas las mañanas, a las cinco, la cocinera abría la puerta de la cocina en cumplimiento de sus obligaciones, ¡y para qué contar la que se armaba! La primera vez que sucedió tal cosa pensé que había llegado el juicio final. No lo pensé dentro de la cama, sino fuera, y es que el primer efecto de ese timbre apocalíptico es el de proyectarle a uno a través de la casa y estamparlo contra la pared, y dejarlo allí enroscado y retorciéndose como

una araña cuando cae en la tapa de la estufa, hasta que llega alguien y cierra la puerta de la cocina. Con toda sinceridad, no hay estruendo que pueda compararse ni remotamente a la horrísona estridencia de ese timbre. Pues bien, semejante catástrofe acontecía regularmente todas las mañanas a las cinco en punto, haciéndonos perder tres horas de sueño; porque le voy a decir a usted, si ese artilugio le despierta a uno no se limita a despabilarlo a medias; lo despabila del todo, en cuerpo y alma, y ya está listo para dieciocho horas de vigilia integral: dieciocho horas en el más inconcebible desvelo que haya experimentado en su vida. Cierto visitante se nos murió una vez en casa, y lo pusimos para velarlo aquella noche en nuestro dormitorio. ¿Cree usted que el difunto esperó al juicio final? No, señor; se incorporó a las cinco de la mañana siguiente del modo más simple y automático. Yo sabía de antemano lo que iba a pasar; lo sabía a ciencia cierta. Cobró su seguro de vida y siguió viviendo tan campante, ya que había sobradas pruebas del absoluto rigor científico de su fallecimiento.

Así las cosas, íbamos languideciendo poco a poco camino del reino que nos está destinado, debido a nuestra diaria merma de horas de sueño; hasta que al fin llamamos otra vez al técnico, que conectó un alambre en el lado exterior de la puerta e instaló un interruptor; sólo que Thomas, el mayordomo, solía incurrir en un pequeño error: desconectaba la alarma por la noche al irse a acostar y volvía a conectarla por la mañana al rayar el día, a tiempo precisamente para que la cocinera abriese la puerta de la cocina y diese lugar a que el timbre nos proyectara a través de la casa, rompiendo a veces tal cual ventana con alguno de nosotros. Al cabo de una semana llegamos a la conclusión de que aquel lío del interruptor era un embeleco y una trampa. Descubrimos también que una banda de ladrones llevaba alojada en la casa no sé cuánto tiempo, no precisamente para robar, pues a la sazón no quedaba ya gran cosa que llevarse, sino para esconderse de la policía, porque andaban muy acosados, y sagazmente consideraron que los inspectores jamás imaginarían que una cuadrilla de ladrones habíase acogido al santuario de una casa notoriamente protegida por el dispositivo de alarma contra los ladrones más impresionante y complicado de todo el continente americano.

Avisamos una vez más al técnico, que en esta ocasión nos sorprendió con una idea deslumbrante: arregló el aparato de suerte que al abrirse la puerta de la cocina quedase cortada la alarma. Era una idea de alto copete, y nos la hizo pagar en consonancia. Pero ya habrá previsto usted el resultado. Yo conectaba la alarma todas las noches a la hora de acostarnos, perdida la confianza en la frágil memoria de Thomas; y en cuanto se apagaban las luces entraban los ladrones por la puerta de la cocina, desconectando de este modo la alarma sin necesidad de esperar a que la cocinera lo hiciese por la mañana. Comprenderá usted lo delicado de nuestra situación. En muchos meses no pudimos tener huéspedes. No había en la casa ni una sola cama libre, ya que todas estaban ocupadas por los ladrones.

Al fin hallé por mi cuenta una solución. El experto, acudiendo a nuestra llamada, tendió otro alambre subterráneo hasta la caballeriza, e instaló allí un interruptor, de forma que el cochero pudiera conectar y desconectar la alarma. La cosa dio resultado al principio, y siguió una era de paz durante la cual nos fue posible volver a invitar a nuestros amigos y gozar de la vida.

Pero al poco tiempo el recalcitrante dispositivo de alarma nos salió con una veleidad inédita. Cierta noche de invierno nos vimos arrojados de la cama por la música subitánea del pavoroso timbrecito, y cuando corrimos a trompicones hasta el tablero indicador, encendimos la luz de gas y vimos la indicación «Cuarto de los niños», la señora McWilliams cayó como muerta, y a mí estuvo en un tris de pasarme lo mismo. Eché mano a mi escopeta y aguardé al cochero mientras proseguía el horrible estruendo. Supuse que su timbre lo habría lanzado también a él de la cama y que saldría con su escopeta nada más vestirse. Cuando estimé que había transcurrido un tiempo suficiente entré sigiloso en el cuarto contiguo al de los niños, miré por la ventana y vi abajo en el patio la sombra borrosa del cochero, el arma al brazo y al acecho de una oportunidad. Pasé entonces al cuarto de los niños, disparé, y en el mismo instante lo hizo también el cochero apuntando al fogonazo de mi escopeta. Los dos acertamos; yo lisié a una niñera, y él me arrancó todo el pelo del cogote. Encendimos la luz y telefoneamos a un cirujano. No había ni rastro de ladrones ni ventana alguna levantada. Faltaba

un cristal, pero era aquel por donde había pasado el tiro del cochero.

He aquí un insólito misterio: una alarma contra ladrones «disparándose» a medianoche por su propia cuenta ¡sin que hubiese un solo ladrón en las inmediaciones!

El técnico acudió a nuestra llamada de costumbre y explicó que se trataba de una «falsa alarma». Dijo que era muy fácil de arreglar. De modo que repasó la ventana del cuarto de los niños, nos exigió por ello una cifra remunerativa, y se marchó.

Lo que sufrimos a causa de las falsas alarmas durante los tres años siguientes no hay pluma estilográfica capaz de describirlo. En los tres meses que siguieron no sé cuántas veces tuve que salir corriendo con mi escopeta a la habitación indicada, y el cochero acudía presuroso con su artillería para ayudarme. Pero nunca tuvimos oportunidad de disparar contra nada; todas las ventanas estaban perfectamente cerradas. Al día siguiente mandábamos llamar al técnico, quien arreglaba las ventanas culpables de la falsa alarma para que nos dejaran tranquilos una semana o así y jamás olvidaba mandarnos una factura que rezaba más o menos:

Alambre	$ 2,15
Tubo de unión	0,75
Dos horas de trabajo	1,50
Cera	0,47
Cinta aislante	0,34
Tornillos	0,15
Carga de batería	0,98
Tres horas de trabajo	2,25
Cuerda	0,02
Grasa	0,66
Crema Pond's	1,25
Muelles a 0,50	2,00
Desplazamientos en ferrocarril	7,25
	$ 19,77

A la larga ocurrió lo que tenía que ocurrir —después de haber respondido a tres o cuatrocientas falsas alarmas—, a saber: dejamos de hacerles caso. Sí, yo me limitaba a levantarme tranquilamente, una vez que el timbre me había lanzado de un lado a otro de la casa, inspeccionaba tranquilamente el avisador, tomaba nota de la habitación indicada y luego desconectaba tranquilamente del siste-

ma esa habitación. A continuación volvía a la cama como si nada hubiera ocurrido. Y no era esto todo; dejaba desconectada la habitación permanentemente y no llamaba al técnico. Pues bien, huelga decir que pasado algún tiempo todas las habitaciones quedaron desconectadas y el sistema dejó de funcionar.

Fue en esta época de indefensión cuando ocurrió la peor calamidad de todas. ¡Los ladrones entraron una noche y se llevaron la alarma! Sí señor, hasta la última tuerca. La arrancaron con clavos y todo; arramblaron con muelles, campanas, gongs, batería... Se llevaron 250 kilómetros de alambre de cobre; la dejaron completamente limpia, y ni siquiera quedó un solo tornillo al que pudiéramos maldecir para desahogarnos.

Nos costó Dios y ayuda recuperarla, pero al fin lo conseguimos, a base de dinero. La compañía de timbres de alarma nos dijo que lo que ahora debíamos hacer era instalarla bien, con sus nuevos muelles patentados en las ventanas para evitar falsas alarmas y su nuevo reloj patentado para desconectarla y conectarla por la mañana y por la noche sin ayuda humana. Parecía una buena idea. Prometieron que todo quedaría instalado en diez días. Pusieron manos a la obra, y nosotros nos marchamos de veraneo. Trabajaron un par de días, y luego también ellos se fueron de veraneo. A continuación los ladrones se instalaron en casa para pasar allí sus propias vacaciones.

Cuando regresamos en el otoño, la casa estaba tan vacía como un barril de cerveza en una habitación donde hayan estado trabajando los pintores. Volvimos a amueblarla, y luego mandamos llamar urgentemente al técnico. Este terminó la instalación y dijo:

—Este reloj está preparado para conectar la alarma todas las noches a las diez y para desconectarla todas las mañanas a las seis menos cuarto. Todo lo que tienen que hacer es darle cuerda una vez a la semana y olvidarse de que existe. El solito se encargará de la alarma.

Después de aquello disfrutamos de tres meses de absoluta tranquilidad. La cuenta fue de echarse las manos a la cabeza, como es natural, y yo había dicho que no la pagaría hasta quedar convencido de que la nueva maquinaria no tenía el menor fallo. El plazo estipulado era de tres meses.

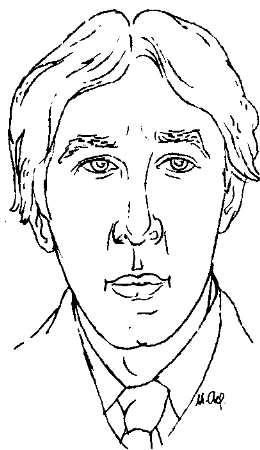
Así pues, pagué la factura, y al día siguiente, ni más ni menos, la alarma empezó a zumbar a las diez de la mañana como diez mil enjambres de abejas. Giré las agujas doce horas, de acuerdo con las instrucciones, y esto desconectó la alarma; pero hubo un segundo sobresalto por la noche, de modo que tuve que adelantar el reloj otras doce horas para que la alarma quedara conectada de nuevo.

Este desatino se prolongó una o dos semanas, hasta que vino el técnico e instaló un nuevo reloj. En los tres años siguientes volvió cada tres meses para instalar un nuevo reloj. Pero ninguno de ellos dio resultado. Todos tenían el mismo diabólico defecto: conectaban la alarma durante el día, y *no* la conectaban durante la noche; y si la conectaba uno mismo, ellos se encargaban de desconectarla en el momento en que volvía uno la espalda.

Bueno, esta es la historia de la alarma contra ladrones, todo tal y como ocurrió, sin suprimir un solo detalle ni añadirlo con intenciones maliciosas. Sí señor. Y después de dormir nueve años con ladrones, después de tener todo ese tiempo una dispendiosa alarma —para su protección, no para la mía—, y todo ello a mis expensas, pues no había manera de hacer aportar a los cacos un mísero centavo, dije sencillamente a la señora McWilliams que estaba hasta la coronilla de aquel asunto; así pues, con pleno consentimiento de ella, hice desmontar todo aquel aparato y lo cambié por un perro, al que luego pegué un tiro. No sé lo que opinará usted acerca de la cuestión, señor Twain; pero yo opino que esos chismes se fabrican únicamente para beneficio de los cacos. Sí señor, una alarma contra los ladrones combina en su ser todo lo que de reprobable tienen un incendio, un motín y un harén, y al mismo tiempo carece de ninguna de las ventajas compensatorias, de la índole que fuere, que normalmente acompañan a semejante combinación. Adiós: yo me apeo aquí.

EL PRINCIPE FELIZ

OSCAR WILDE/IRLANDA



Muy por encima de la ciudad, sobre una elevada columna, alzábase la estatua del Príncipe Feliz. Todo él estaba revestido de finas hojas de oro puro, tenía por ojos dos zafiros refulgentes, y en la empuñadura de su espada relucía un enorme rubí rojo. Era en verdad muy admirado.

«Es hermoso como una veleta», comentó uno de los Concejales, que deseaba adquirir fama de tener gustos artísticos; «sólo que no es tan útil», añadió, temeroso de que la gente pudiera pensar de él que no era hombre práctico cuando en realidad lo era.

«¿Por qué no serás como el Príncipe Feliz?», preguntaba una madre sensata a su hijito, que lloraba pidiendo la luna. «Al Príncipe Feliz jamás se le ocurriría llorar por nada».

«Me alegro de que haya alguien en el mundo que sea completamente feliz», murmuraba un hombre desengañado mientras contemplaba la maravillosa estatua.

«Parece un ángel», decían los Niños del Orfanato cuando salían de la catedral con sus alegres capas de color escarlata y sus limpios delantales blancos.

«¿Cómo lo sabéis», preguntó el Maestro de Matemáticas, «si nunca habéis visto uno?»

«¡Ah!, pero lo hemos visto en nuestros sueños», respondieron los niños; y el Maestro de Matemáticas frunció el ceño con aspecto severo, pues no aprobaba que los niños soñasen.

Una noche voló sobre la ciudad un pequeño Vencejo. Sus amigos

se habían ido a Egipto seis semanas antes, pero él había quedado atrás porque estaba enamorado de la más hermosa de las Cañas. La conoció a principios de la primavera, cuando volaba río abajo persiguiendo a una gran falena amarilla, y se sintió tan atraído por su esbelto talle que se detuvo a hablar con ella.

«¿Quieres ser mi novia?», preguntó el Vencejo, a quien gustaba ir al grano en seguida, y la Caña le hizo una profunda reverencia.

Entonces voló en torno de ella, rozando el agua con las alas, rizando la superficie con ondas de plata. Era esta su forma de cortejar, y duró todo el verano.

«Es un noviazgo ridículo», gorjearon los demás Vencejos; «ella no posee dinero, y en cambio tiene demasiados parientes».

Y en verdad el río estaba completamente lleno de Cañas. Luego, cuando llegó el otoño, se fueron todos los Vencejos.

Después de su marcha se sintió muy solo, y empezó a cansarse de su amada.

«No tiene conversación», dijo, «y me temo que es coqueta, pues siempre está flirteando con el viento». Y, efectivamente, en cuanto soplaba el viento la Caña empezaba a hacer las más garbosas reverencias. «Reconozco que es casera», prosiguió, «pero a mí me encanta viajar, y a mi esposa, por consiguiente, también deben gustarle los viajes».

«¿Quieres venir conmigo?», le preguntó finalmente, pero la Caña negó con la cabeza, tan ligada se sentía a su hogar.

«Has estado burlándote de mí», se lamentó. «Me marcho a las Pirámides. ¡Adiós!», y emprendió el vuelo.

Voló durante todo el día, y ya anochecido llegó a la ciudad. «¿Dónde me hospedaré?», se dijo. «Confío en que la ciudad haya hecho preparativos».

Entonces vio la estatua sobre la alta columna.

«Me hospedaré allí», exclamó; «el lugar está magníficamente situado, y hay aire puro en abundancia».

De modo que se posó justamente entre los pies del Príncipe Feliz.

«Tengo una alcoba dorada», se dijo en voz baja mientras miraba en torno suyo y se disponía a dormir; pero en el preciso momento en que metía la cabeza bajo el ala cayó sobre él una gran gota de agua.

«¡Qué cosa tan curiosa!», exclamó; «no hay una sola nube en el cielo, las estrellas lucen claras y brillantes, y sin embargo está lloviendo. El clima del norte de Europa es verdaderamente horroroso. A la Caña solía gustarle que lloviera, pero era meramente por egoísmo».

Entonces cayó otra gota.

«¿Para qué sirve una estatua si no es capaz de proteger de la lluvia?», se dijo; «tengo que buscar una buena caperuza de chimenea», y decidió emprender de nuevo el vuelo.

Pero antes de que abriera las alas cayó sobre él una tercera gota, y al mirar hacia arriba, vio... ¡Ah!, ¿qué es lo que vio?

Los ojos del Príncipe Feliz estaban llenos de lágrimas, y las lágrimas le corrían por las doradas mejillas. Su rostro era tan hermoso a la luz de la luna que el pequeño Vencejo sintió una profunda compasión.

«¿Quién eres?», preguntó.

«Soy el Príncipe Feliz».

«¿Y por qué lloras entonces?», inquirió el Vencejo. «Me has puesto hecho una sopa».

«Cuando yo estaba vivo y tenía un corazón humano», contestó la estatua, «no sabía lo que eran las lágrimas, pues vivía en el palacio de Sans-Souci, donde no se permite entrar a la tristeza. Durante el día jugaba con mis compañeros en los jardines, y por la noche abría el baile en el Gran Salón. El jardín estaba cercado por un muro altísimo, pero tan bello era todo cuanto me rodeaba que nunca sentí deseos de preguntar qué había al otro lado. Mis cortesanos llamábanme el Príncipe Feliz, y verdaderamente lo era, si es que el placer es la felicidad. Así viví y así morí. Y ahora que estoy muerto me han instalado aquí arriba, tan alto que puedo ver toda la fealdad y toda la miseria de mi ciudad, y aunque mi corazón es de plomo, no puedo menos de llorar».

«¡Cómo! ¿No es todo él de oro macizo?», se dijo el Vencejo, que era demasiado educado para hacer cualquier observación personal en alta voz.

«Allá lejos», prosiguió la estatua en voz baja y musical, «muy lejos, en una callejuela, hay una pobre casucha. Una de las ventanas está abierta, y a través de ella distingo a una mujer sentada a una mesa. Tiene el rostro flaco y ajado y las manos bastas y coloradas,

llenas de pinchazos de aguja, pues es costurera. Está bordando pasionarias en un vestido de raso que ha de lucir la más bella de las doncellas de honor de la Reina en el próximo baile de la corte. En un rincón del cuarto su niñito yace enfermo en la cama. Tiene fiebre y está pidiendo naranjas. Su madre no puede darle sino agua del río, y por eso llora la criatura. Vencejo, Vencejo, Vencejito, ¿no quieres llevarle el rubí de la empuñadura de mi espada? Mis pies están sujetos a este pedestal y no puedo moverme».

«Me esperan en Egipto», repuso el Vencejo. «Mis amigos vuelan Nilo arriba y Nilo abajo, y charlan con las grandes flores de loto. Pronto se irán a dormir en la tumba del gran Rey. El Rey está allí en su ataúd pintado, envuelto en lienzos amarillos y embalsamado con especias. Alrededor del cuello lleva una cadena de jade verde pálido, y sus manos son cual hojas secas».

«Vencejo, Vencejo, Vencejito», dijo el Príncipe, «¿no quieres quedarte conmigo una noche y ser mi mensajero? ¡Está tan sediento el niño, y la madre tan triste!»

«Me temo que no me gustan los niños», replicó el Vencejo. «El verano pasado, cuando volaba sobre el río, dos groseros arrapiezos, los hijos del molinero, se pasaban el día tirándome piedras. Nunca me acertaron, claro; nosotros los vencejos volamos demasiado bien, y además yo desciendo de una familia famosa por su agilidad; pero aun así era una falta de respeto».

Mas el Príncipe Feliz parecía tan triste que el Vencejo sintió lástima.

«Aquí hace mucho frío», dijo, «pero me quedaré contigo esta noche y seré tu mensajero».

«Gracias, Vencejito», dijo el Príncipe.

De suerte que el Vencejo sacó el gran rubí de la espada del Príncipe y, llevándolo en el pico, se fue volando sobre los tejados de la ciudad.

Pasó junto a la torre de la catedral, donde estaban esculpidos los blancos ángeles de mármol. Pasó junto al palacio y oyó sones de danzas. Una hermosa doncella salió al balcón con su galán, y este le dijo:

«¡Qué maravillosas son las estrellas, y cuán maravilloso es el poder del amor!»

«Confío en que me hagan a tiempo el vestido para el baile de la corte», respondió ella. «He encargado que vaya recamado de pasionarias, pero las costureras son tan perezosas...»

Sobrevoló el río y vio los faroles colgados en los mástiles de los barcos. Sobrevoló el ghetto y vio a los viejos judíos regateando y pesando las monedas en balanzas de cobre. Por fin llegó a la pobre casucha y se asomó al interior. El niño se agitaba febrilmente en la cama, y la madre se había quedado dormida, tan grande era su cansancio. Entró a saltitos y dejó el gran rubí sobre la mesa, junto al dedal de la mujer. Luego revoloteó suavemente en torno a la cama, abanicando con sus alas la frente del niño.

«¡Qué fresco me siento!», dijo el chico. «Debo de estar poniéndome mejor». Y se sumió en un sueño delicioso.

Entonces el Vencejo regresó junto al Príncipe Feliz y le contó lo que había hecho.

«Es curioso», observó, «pero ahora me siento muy caliente, a pesar del frío que hace».

«Eso es porque has hecho una buena acción», dijo el Príncipe.

Y el Vencejito se puso a pensar, y no tardó mucho en quedarse dormido. Siempre le ocurría lo mismo cuando pensaba.

Al romper el día voló hacia el río y se dio un baño.

«¡Qué fenómeno tan notable!», comentó el Catedrático de Ornitología cuando pasaba por el puente. «¡Un vencejo en invierno!» Y escribió una larga carta sobre lo que había visto al periódico local. Todo el mundo habló de ella, pues estaba repleta de palabras que nadie entendía.

«Esta noche me voy a Egipto», dijo el Vencejo, y la perspectiva le puso de buen humor.

Visitó todos los monumentos públicos y descansó un largo rato en la cúspide de la aguja de la iglesia. Dondequiera que iba los Gorriones gorjeaban y se decían unos a otros: «¡Qué forastero tan distinguido!», con lo cual él gozaba mucho.

Cuando salió la luna volvió para despedirse del Príncipe Feliz.

«¿Tienes algún encargo para Egipto?», le preguntó. «Voy a emprender el vuelo».

«Vencejo, Vencejo, Vencejito», dijo el Príncipe, «¿no quieres quedarte conmigo una noche más?»

«Me esperan en Egipto», repuso el Vencejo. «Mañana mis amigos volarán hacia la Segunda Catarata. El hipopótamo se acuesta allí entre los juncos, y el Dios Memnón ocupa un gran trono de granito. Durante toda la noche contempla las estrellas, y cuando sale el lucero del alba lanza un grito de alegría y luego se queda silencioso. A mediodía los rubios leones acuden a la orilla para beber. Sus ojos semejan verdes berilos, y su rugido es más fuerte que el rugido de la catarata».

«Vencejo, Vencejo, Vencejito», dijo el Príncipe, «muy lejos, al otro lado de la ciudad, veo a un joven en una buhardilla. Está inclinado sobre un escritorio cubierto de papeles, y a su lado, en un cubilete, hay un ramillete de violetas marchitas. Tiene el cabello crespo y castaño, los labios rojos como una granada y ojos grandes y soñadores. Está tratando de terminar una obra para el Director del Teatro, pero tiene demasiado frío para seguir escribiendo. No hay fuego en la parrilla, y el hambre le hace desfallecer».

«Me quedaré contigo una noche más», dijo el Vencejo, que en el fondo tenía buen corazón. «¿Quieres que le lleve otro rubí?»

«¡Pobre de mí! Ya no tengo más rubíes», dijo el Príncipe. «Mis ojos son todo lo que me queda. Son unos zafiros muy raros, traídos de la India hace mil años. Arráncame uno y llévaselo al joven. Se lo venderá al joyero, y así podrá comprar leña y terminar su obra».

«Querido Príncipe», repuso el Vencejo, «no puedo hacer lo que me pides», y se echó a llorar.

«Vencejo, Vencejo, Vencejito», dijo el Príncipe, «haz lo que te ordeno».

De suerte que el Vencejo arrancó el ojo al Príncipe y voló hasta la buhardilla del estudiante. No le fue difícil entrar, pues había un agujero en el tejado, y por él se coló como una saeta. El joven tenía la cabeza oculta entre las manos, de modo que no oyó el aleteo del pájaro, y cuando levantó la vista descubrió el hermoso zafiro sobre las mustias violetas.

«Empiezan a estimarme», exclamó. «Esto me lo envía algún admirador entusiasta. Ahora puedo terminar mi obra». Parecía completamente feliz.

Al día siguiente el Vencejo fue volando hasta el puerto. Se posó sobre el mástil de un gran bajel y se puso a contemplar a los marineros que sacaban de la bodega grandes cajas izándolas con cuer-

das. «¡Ahéee... arriba!», gritaban cada vez que subían una caja.

«¡Me voy a Egipto!», gritó el Vencejo, pero nadie le prestó atención, y cuando salió la luna regresó junto al Príncipe Feliz.

«He venido a decirte adiós».

«Vencejo, Vencejo, Vencejito», dijo el Príncipe, «¿no quieres quedarte conmigo una noche más?»

«Ya estamos en invierno», repuso el Vencejo, «y pronto llegará la fría nieve. En Egipto el sol calienta las verdes palmeras, y los cocodrilos, tumbados en el cieno, miran perezosamente en torno suyo. Mis compañeros están construyendo nidos en el Templo de Baalbec, y las tórtolas rosadas y blancas los contemplan y se arrullan. Querido Príncipe, debo dejarte, pero nunca te olvidaré; y la primavera próxima te traeré dos preciosas joyas para reemplazar las que has regalado. El rubí será más rojo que una rosa encarnada y el zafiro será tan azul como el inmenso océano».

«Ahí abajo en la plaza», dijo el Príncipe Feliz, «hay una pequeña vendedora de fósforos. Se le han caído al arroyo y se han echado a perder. Su padre la pegará si no lleva a casa algún dinero, y por eso llora. No tiene zapatos ni medias, y su cabecita está descubierta. Arráncame el otro ojo y dáselo; así no la pegará su padre».

«Me quedaré contigo una noche más, pero no puedo arrancarte el ojo. Entonces te quedarías completamente ciego».

«Vencejo, Vencejo, Vencejito», dijo el Príncipe, «haz lo que te ordeno».

De modo que arrancó al Príncipe el otro ojo y descendió como una flecha. Salió del picado al llegar junto a la cerillera y le deslizó la joya en la palma de la mano.

«¡Qué cristal tan bonito!», exclamó gozosa la niña, y echó a correr camino de su casa.

Entonces el Vencejo retornó junto al Príncipe.

«Ahora estás ciego», dijo, «así que me quedaré contigo para siempre».

«No, Vencejito», repuso el pobre Príncipe; «debes irte a Egipto».

«Permaneceré siempre contigo», dijo el Vencejo, y se dispuso a dormir a los pies del Príncipe.

Durante todo el día siguiente estuvo posado sobre el hombro del Príncipe y le contó historias de lo que había visto en tierras

remotas. Le habló de los ibis rojos, que forman largas hileras en las márgenes del Nilo y capturan carpas doradas con el pico; de la Esfinge, que es tan vieja como el mundo, y vive en el desierto, y lo sabe todo; de los mercaderes, que caminan lentamente junto a sus camellos y llevan cuentas de ámbar en las manos; del Rey de las Montañas de la Luna, que es negro como el ébano y adora un gran trozo de cristal de roca; de la gran serpiente verde que duerme en una palmera y tiene a su servicio veinte sacerdotes que la alimentan con pastelillos de miel; y de los pigmeos que navegan en un lago enorme sobre anchas hojas planas y que están en constante guerra con las mariposas.

«Querido Vencejito», dijo el Príncipe, «me cuentas historias maravillosas, pero más maravilloso que cualquier otra cosa es el sufrimiento de hombres y mujeres. No existe mayor Misterio que la Miseria. Vuela sobre mi ciudad y cuéntame lo que veas».

Así pues, el Vencejo voló sobre la gran ciudad, y vio a los ricos divirtiéndose en sus hermosas mansiones, mientras los mendigos se acurrucaban a sus puertas. Voló entre sombríos callejones, y vio los pálidos rostros de criaturitas hambrientas que miraban con indiferencia las lóbregas calles. Bajo la arcada de un puente dos chiquillos yacían abrazados para darse calor mutuamente. «¡Qué hambre tenemos!», decían, pero el vigilante nocturno les gritó: «No podéis pernoctar ahí», y salieron a vagar sin rumbo bajo la lluvia.

Entonces regresó y contó al Príncipe lo que había visto.

«Estoy cubierto de oro puro», dijo el Príncipe. «Tienes que desprenderlo hoja por hoja y dárselo a mis pobres; los seres humanos creen que el oro puede hacerles felices».

El Vencejo arrancó hoja tras hoja de oro puro, hasta que el Príncipe Feliz se quedó completamente gris y desvaído. Llevó a los pobres hoja tras hoja de oro puro, y los semblantes de los niños se volvían más sonrosados, y reían y jugaban en las calles. «¡Ahora tenemos pan!», gritaban.

Luego llegó la nieve, y después de la nieve el hielo. Las calles parecían cubiertas de plata, tal era su resplandor. Largos carámbanos cual dagas de cristal pendían de los aleros de las casas; todo el mundo iba envuelto en pieles, y los niños llevaban capas de color grana y patinaban sobre el hielo.

Aunque el pobre Vencejito sentía cada vez más frío, no quiso abandonar al Príncipe, pues le tenía un gran cariño. Picoteaba migajas a la puerta de la tahona cuando el panadero no miraba, y trataba de conservar el calor batiendo las alas.

Pero al fin comprendió que iba a morir. Tan sólo tuvo fuerzas para volar una vez más hasta el hombro del Príncipe.

«¡Adiós, querido Príncipe!», susurró. «¿Me permites que te bese la mano?»

«Me alegro de que te vayas por fin a Egipto, Vencejito», contestó el Príncipe; «te has quedado aquí demasiado tiempo. Pero debes besarme en los labios, pues yo te quiero».

«No es a Egipto adonde voy», dijo el Vencejo. «Voy a la Casa de la Muerte. La Muerte es la hermana del Sueño, ¿no es así?»

Y besando al Príncipe Feliz en los labios, cayó muerto a sus pies.

En aquel momento resonó en el interior de la estatua un extraño crujido, como si algo se hubiera roto. La realidad era que el corazón de plomo se había partido en dos. Ciertamente la helada era espantosa.

Al día siguiente, muy de mañana, el Alcalde paseaba por la plaza en compañía de los Concejales. Cuando llegaron a la altura de la columna, levantó la vista hacia la estatua.

«¡Válgame Dios!», dijo. «¡Qué aspecto tan zarrapastroso tiene el Príncipe Feliz!»

«¡Qué zarrapastroso, verdaderamente!», exclamaron los Concejales, que siempre estaban de acuerdo con el Alcalde; y todos subieron a la columna para verlo de cerca.

«El rubí se ha caído de la espada, los ojos han desaparecido, y no queda rastro del oro», dijo el Alcalde. «La verdad es que casi parece un mendigo».

«Casi parece un mendigo», repitieron los Concejales.

«¡Y hay un pájaro muerto a sus pies!», prosiguió el Alcalde. «Debemos publicar un bando prohibiendo que los pájaros vengan a morir aquí».

Y el Secretario del Ayuntamiento tomó nota de la sugerencia.

De modo que derribaron la estatua del Príncipe Feliz. «Como ya no es bella ha dejado de ser útil», declaró el Catedrático de Arte de la Universidad.

Luego fundieron la estatua en un horno, y el Alcalde convocó

una sesión de la Corporación Municipal para decidir lo que debía hacerse con el metal.

«Debemos erigir otra estatua, claro está», dijo «y será la mía».

«La mía», repitió cada uno de los Concejales, y empezaron a discutir. La última vez que supe de ellos seguían discutiendo.

«¡Qué cosa tan extraña!», dijo el capataz de la fundición. «Este corazón roto de plomo no se derrite en el horno. Habrá que tirarlo».

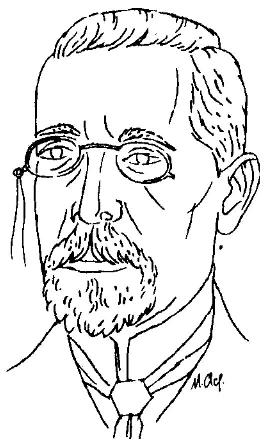
De suerte que lo arrojaron a un montón de basura donde también yacía el Vencejo muerto.

«Tráeme las dos cosas más preciosas de la ciudad», dijo Dios a uno de sus Angeles; y el Angel le trajo el corazón de plomo y el pájaro muerto.

«Has escogido con acierto», dijo Dios, «pues en mi jardín del Paraíso este pajarillo cantará por siempre, y en mi ciudad de oro el Príncipe Feliz me alabará eternamente».

UNA NOCHE DE ALMIRANTE

MACHADO DE ASSIS/BRASIL



A LAS TRES de la tarde, Deolindo el Ollar (un mote que le habían puesto sus compañeros de tripulación) salió del arsenal de la Marina y enfiló con paso rápido la Rua de Bragança. Su corbeta acababa de regresar de un largo crucero de prácticas; y él bajó a tierra en cuanto le dieron licencia. Sus amigos le habían dicho entre risas:

—¡Eh, Ollar!, ahora a pasar una verdadera noche de Almirante, ¿no? Vino, una guitarra y los brazos de Genoveva. Genoveva te quiere...

Deolindo se había sonreído. Eso precisamente, una noche de Almirante, como bien dice la frase, era lo que le esperaba en tierra. La pasión había surgido tres meses antes de zarpar la corbeta. Genoveva era una chica del campo, tez morena, veinte abriles, ojos oscuros y avispados. Se conocieron en casa de un amigo y se enamoraron locamente, de una manera tan furiosa que a punto estuvieron de hacer una locura: dispuesto él a desertar de la Marina, y ella a fugarse con él a la más remota aldea del interior.

Les disuadió la vieja Ignacia, con la que vivía Genoveva. Al fin Deolindo decidió obedecer órdenes y zarpar para el crucero de prácticas. Como garantía mutua acordaron prestar un juramento de fidelidad.

—Lo juro por el Dios del cielo. ¿Y tú?

—Yo también.

—Dilo.

Lo juro por el Dios del cielo. Que me falte la gracia divina a la hora de la muerte.

Se celebró, pues, en la debida forma, el compromiso sagrado. Nadie hubiera dudado de su sinceridad; lloró ella desconsoladamente mientras él se mordía los labios para ocultar su emoción. Por último se separaron. Genoveva estuvo en el puerto hasta que la corbeta se perdió de vista, y volvió a casa con una opresión tan grande en el corazón que parecía como si de un momento a otro fuera a suceder algo espantoso, pero no ocurrió nada. Pasaron los días, las semanas, los meses, hasta diez meses, y al fin regresó la corbeta con Deolindo a bordo.

El cual sube ahora por la Rua de Bragança, cruza Prainha y Saude, y al fin llega a Gambôa, donde vive Genoveva, nada más pasar el cementerio inglés. Allí la encontrará probablemente apoyada en el alféizar de la ventana, esperándole. Deolindo va ensayando unas palabras con que saludarla. Ya ha pensado estas: «Yo di mi palabra y la mantengo», pero sigue dándole vueltas a ver si se le ocurre algo mejor. Se acuerda de otras mujeres que ha visto por el ancho mundo: italianas, marsellesas, turcas, muchas de ellas bonitas, o por lo menos así se lo parecieron. Admite que no todas eran exactamente su tipo, pero sí muchas de ellas, por supuesto, y a pesar de todo no llegaron a interesarle de veras. Porque él sólo pensaba en Genoveva, en su hogar, su dulce casita, con sus paredes resquebrajadas por el sol, y sus escasos muebles, viejos y desvencijados, que no pudo borrar de su imaginación cuando se vio delante de palacios exóticos en países lejanos. Con grandes sacrificios compró en Trieste un par de pendientes, que ahora lleva en el bolsillo junto con otros regalitos menos ostentosos. ¿Y qué le regalará ella? Muy probablemente un pañuelo con su nombre y un ancla bordados en un pico, pues a ella eso de bordar se le da de perlas.

Enfrascado en tales pensamientos llegó a Gambôa, dejó atrás el cementerio y se detuvo ante la casa. La puerta estaba cerrada. Llamó con los nudillos e inmediatamente oyó una voz conocida, la de la vieja Ignacia, que abrió la puerta con grandes exclamaciones de sorpresa. Deolindo, impaciente, preguntó por Genoveva.

—No me hables de esa loca —dijo la vieja—. Me alegro de haberte dado aquel consejo. Ya ves, se ha largado.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué sucede?

La vieja le dijo que lo tomase con calma, que no tenía importancia, que era una de esas cosas que pasan. No merecía la pena disgustarse por ello. Genoveva había perdido la chaveta...

—Pero ¿por quién?

—¿Conoces a José Diogo, el que vendía ropa por las casas? Se ha marchado con él. No puedes imaginarte cómo se quieren. Ella está como loca. Por eso nos peleamos. José Diogo no quería marcharse. Todo eran murmullos y cuchicheos, hasta que un día les dije que no me daba la gana que hiciesen de mi casa una casa de mala nota. ¡Dios bendito, la que se armó! Genoveva me miró con unos ojos así, diciendo que ella jamás había ofendido a nadie y que no necesitaba de caridades. ¿Quién habla de caridades, Genoveva? Lo único que digo es que no quiero que os estéis pelando la pava en mi puerta hasta las seis de la mañana... A los dos días se marchó y no me ha vuelto a hablar.

—¿Dónde vive ahora?

—En la playa de Formosa, según se va a la cantera. La casa está recién pintada.

Deolindo ya había oído bastante. La vieja Ignacia, algo arrepentida por haberse ido de la lengua, le recomendó prudencia, pero él no la escuchaba ya. Se había marchado. No contaré los pensamientos que le asaltaron por el camino, porque eran un total embrollo. Cruzaban las ideas por su cerebro como barcos en plena tempestad, entre una confusión de vientos y sirenas de niebla. A intervalos fulguraba un cuchillo de marinero, rojo de sangre, ávido de venganza. Atravesó Gambôa y el Sacco de Alferes y se encontró en la playa de Formosa. No sabía el número de la casa, pero sí que se hallaba cerca de la cantera y que estaba recién pintada, hasta que al fin, preguntando a los vecinos, logró dar con ella. No había imaginado que el destino hubiera puesto a Genoveva sentadita a la ventana, pero allí estaba cosiendo en el preciso momento en que él se le acercó. Al verla se detuvo. Ella, advirtiendo la presencia de un hombre, alzó la vista y reconoció al marinero.

—¡Caramba! —exclamó sorprendida—. ¿Cuándo has vuelto? Pasa, Deolindo.

Se levantó y abrió la puerta para que pasara. Cualquier hombre

hubiera sentido renacer la esperanza, tan abierta y amistosa fue la acogida de la muchacha. Quizá la vieja estuviera confundida o hubiese mentido. O hasta pudiera ser que hubiese puesto fin al amorío con el vendedor ambulante de ropa. Todo ello pasó efectivamente por el pensamiento de Deolindo, no en forma concreta de razonamiento, sino de manera acelerada y tumultuosa. Genoveva dejó la puerta abierta, le pidió que se sentara, le preguntó por el viaje y le dijo que le parecía que había engordado; todo ello sin emoción, sin intimidad. Deolindo sintió morir toda esperanza. No llevaba cuchillo, pero tenía las manos; Genoveva era poquita cosa y podría estrangularla con facilidad. Durante unos momentos no pensó en otra cosa.

—Lo sé todo —dijo el muchacho.

—¿Quién te lo ha contado?

Deolindo se encogió de hombros.

—Sea quienquiera —continuó ella— ¿te ha dicho que yo estaba enamorada de otro?

—Sí.

—Te ha dicho la verdad.

Deolindo se abalanzó hacia ella, pero el modo de mirarle Genoveva le detuvo en seco. Entonces le dijo la mujer que si le había dejado entrar era porque le consideraba un hombre inteligente. Se lo contó todo, lo mucho que le había echado de menos, las proposiciones que le hizo el tratante de ropa, y las negativas de ella, hasta que una mañana, sin saber cómo ni por qué, se había enamorado rendidamente de aquel hombre.

—De verdad, he pensado mucho en ti. Puedes preguntar a Ignacia cuánto he llorado... Pero se me trastornó el corazón... Cambió... Te cuento todo esto como si me estuviera confesando —concluyó, riendo.

No se reía en son de burla. En su forma de hablar se advertía una combinación de candor y cinismo, de insolencia y simplicidad; no hay manera de explicarlo mejor. Acaso los términos insolencia y cinismo no estén aquí empleados con propiedad. Genoveva no pretendía disculparse en absoluto, carecía de código moral que la obligara a defenderse. En resumen venía a decir que hubiera sido mejor no haber cambiado, que verdaderamente le había que-

rido, pues de no ser así, no habría proyectado fugarse con él; pero que entonces intervino José Diogo y la conquistó, y que no había más que aceptar los hechos. El pobre marinero habló del juramento de la partida como de una obligación eterna, pues por ella se avino a no desertar del barco: «Lo juro por el Dios del cielo. Que me falte la gracia divina a la hora de la muerte». Si se resignó a embarcar fue tan sólo porque ella compartió este juramento. Con estas palabras en los oídos zarpó, aguantó la travesía, esperó y volvió a puerto; ellas le habían dado fortaleza para vivir. Lo juro por el Dios del cielo. Que me falte la gracia divina a la hora de la muerte...

—Sí, muy bien, Deolindo; era la verdad. Cuando yo lo juré, era la verdad. Hasta quería fugarme contigo. Pero después pasaron otras cosas... Llegó este hombre y empezó a gustarme...

—Pero los juramentos son para que no guste ningún otro...

—Vamos, Deolindo. ¿Quieres decir que no has pensado en nadie más que en mí? No digas tonterías...

—¿Cuándo vuelve José Diogo?

—Hoy no viene.

—¿No?

—No viene. Está trabajando en Guaratiba. Seguramente volverá el viernes o el sábado... ¿Por qué quieres conocerle? ¿Es que te ha hecho algo?

Quizá cualquier otra mujer hubiera dicho sustancialmente lo mismo, pero pocas hubieran podido expresarlo con un gesto tan inocente. Cuán cerca estamos de la naturaleza en este punto. ¿Qué te ha hecho? ¿Qué culpa tiene la roca que te cae en la cabeza? Cualquier físico nos explicará por qué cae una roca; no tiene nada que ver con nosotros.

Deolindo declaró con gesto desesperado que iba a matar al tratante. Genoveva le miró con aire despectivo, esbozó una sonrisa e hizo chascar la lengua con impaciencia. Y cuando él la acusó de ingratitud y de perjurio, no fue capaz de ocultar su asombro. ¿Qué perjurio? ¿Qué ingratitud? ¿Acaso no le había dicho ya que cuando juró juraba de verdad? La Virgen que había encima de la cómoda sabía que todo era cierto. ¿De ese modo le pagaba cuanto había sufrido? Y él, que tanto le hablaba de fidelidad, ¿había pensado siempre en ella por todos los sitios donde anduvo?

La respuesta del hombre fue llevarse la mano al bolsillo y sacar el envoltorio que traía. Lo abrió ella, y fue mirando los regalos uno por uno hasta llegar por último a los pendientes. No eran caros, no podían serlo, y hasta eran de mal gusto, pero daba gloria contemplarlos. Genoveva los tomó entre los dedos, feliz, deslumbrada, y examinó primero uno, y después el otro, los miró de cerca y de lejos, alargando el brazo, y al cabo se los puso. Entonces, para apreciar bien cómo le sentaban, se miró en el espejo de cuatro perras colgado en la pared entre la puerta y la ventana. Retrocedió unos pasos, volvió a acercarse al espejo, ladeó la cabeza a derecha e izquierda.

—¡Son muy bonitos, mucho! —dijo con expresión de reconocimiento—. ¿Dónde los compraste?

El no contestó. En realidad no tuvo tiempo, ya que ella le disparó dos o tres preguntas más, una tras otra, tan confusa la tenía el recibir un maravilloso obsequio a trueque de haberle dejado de querer. La confusión duró cinco, cuatro, quizá dos minutos. Luego se quitó los pendientes, los contempló de nuevo y los guardó en la cajita de la mesa redonda que había en el centro de la habitación. Por su parte, Deolindo empezó a pensar que lo mismo que él la había perdido por su ausencia, también el otro podía perderla; y además seguramente ella no habría prestado ningún juramento al vendedor de ropa.

—Hablando y tonteando toda la tarde y ya casi se ha hecho de noche —dijo Genoveva.

En efecto, la noche se venía encima. Ya no se veía el lazareto y apenas se distinguía la isla Melon; hasta los botes de remos y las canoas que había frente a la casa empezaban a confundirse con el fango de la playa. Genoveva encendió una vela. Después se sentó y le pidió que le contase algo de los países que había visitado. Deolindo se negó. Dijo que se marchaba; se levantó y dio unos pasos. Pero el demonio de la esperanza roía el corazón del infeliz; volvió a sentarse y se puso a contar sus recuerdos de viaje. Genoveva escuchaba con la mayor atención. Entró una amiga que vivía cerca e interrumpió la narración. Genoveva, sin más presentaciones, le dijo que se sentara también y escuchase «las bonitas historias que está contando Deolindo». La encopetada dama a quien sorprende despierta la

mañana por no haber podido dejar la novela que está leyendo no siente las vidas de los personajes con mayor intimidad que la ex amante del marinero revivía las escenas que este iba relatando; permanecía totalmente absorta, como si entre ellos no existiera nada más que la narración. ¿Qué importa a la gran dama el autor del libro? ¿Qué se le daba a esta muchacha del narrador de las aventuras?

Entretanto, las esperanzas habían comenzado a abandonar a Deolindo, y se levantó resuelto a marcharse. Genoveva no quiso dejarle ir hasta que su amiga hubiese visto los pendientes; se los enseñó ponderando mucho su valor y su belleza. La otra mujer quedó encantada, los alabó calurosamente, preguntó si los había comprado en Francia y pidió a Genoveva que se los pusiese.

—Son muy bonitos, de verdad.

El marinero, como bien puede comprenderse, compartía esta opinión. Le gustaba mirarlos, y le parecían hechos prácticamente a la medida de ella, gozando durante unos segundos del raro y delicado placer de haber hecho un regalo selecto; pero sólo por unos instantes.

Cuando al fin se despidió, Genoveva le acompañó hasta la puerta agradeciéndole una vez más el regalo y añadiendo verosímilmente algunas palabras de cortesía. Su amiga, que se había quedado en la habitación, solamente oyó: «No seas loco, Deolindo»; y al marinero: «Ya lo verás». No percibió más, pues sólo llegó a sus oídos un leve murmullo.

Deolindo anduvo por la playa lento y abatido, lejos el ímpetu juvenil de la tarde; sentíase angustiado y envejecido, o, por usar una metáfora muy popular entre nuestros marineros, profundamente escorado. Genoveva volvió a entrar en la casa parloteando con animación. Contó a la vecina sus amores con el marinero, alabando con grandes extremos el carácter y los finos modales de Deolindo. Su amiga manifestó que le encontraba verdaderamente encantador.

—Un chico estupendo, lo que se dice estupendo —repitió Genoveva—. ¿Sabes lo que acaba de decirme?

—¿Qué?

—Que se va a matar.

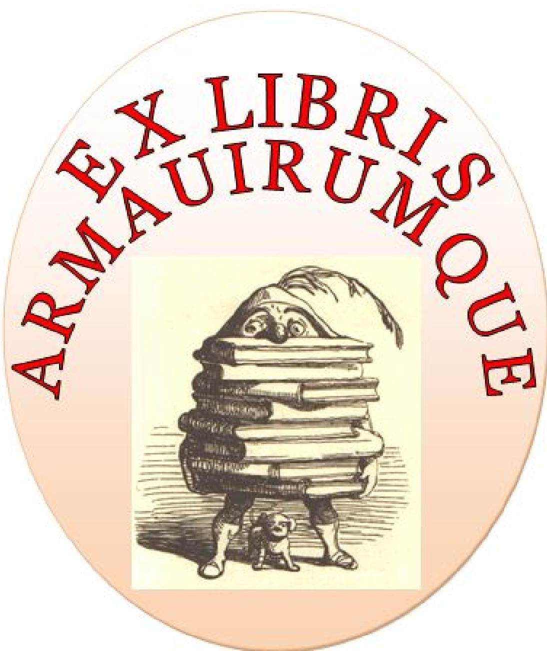
—¡Jesús!

—No te preocupes, no llegará a tanto. Deolindo es así: promete mucho pero luego no hace nada. Verás como no se mata. Pobre chico, está muerto de celos... Los pendientes son preciosos.

—Nunca he visto en Río cosa igual.

—Ni yo tampoco —dijo Genoveva, mirándolos a la luz. Volvió a guardarlos e invitó a la mujer a coser con ella—. Vamos a coser un poco, quiero acabar mi blusa azul...

Tenía razón: el marinero no se mató. Al día siguiente algunos compañeros le recibieron con palmadas en el hombro, felicitándole por su noche de Almirante. Le preguntaron si Genoveva había llorado mucho durante su ausencia, si seguía estando tan guapa... El contestó a todo con sonrisa taimada y satisfecha, la sonrisa de un hombre que aún disfruta el regosto de una buena noche.



MATRIMONIO A LA MODA

KATHERINE MANSFIELD/GRAN BRETAÑA

Katherine Mansfield



CAMINO DE la estación, William se dio cuenta de que había olvidado comprar algo para los críos. El olvido le causó gran malestar. ¡Pobres niños! ¡Qué pena! Las primeras palabras que decían siempre cuando corrían a saludarle eran: «¿Qué nos traes, papá?», y él no llevaba nada. Tendría que comprarles unos dulces en la estación. Pero eso era lo que había hecho los cuatro sábados anteriores, y la última vez sus caras habían sido lo suficientemente expresivas al ver aparecer las mismas cajas de costumbre.

Paddy había dicho:

—A mí ya me diste una con cinta roja.

Y el comentario de Johnny fue:

—Y a mí siempre me toca rosa. Odio el color rosa.

Pero, ¿qué podía hacer William? El asunto no era fácil. Antes hubiera cogido un taxi hasta una buena juguetería y en cinco minutos habría encontrado algo adecuado para ellos. Pero ahora tenían juguetes rusos, franceses, servios... juguetes de Dios sabe qué parte del mundo. Hacía más de un año que Isabel había desechado los burritos, las locomotoras y un montón de cosas más porque eran «demasiado sentimentales» y «muy perjudiciales para la formación de los pequeños».

—Es importantísimo —había explicado la nueva Isabel— que tengan gustos adecuados desde el principio. Ahorra mucho tiempo más adelante. La verdad, si las pobres criaturas se pasan la infancia contemplando semejantes monstruosidades, es muy normal que al

crecer insistan en que los lleven a la Real Academia de Pintura.

Y continuaba hablando como si una visita a la Real Academia de Pintura fuese algo semejante a una condena a muerte...

—Bueno, no estoy muy seguro —dijo William lentamente—. Cuando yo tenía su edad me iba a la cama abrazado a una toalla con un nudo en la punta.

La nueva Isabel le miró con los ojos entornados y los labios entreabiertos.

—¡Querido William! Estoy completamente segura de que lo hacías. —Y rió con su nuevo estilo.

Sin embargo, tendría que volver a llevarles dulces, pensó melancólicamente William mientras buscaba dinero suelto para pagar el taxi. Y se imaginó a los niños ofreciendo dulces —su generosidad no conocía límites—, y a los remilgados amigos de Isabel no dudando un momento en cogerlos...

¿Por qué no llevarles fruta? William se detuvo ante uno de los puestos, dentro ya de la estación. ¿Qué tal un melón para cada uno? ¿Tendrían que repartirlos también? O una piña para Pad y un melón para Johnny. No era probable que los amigos de Isabel se colaran furtivamente en la habitación de los niños a la hora de comer. Aun así, mientras compraba la fruta William tuvo una visión horrible: imaginó a uno de los amigos de Isabel, un joven poeta, sorbiendo una raja de melón detrás de la puerta del cuarto de los pequeños.

Con los incómodos paquetes se dirigió hacia su tren. El andén estaba repleto y el tren ya había llegado. Las puertas no dejaban de golpear violentamente en su constante abrir y cerrar. La locomotora lanzó un silbido tan potente que todo el mundo pareció aturdido en su ir y venir. William se dirigió sin dudar a un vagón de primera clase para fumadores, dejó su maleta y los paquetes y, tras sacar un manojo de papeles del bolsillo interior de la chaqueta, se sentó en un rincón y se puso a leer.

«Nuestro cliente, además, está convencido... Juzgamos oportuno volver a considerar... en el caso de que...» Sí, así estaba mejor. William se alisó el pelo y estiró las piernas. La sensación de angustia que le oprimía el pecho se mitigó. «Respecto a nuestra decisión...» Sacó un lápiz azul y señaló cuidadosamente un párrafo.

Entraron en el compartimiento dos hombres, pasaron por delante de él y se acomodaron en el rincón opuesto. Un joven colocó en el portaequipajes sus palos de golf y se sentó enfrente. El tren dio un suave tirón y se puso en marcha. William levantó la vista y vio deslizarse ante sus ojos la calurosa estación. Una muchacha, sofocada por el esfuerzo, corría por el andén con grandes aspavientos y voces. «Histérica», pensó William tristemente. Al final del andén apareció un obrero con la cara grasienta y ennegrecida que sonrió al paso del tren. «¡Qué asco de vida!», se dijo, y volvió a enfrascarse en sus papeles.

Cuando levantó la vista de nuevo estaba en pleno campo. Los animales se cobijaban a la sombra de los frondosos árboles. Un ancho río en cuya orilla chapoteaban unos niños desnudos apareció fugazmente ante sus ojos. El cielo tenía un resplandor pálido, y un pájaro se cernía en lo alto como una mota oscura en una piedra preciosa.

«Hemos examinado los archivos de correspondencia de nuestro cliente...» Repitió mentalmente estas palabras, como un eco. «Hemos examinado...» William se aferró a la frase, pero era inútil; se le quebraba por la mitad, y los campos, el cielo, el pájaro, el agua, todo le decía: «Isabel». Lo mismo le sucedía todos los sábados por la tarde. En su camino de regreso junto a Isabel imaginaba innumerables encuentros con ella. Estaba en el andén, algo apartada del resto de la gente; sentada en el taxi a la puerta de la estación; junto a la verja del jardín; en la puerta, o en el vestíbulo.

Y con su voz nítida y cristalina decía: «William», «Hola, William» o «Así que has llegado, William». Y él tocaba su fría mano, su fría mejilla.

¡El dulce frescor de Isabel! De pequeño, le encantaba salir al jardín después de un chaparrón, colocarse debajo del rosal y sacudirlo. Isabel era aquel rosal, con sus delicados pétalos, su rocío y su frescura. Y él seguía siendo el niño de entonces. Pero ahora ya no salía corriendo al jardín, ya no reía ni sacudía el rosal. La sensación de angustia que le oprimía el pecho se reanudó. Recogió las piernas, dejó a un lado los papeles y cerró los ojos.

«¿Qué pasa, Isabel? ¿Qué pasa?», le preguntó con dulzura. Estaban en el dormitorio de la nueva casa. Isabel estaba sentada en un taburete frente al tocador cubierto de cajitas verdes y negras

«¿A qué te refieres?» Se inclinó hacia adelante, y su sedoso cabello rubio le cayó sobre las mejillas.

«¡Ah, tú bien lo sabes!», contestó él. Estaba de pie en el centro de aquella extraña habitación en la que se sentía como un extraño.

Entonces, Isabel se volvió bruscamente en su taburete y se le quedó mirando.

«¡Oh, William!», gritó con tono suplicante, blandiendo el cepillo del pelo. «Por favor, no seas tan anticuado y... tan trágico. No paras de decir, hacerme ver o insinuar que he cambiado. Tan sólo porque he conocido a algunas personas con las que congenio, porque salgo un poco más y porque me tomo verdadero interés por las cosas, te comportas como si...» Isabel se echó el pelo hacia atrás y rió, «como si hubiese dado una puñalada a nuestro amor o algo parecido. ¡Resulta todo tan absurdo», se mordió el labio, «y tan exasperante, William! Hasta te fastidia que tenga esta casa nueva y servidumbre».

«¡Isabel!»

«Sí, sí, en cierto modo es verdad», replicó inmediatamente Isabel. «Piensas que son otro signo negativo. Sé que lo piensas. Me lo dice el corazón cada vez que subes por esas escaleras», añadió bajando el tono de voz. «Pero no podíamos seguir viviendo en aquel miserable agujero. Sé práctico al menos, William. Acuérdate, ni siquiera había sitio para los niños.»

Era cierto. Todos los días, al volver de su bufete, se encontraba a los niños con Isabel en la salita de atrás. Galopaban sobre la piel de leopardo extendida en el respaldo del sofá o jugaban a las tiendas utilizando el escritorio de Isabel como mostrador. A veces Pad se sentaba en la estera que había delante de la chimenea y se ponía a remar como loco con la badila, mientras Johnny disparaba contra los piratas con las tenazas. Y al anochecer había que subirles a cuestas por aquellas escaleras tan estrechas hasta los brazos de su vieja y gorda niñera.

Sí, debía admitir que era una casa miserable. Una casita blanca con cortinas azules y una jardinera con petunias en la ventana. William recibía a sus amigos en la puerta con un: «¿Habéis visto nuestras petunias? Son espléndidas para Londres, ¿no os parece?»

Pero lo más estúpido, lo más inconcebible era que no se hubiese dado cuenta ni por asomo de que Isabel no era tan feliz como él.

¡Qué ceguera, Dios mío! En aquella época ignoraba por completo que ella odiaba la incómoda casita, que creía que la niñera gorda estaba echando a perder a los niños, que se sentía muy sola, anhelando conocer gente nueva, oír música nueva, ver películas... todo. Si no hubieran ido a la fiesta que dio Moira Morrison en su estudio... Si Moira Morrison no hubiera dicho cuando ya se marchaban: «Voy a liberar a tu esposa, egoísta. Es como una delicada Titania.» ...Si Isabel no hubiera ido con Moira a París... Si...

El tren paró en otra estación. Bettingford. ¡Cielos! Llegaría en diez minutos. Se guardó los papeles. El joven sentado frente a él se había apeado hacía tiempo. Ahora se bajaron los otros dos pasajeros. El último sol de la tarde caía sobre los vestidos de las mujeres y sobre los niños que andaban descalzos, y arrancaba destellos a la delicada flor amarilla de una planta cuyas ásperas hojas se extendían por una roca. El aire que se colaba por la ventanilla olía a mar. «¿Tendrá Isabel también este fin de semana la misma gente a su alrededor?», se preguntó William.

Y evocó las vacaciones que solían pasar antes, los cuatro juntos, con Rose, una joven campesina que cuidaba de los pequeños. Isabel llevaba jersey y el pelo recogido en una trenza; parecía una niña de catorce años. ¡Dios mío! ¡Cómo se le pelaba la nariz a William! Y cuánto comían, y cuánto dormían, entrelazados sus pies en la inmensa cama de colchón de plumas... William no pudo reprimir una amarga sonrisa al pensar en la consternación de Isabel si supiera hasta dónde llegaba su sentimentalismo.

—HOLA, William.

Después de todo estaba en la estación, algo distanciada de los demás, tal como se la había imaginado, y —el corazón le dio un vuelco de alivio— sola.

—Hola, Isabel —respondió William mientras la miraba embelesado. Tan bella le parecía que consideró necesario añadir algo—: Te veo tan fresca a pesar del calor.

—¿Sí? Pues no me siento nada fresca. Date prisa, tu horrible tren ha llegado con retraso. El taxi nos espera fuera. —Colocó la mano con gran suavidad sobre el brazo de William cuando pasaron ante el encargado de recoger los billetes—. Hemos venido todos a

recibirte, pero hemos dejado a Bobby Kane en la bombonería y tenemos que recogerle.

—¡Oh! —fue todo cuanto pudo responder William por el momento.

El taxi esperaba a pleno sol. Bill Hunt y Dennis Green, arrellanados en uno de los lados del asiento, tenían el rostro medio cubierto por el sombrero. Al otro lado, Moira Morrison saltaba sin parar. Llevaba un sombrero que parecía una fresa descomunal.

—¡No hay hielo! ¡No hay hielo! ¡No hay hielo! —gritó alegremente.

—Sólo lo conseguiremos en la pescadería —intervino Dennis bajo el ala de su sombrero.

A lo que Bill Hunt, saliendo de su sopor, contestó:

—Con peces dentro.

—¡Qué fastidio! —se lamentó Isabel, y explicó a William cómo habían estado buscando hielo por toda la ciudad mientras ella le esperaba—. Todo se está derritiendo como una vela, empezando por la mantequilla.

—Tendremos que usarla para ungirnos con ella —comentó Dennis—. Que a tu cabeza, oh William, no le falten bálsamos.

—Oye, ¿cómo nos vamos a sentar? —dijo William—. Será mejor que yo vaya delante con el conductor.

—No —replicó Isabel—, con el conductor irá Bobby Kane. Tú siéntate entre Moira y yo. —El taxi se puso en marcha—. ¿Qué llevas en esos misteriosos paquetes?

—Cabezas decapitadas —intervino Bill Hunt, temblando con todo el cuerpo.

—¡Es fruta! —Isabel parecía loca de contento—. ¡Qué buena idea, William! Un melón y una piña. ¡Es maravilloso!

—No, espera un poco —dijo William con una sonrisa, aunque en realidad estaba muy inquieto—. Eso es para los pequeños.

—¡Oh, cariño! —Isabel rió y le pasó la mano bajo el brazo—. Tendrán retortijones si se comen esa fruta. ¡No! —le dio unas palmaditas en la mano—. La próxima vez les traes algo a ellos. Esa piña es para mí.

—¡Qué cruel eres, Isabel! Déjame olerla, anda —dijo Moira, y extendió los brazos por delante de William en actitud de súplica—. ¡Oh! —El sombrero se le venció hacia adelante. Parecía a punto de desmayarse.

—«Dama enamorada de una piña» —comentó Dennis en el momento en que el taxi se detenía frente a una pequeña tienda con un toldo a rayas.

En la puerta apareció Bobby Kane con un montón de paquetitos.

—Espero que sean buenos. Los he elegido por el color. Son unas cosas redondas que tienen una pinta divina. Y fijaos en este guirlache —gritó al borde del éxtasis—. ¡Fijaos bien! Es como un ballet en miniatura—. En aquel momento hizo su aparición el tendero—. Ah, se me olvidó deciros que no he pagado nada de esto —añadió con expresión de temor. Isabel dio un billete al tendero y Bobby recobró la alegría—. ¿Qué tal, William? Yo me siento delante. —Iba sin sombrero, vestido completamente de blanco, con las mangas de la camisa remangadas. Saltó al lado del conductor y gritó—: ¡Avanti!

Después del té los demás fueron a darse un baño. William se quedó en casa para hacer las paces con los críos. Pero Paddy y Johnny estaban durmiendo, el rojo resplandor del atardecer había palidecido y los murciélagos ya habían empezado a revolotear, y los bañistas aún no habían vuelto. William bajó a la planta inferior y se cruzó con una doncella que llevaba una lámpara. La siguió hasta el salón, muy amplio y pintado de amarillo. En la pared que quedaba frente a William alguien había pintado un joven de tamaño mayor que el real, con piernas de pelele, ofreciendo una inmensa margarita a una muchacha con un brazo muy corto y el otro muy largo y delgado. Sobre las sillas y el sofá colgaban tiras de tela negra salpicadas de grandes manchas similares a huevos rotos, y por todas partes había ceniceros repletos de colillas. William se sentó en una de las butacas. Hoy en día, cuando metía uno la mano por los costados del asiento, no encontraba una oveja de tres patas, o una vaca a la que faltaba un cuerno, o una paloma del zoo en miniatura, sino otro manoseado librito de poemas forrado con papel... Se acordó entonces de los papeles que llevaba en el bolsillo, pero se sentía demasiado hambriento y cansado para leer. La puerta estaba abierta, y hasta él llegaron sonidos procedentes de la cocina. La servidumbre estaba parloteando como si no hubiera nadie en la casa. De pronto oyó una sonora carcajada y un «¡Chist!» no menos sonoro. Se habían acordado de su existencia. William se levantó, atravesó el gran

ventanal y salió al jardín. Permaneció inmóvil en la oscuridad, y al rato oyó a los bañistas que subían por el camino de arena. Sus voces rompieron la tranquilidad del momento:

—Creo que le toca a Moira emplear sus artimañas.

Un trágico gemido de Moira.

—Deberíamos tener un tocadiscos para los fines de semana; así podríamos escuchar *La doncella de las montañas*.

—No, por favor, no —exclamó Isabel—. No debemos hacerle eso a William. Sed amables con él, *mes amis*. Sólo va a estar aquí hasta mañana por la tarde.

—Dejadlo en mis manos —dijo Bobby Kane—. A mí se me da muy bien eso de entretener a la gente.

Se oyó el abrir y cerrar de la cancela. William hizo un movimiento y ellos le vieron. «¿Qué tal, William?» Y Bobby Kane, agitando la toalla en el aire, se puso a danzar y a hacer piruetas por el agostado césped.

—¡Qué lástima que no hayas venido, William! El agua estaba divina. Y después fuimos a un bar y nos tomamos unas ginebras.

El grupo ya había entrado en la casa. Bobby Kane se dirigió a Isabel:

—Oye, ¿te gustaría que esta noche me pusiera mi traje estilo Nijinsky?

—No —repuso ella—. Esta noche no se viste nadie. Todos estamos hambrientos. También William está muerto de hambre. Vamos, *mes amis*, empecemos con unas sardinas.

—¡Encontré las sardinas! —gritó Moira, y salió corriendo de la cocina con una lata en lo alto.

Dennis sentenció con gravedad.

—«La dama de la lata de sardinas».

—Bien, bien. ¿Y qué tal por Londres? —preguntó Bill Hunt mientras descorchaba una botella de whisky.

—No ha cambiado mucho —respondió William.

—El viejo Londres... —comentó cordialmente Bobby, al tiempo que pinchaba una sardina.

Pero un momento después William había caído en el olvido. Moira Morrison se preguntaba de qué color eran realmente las piernas bajo el agua.

—Las mías son de un color champiñón palidísimo.

Bill y Dennis comieron vorazmente. Isabel rellenó los vasos, cambió los platos, fue a buscar cerillas, todo ello sin dejar de sonreír. De pronto dijo:

—Me gustaría que lo pintases, Bill.

—¿Pintar qué? —preguntó Bill, con la boca llena de pan.

—A nosotros alrededor de la mesa —contestó ella—. Resultaría fascinante dentro de veinte años.

Bill alzó la vista y mascculló groseramente:

—La luz no es buena. Demasiados amarillos —y siguió comiendo. Incluso esto pareció agradar a Isabel.

Después de cenar todos estaban tan cansados que no hicieron sino bostezar hasta que llegó la hora de acostarse.

Sólo a la tarde siguiente, cuando estaba esperando el taxi, se encontró William a solas con Isabel. Al verle bajar con la maleta hasta la entrada, Isabel dejó al resto del grupo y se acercó a él. Se agachó y levantó la maleta.

—¡Cuánto pesa! —exclamó, y soltó una risita forzada—. Déjame que te la lleve hasta la verja.

—No. ¿Por qué ibas a hacerlo? —dijo William—. No, déjamela a mí.

—Por favor, déjame. De verdad que quiero llevarla.

Echaron a andar en silencio. A William no se le ocurría nada que decir.

—¡Ya estamos! —exclamó triunfalmente Isabel, dejando la maleta en el suelo y mirando con impaciencia en dirección del camino de arena—. Apenas te he podido ver esta vez —añadió casi sin aliento—. Resulta tan corto, ¿verdad? Es como si acabaras de llegar. La próxima vez... —A lo lejos apareció el taxi—. Espero que te cuiden bien en Londres. Siento muchísimo que los niños hayan estado fuera todo el día, pero la señorita Neil ya lo tenía todo organizado. Te echarán de menos. ¡Mi pobre William, tener que volver a Londres! —El taxi se detuvo ante la cancela—. Adiós. —Le dio un fugaz beso y se metió en la casa.

A un lado y a otro, campo, árboles y setos. Atravesaron la diminuta ciudad, que parecía desierta, y subieron pesadamente por la empinada cuesta de la estación.

El tren ya estaba en el andén. William se dirigió a un vagón de primera clase para fumadores y se dejó caer en un rincón del compartimiento. Esta vez no sacó los papeles. Cruzó los brazos sobre el pecho, oprimido de nuevo por aquella sensación de angustia, y mentalmente empezó a escribir una carta a Isabel.

ESTABAN sentados en el jardín de la casa. Se cobijaban del sol bajo toldos multicolores, y el único que no ocupaba una de las tumbonas era Bobby Kane, que estaba echado en la hierba a los pies de Isabel. Era un día sofocante, tedioso y pesado. El correo se retrasaba, como de costumbre.

—¿Creéis vosotros que habrá lunes en el cielo? —preguntó infantilmente Bobby.

—El cielo será un largo lunes —susurró Dennis.

Pero Isabel permanecía abstraída, preguntándose dónde habría ido a parar lo que sobró del salmón que tomaron para cenar el día anterior. Había pensado preparar pescado con mayonesa para la comida y ahora resultaba...

Moira estaba durmiendo. El sueño era su descubrimiento más reciente: «¡Resulta tan maravilloso! Cierra uno los ojos y ya está. ¡Es tan delicioso!»

Cuando el viejo y rubicundo cartero apareció empujando su triciclo por el camino de arena, tuvieron la sensación de que el manillar era como un par de remos.

Bill Hunt dejó el libro que estaba leyendo y exclamó con satisfacción: «Cartas». Todos esperaron la llegada del cartero. Pero —¡oh, cruel mensajero!, ¡oh, perverso mundo!— tan sólo había una carta, muy abultada, para Isabel. Ni un mal periódico.

—Y para colmo es de William —comentó Isabel con tristeza.

—¿De William? ¿Tan pronto?

—Te devuelve el certificado de matrimonio como un dulce recordatorio.

—Pero ¿tiene todo el mundo certificado de matrimonio? Yo creía que eso era sólo para los criados.

—¡Páginas y más páginas! ¡Miradla! «Dama leyendo una carta» —dijo Dennis.

Mi querida y bien amada Isabel... Y así páginas y páginas. A medida

que iba leyendo, su sorpresa se fue transformando en una sensación de sofoco. ¿Qué demonios habría inducido a William a...? Era realmente extraordinario... ¿Qué le habría pasado para...? Se sintió confundida, cada vez más agitada, incluso asustada. Era típico de William. ¿O quizá no? De todos modos aquello resultaba absurdo, ridículo. «¡Ja, ja, ja! ¡Dios mío!» ¿Qué haría? Se recostó en la tumbona y se echó a reír hasta que ya no pudo parar.

—¡Dinos qué pasa! —suplicaron los demás—. Tienes que decírnoslo.

—Estoy deseando hacerlo —contestó Isabel medio ahogada. Se incorporó, recogió todas las hojas de la carta y las blandió ante sus rostros.

—¡Escuchad! Es genial. ¡Una carta de amor!

—¡Una carta de amor! ¡Es divino!

Mi querida y bien amada Isabel... Pero apenas había comenzado a leer cuando sus risas la interrumpieron.

—Adelante, Isabel. Es maravilloso.

—¡Qué interesante! Es fabuloso.

—Por favor, Isabel, continúa.

No permita Dios, mi amor, que yo sea un impedimento para tu felicidad.

«¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!»

«¡Chist! ¡Chist! ¡Chist!»

E Isabel prosiguió. Cuando llegó al final todos estaban medio histéricos. Bobby, a punto de romper en sollozos, se revolcaba por la hierba.

—Tienes que dejármela tal como está, completa, para mi nuevo libro —dijo Dennis con firmeza—. Le dedicaré un capítulo entero.

—¡Oh, Isabel! —gimió Moira—. ¡Qué bonita es esa parte en la que habla de tenerte en sus brazos!

—Siempre creí que esas cartas que se presentan en los casos de divorcios eran falsificadas. Pero esta las eclipsa a todas...

—Déjame tenerla en mis manos. Déjame leerla, mi bien —dijo Bobby Kane.

Pero ante la sorpresa de todos, Isabel estrujó la carta. Ya no reía. Los miró uno por uno; parecía agotada.

—No. Ahora no, ahora no.

Y antes de que se hubieran repuesto de la sorpresa, ya estaba

dentro de la casa. Corrió escaleras arriba hasta su dormitorio y se sentó en el borde de la cama. «¡Qué cosa tan vil, odiosa, vulgar y repulsiva!», musitó. Se tapó los ojos con los nudillos, pero los seguía viendo. No eran cuatro, sino cuarenta, riendo, gesticulando y burlándose mientras ella les leía la carta de William. ¡Qué cosa tan repugnante había hecho! ¿Cómo había sido capaz de semejante acción? *No permita Dios, mi amor, que yo sea un impedimento para tu felicidad.* ¡William! Isabel hundió la cara en la almohada. Pero tenía la sensación de que incluso aquel severo dormitorio conocía su carácter: superficial, frívolo, vano...

Desde el jardín le llegaron unas voces:

—Isabel, vamos a bañarnos. ¡Vente!

—¡Ven, oh consorte de William!

—Llamadla otra vez antes de irnos. Volved a llamarla.

Isabel se incorporó. Había llegado el momento, tenía que decidirse ahora. ¿Iría con ellos o se quedaría para escribir a William? ¿Qué elegir? «Debo decidirme.» Pero ¿cómo podía dudarlo? Se quedaría y escribiría a William, por supuesto.

—Titania —gritó Moira.

—I-sa-bel.

No, era demasiado difícil. «Iré; iré con ellos y escribiré a William después. En otro momento. Ahora no. Le escribiré sin falta», pensó Isabel apresuradamente.

Y, con esa nueva risa suya, bajó corriendo las escaleras.



MARIO Y EL MAGO

THOMAS MANN/ALEMANIA

LA ATMÓSFERA de Torre di Venere me trae a la memoria recuerdos desagradables. Desde el primer momento se respiraba un ambiente de irritabilidad, tensión e inquietud; luego, al final, surgió el espantoso asunto de Cipolla, ese horrible ser que parecía incorporar, de manera tan funesta como humanamente impresionante, toda la peculiar maldad de la situación. Al volver la vista atrás, teníamos la sensación de que el terrible final del asunto estaba predestinado y basado en la naturaleza misma de las cosas; el hecho de que los niños tuvieran que estar presentes fue una triste inconveniencia debida al falso aspecto bajo el que se presentó aquel hombre tan singular. Afortunadamente ellos no comprendieron dónde terminaba el espectáculo y empezaba la tragedia; así pues, les permitimos conservar la feliz creencia de que todo había sido una simple representación teatral.

Torre di Venere se encuentra a unos quince kilómetros de Portoclemente, uno de los centros veraniegos más frecuentados del mar Tirreno. Portoclemente es cosmopolita y elegante, y durante meses está lleno a rebosar. La alegre y bulliciosa calle principal, flanqueada de tiendas y hoteles, desemboca en una ancha playa de arena cubierta de casetas de lona, castillos de arena empavesados y una bronceada humanidad. A todas horas reina allí gran actividad y no menos ruido. Pero esa misma acogedora playa de finísima arena, esos pinares y esas montañas que se alzan como telón de fondo se extienden a todo lo largo de la costa. Nada tiene pues de extraño que haya surgido una competencia de naturaleza más tranquila. Torre di

Venere —la atalaya que le dio nombre ha desaparecido hace tiempo, el turista la busca en vano— es una sucursal de Portoclemente, y durante algunos años fue refugio idílico del selecto grupo de amantes de la vida espiritual. Pero como suele ocurrir en estos lugares, la paz ha tenido que buscar cobijo más allá, en Marina Petriera o cualquier otro lugar de la costa. Todos sabemos que el mundo busca la paz e inmediatamente la espanta al abalanzarse sobre ella con la vana esperanza de poder desposarla y de que allí donde esté el sosiego, él, el mundo, pueda sentirse a gusto. E incluso llega a montar su feria de vanidades en un lugar determinado y a pensar que la paz todavía está a su lado. Y por eso Torre —aunque de momento su atmósfera sea más modesta y contemplativa que la de Portoclemente— goza del favor entusiasta de italianos y extranjeros. Los veraneantes ya no van a Portoclemente, pero sólo porque no hay sitio, porque sigue siendo un lugar ruidoso y atestado. La gente va al lado, por así decirlo, a Torre. Es incluso más refinado, y más barato. Y el atractivo de estas cualidades persiste, aunque las cualidades mismas hayan dejado de existir. Torre tiene un Gran Hotel. Han surgido numerosas pensiones, algunas modestas, otras pretenciosas. Los propietarios o arrendatarios de villas y pinedas que dan al mar ya no pueden moverse a sus anchas en la playa. En julio y agosto en nada se distingue de la de Portoclemente: es un hervidero de bañistas que gritan, se pelean, juegan, mientras el implacable sol les arranca la piel de los hombros. Multitud de botes de fondo plano y colorido chillón se balancean sobre el resplandeciente mar, tripulados por niños cuyas madres los vigilan desde lejos y gritan preocupadas: «¡Nino!», «¡Sandro!», «¡Bice!», «¡María!» Los vendedores ambulantes, abriéndose paso por entre las piernas de los bañistas tendidos al sol, ofrecen la mercancía con su profunda y sonora voz meridional: ostras, refrescos, flores, adornos de coral y *cornetti al burro*.

Este fue el espectáculo que se nos ofreció a la vista cuando llegamos a Torre; aunque era bastante agradable, pensamos que habíamos llegado demasiado pronto. Mediaba el mes de agosto y la temporada de los italianos aún estaba en pleno apogeo; no era el momento más adecuado para que los forasteros apreciaran en toda su plenitud los encantos del lugar. ¡Qué gentío por la tarde

en las cafeterías del paseo marítimo! Por ejemplo en el «Esquisito», donde nos sentábamos a veces y donde nos servía Mario, el mismo Mario del que hablaré más tarde. Es casi imposible encontrar mesa, y las bandas de música compiten entre sí por ver cuál puede hacer más ruido. Y para colmo, por la tarde llegan también visitantes de Portoclemente; como es natural, la excursión goza de gran popularidad entre los inquietos veraneantes de dicha estación balnearia, y un autobús Fiat hace constantemente el viaje de ida y vuelta, cubriendo con una espesa capa de polvo blanco los setos de oleandro y laurel que bordean la carretera: espectáculo curioso, sí, pero también muy desagradable.

Decididamente debe uno ir a Torre di Venere en septiembre, cuando ya se ha marchado la gran masa, o en mayo, cuando la temperatura del agua todavía no es lo suficientemente alta para tentar a los meridionales. No es que el lugar esté vacío antes y después de la temporada, pero la vida entonces es menos nacional y más tranquila. Bajo los toldos de las casetas de lona y en los comedores de las pensiones predominan el inglés, el alemán y el francés, mientras que en agosto —al menos en el Gran Hotel, donde habíamos alquilado habitaciones por falta de direcciones particulares— el extranjero lo encuentra todo invadido por la sociedad florentina y romana, hasta tal punto que se siente aislado e incluso momentáneamente como un huésped de segundo rango.

Esto lo pudimos comprobar, con gran disgusto por cierto, la noche misma de nuestra llegada, cuando entramos en el comedor y uno de los camareros nos indicó la mesa que debíamos ocupar. No teníamos nada que objetar a esta mesa, salvo que ya nos habíamos fijado en las de la veranda, que daban al mar y en las que ardían unas lamparitas de pantalla roja. Aunque la veranda estaba tan llena de comensales como la sala, todavía quedaban algunas mesas libres. A los niños les encantó, así que nos limitamos a decir que preferíamos cenar afuera. Nuestras palabras, según comprobamos, estuvieron dictadas por la ignorancia, pues nos informaron, con una cortesía no exenta de embarazo, que aquel acogedor rincón estaba reservado a los clientes del hotel, «*ai nostri clienti*». ¿A sus clientes? ¿Y qué éramos nosotros? No éramos turistas ni gente de paso, sino pensionistas que íbamos a quedarnos allí tres o cuatro

semanas. Sin embargo, no pedimos explicación de la diferencia que existía entre nosotros y la clientela que tenía el privilegio de comer a la luz de las lámparas rojas; cenamos a la prosaica y vulgar luz del candelabro de la sala; un menú bastante corriente e insulso, dicho sea de paso. Como tendríamos ocasión de averiguar después, en la Pensión Eleonora, unos pasos tierra adentro, la comida era mucho mejor.

Pues fue allí donde nos trasladamos, tres o cuatro días más tarde, antes de que hubiéramos tenido tiempo de adaptarnos al Gran Hotel. Y no fue a causa de la veranda y las lámparas rojas. Los niños, que en seguida hicieron amistad con camareros y botones y empezaban ya a disfrutar de lleno de las diversiones que ofrece el mar, pronto olvidaron esta pintoresca seducción. Pero ahora había surgido entre nosotros y ciertos clientes de la veranda —o mejor dicho entre nosotros y la servil dirección del hotel— uno de esos pequeños incidentes que desde el principio mismo pueden estropear el placer de un veraneo. Entre los huéspedes se encontraban unos representantes de la aristocracia romana, un príncipe X con su familia. Estos señores ocupaban habitaciones contiguas a las nuestras, y la princesa, gran dama y madre apasionada al mismo tiempo, se dejó llevar por el pánico a causa de los vestigios de una tos ferina que hacía poco habían superado nuestros hijos, pero que de cuando en cuando todavía turbaban ligeramente el profundo sueño del menor. La naturaleza de esta enfermedad no está muy clara, de modo que en torno a ella abundan las supersticiones. Así pues, no nos ofendimos cuando nuestra elegante vecina se aferró a la difundida creencia de que la tos ferina se contagia acústicamente y empezó a temer por sus propios hijos. Con toda la confianza en sí misma que le confería su posición, presentó una queja a la gerencia, la cual entonces, en la persona del proverbial director vestido de frac, nos comunicó inmediatamente con grandes muestras de pesar que dadas las circunstancias se veían obligados a trasladarnos al anexo. Nos esforzamos en asegurarle que la enfermedad estaba en su fase final, que en realidad ya estaba superada y no presentaba ningún peligro de contagio. Lo único que obtuvimos fue permiso para someter el caso al médico de la casa —sólo a este, no a uno elegido por nosotros—, cuyo dictamen debíamos acatar. Dimos

nuestro consentimiento, convencidos de que así tranquilizaríamos a la princesa y nos evitaríamos la molestia del traslado. El doctor se portó como un leal y honrado servidor de la ciencia. Examinó al pequeño y dijo que la enfermedad había pasado y que no existía peligro de contagio. Respiramos aliviados, pensando que el incidente estaba solventado... hasta que el director anunció que a pesar del veredicto del médico era preciso que abandonáramos nuestras habitaciones y nos instaláramos en el anexo.

Este servilismo nos sublevó. No creo que la princesa tuviera nada que ver con aquella injusticia. Seguramente el obsequioso director ni siquiera se había atrevido a comunicarle el dictamen del médico. Sea como fuera, le dijimos que preferíamos abandonar su hotel inmediatamente... e hicimos el equipaje sin inquietud alguna, pues ya habíamos establecido relaciones con la Pensión Eleonora. Nos había llamado la atención su agradable exterior, y habíamos entablado amistad con la propietaria, la señora Angiolieri, y su marido. Ella esbelta, ojos negros, poco más de treinta años, tipo toscano, con esa complexión mate de marfil que caracteriza a las meridionales; su esposo calvo, callado, vestido con esmero. Poseían un establecimiento mayor en Florencia, y sólo en verano y comienzos del otoño regentaban la sucursal de Torre di Venere. Pero hacía años, antes de su matrimonio, nuestra nueva anfitriona había sido compañera de viaje, guardarropa, incluso amiga de Eleonora Duse, y sin duda consideraba esta época como la más feliz de su existencia. Ya en nuestra primera visita nos habló de ella con entusiasmo. Numerosas fotografías de la gran actriz, con afectuosas dedicatorias, así como otros recuerdos de los tiempos en que vivían juntas, adornaban las mesitas y vitrinas del salón. Este culto a tan interesante pasado tenía por finalidad, naturalmente, aumentar el atractivo de su actual negocio. No obstante, sentimos un placer y un interés genuinos cuando nos enseñó la casa y nos relató en su sonoro y entrecortado dialecto toscano anécdotas de la paciente bondad, el genio y la profunda sensibilidad de su inmortal señora.

Allí, pues, hicimos trasladar nuestro equipaje, con gran pesar de los empleados del Gran Hotel, que, como buenos italianos, querían mucho a los niños. Nuestras nuevas habitaciones eran independientes y agradables, y teníamos cómodo acceso al mar por una avenida de

jóvenes plátanos que desembocaba en el paseo marítimo. Todos los días, en el limpio y fresco comedor, la señora Angiolieri servía personalmente la sopa; el servicio era eficiente y atento, la comida excelente. Incluso nos encontramos con unos conocidos de Viena, con los que charlábamos delante de la casa después de comer. Estos a su vez nos presentaron a otras amistades. Todo parecía perfectamente encarrilado. Estábamos muy contentos con el cambio, y nada faltaba para que nuestro veraneo fuese de lo mas agradable.

Sin embargo, la satisfacción que cabía esperar no llegó. Quizá el estúpido incidente que motivó nuestro traslado nos persiguió hasta el nuevo alojamiento. Debo reconocer que personalmente no olvido con facilidad estos choques con el ingenuo abuso del poder, la injusticia, la rastrera corrupción. Estuve dándole muchas vueltas al incidente, y cada vez que lo recordaba hervía de indignación... todo en vano, claro, pues estos fenómenos son demasiado naturales y corrientes. Y ni siquiera habíamos roto nuestras relaciones con el Gran Hotel. Los niños seguían teniendo amigos allí, el portero les arreglaba los juguetes, y a veces tomábamos el té en el jardín. Hasta veíamos a la princesa, que salía con su paso firme y delicado, los labios pintados de coral, para ver qué hacían sus hijos, sometidos a la supervisión de una institutriz inglesa. Poco podía imaginar que nosotros andábamos cerca, pues tan pronto aparecía prohibíamos tajantemente a nuestro pequeño carraspear siquiera.

Hacía un calor insoportable, si se me permite mencionarlo, un calor africano. La fuerza del sol, en cuanto se alejaba uno de la frescura azul índigo del mar, era tan implacable que la mera idea de dar los pocos pasos de la playa al comedor se hacía insoportable, aunque sólo se llevase puesto un pijama. ¿Les atraen a ustedes estas cosas? ¿Les atraen una semana tras otra? Es el sur, qué duda cabe, es el tiempo clásico, el sol de Homero y todo lo demás. Pero después de algún tiempo —no puedo evitarlo— se me hace demasiado pesado, y llega un momento en que empieza a parecerme aburrido. El ardiente vacío del cielo, día tras día, pronto se me hace cargante; los colores chillones, la inmensa ingenuidad de la luz no refractada, ciertamente despiertan sentimientos alegres, proporcionan una despreocupación y una independencia absoluta de los chaparrones y otros caprichos meteorológicos. Pero poco a poco, inconsciente-

mente al principio, siente uno un vacío: las necesidades más profundas y más complejas del espíritu nórdico quedan insatisfechas, y al cabo del tiempo se siente algo así como desdén. Es cierto, si no hubiera sido por esa estúpida historia de la tos ferina mis sentimientos habrían sido distintos; estaba enojado, es posible que quisiera sentirme así, y medio inconscientemente me aferré a una idea que ya tenía a mano para inducir, o al menos justificar y fortalecer, mi actitud. Hasta este momento podemos, pues, decir que hubo mala voluntad por mi parte. Pero el mar, y las mañanas que pasaba tendido en la fina arena en medio de su esplendor eterno... no, el mar no podía inducir estos sentimientos; y sin embargo, la verdad es que, en contra de toda nuestra experiencia anterior, no estábamos a gusto en la playa, no nos sentíamos felices.

Era demasiado pronto, demasiado pronto. La playa, como ya he dicho, estaba todavía en manos de nativos de la clase media. Era un espectáculo agradable a la vista, y entre la juventud reinaba la belleza, la salud y la elegancia. Sin embargo, irremediablemente, estábamos también rodeados de una humanidad mediocre, una chusma burguesa que, el lector estará de acuerdo, no es más atractiva bajo este sol que bajo nuestro propio firmamento. ¡Y las voces de las mujeres! En ocasiones se hace difícil creer que se encuentra uno en la cuna del bel canto. «*Fuggièro!*» Todavía hoy resuena en mis oídos ese grito, pues veinte mañanas seguidas lo soporté cien veces a pocos pasos de distancia, ronco, horriblemente acentuado, con una *è* abierta de increíble dureza, pronunciado con una especie de mecánica desesperación. «*Fuggièro! Rispondi al meno!*», con la *sp* pronunciada al modo alemán; y esto, unido a mi enojo, me sacaba de quicio. El grito iba dirigido a un repelente niño que tenía entre los hombros una no menos repulsiva quemadura de sol. Nunca he visto un ser tan díscolo, mal educado y malicioso, y además era un cobardica de cuidado, capaz de alborotar a toda la playa a causa de su excesiva sensibilidad al dolor. Un día un cangrejo ermitaño le pellizcó un dedo del pie en el agua, y la minúscula herida le hizo proferir un grito de enormes proporciones —el grito de un héroe de la antigüedad en su agonía— que le llegaba a uno al alma y le hacía pensar en una horrible tragedia. Sin duda creía que no sólo estaba herido, sino también envenenado. Se arrastró hasta la

playa y permaneció tumbado con unos dolores al parecer insoportables, gritando «*Ohi!*» y «*Ohimè!*» y sacudiendo brazos y piernas para zafarse de las trágicas súplicas de su madre y las preguntas de los curiosos. Estos habían acudido de todas partes. Llamaron a un médico. Era el mismo que había emitido un juicio objetivo respecto a la tos ferina, y una vez más demostró ser un verdadero hombre de ciencia. Bonachonamente dijo al niño que no tenía nada en absoluto y le recomendó que se volviera a meter en el agua para que se le refrescara el diminuto pellizco. A pesar de esto, improvisaron unas parihuelas y se llevaron a Fuggièro de la playa, seguido de una muchedumbre. Y a la mañana siguiente ya estaba otra vez allí, destrozando los castillos de arena de los demás niños, siempre sin querer, claro. En resumen, una verdadera pesadilla.

Y este niño de doce años fue una de las principales influencias que, imperceptiblemente al principio, se aunaron para estropearnos las vacaciones. De un modo u otro, el ambiente era forzado, falto de inocencia. Esta gente se aferraba a su dignidad; al principio no se sabía bien por qué, ni en qué sentido. Entre ellos mismos y en sus relaciones con los extranjeros su actitud era la de personas que acabaran de adquirir conciencia de un sentido del honor. Y ¿para qué? Poco a poco nos dimos cuenta de que estaba implicada la política, el ideal nacional. La playa, de hecho, estaba plagada de niños patriotas, un fenómeno tan poco natural como deprimente. Los niños forman una especie humana y una sociedad aparte, una nación propia, por así decirlo. En razón de su forma de vida común, se llevan bien por diferente que sea su reducido vocabulario. Los nuestros pronto empezaron a jugar tanto con nativos como con extranjeros. A menudo, sin embargo, sufrían desilusiones que los dejaban desconcertados. Se producían susceptibilidades, muestras de una dignidad personal que parecía demasiado quisquillosa y pedante para merecer ese nombre. Había peleas sobre distintos temas: banderas, autoridad y ascendiente. Intervenían los mayores, más por emitir juicios y enunciar principios que por pacificar a los niños. Se pronunciaban frases acerca de la grandeza y dignidad de Italia, frases solemnes que estropeaban el placer del juego. Veíamos a nuestros dos pequeños retirarse, desconcertados y dolidos, y nos costaba trabajo explicarles la situación. Estas gentes, les decíamos,

estaban pasando por una determinada etapa, algo así como una enfermedad quizá, no muy agradable, pero necesaria sin duda.

Y gracias a nuestra propia negligencia tuvimos finalmente un conflicto con esta «etapa», que, después de todo, ya conocíamos y comprendíamos desde hacía algún tiempo. Teníamos la impresión de que los conflictos anteriores no habían sido mera casualidad. En una palabra, ofendimos la moral pública. Nuestra hijita, de ocho años de edad, pero atrasada un año cumplido en su desarrollo físico y delgada como un pajarillo, se había dado un largo baño y luego se había puesto a jugar al cálido sol con el bañador mojado. Le dijimos que podía quitarse el traje de baño, lleno de arena, enjuagarlo en el mar y volver a ponérselo, cuidando luego de que no volviese a ensuciarse. Así pues, se desnudó y corrió al mar, lavó el pequeño traje de punto y volvió a nuestro lado. ¿Deberíamos haber previsto la oleada de ira y resentimiento que provocó su conducta, y de rechazo la nuestra? No es mi intención soltar un discurso, pero en las últimas décadas la actitud hacia el cuerpo desnudo y el sentimiento que inspira han cambiado radicalmente en todo el mundo. Hay cosas a las que ya no concedemos importancia, y una de ellas fue la libertad que habíamos dado a ese cuerpecito infantil, en modo alguno provocador. Pero en aquel lugar se consideró como una afrenta. Los niños patrióticos se pusieron a gritar. Fuggièro silbó llevándose los dedos a la boca. El repentino murmullo entre los adultos a nuestro alrededor no presagiaba nada bueno. Un caballero vestido con traje de calle, con un bombín echado hacia atrás, aseguró a sus indignadas acompañantes que pensaba tomar medidas correctivas; se dirigió hacia nosotros y nos soltó una filípica en la que puso al servicio de la moralidad y el recato toda la pasión de la sensualidad meridional. La ofensa contra el pudor en que habíamos incurrido, afirmó, era tanto más censurable cuanto que representaba una ingratitud y un insultante abuso de la hospitalidad de Italia. Habíamos vulnerado criminalmente no sólo la letra y el espíritu de los estatutos de la playa, sino también el honor de su país. Pero él sabía cómo defender este honor, y se encargaría de que nuestra ofensa contra la dignidad nacional recibiera su justo castigo.

Inclinamos respetuosamente la cabeza mientras llovía sobre nosotros el elocuente discurso. Contradecir a aquel hombre, en su

estado de excitación, habría significado sin duda caer de una falta en otra. Teníamos varias contestaciones en la punta de la lengua: la palabra «hospitalidad», por ejemplo, en su sentido más estricto, no era muy adecuada, en vista de las circunstancias; por otra parte, no éramos precisamente huéspedes de Italia, sino de la señora Angiolieri, que hacía unos años había cambiado la profesión de mujer de confianza de la Duse por la de la hospitalidad. Nos habría gustado decir también que sin duda su hermoso país no había caído tan bajo como para quedar reducido a tal estado de mojigatería y exagerada sensibilidad. Pero nos limitamos a asegurar al caballero que nada estaba más lejos de nuestra intención que dar muestras de provocación o falta de respeto. Y como circunstancia atenuante le llamamos la atención sobre la tierna edad y la insignificancia física de la pequeña delincuente. Todo fue en vano. Rechazó nuestras protestas, no las creía. Nuestra defensa era insostenible. Era preciso un castigo ejemplar. Informaron a las autoridades, creo que por teléfono, y poco después apareció su representante en la playa. Dijo que el caso era «*molto grave*». Tuvimos que acompañarle al municipio, allá arriba en la plaza, donde uno de sus superiores confirmó el veredicto de «*molto grave*», empezó a soltar la retahíla de frases aleccionadoras que ya conocíamos, en el mismo tono que el hombre del bombín, y nos impuso una multa de cincuenta liras. A nosotros nos pareció que la aventura bien valía esta contribución a la economía del gobierno italiano. Así pues, pagamos y nos fuimos. ¿No deberíamos habernos ido también de Torre?

¡Ojalá lo hubiéramos hecho! Entonces no habríamos conocido a ese fatal Cipolla. Pero distintas circunstancias contribuyeron a que no optáramos por mudarnos. Cierto poeta dijo que es la indolencia lo que nos hace aguantar las situaciones incómodas. Nuestra primera experiencia en Torre quizá sirva para explicar esta perseverancia. Sea como fuere, a nadie le gusta abandonar el campo inmediatamente después de un incidente semejante, sobre todo cuando otras personas nos animan a desafiar la situación. Y en Villa Eleonora todos se pronunciaron unánimemente contra nuestro injusto castigo. Unos conocidos italianos con quienes solíamos charlar después de comer pensaban que el episodio dejaba en muy mal lugar a su país, y propusieron encararse, de ciudadano a ciuda-

dano, con el caballero del bombín. Pero al día siguiente él y sus acompañantes habían desaparecido de la playa. No por causa nuestra, claro está, aunque es posible que el conocimiento de su inminente partida hubiera añadido leña al fuego de su reconvención. En cualquier caso, su partida fue un alivio. En honor a la verdad, nos quedamos también porque nuestra estancia era ahora notable, y la notabilidad encierra en sí un valor, dejando a un lado comodidad o incomodidad. ¿Debemos levantar el vuelo y eludir determinada experiencia en el momento en que no parece expresamente calculada para aumentar nuestro placer o nuestra confianza? ¿Debemos partir en cuanto la vida muestra síntomas poco tranquilizadores, o no muy normales, o incluso dolorosos y mortificantes? No, desde luego que no. Es preferible quedarse y hacer frente a las circunstancias, pues esto puede enseñarnos una lección útil. Así pues, decidimos quedarnos, y la horrible recompensa por nuestra constancia fue la malhadada e impresionante aparición de Cipolla.

No he mencionado que había terminado ya la temporada alta, casi el mismo día en que nos llamaron al orden las autoridades del pueblo. El severo caballero del bombín, nuestro denunciante, no fue la única persona que abandonó Torre. El éxodo fue masivo, y se veían muchos carros de mano cargados de equipaje camino de la estación. La playa se desnacionalizó. La vida de Torre, en los cafés y los pinares, se hizo más íntima y europea. Probablemente ahora podríamos comer en la veranda encristalada del Gran Hotel, pero nos abstuvimos de ello, pues estábamos satisfechos con la mesa de la señora Angiolieri... tan satisfechos, entiéndase, como nos permitía nuestra mala estrella. Pero al mismo tiempo que se produjo este cambio beneficioso a nuestro parecer varió también el tiempo, coincidiendo casi al minuto con el calendario de vacaciones del gran público. El cielo se cubrió. No es que refrescara; el calor seco de los dieciocho días que habían transcurrido desde nuestra llegada, y probablemente desde mucho antes, dio paso a una sofocante atmósfera de siroco, y de cuando en cuando una débil llovizna regaba la aterciopelada arena de la playa. Añádase a esto que ya habían transcurrido las dos terceras partes de nuestra proyectada estancia en Torre. El mar calmoso y descolorido, en cuya superficie se mecían perezosamente las medusas, era al menos una novedad. Habría

sido absurdo sentir añoranza por un sol que tantos lamentos nos había arrancado cuando caía, implacable y arrogante, sobre nosotros.

Y llegado este punto se anunció Cipolla. El cavaliere Cipolla, como se le llamaba en los carteles que aparecieron un día por todas partes, incluso en el comedor de la Pensión Eleonora. Un virtuoso ambulante, maestro del espectáculo, «*forzatore, illusionista, prestigiatore*» (así se calificaba él mismo), quien se proponía ofrecer al respetable público de Torre di Venere una función de fenómenos extraordinarios de naturaleza misteriosa y desconcertante. ¡Un mago! El anuncio bastó para volver locos de alegría a nuestros hijos. Nunca habían visto nada semejante, y ahora nuestras vacaciones iban a ofrecerles esta nueva emoción. Inmediatamente empezaron a darnos la lata para que sacáramos entradas. Aunque la avanzada hora del comienzo de la representación, las nueve, nos hizo dudar al principio, acabamos por ceder, pensando que veríamos sólo una parte de lo que Cipolla tenía que ofrecer —probablemente no sería gran cosa— y luego nos iríamos a acostar. Además, al día siguiente los niños podrían dormir hasta tarde. Compramos cuatro entradas a la señora Angiolieri, que había aceptado a comisión cierto número de las mejores para vendérselas a sus huéspedes. Nos dijo que no podía garantizarnos nada respecto a la actuación de Cipolla, de modo que no nos hicimos demasiadas ilusiones. Pero estábamos necesitados de alguna forma de diversión, y la curiosidad de los niños resultaba contagiosa.

El local en el que iba a presentarse el cavaliere era una sala donde durante la temporada alta se proyectaba una nueva película cada semana. Nunca habíamos estado allí. Se llegaba a dicha sala siguiendo la calle principal y pasando bajo los muros del «*palazzo*», una ruina que estaba en venta y que evidentemente se había construido en tiempos de mayor esplendor. En esta misma calle estaban la farmacia, la peluquería y las mejores tiendas; iba, por así decirlo, de lo feudal —pasando por lo burgués— a lo proletario, pues desembocaba entre dos hileras de míseras viviendas de pescadores ante cuyas puertas las viejas remendaban redes. Y aquí, en el barrio proletario, estaba el local, que no era sino cobertizo de madera —bastante grande, eso sí, cuya entrada, flanqueada por dos especies de torres, estaba llena de alegres carteles pegados unos sobre otros a ambos

lados. Así pues, poco después de la cena del día señalado nos dirigimos allí en medio de la oscuridad. Los niños llevaban sus mejores ropas y estaban felices porque se les daba semejante trato extraordinario. Seguía reinando el bochorno de días anteriores. De cuando en cuando relampagueaba y caían unas gotas. Llevábamos los paraguas abiertos. Tardamos un cuarto de hora en llegar a la sala.

Después de pasar por el control de entrada, nosotros mismos tuvimos que buscar nuestros asientos. Estaban en la tercera fila a la izquierda, y una vez sentados comprobamos que a pesar de la avanzada hora de comienzo el público no tenía ninguna prisa, es más, parecía llegar tarde a propósito. Lentamente se fue llenando la platea. Esta constituía la totalidad de la sala, pues no había palcos. El retraso empezó a preocuparnos. Los niños tenían las mejillas coloradas tanto por el cansancio como por la excitación. Sólo los pasillos laterales y el fondo del local estaban llenos de gente con entrada de pie cuando nosotros llegamos. Allí estaba reunida la virilidad de Torre di Venere, pescadores, mozos de aspecto resuelto con jerseys a rayas de manga corta. Nos agradó la presencia de esta asamblea autóctona, que siempre añade colorido y animación a estas ocasiones, y los niños estaban francamente encantados, pues tenían amigos entre estas gentes, amigos que habían hecho en los paseos vespertinos por el extremo más alejado de la playa. A la hora en que el sol, cansado de su ingente labor, se hundía en el mar y teñía de rojo la espuma de las olas, nos encontrábamos de regreso a la pensión con grupos de pescadores de piernas desnudas que, puestos en fila, halaban sus redes y depositaban en unas cestas que chorreaban agua su captura de mariscos, casi siempre escasa. Los niños los miraban, les ayudaban en su trabajo, sacaban a relucir su reducido vocabulario italiano y hacían amistades. Ahora estaban saludando con la cabeza a algunos de ellos. Ahí estaba Guiscardo, y ahí Antonio; los conocían por sus nombres y los saludaban con la mano o los llamaban en un susurro, recibiendo como respuesta una inclinación de cabeza o una sonrisa que dejaba ver una hilera de dientes blancos y sanos. ¡Mira, ahí está incluso Mario, Mario el del «Esquisito», el que nos trae el chocolate! El también quiere ver al mago, y debe de haber venido temprano, pues está casi en primera fila. Pero no nos ha visto, no presta atención; ese es su modo de ser, aunque su

profesión sea la de camarero. Así que optamos por saludar al hombre que alquila las piraguas en la playa, allá al fondo del local.

Las nueve y cuarto... casi y media. Estábamos nerviosos, lógicamente. ¿A qué hora iban a acostarse los niños? Había sido un error traerlos, pues sería muy difícil interrumpir su diversión ahora que apenas había empezado. Poco a poco la platea se había ido llenando casi por completo. Diríase que todo Torre estaba allí: los huéspedes del Gran Hotel, los de Villa Eleonora y otras pensiones, caras conocidas de la playa... Se oía hablar inglés y alemán, y ese tipo de francés que, pongamos por caso, hablan los rumanos con los italianos. La señora Angiolieri estaba sentada dos filas detrás de nosotros junto a su marido, silencioso y calvo, que se atusaba el bigote con los dos dedos centrales de la mano derecha. Todo el mundo había llegado tarde, pero nadie demasiado tarde; Cipolla se hacía esperar.

Se hacía esperar. Esa es probablemente la manera más correcta de expresarlo. Con su retraso consiguió aumentar el suspense. Todos comprendían la finalidad de esta actitud... siempre que no se llevara a extremos exagerados. Hacia las nueve y media el público empezó a batir palmas, forma amable de expresar una impaciencia justificada, ya que al mismo tiempo evidencia aprobación. Para los niños esto constituía en sí un motivo de gozo, pues a todos los pequeños les gusta aplaudir. Del sector popular surgieron gritos de «*Pronti!*» y «*Cominciamo!*» Y de repente pareció muy fácil empezar. Sonó un gong, recibido por los espectadores de pie con un «¡Aaah!» a coro, y se abrió la cortina. Quedó a la vista un escenario que, más que el campo de acción de un mago, parecía un aula de escuela, gracias a la pizarra situada en la parte anterior, a la izquierda. Había también un perchero amarillo, un par de sillas de paja y, más al fondo, una mesita redonda en la que se veían una jarra de agua y un vaso, así como una bandeja con una copa y una redoma llena de un líquido ambarino. Sólo tuvimos unos segundos para captar estos objetos. Luego, sin que se redujera la intensidad de la luz en la sala, hizo su aparición el cavaliere Cipolla.

Entró con un paso rápido que expresaba su impaciencia por aparecer ante el público y causaba la sensación de que ya había recorrido un buen trecho cuando en realidad estaba entre bastidores unos segundos antes. Esta sensación se veía reforzada por el atuendo

de Cipolla. Hombre de edad difícil de precisar, pero en modo alguno joven; cara angulosa y ajada, ojos penetrantes, labios apretados, fino bigote negro engomado y una perilla entre el labio inferior y el mentón. Vestía con estudiada elegancia un atuendo de noche: una amplia capa negra con cuello de terciopelo y forro de raso que mantenía cerrada al frente con sus manos enguantadas de blanco; llevaba al cuello un pañuelo también blanco y un sombrero de copa de ala arqueada echado hacia atrás. Quizá más que en cualquier otro país siga vivo en Italia el siglo XVIII, y con él el tipo del charlatán y el bufón, tan característico de esa época. Sólo allí, en todo caso, se encuentran ejemplares en buen estado de conservación. Cipolla tenía en conjunto muchos de los rasgos de ese tipo histórico; sus ropas ayudaban a evocar la figura tradicional con su aire fantásticamente fatuo. Su presuntuoso traje le sentaba, o mejor dicho le colgaba, de un modo harto curioso, demasiado estirado aquí y lleno de arrugas allí. Había en su figura algo anormal, tanto visto de frente como de espaldas; después esto se haría más patente. Pero debo dejar bien claro que en su porte, su expresión y su comportamiento no había nada que recordara a un histrión o un payaso. Por el contrario, parecía completamente serio, sin ningún rasgo humorístico; de cuando en cuando mostraba un orgullo perverso, así como esa dignidad y ese aire de satisfacción de sí mismo que tan a menudo poseen las personas contrahechas. Nada de esto, sin embargo, impidió que al principio fuera acogido con hilaridad en distintos sectores de la sala.

Su comportamiento no tenía ya nada de obsequioso. Su rápida entrada no había sido más que una manifestación de energía, no de entusiasmo. Plantado en el proscenio, se quitó negligentemente los guantes, dejando al descubierto unas manos largas y amarillas, adornada una de ellas con un anillo de sello en el que destacaba un lapislázuli. Sus pequeños y severos ojos, con fofas bolsas, recorrieron lenta y escrutadoramente la sala, deteniéndose de cuando en cuando en una cara, los labios fuertemente cerrados, sin pronunciar palabra. Luego, con gesto de indiferencia y sorprendente habilidad, hizo una bola con los guantes y los introdujo, arrojándolos a considerable distancia, en el vaso que había sobre la mesa. A continuación se sacó de un bolsillo interior un paquete de cigarrillos

baratos, según pude comprobar por la cajetilla. Con la punta de los dedos extrajo un pitillo y lo encendió, sin mirar, con un mechero de gasolina de acción rápida. Hizo una profunda inhalación y con una mueca arrogante de los labios, golpeando repetidamente el suelo con la punta del pie, expulsó el humo gris por entre sus dientes desgastados y puntiagudos.

El público le observaba con una intensidad semejante a la suya. Los mozos del fondo aguzaban la vista para descubrir en este ser tan seguro de sí mismo alguna debilidad oculta, pero él no daba muestras de poseer ninguna. Al sacar y volver a guardarse los cigarrillos y el encendedor le estorbaron sus ropas. Tuvo que echarse atrás la capa, y al hacerlo dejó al descubierto un látigo con empuñadura de plata en forma de garra que le colgaba del antebrazo izquierdo por una correa y que parecía fuera de lugar. Vimos también que no llevaba un frac, sino una levita, y debajo de esta, cuando se la levantó para meterse la mano en el bolsillo, dejó al descubierto un fajín multicolor que llevaba a la cintura. Detrás de mí alguien susurró que se trataba del distintivo de cavaliere. Debo dejar sentada una cosa: personalmente nunca he oído que el título de cavaliere lleve aparejada semejante insignia. Quizá lo del fajín no fuera más que una pose, lo mismo que el modo en que estaba allí plantado, sin pronunciar palabra, fumando con indiferencia y arrogancia ante su público.

Los espectadores se reían, como ya he dicho. La hilaridad casi se hizo general cuando uno de los que estaban de pie dijo con voz seca y sonora:

—*Buona sera.*

Cipolla inclinó hacia un lado la cabeza.

—¿Quién ha sido? —preguntó como si le hubieran desafiado—. ¿Quién acaba de hablar?... ¿Y bien? Primero tan descarado y ahora tan tímido. *Paura*, ¿eh? Hay miedo. —Hablaba en voz bastante alta, algo asmática pero metálica. Se limitó a esperar.

—He sido yo —rompió el silencio un joven al ver que su honor estaba en entredicho. Se encontraba cerca de nosotros. Era un mozo apuesto, con camisa de lana y la chaqueta al hombro. Llevaba el pelo, fuerte y rizado, en un peinado alto y revuelto, el peinado de moda de la patria renacida. Esto le daba un aspecto africano

y le afeaba algo—. *Bè!*, he sido yo. Usted debería haberlo adivinado, pero he querido mostrarme amable.

Más risas. El muchacho no tenía pelos en la lengua. «*Ha sciolto la scilinguágnolo*», comentó alguien cerca de mí. Después de todo, aquella lección popular había sido merecida.

—¡Ah, bravo! —repuso Cipolla—. Me caes bien, *giovanotto*. Créeme, hace ya un rato que me he fijado en ti. Las personas como tú cuentan con mi simpatía, pues pueden serme útiles. Está claro que tú eres todo un hombre. Haces lo que te viene en gana. ¿Has dejado de hacer alguna vez lo que querías hacer? ¿O has hecho lo que no querías hacer? ¿Lo que otra persona quería que hicieras? Escúchame, amigo mío, sería un cambio agradable para ti disociar la voluntad de la acción y dejar de acometer ambas tareas al mismo tiempo. Racionalización del trabajo, sistema americano. Por ejemplo, ¿quieres enseñar la lengua al selecto y respetable público? La lengua entera, hasta la misma raíz.

—¡No! —replicó el mozo hostilmente—. No pienso hacerlo. Sería una señal de mala educación.

—¡Nada de eso! —dijo Cipolla—. Tú te limitarías a *hacerlo*. Con todos mis respetos hacia tu educación, creo que antes de que cuente hasta tres vas a volverte a la derecha y sacar la lengua ante el respetable público; y la vas a sacar tanto que tú mismo te asombrarías si te vieras. —Miró al mozo, y sus penetrantes ojos parecieron hundirse aún más en sus cuencas—. ¡Uno! —Dejó que el látigo le resbalara por el antebrazo y lo hizo silbar una vez en el aire.

El muchacho se volvió hacia el público y sacó la lengua, el no va más en lenguas que jamás se haya visto. Luego, con rostro inexpresivo, ocupó de nuevo su postura inicial.

—He sido yo —se burló Cipolla, señalando con la cabeza al muchacho—. *Bè!*, he sido yo. —Se volvió, dejando que el público gozara de sus impresiones, hacia la mesita redonda, cogió la redoma, que debía contener coñac, se sirvió una copita y se la echó al coleto con celeridad de experto.

Los niños reían con todas sus ganas. No habían comprendido casi nada de lo que se dijo, pero les divirtió mucho que ocurriera directamente algo tan gracioso entre el curioso hombre del escenario y un espectador. Y como no tenían una idea clara de lo que se les

iba a ofrecer aquella noche consideraban que ese principio era estupendo. En cuanto a nosotros, intercambiamos una mirada, y recuerdo que yo imité involuntariamente con los labios el ruido que había hecho el látigo de Cipolla al cortar el aire. Era evidente, por otra parte, que el público no sabía cómo interpretar principio tan incongruente de una sesión de prestidigitación. No comprendían cómo el *giovanotto,* que al fin y al cabo había sido en cierto modo su portavoz, se había mostrado de improviso tan poco educado con ellos. Todos pensaban que se había comportado como un necio. Así pues, dejaron de ocuparse de él y centraron su atención en el artista, que volvió de la mesita y se dirigió al público en los siguientes términos:

—Señoras y caballeros —dijo con su voz entre asmática y metálica—, acaban ustedes de ver que me ha molestado un poco la lección que este joven y esperanzador lingüista —(la palabra causó gran hilaridad)— se proponía darme. Yo soy un hombre que se precia a sí mismo, se lo aseguro. No me agrada que me deseen las buenas noches a menos que se haga con seriedad y cortesía. Todo lo demás está fuera de lugar. Cuando alguien me desea las buenas noches se las desea a sí mismo, pues el público sólo las tendrá si las tengo yo también. De modo que este bello conquistador de Torre di Venere —no se cansaba de lanzar pullas contra el mozo— ha hecho muy bien en demostrar que hoy tengo una buena noche y que puedo prescindir de sus deseos. Puedo vanagloriarme de tener muchas buenas noches. De vez en cuando surge alguna que no lo es tanto, pero esto ocurre muy de tarde en tarde. Mi oficio es duro y mi salud no muy buena; tengo un pequeño defecto físico que me impidió tomar parte en la guerra para acrecentar la grandeza de la patria. Sólo con las fuerzas de mi espíritu y mi mente domino la vida, lo cual equivale a decir que me domino a mí mismo. Y el hecho de que mi trabajo haya despertado el interés y el respeto del público instruido me causa satisfacción. Los periódicos más importantes han sabido valorar mi labor; el *Corriere della Sera* me calificó con mucha justicia de fenómeno, y en Roma el hermano del Duce me hizo el honor de asistir a una de mis representaciones. Jamás se me pasó por la imaginación que en un lugar relativamente menos importante —(risas a costa del pequeño Torre)— tuviera

que renunciar a pequeñas costumbres personales que el público inteligente y educado siempre ha tenido a bien pasar por alto. Y tampoco pensé que tuviera que tolerar que me interrumpiera con comentarios jocosos una persona que parece bastante mimada por los favores del bello sexo.

Todo esto a costa del mozo, a quien Cipolla no se cansaba de presentar como un rústico gallito y conquistador. La exagerada susceptibilidad y animosidad contrastaba visiblemente con la confianza en sí mismo y el éxito mundano de que tanto presumía. Cabría suponer que el joven era simplemente un hazmerreír más de los que Cipolla acostumbraba a escoger en sus representaciones, pero de sus satíricos comentarios se desprendía un abierto antagonismo. Y bastaba con comparar el aspecto físico de los dos hombres para darse cuenta de la explicación, aunque el jorobado no hubiese insistido tanto en aludir al éxito del mozo con el bello sexo.

—Bien —prosiguió Cipolla—, antes de empezar la representación permítanme que me ponga cómodo. —Dicho esto fue al perchero para dejar sus ropas de abrigo.

«*Parla benissimo*», dijo alguien cerca de nosotros. El hombre todavía no había hecho nada, pero sus palabras se consideraban como un mérito y habían causado impresión. Entre los meridionales el habla constituye parte del placer de vivir, goza de mucha mayor estimación social que en el norte. El nexo de unión nacional, la lengua materna, recibe aquí honores simbólicos, y hay también algo de festivamente simbólico en el respeto que se guarda a su forma y su fonética. A los meridionales les gusta hablar. También les gusta escuchar, y escuchan con espíritu crítico. Pues el modo en que habla una persona sirve para establecer su rango personal; la falta de cuidado y la zafiedad se desdeñan, la elegancia y la maestría se aprecian. Por eso también el hombre insignificante, cuando se trata de lograr un efecto, escoge las palabras y moldea la frase con esmero. En este aspecto al menos Cipolla se había ganado al auditorio, si bien no pertenecía en modo alguno a la clase de hombre que el italiano, en una mezcolanza singular de juicios morales y estéticos, califica de simpático.

Después de quitarse el sombrero, el pañuelo y la capa, se plantó en el proscenio, ajustándose la chaqueta, tirándose de los puños

de la camisa, provistos de grandes botones, y arreglándose el absurdo fajín. Su cabello era feísimo; tenía la parte superior de la cabeza casi calva, y una estrecha franja de pelo teñido de negro y con raya en medio le corría de la coronilla hacia delante como si estuviera pegada. El cabello de los lados, también teñido de negro, estaba cepillado hacia delante, hacia las comisuras de los ojos. Era, en definitiva, el peinado de un anticuado director de circo; ridículo, sí, pero estaba tan en consonancia con su tipo pasado de moda y lo llevaba con tanta confianza en sí mismo que carecía totalmente de comicidad. El «pequeño defecto físico» de que nos había hablado era ahora bien visible, aunque su naturaleza todavía no estaba del todo clara: el tórax era demasiado alto, como suele ocurrir en estos casos, pero la correspondiente deformación de la espalda no quedaba entre los hombros, sino que adquiría la forma de una especie de chepa en las caderas o las nalgas. Esto no entorpecía sus movimientos, pero le daba un aspecto grotesco cuando caminaba. Al mencionar su deformidad de antemano, sin embargo, había evitado que pillara de sorpresa al público, y en la sala reinaba un respeto civilizado.

—Estoy a su servicio —dijo Cipolla—. Con su permiso, vamos a iniciar nuestro programa con unos ejercicios de aritmética.

¿Aritmética? ¿Qué tenía eso que ver con la prestidigitación? Empezamos a sospechar que aquel hombre navegaba bajo un falso pabellón, pero no sabíamos todavía cuál era el auténtico. Los niños me inspiraron lástima, aunque por el momento se sentían felices simplemente de estar allí.

El juego de los números que inició Cipolla era tan sencillo como desconcertante. Empezó por fijar con una chincheta una hoja de papel en la esquina superior derecha de la pizarra. Luego, levantando el papel, escribió debajo algo con tiza. Mientras lo hacía no dejaba de hablar, evitando que la función cayera en el aburrimiento con un flujo constante de palabras y dando prueba de ser un consumado y ocurrente conferenciante. Siguiendo el estilo de su actuación, y para gran regocijo de los niños, pasó a eliminar el distanciamiento con el público —que ya había logrado salvar en parte gracias a la singular escaramuza con el joven pescador— pidiendo que algunos espectadores subieran al escenario; él mismo, por otra parte, bajó a la platea para establecer contacto personal

con el público. Y una vez más empezó a provocar a algunos espectadores. No sé hasta qué punto esto formaría parte de su sistema; conservó un aire serio, incluso de fastidio, pero el público, al menos el sector más popular, parecía convencido de que aquello formaba parte de la función.

Así pues, cuando terminó de escribir en la pizarra y tapó lo escrito con la hoja de papel, pidió que dos espectadores subieran al escenario para ayudar a realizar los cálculos. Aseguró que no serían difíciles, ni siquiera para personas no muy dotadas para los números. Como suele ocurrir en estos casos, nadie se presentó voluntario, y Cipolla tuvo buen cuidado de no molestar al sector más distinguido del público. Siguió dedicando su atención a la plebe. Dirigiéndose a dos fornidos mozos que estaban de pie al fondo de la sala, les pidió que se adelantasen, tan pronto animándoles como regañándoles. No debían permanecer allí boquiabiertos, les dijo, reacios a complacer al respetable público. Al fin los puso en movimiento; con paso torpe bajaron por el pasillo central, subieron los escalones y se plantaron delante de la pizarra, sonriendo tímidamente mientras sus amigotes gritaban y aplaudían. Cipolla estuvo un rato bromeando con ellos. Alabó la heroica firmeza de sus brazos y el gran tamaño de sus manos, perfectamente conformadas para prestar aquel servicio al público. Luego entregó a uno de ellos la tiza y le dijo que escribiera los números a medida que se los fueran cantando. Pero el mozo contestó que no sabía escribir. «*Non so scrivere*», dijo con voz bronca, y su compañero añadió: «Yo tampoco».

Sabe Dios si decían la verdad o simplemente querían divertirse a costa de Cipolla. Sea como fuere, el cavaliere estaba muy lejos de compartir el jolgorio general que provocó su declaración. Se sentía ofendido y disgustado. Estaba sentado en una de las sillas de paja en mitad del escenario, con las piernas cruzadas, fumando un nuevo cigarrillo que al parecer le sabía a gloria después del coñac que se había tomado mientras los patanes se dirigían al escenario. Una vez más inhaló profundamente el humo y lo dejó escapar por los labios entreabiertos. Balanceando la pierna, apartados los severos ojos del público y de los dos mozos, que reían descaradamente entre dientes, miraba al espacio como quien se niega dignamente a contemplar un espectáculo denigrante.

—Esto es escandaloso —dijo fríamente—. ¡Volved a vuestros sitios! Todo el mundo sabe escribir en Italia, en cuya grandeza no hay cabida para la ignorancia y la tiniebla. Es una broma de mal gusto formular ante este auditorio internacional una imputación con la que no sólo os rebajáis vosotros mismos, sino que también exponéis a las habladurías al gobierno y al país. Si es realmente cierto que Torre di Venere es el último refugio de semejante ignorancia, entonces debo confesar que me avegüenzo de haber visitado este lugar, si bien no ignoraba que en más de un aspecto es inferior a Roma...

En este punto le interrumpió el mozo del peinado nubiense y la chaqueta al hombro. Su espíritu combativo, como tuvimos ocasión de comprobar, sólo se había enfriado temporalmente, y ahora se lanzó de lleno a la defensa de su pueblo natal.

—¡Basta! —gritó—. Ya está bien de hacer chistes sobre Torre. Todos somos de aquí, y no estamos dispuestos a tolerar que un forastero se burle del pueblo. Esos dos muchachos son nuestros amigos. Quizá no sean sabios, pero aun así puede que sean mejores que muchos de los que en esta sala presumen tanto de Roma aunque ellos no la hayan fundado.

¡Admirable! El mozo desde luego no tenía pelos en la lengua. Estas escenas dramáticas resultaban divertidas, si bien retrasaban aún más el comienzo de la verdadera función. Siempre es fascinante asistir a un altercado. A algunas personas les divierte, y experimentan una especie de alegría maliciosa al no estar ellas implicadas. Otras se sienten turbadas y desasosegadas, y es con estas con quienes simpatizo, aunque en aquella ocasión creía que todo era puro teatro, tanto los patanes analfabetos como el joven de la chaqueta. Los niños escuchaban con deleite. No entendían nada, pero la inflexión de las voces les hacía contener el aliento. De modo que esto era una velada de magia, al menos al estilo italiano. A ellos les parecía sencillamente maravillosa.

Cipolla se levantó y de dos pasos renqueantes se plantó en el proscenio.

—¡Vaya, vaya! ¡Mira a quién tenemos aquí! —dijo con exagerada cordialidad—. ¡Pero si es un viejo conocido! Un jovenzuelo que tiene el corazón en el lugar de la lengua. —Empleó la palabra

linguaccia, que significa lengua saburrosa, lo cual provocó gran hilaridad—. Podéis retiraros, amigos míos —indicó a los dos patanes—. Ya no os necesito. Ahora tengo que vérmelas con este honorable hijo de Torre di Venere, que sin duda espera la gratitud de las jóvenes por su desvelo...

—*Ah, non scherziamo!* Dejémonos de bromas —exclamó el joven. Sus ojos echaban chispas, e incluso hizo ademán de dejar la chaqueta y pasar a medios más expeditivos para zanjar la cuestión.

Cipolla no se lo tomó muy en serio. Nosotros nos miramos muy preocupados; pero el cavaliere estaba tratando con un compatriota y estaba en su propio país. Permaneció impasible, mostrando una superioridad absoluta. Miró al público, sonrió e hizo un movimiento lateral con la cabeza hacia el joven gallito, como si quisiera dar a entender a los espectadores que la presunción de aquel hombre sólo servía para delatar la simpleza de su mente. Y entonces, por segunda vez, ocurrió algo extraño, algo que dio un aire inquietante a la tranquila superioridad de Cipolla, algo que de un modo misterioso e irritante ridiculizaba toda la hostilidad que flotaba en el ambiente.

Cipolla se acercó aún más al mozo, mirándole a los ojos de manera muy peculiar. Incluso bajó a medias los escalones que conducían a la platea, a nuestra izquierda, hasta quedar muy cerca del alborotador, en una posición ligeramente elevada. El látigo le colgaba del brazo.

—Tú no tienes ganas de bromear, hijo mío —le dijo—. Y es natural, pues cualquiera puede ver que no te encuentras bien. Incluso tu lengua, que deja mucho que desear en cuanto a limpieza, indica una grave perturbación del sistema gástrico. Cuando se encuentra uno en tu estado, no debe asistir a un espectáculo nocturno, y tú mismo, estoy seguro, has pensado si no sería mejor que te fueras a la cama y te pusieras una faja de franela. Fue una tontería beber tanto vino blanco esta tarde, ese vino tan ácido. Ahora tienes un cólico tan fuerte que quisieras retorcerte de dolor. Hazlo, no te sientas cohibido. En caso de espasmos intestinales siente uno gran alivio al doblar el cuerpo.

Mientras pronunciaba palabra tras palabra con tranquilo énfasis y una especie de severa simpatía, sus ojos, clavados profundamente

en los del joven, parecieron irse apagando al tiempo que ardían sobre sus abultadas bolsas lacrimales. Eran unos ojos muy extraños, y se veía claramente que no era sólo el orgullo varonil lo que impedía al mozo apartar la mirada. Al poco rato, en efecto, había desaparecido de su bronceado rostro todo vestigio de arrogancia. Miraba boquiabierto al cavaliere, sonriendo azorada y lastimosamente.

—¡Dóblate! —ordenó Cipolla—. ¿Qué otra cosa puedes hacer? Con un cólico como el tuyo no queda más remedio que doblarse. No irás a resistirte a un acto que no podía ser más natural simplemente porque alguien te lo recomienda, ¿verdad?

El joven levantó con lentitud los antebrazos, se los cruzó sobre el vientre y dobló el cuerpo; luego se inclinó de lado, encorvándose cada vez más, con los pies separados y las rodillas vueltas hacia dentro, hasta que, convertido en la viva imagen de la agonía, quedó casi en cuclillas. Cipolla le dejó en aquella postura durante unos segundos; luego hizo silbar el látigo y se dirigió cojeando a la mesita, donde se tomó otro coñac.

«*Il boit beaucoup*», comentó una señora sentada detrás de nosotros. ¿Era eso lo único que le llamaba la atención? No sabíamos hasta qué punto el público se hacía cargo de la situación. El mozo estaba otra vez derecho, sonriendo tímidamente, como si no supiera exactamente lo que le había ocurrido. Todos habían seguido la escena con vivo interés, y cuando terminó rompieron a aplaudir y a gritar tanto «*Bravo, Cipolla!*» como «*Bravo, giovanotto!*» Al parecer nadie consideraba que el resultado de la contienda había sido una derrota personal del joven; el público le alentaba como quien alienta a un actor que desempeña con éxito un papel de villano. Es cierto que su manera de doblarse de dolor había sido muy expresiva, calculada en su espectacularidad para impresionar al público... en resumen, una buena actuación dramática. Pero no sé a ciencia cierta hasta qué punto el comportamiento de la sala podía atribuirse únicamente al sentido de discreción en el que tanto nos aventaja el sur; quizás el público no comprendiera la verdadera naturaleza de lo que allí se estaba desarrollando.

El cavaliere, animado por la bebida, encendió otro cigarrillo. Ahora podían proseguir el experimento matemático. No fue difícil encontrar un joven de las últimas filas de butacas dispuesto a escribir

los números en la pizarra a medida que se los fueran dictando. También a él lo habíamos visto antes; el espectáculo adquiría un carácter íntimo gracias a que conocía uno tantas caras. Trabajaba en la tienda de ultramarinos y frutería de la calle principal, y más de una vez nos había atendido, muy bien por cierto. Manejaba la tiza con habilidad de comerciante, mientras Cipolla, que había bajado a la platea, renqueaba por entre el público recogiendo números de dos, tres o cuatro cifras y comunicándoselos al joven tendero, que los iba apuntando en columna. Todo, por tácito acuerdo mutuo, estaba calculado para divertir, con chistes y digresiones oratorias. Como forzosamente tenía que ocurrir, el artista fue a dar con extranjeros que no conocían bien los números en italiano. Con ellos se mostraba casi excesivamente paciente y cortés, para jolgorio de los nativos, a quienes luego ponía en un atolladero al pedirles que tradujeran los números que le habían dado en inglés o francés. Algunos espectadores daban fechas relacionadas con grandes acontecimientos de la historia italiana. Cipolla aprovechaba entonces la ocasión para hacer comentarios patrióticos. Alguien gritó: «¡El cero!». El cavaliere, ofendido como cada vez que alguien trataba de tomarle el pelo, replicó por encima del hombro que lo que él precisaba eran números de dos cifras por lo menos, a lo cual otro guasón gritó: «¡Cero, cero!». Su chirigota fue acogida con los aplausos y risas que toda referencia a las cosas naturales recibe siempre entre los meridionales.

Cuando hubo en la pizarra unos quince números de distintas cifras, Cipolla pidió al público que hiciera la suma, de memoria o utilizando lápiz y agenda. Mientras los espectadores realizaban el cálculo, Cipolla permaneció sentado en su silla junto al encerado, fumando con grandes muecas, con ese aire de complacencia y fatuidad que a menudo tienen los tullidos. La suma, que arrojó cinco cifras, pronto estuvo lista. Alguien anunció el resultado, otro lo confirmó, el de un tercero variaba ligeramente, pero el del cuarto concordaba con el de los otros dos. Cipolla se levantó, se sacudió un poco de ceniza de la chaqueta y destapó la esquina superior derecha de la pizarra para mostrar lo que allí había escrito. Y allí estaba el resultado correcto que él había escrito de antemano: una cantidad que se aproximaba al millón.

Asombro y grandes aplausos. Los niños estaban impresionados. Querían saber cómo lo había hecho. Les dijimos que se trataba de un truco difícil de explicar en pocas palabras; sencillamente, aquel hombre era un mago. Ahora sabían lo que era la representación de un prestidigitador. Primero el pescador sintió espasmos, y luego la respuesta correcta estaba escrita de antemano... Era estupendo, y comprendimos preocupados que a pesar de los ojos enrojecidos y de que ya eran casi las diez y media sería muy difícil sacarlos de allí. Habría lágrimas. Y sin embargo, estaba claro que aquel mago no hacía juegos de magia —al menos en el sentido de habilidad manual— y que el espectáculo no era para niños. No sabía, repito, lo que el público pensaba en realidad. Había, eso sí, grandes dudas respecto al hecho de si las respuestas se habían dado «libremente»; alguno quizá respondiera por su propia voluntad, pero era evidente que en conjunto Cipolla escogía a los espectadores, teniendo así todo el proceso en sus manos y dirigiéndolo hacia el resultado apetecido. Aun así, era de admirar la rapidez de sus cálculos, por muy poco inclinado que se sintiera uno a admirar el resto del espectáculo. Añádase a esto la patriotería, el irritable sentido del honor de Cipolla. Los paisanos del cavaliere seguramente se sentían en su elemento, y sin duda conservarían su espíritu festivo; para extranjeros como nosotros, sin embargo, esta mezcolanza resultaba angustiosa.

Cipolla mismo se encargaba de que la naturaleza de sus poderes —que no nombraba expresamente— quedara bien clara incluso a los ojos de los más ignorantes. Aludía a ellos, eso sí, pues ni por un momento dejaba de hablar, pero sólo en frases vagas y presuntuosas de las que se valía para hacerse publicidad. Continuó un rato con experimentos similares al anterior, complicándolos más mediante la introducción de operaciones de multiplicación, división y resta; luego las simplificaba hasta el último grado para mostrar el método. Sencillamente hacía que el público «adivinase» números que él había escrito de antemano bajo la hoja de papel. La cantidad casi siempre era acertada. Un espectador confesó que tenía pensado un número determinado, pero que cuando oyó silbar el látigo de Cipolla se le escapó uno totalmente distinto, que resultó ser el correcto. Cipolla se echó a reír sacudiendo los hombros. Fingía admiración por los poderes de las personas a quienes interrogaba.

Pero sus cumplidos tenían algo de burlón y degradante; no creo que a las víctimas les agradaran mucho, si bien sonreían y cosechaban parte de los aplausos. Tampoco tenía yo la impresión de que el artista gozara del favor del público. Se respiraba en el ambiente cierta aversión y renuencia, pero la cortesía reprimía estos sentimientos, frenados también por el arte de Cipolla y su severa confianza en sí mismo. Incluso el látigo, pienso yo, contribuía en gran medida a que la rebelión no se generalizara.

Después de los experimentos con los números pasó a las cartas. Se sacó del bolsillo dos barajas, y todavía recuerdo que el truco consistía fundamentalmente en lo siguiente: de una baraja sacaba tres cartas, que se metía, sin mirarlas, en el bolsillo interior de la chaqueta. Un espectador cogía entonces tres naipes de la segunda baraja, y casi siempre coincidían con los que él se había guardado. A veces sólo coincidían dos, pero en la mayoría de los casos triunfaba Cipolla, y entonces mostraba sus tres cartas con una ligera reverencia, agradeciendo el aplauso con que el público recompensaba sus extraños poderes, para el bien o para el mal. Un joven de la primera fila, a nuestra derecha, un italiano de finas y arrogantes facciones, se levantó y dijo que se proponía imponer su propia voluntad en la elección y resistirse conscientemente a cualquier influencia. Preguntó a Cipolla cuál creía él que sería el resultado en estas circunstancias.

—Con ello —repuso el cavaliere— dificultará usted algo mi labor. En cuanto al resultado, su resistencia no lo afectará en lo más mínimo. Existe la libertad, y también existe la voluntad; pero lo que no existe es la libre voluntad, pues una voluntad que busca su libertad se estrella en el vacío. Es usted libre de sacar una carta o de no sacarla. Pero si lo hace, sacará usted la carta correcta, con tanta mayor seguridad cuanto mayor sea su obstinada resistencia.

Había que reconocer que no podía haber escogido mejor las palabras para enturbiar las aguas y confundir la mente. El refractario joven dudó antes de sacar la primera carta. Luego cogió un naipe y pidió al cavaliere que le enseñara si se encontraba entre los que él había guardado.

—Pero, ¿cómo? —preguntó Cipolla con asombro—. ¿Por qué hacer las cosas a medias?

Y como el otro insistiera en su actitud desafiante, el mago, con un gesto de exagerado servilismo, repuso:

—*E servito* —y sacó las tres cartas en abanico, sin mirarlas siquiera. El naipe de la izquierda era el que había escogido el joven.

En medio del aplauso de la concurrencia, el apóstol de la libertad se sentó enfurecido. Imposible decir hasta qué punto realzaba Cipolla sus dotes innatas con trucos y habilidad manual. Pero aun sin estos aditamentos el resultado habría sido el mismo: la curiosidad era ilimitada y general; todo el mundo disfrutaba del sorprendente carácter de la función y reconocía sin excepción la capacidad profesional del artista. «*Lavora bene*», oíamos decir a nuestro alrededor; era, en definitiva, el triunfo del criterio objetivo sobre la antipatía y el resentimiento tácito.

Después de su último éxito, incompleto pero precisamente por ello más convincente, Cipolla volvió a echarse al coleto un coñac. Era cierto que bebía mucho, lo cual producía un efecto no muy agradable. Pero sin duda necesitaba del alcohol y los cigarrillos para conservar y renovar su energía, sometida, como él mismo había indicado, a grandes presiones en diversos aspectos. En los intervalos, efectivamente, ofrecía un aspecto ojeroso y alicaído. La copa restablecía el equilibrio, y después su conversación se reanudaba con viveza y arrogancia, mientras expulsaba de los pulmones el humo gris. Recuerdo con toda claridad que de los trucos con cartas pasó a ciertos juegos de salón basados en determinados poderes que en la naturaleza humana son más elevados o más bajos que la razón: en la intuición y la transmisión «magnética», en una forma baja de revelación, en una palabra. Lo que he olvidado es el orden exacto de los experimentos. Y no voy a aburrirles con su descripción; todo el mundo los conoce, todo el mundo ha participado alguna vez en el juego de localizar objetos ocultos o realizar a ciegas una serie de actos dirigidos por una fuerza que va de organismo a organismo por caminos inexplorados. Todo el mundo ha tenido también un atisbo de la naturaleza equívoca, impura e inextricable de lo oculto, ha sentido conscientemente tanto curiosidad como desprecio, ha criticado a quienes lo practican para salir adelante con el engaño, aunque, después de todo, este engaño no desmiente en modo alguno la autenticidad de los otros elementos que forman la dudosa amal-

gama. Sólo puedo decir que cada circunstancia aislada gana en intensidad y el conjunto en grandiosidad cuando es un hombre como Cipolla el actor principal y director del siniestro juego. Permaneció sentado al fondo del escenario, fumando, vuelto de espaldas a los espectadores mientras estos consultaban. El objeto que debía encontrar pasaba de mano en mano, y con él debía ejecutar alguna acción prefijada.

Después de los preparativos, Cipolla empezó a moverse en zigzag por la sala, con la cabeza echada hacia atrás y un brazo extendido, cogido de la mano de un guía que estaba en el secreto pero debía adoptar una actitud totalmente pasiva, limitándose a concentrar sus pensamientos en la meta prefijada. El cavaliere actuó como suele hacerse en este tipo de experimentos: tanteando al principio en una dirección falsa, avanzando de pronto rápidamente, parándose luego como si escuchara y corrigiendo el rumbo por una inspiración repentina. Los papeles parecían invertidos, la corriente de influencia se movía en dirección contraria, como indicó el artista mismo en su incesante discursear. Ahora le correspondía a él sufrir, recibir y actuar; la voluntad que antes había impuesto a otros estaba ahora anulada, y él actuaba obedeciendo una muda voluntad común que flotaba en el aire. Aclaró, sin embargo, que todo se reducía a lo mismo. La capacidad de autorrenuncia, dijo, de convertirse en instrumento, de la más incondicional y absoluta abnegación, no era sino la cara opuesta de ese poder de querer y ordenar. Ordenar y obedecer constituían un solo principio, una unidad indisoluble. Todo aquel que supiera obedecer sabía también ordenar, y viceversa; una noción estaba implícita en la otra, como en el caso del gobernante y su pueblo. Pero aquello que era actividad, la rígida y agotadora representación, recaía en todos los casos sobre él, el líder e instigador en cuya persona la voluntad se convertía en obediencia, la obediencia en voluntad; ambas nacían de él, por lo que sufría enormes penalidades. Más de una vez recalcó el hecho de que su labor era durísima, seguramente para justificar la necesidad de estimularse, la frecuencia con que recurría a la copa.

Y así se abrió paso, tanteando el camino, guiado y sostenido por la misteriosa voluntad común. Localizó un alfiler con una piedra escondido en el zapato de una inglesa, lo llevó, tan pronto vacilando

como acelerando el paso, a otra dama —la señora Angiolieri—, se arrodilló y se lo tendió, tratando de adivinar las palabras acordadas de antemano: «Le presento esta prueba de mi veneración».

El sentido de la frase era evidente, pero las palabras mismas eran difíciles de hallar, por la sencilla razón de que se había acordado se pronunciasen en francés; a nosotros nos pareció que esta condición se había impuesto con malicia, puesto que denotaba un conflicto entre el interés del público por el éxito del milagro y su deseo de presenciar la humillación del presuntuoso mago. Fue un extraño espectáculo ver a Cipolla arrodillado ante la señora Angiolieri, esforzándose por adivinar y pronunciar aquellas palabras prefijadas.

—Debo decir unas palabras —anunció—, y tengo una noción clara de su sentido. Pero al mismo tiempo siento que no serían correctas si salieran de mis labios. Tenga cuidado de no ayudarme sin darse cuenta —exclamó, aunque sin duda era eso precisamente lo que esperaba—. *Pensez très fort* —gritó de repente en mal francés, y a continuación pronunció atropelladamente en italiano las palabras prefijadas, pero con el sustantivo final en la lengua hermana, que probablemente estaba lejos de dominar: dijo *vénération* en lugar de *venerazione*, con una nasal que hacía daño al oído. Y este triunfo parcial, unido a sus anteriores proezas (el hallazgo del alfiler, la presentación, de rodillas, a la persona elegida), resultó casi más espectacular que si hubiese pronunciado perfectamente la frase; el público, admirado, estalló en aplausos.

Cipolla se levantó y se enjugó la frente. Sólo he dado un ejemplo de su actuación, y es que el caso del alfiler se me quedó especialmente grabado en la memoria. Pero cambió de método varias veces e introdujo numerosas modificaciones sugeridas por el contacto con el público. Dedicó mucho tiempo a este juego. Nuestra anfitriona parecía inspirarle particularmente, conduciéndole a las más desconcertantes muestras de clarividencia.

—No se me oculta, señora —le dijo—, que hay en usted algo que se sale de lo corriente, una distinción especial y honrosa. Todo el que tenga ojos para ver descubrirá en torno a su hermosa frente una aureola; si no me equivoco, antes fue más intensa que ahora. Es un resplandor que va palideciendo... ¡No, no me diga nada! ¡No me ayude! El caballero que está sentado a su lado es su marido,

¿verdad? —Se volvió hacia el señor Angiolieri, que permanecía en silencio—. Es usted el esposo de esta señora, y su felicidad es completa. Pero en medio de esta felicidad surgen recuerdos... el pasado, señora, me parece a mí que juega un papel importante en su vida presente. Conoció usted a un rey... ¿No se cruzó en su vida un rey en otros tiempos?

—No —suspiró la dispensadora de nuestra sopa, y sus ojos ambarinos relumbraron en la noble palidez de su rostro.

—¿No? No, no fue un rey; lo decía en sentido general, no me refería literalmente a un rey. No fue un rey, ni un príncipe, pero príncipe al fin, un rey de un reino más elevado. Fue un gran artista, a cuyo lado usted... Quiere usted contradecirme, y sin embargo, no me equivoco del todo. ¡Pues bien! Fue una mujer, una gran artista de fama mundial, de cuya amistad gozó usted en sus años mozos y cuya sagrada memoria eclipsa y transfigura toda su existencia. ¿Su nombre? ¿Es necesario que pronuncie el nombre de la persona cuya fama e inmortalidad van unidas desde hace tiempo a las de la patria? Eleonora Duse —concluyó solemnemente en voz baja.

La menuda mujer, impresionada, asintió con la cabeza. El aplauso fue ensordecedor. Casi todos los presentes conocían el maravilloso pasado de la señora Angiolieri y pudieron apreciar la intuición del cavaliere, sobre todo los huéspedes de la Pensión Eleonora. Pero nos preguntamos hasta qué punto habría averiguado la verdad como resultado de las indagaciones hechas a su llegada. Sin embargo no veo motivo alguno para dudar, desde el punto de vista racional, de poderes que ante nuestros mismos ojos habrían de resultarle funestos.

Finalmente hubo un descanso, y nuestro amo y señor se retiró. Debo confesar que desde que comencé mi relato he temido la llegada de este momento. En la mayoría de los casos no es difícil leer los pensamientos de los hombres, y en este caso particular es muy fácil. El lector se preguntará sin duda por qué no nos marchamos, pero me veo obligado a seguir debiéndole una respuesta. Sencillamente, no lo sé, y tampoco sé cómo defenderme. Debían de ser ya las once o más tarde aún. Los niños estaban dormidos. La última serie de experimentos les había aburrido bastante y la naturaleza había acabado por imponerse. Dormían en nuestro regazo, la pequeña

en el mío y el niño en el de su madre. Esto era, en cierto modo, un consuelo; pero al mismo tiempo era motivo de compasión y un aviso de que debíamos acostarlos. Y les doy mi palabra de que queríamos cumplir esta conmovedora admonición. Despertamos a los pobrecitos y les dijimos que era hora de irse. Pero en cuanto se despabilaron empezaron a resistirse y a implorar... ya saben ustedes cómo horroriza a los niños abandonar un espectáculo antes de que concluya. De nada sirve tratar de engatusarlos, hay que recurrir a la fuerza. La función era estupenda, se lamentaron, y además no sabíamos lo que vendría después del descanso, habría que esperar. Prometieron que dormirían a ratos, pero a casa no, a la cama no mientras continuase el maravilloso espectáculo.

Cedimos, pero les dijimos que sólo un rato, unos minutos más. No encuentro disculpa para el hecho de que nos quedáramos, y explicarlo resulta casi igual de difícil. ¿Pensábamos acaso que una vez que habíamos dicho A estábamos obligados a decir B, que una vez que habíamos traído a los niños teníamos que dejarles quedarse? No, esta explicación no me satisface. Entonces ¿es que nos estábamos divirtiendo nosotros? Sí y no. Nuestros sentimientos respecto al cavaliere Cipolla eran encontrados, pero si no me equivoco estos eran los sentimientos de todos los espectadores, y ninguno se había marchado. ¿Nos encontrábamos bajo la fascinación que emanaba de este hombre, de este hombre que se ganaba el pan de manera tan extraña, una fascinación que ejercía independientemente del programa e incluso entre juego y juego y que paralizaba nuestra resolución? ¿Y por qué no atribuirlo a mera curiosidad? Sentíamos curiosidad por saber cómo terminaría la velada, pues según se desprendía de los comentarios de Cipolla, nos reservaba trucos aún más prodigiosos que los hasta ahora realizados.

Pero no es todo eso, o eso no es todo. Lo más correcto sería contestar a la pregunta de por qué no abandonábamos el espectáculo con otra: ¿Por qué no habíamos abandonado antes Torre di Venere? Para mí las dos preguntas eran una misma cosa, y para salir del atolladero podría decir que ya la había contestado. Pues tal como habían ido las cosas en Torre en términos generales —extrañas, incómodas, molestas, tensas, sofocantes— así iban aquella noche... o peor. La sala parecía la culminación de todo lo pavoroso y tenso que había

pesado sobre la atmósfera de nuestras vacaciones. El hombre cuya vuelta al escenario esperábamos era la personificación de todo aquello; y como no nos habíamos marchado en términos generales, por así decirlo, no habría sido lógico hacerlo en términos concretos. Pueden aceptarlo como explicación de nuestra pasividad si les parece. No puedo aducir ningún argumento mejor.

El descanso que se había anunciado era de diez minutos, pero transcurrieron casi veinte. Los niños permanecieron despiertos. Estaban encantados de nuestra tolerancia, y se entretuvieron durante el descanso reanudando sus relaciones con el sector popular, con Antonio, Guiscardo y el hombre que alquilaba las canoas. Hacían bocina con las manos y les enviaban mensajes después de pedirnos que se los tradujéramos al italiano. «¡Que tengáis buena pesca mañana, toda la red llena!» Y a Mario el del «Esquisito» le gritaron: «*Mario, una cioccolata e biscotti!*». Esta vez sí que los oyó y repuso con una sonrisa: «*Subito!*». Más tarde tendríamos motivos para recordar su amable —aunque algo ausente y melancólica— sonrisa.

Así transcurrió el descanso, y por fin sonó el gong. Los espectadores, que se hallaban dispersados conversando, volvieron a ocupar sus sitios. Los niños se enderezaron en sus asientos, con las manos en el regazo. Las cortinas habían permanecido abiertas. Cipolla salió al escenario con su paso renqueante e introdujo la segunda mitad del programa con una conferencia.

Diré, para resumir, que aquel jorobado que tanta confianza en sí mismo mostraba era el hipnotizador más poderoso que jamás haya visto. Estaba claro que si se anunciaba como prestidigitador era a causa de las disposiciones policiales que prohibían la explotación comercial de estos poderes. Quizás estas patrañas sean corrientes en el país y las autoridades hagan la vista gorda. Lo cierto es que desde el primer momento aquel hombre no se había esforzado en ocultar el verdadero carácter de sus actuaciones. Y esta segunda mitad del programa estaba abierta y exclusivamente dedicada a un tipo determinado de experimento. Aunque seguía recurriendo a los circunloquios retóricos, las pruebas mismas no eran sino una larga serie de experimentos dedicados a la pérdida o la enajenación de la voluntad. Cómicos, emocionantes o sorprendentes, según su

naturaleza, a medianoche todavía estaban en pleno apogeo; vimos toda la gama de los fenómenos que ofrece este campo entre natural y misterioso, desde lo insignificante a lo más grotesco. Los espectadores reían y aplaudían ante los extravagantes detalles; sacudían la cabeza, se daban palmadas en las rodillas, estaban bajo el hechizo de una personalidad completamente segura de sí misma. Al mismo tiempo observé síntomas de que no se sentían muy a gusto, de que se daban cuenta de la peculiar ignominia que se desprendía, tanto para el individuo como para la generalidad, de los triunfos de Cipolla.

Dos elementos eran constantes en todos los experimentos: la copa de coñac y el látigo con empuñadura en forma de garra. Aquella servía para añadir combustible a su demoniaco fuego, pues de otro modo, al parecer, podría haberse apagado. En este aspecto podría uno haber sentido lástima por el cavaliere, pero el silbido del látigo, el insultante símbolo de su poderío y dominio ante el que todos nos doblegábamos, eliminaba cualquier sensación que no fuera una sumisión admirativa a su poder. ¿Deseaba acaso nuestra compasión? Me sorprendió un comentario que hizo del que se desprendía nada menos que eso. En el momento culminante de sus experimentos, acariciando y echando el aliento sobre un joven que se había ofrecido voluntario y resultó ser un sujeto particularmente receptivo, no sólo lo había sumido en el estado conocido como catalepsia y había extendido su cuerpo insensible, por la nuca y los pies, sobre el respaldo de dos sillas, sino que se sentó sobre la rígida figura como si fuera un banco sin que aquella cediera lo más mínimo. La vista de aquel ser demoniaco sentado sobre el tieso cuerpo era horrenda, increíble; el público, convencido de que la víctima de este experimento científico debía de estar sufriendo, expresó su conmiseración: «*Poveretto!*».

—*Poveretto!* —se mofó Cipolla con amargura—. Señoras y caballeros, están ustedes equivocados. *Sono io il poveretto.* Soy yo el que está sufriendo, el que merece compasión.

Recibimos el mensaje. De acuerdo, quizá los experimentos fueran a costa suya, tal vez fuera él quien sufría los espasmos mientras el *giovanotto* hacía muecas. Pero las apariencias lo desmentían, y nadie se siente inclinado a llamar *poveretto* a un hombre que sufre a fin de conseguir la humillación de otros.

Me he adelantado a la historia y he prescindido de la secuencia de los acontecimientos. Todavía hoy recuerdo muchas de las proezas de sufrimiento del cavaliere; he olvidado, sin embargo, el orden en que se produjeron, pero eso no tiene importancia. Lo que sí sé es que los experimentos más largos y complicados, los que el público más aplaudía, me impresionaron menos que algunos de los más breves y sencillos. Recuerdo al joven cuyo cuerpo Cipolla convirtió en una tabla sólo por los comentarios, ya mencionados, que acompañaron al experimento. Una anciana sentada en una de las sillas de paja fue convencida por Cipolla de que estaba realizando un viaje a la India e hizo un vívido relato de sus aventuras por tierra y por mar. Pero este fenómeno me pareció menos impresionante que el que siguió inmediatamente al descanso. Un hombre de aspecto militar, alto y fuerte, fue incapaz de levantar el brazo después de que el jorobado le dijera que no podría hacerlo e hiciera silbar su látigo. Todavía veo la cara de aquel coronel bigotudo que apretaba los dientes sonriendo grotescamente en sus esfuerzos por recuperar la libertad de acción. ¡Confuso proceso! Parecía querer y no poder; el problema, sin embargo, era seguramente que no podía querer. Se trataba de ese retraimiento de la voluntad en sí misma que paraliza la libre elección, como ya había explicado nuestro tirano al caballero de Roma.

Y aún más difícil me resulta olvidar la conmovedora escena, a la vez cómica y terrible, de la señora Angiolieri. El cavaliere, probablemente en aquel insolente reconocimiento de la sala que hizo nada más aparecer en escena, había descubierto su etérea vulnerabilidad a su poder. Pues literalmente la tenía embrujada; la levantó de su asiento, la sacó de su fila y se la llevó consigo. Y a fin de realizar el efecto, pidió al señor Angiolieri que llamase a su mujer por su nombre de pila, para poner en la balanza todo el peso de su existencia y de sus derechos sobre ella, para despertar mediante la voz del marido todo lo que en el alma de la esposa pudiera proteger su virtud contra los malignos ataques de la magia. ¡Todo en vano! Cipolla, a cierta distancia del matrimonio, hizo silbar el látigo una sola vez. Nuestra patrona tembló violentamente y volvió la cara hacia él. «¡Sofronia!», gritó el señor Angiolieri (no sabíamos que el nombre de su mujer fuera Sofronia). Y es natural que la

llamase, pues el peligro que la amenazaba era evidente. Seguía ella con la cara vuelta hacia el diabólico cavaliere, que con sus diez largos dedos amarillos estaba haciendo pases a su víctima, retrocediendo al mismo tiempo poco a poco. Luego la señora Angiolieri, reluciente el pálido rostro, se levantó de su asiento, se volvió y empezó a seguirle. ¡Fantástica y fatal visión! Expresión de sonámbula, los brazos rígidos, las hermosas manos ligeramente alzadas a la altura de las muñecas, los pies casi juntos, parecía flotar lentamente fuera de su fila, siguiendo al seductor que la atraía como un imán.

—¡Llámela, señor, siga llamándola! —advirtió el terrible monstruo.

Y el señor Angiolieri, con voz débil, llamó:

—¡Sofronia!

Ah, llamó una y otra vez, y a medida que se alejaba su mujer incluso hizo bocina con una mano y señas con la otra mientras pronunciaba su nombre. Pero la pobre voz del amor y el deber resonó, sin que ella la oyera, a sus espaldas. La mujer siguió flotando, sonámbula, sorda, esclavizada. Salió al pasillo central y se dirigió a la puerta de salida, tras el jorobado que la llamaba con los dedos. Estábamos convencidos de que seguiría a su amo y señor, si este quisiera, hasta el fin del mundo.

—*Accidènte!* ¡Al diablo! —gritó el señor Angiolieri verdaderamente asustado, y se levantó de un salto cuando su mujer llegó a la salida.

Pero en aquel instante el cavaliere dejó a un lado la corona triunfal y puso fin a aquel espectáculo:

—Basta, señora, le doy las gracias —dijo, y le ofreció el brazo para conducirla junto a su marido, a quien explicó—: Señor, aquí tiene a su esposa. Sana y salva, con mis respetos, la dejo en sus manos. Proteja con todas las fuerzas de su hombradía un tesoro que hasta tal punto le pertenece, y que su celo se agudice al comprender que hay poderes más fuertes que la razón y la virtud y que no siempre se muestran tan magnánimos a la hora de renunciar a su presa.

¡Pobre señor Angiolieri, tan callado y tan calvo! No parecía capaz de defender su felicidad, ni siquiera contra poderes mucho menos demoniacos que estos que ahora sumaban el escarnio al horror. Solemne y pomposamente el cavaliere volvió al escenario,

entre aplausos redoblados por su elocuencia. Fue este episodio particular, si no me equivoco, el que hizo subir su autoridad hasta tal grado que pudo hacer bailar al público, sí, literalmente bailar. Y el baile prestó a la escena un aire disoluto, de abandono, de desbarajuste, un relajamiento ebrio del espíritu crítico que por tanto tiempo se había resistido al hechizo de este hombre. Sí, había tenido que luchar para establecer su autoridad, había tenido que luchar contra la animosidad del joven caballero romano, cuyo espíritu rebelde amenazaba con representar un peligroso ejemplo para los demás. Pero era precisamente en la importancia del ejemplo en lo que residía la fuerza del cavaliere. Poseía talento para atacar el punto de menor resistencia, y escogió como primera víctima a aquel joven débil y poco voluntarioso a quien antes convirtiera en una tabla. El amo no tenía más que mirarle para que el mozo echara atrás el cuerpo como fulminado por un rayo, colocara los brazos rígidamente a los costados y cayera en un estado de sonambulismo militar en el que, eso era evidente, pondría en práctica las propuestas más absurdas que pudieran hacérsele. Parecía muy conforme con su estado abyecto, muy satisfecho de que le quitasen de encima el peso de la elección voluntaria. Una y otra vez se ofrecía como sujeto, y se sentía muy orgulloso de la proverbial facilidad con que podía arrebatársele la voluntad. Ahora subió de nuevo al escenario, y un simple latigazo bastó para hacerle bailar a las órdenes del cavaliere, en una especie de placentero éxtasis, con los ojos cerrados, sacudiendo la cabeza y los fláccidos miembros en todas direcciones.

Aquello parecía divertido, y no tardaron en ofrecerse como voluntarios otros dos jóvenes, uno vestido humildemente y el otro bien trajeado, que se pusieron a bailar junto al primero. De pronto volvió a levantarse el caballero de Roma y preguntó retadoramente si Cipolla se comprometería a hacerle bailar a él también, incluso contra su voluntad.

—¡Incluso contra su voluntad! —repuso el cavaliere en un tono que no se me ha borrado de la memoria.

Aquel terrible «*anche se non vuole*» todavía me resuena en el oído. Empezó la batalla. Cipolla, después de tomar un trago y encender otro cigarrillo, colocó al romano en el pasillo central y él mismo se situó a cierta distancia detrás de él, haciendo restallar el

látigo al tiempo que daba la orden: «¡Baila!». Su adversario no se movió. «¡Baila!», repitió el cavaliere en tono incisivo, y de nuevo hizo restallar el látigo. El joven encogió el cuello; al mismo tiempo, como si se le hubiera dislocado la muñeca, movió una mano, con un talón vuelto hacia afuera. Pero eso fue todo, al menos por el momento: simplemente una tendencia al tic, tan pronto reprimida como incontrolada. A nadie se le pasaba por alto el hecho de que era preciso vencer una obstinación heroica, una firme resolución a resistirse. Estábamos presenciando un valeroso esfuerzo por salvar el honor de la especie humana. Seguía con su tic nervioso, pero no bailaba. Y la lucha se prolongó tanto que el cavaliere se vio obligado a repartir su atención entre esta contienda y lo que ocurría en el escenario, volviéndose de vez en cuando para hacer restallar el látigo en dirección a los bailarines para que no se le fueran de las manos. Al mismo tiempo informó al público que esas actividades no producían fatiga por mucho que se prolongaran, puesto que no eran aquellos autómatas quienes bailaban, sino él mismo. Luego volvió a clavar la vista en la nuca del romano para vencer aquella desafiante obstinación.

La entereza del joven empezó a vacilar bajo las repetidas órdenes y los latigazos. El público observaba la escena con un interés objetivo no exento de cierto sentimiento de compasión, de lástima, incluso de placer cruel. Si yo no me equivocaba al interpretar lo que estaba ocurriendo, aquel joven fue vencido por la actitud negativa de su agresividad. Es posible que el no querer no sea un estado mental viable; el no querer hacer algo quizá sea a la larga un contenido mental con el que no se puede subsistir. Entre no querer cierta cosa y no querer en absoluto —en otras palabras, rendirse a la voluntad de otra persona— el resquicio es demasiado estrecho para que quepa en él la idea de libertad. Luego estaban las persuasivas palabras del cavaliere, salpicadas de latigazos y de órdenes, mientras mezclaba efectos que constituían su propio secreto con otros de asombrosa índole psicológica.

—¡Baila! —repitió—. ¿Por qué te torturas de esa manera? ¿Llamas libertad a ese modo de violentarte a ti mismo? *Una ballatina!* Tus brazos y tus piernas lo están deseando. ¡Qué alivio ceder a su impulso! ¡Mira, ya estás bailando! ¡Ya no es una lucha, sino un placer!

Y así era, en efecto. Los convulsivos movimientos de los miembros del refractario joven acabaron por imponerse; levantó los brazos, las rodillas, y de repente se soltaron todas sus articulaciones, alzó las piernas y empezó a bailar, y en medio de un aplauso atronador el cavaliere lo llevó a reunirse con las demás marionetas del escenario. Allí arriba pudimos ver su cara mientras se «divertía»; sonreía abiertamente, con los ojos medio cerrados. En cierto modo, era un consuelo comprobar que lo estaba pasando mejor que en la hora de su orgullo.

Puede afirmarse sin exagerar que su «caída» causó sensación. El hielo estaba roto, el triunfo de Cipolla había llegado a su culminación. El bastón de mando de Circe, aquel sibilante látigo de cuero con empuñadura de garra, ejercía un poder absoluto. Llegó un momento —debía de ser bastante después de medianoche— en que no sólo había de ocho a diez personas bailando en el pequeño escenario, sino que también en la platea reinaba gran animación: una anglosajona de largos dientes y quevedos se levantó de su asiento por iniciativa propia y se puso a bailar una tarantela en el pasillo central. Cipolla estaba indolentemente sentado en su silla de paja a la izquierda del escenario, tragando el humo de un cigarrillo y expulsándolo con aire arrogante entre sus horrorosos dientes. Hacía oscilar el pie, y de cuando en cuando reía sacudiendo los hombros mientras observaba la disoluta escena de la sala; varias veces hizo restallar hacia atrás el látigo para llamar al orden a algún bailarín remolón. Los niños estaban despiertos. Los menciono no sin vergüenza; pues no era bueno estar allí, y mucho menos para ellos. Sólo puedo explicar el hecho de que no nos los lleváramos diciendo que también nosotros estábamos sumidos en la indiferencia general del momento. A aquella hora ya todo era uno. Además, a Dios gracias, ellos no entendían la parte desagradable del espectáculo, y en su inocencia estaban cada vez más encantados con la increíble tolerancia que les permitía estar presentes en un acontecimiento tan importante como la velada de un mago. A ratos dormitaban sobre nuestro regazo, un cuarto de hora cada vez. Ahora se desternillaban de risa, con mejillas encendidas y ojos soñolientos, al ver los saltos que hacía dar a la gente el amo y señor de la velada. No habían imaginado que aquello fuera a ser tan divertido, y con sus desmañadas

manitas infantiles participaban en todos los aplausos. Y cuando Cipolla hizo una seña a su amigo Mario, Mario el del «Esquisito», y lo atrajo como un imán, estirando y doblando alternativamente el dedo índice ante la nariz, empezaron a dar saltos de alegría en sus asientos.

Mario, pues, obedeció. Todavía lo veo subiendo la escalera hacia Cipolla, que seguía atrayéndolo de aquel modo tan grotesco. Recuerdo con claridad que al principio el mozo vaciló un instante. Durante toda la velada había estado indolentemente apoyado contra una columna de madera del pasillo lateral, con los brazos cruzados o las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Estaba a nuestra izquierda, cerca del joven del peinado guerrero, y había seguido atentamente la representación del cavaliere, aunque no con mucha animación y sabe Dios cuánta comprensión. Se veía que no le hacía gracia ser requerido de aquella forma al final de la velada. Pero nada tenía de extraño que obedeciera. Al fin y al cabo, la obediencia formaba parte de su oficio; por otra parte, ¿cómo podía un mozo tan modesto y simple como él negarse a complacer a un hombre tan encumbrado como lo estaba ahora Cipolla? De buena o de mala gana, el caso es que se apartó de la columna, dando las gracias a quienes le abrían paso, y subió los escalones con una sonrisa dubitativa en los gruesos labios.

Imagínense a un joven de veinte años, robusto, con el pelo muy corto, frente baja y ojos de un gris indefinido, con vetas verdes y amarillas, cubiertos por pesados párpados. Esto lo sé con toda precisión, pues habíamos hablado a menudo con él. Su nariz chata era pecosa, tenía la frente huidiza, y en su cara destacaban los carnosos labios, entreabiertos para mostrar unos dientes húmedos de saliva. Estos abultados labios y la mirada velada de sus ojos prestaban al conjunto del rostro un aspecto de primitiva melancolía, y esto fue lo que nos llamó la atención en él desde el principio. No había en su expresión el menor rastro de brutalidad... sus manos, por otra parte, habrían desmentido esta idea, pues eran excepcionalmente finas incluso para un meridional. Eran manos por las que uno se dejaba servir muy a gusto.

Le conocíamos humanamente, pero no personalmente, si se me permite establecer la diferencia. Le veíamos casi todos los días, y sentíamos cierta simpatía por sus soñolientos modales, que a me-

nudo rozaban una total desatención para transformarse de pronto en obsequiosidad. Siempre estaba serio, y sólo los niños podían hacerle sonreír. No es que fuera hosco, sino poco dispuesto a entablar amistad. No hacía el menor esfuerzo por agradar... o más bien parecía renunciar a ser agradable en la convicción de que jamás lo conseguiría. Habríamos recordado a Mario de todas formas, como una de esas pequeñas reminiscencias de viajes que a menudo se graban en la memoria con mayor fuerza que otras más importantes. Pero de sus circunstancias sólo sabíamos que su padre era chupatintas en el municipio y su madre lavandera.

Su chaquetilla blanca de camarero le sentaba mejor que el desvaído traje a rayas que llevaba, con un pañuelo de seda de chillones colores remetido en la chaqueta sin solapas. Se acercó a Cipolla, quien no por ello dejó de mover el índice; así pues, Mario tuvo que aproximarse aún más, hasta la silla y las piernas del amo. Entonces este le colocó de forma que pudiéramos verle la cara. A continuación le miró rápidamente de arriba abajo, con ojos indolentes pero autoritarios.

—Bien, *ragazzo mio* —dijo—, ¿cómo es que nos conocemos tan tarde? Aunque créeme, yo te conozco desde hace un buen rato... Sí, sí, no te he perdido de vista en todo este tiempo, y me he asegurado de tus buenas cualidades. ¿Cómo pude olvidarte? Bueno, he tenido muchísimas cosas en que pensar, ¿sabes? Pero dime, ¿cómo te llamas? Tu nombre de pila, es lo único que necesito.

—Me llamo Mario —contestó el joven en voz baja.

—Ah, Mario. Muy bien. Sí, es un nombre corriente. Un nombre clásico, de esos que mantienen vivas las tradiciones heroicas de la patria. *Bravo! Salve!* —Y levantó sesgadamente el brazo por encima de su torcido hombro, con la mano abierta, remedando el saludo romano. Quizá estuviera ya algo bebido, lo cual no tendría nada de extraño. Pero hablaba lo mismo que antes, con claridad, fluidez y énfasis, si bien a estas alturas su voz había adquirido una nota autocrática y grosera y en sus modales se adivinaba cierta petulancia—. Querido Mario —prosiguió—, me alegro de que vinieras esta noche, sobre todo con ese pañuelo tan bonito que llevas. Te sienta muy bien, y estoy seguro de que te ayudará a conquistar a las chicas, a esas preciosas chicas de Torre di Venere...

Del grupo de mozos próximo al lugar donde había estado Mario surgió una risa. Era el joven del peinado guerrero. Echada al hombro la chaqueta, reía abiertamente, con rudeza y sarcasmo.

Mario se sobresaltó. Creo que se encogió de hombros, pero quizá fuera un verdadero sobresalto e intentase luego disimular encogiéndose de hombros, como si quisiera dar a entender que tanto el pañuelo como el bello sexo le tenían sin cuidado.

El cavaliere bajó fugazmente la vista hacia el público.

—A ese no hay que hacerle ni caso —dijo—. Está celoso, seguramente por el éxito que tiene tu pañuelo entre las chicas, o quizá porque tú y yo estamos charlando tan amigablemente aquí arriba... Si quiere, le puedo recordar su cólico. No me costaría ningún trabajo. Dime, Mario: esta noche has venido aquí a divertirte un poco... Y de día trabajas en un bazar, ¿no?

—En una cafetería —le corrigió el mozo.

—Mejor dicho en una cafetería. Por una vez se ha colado Cipolla. Así que eres camarero, copero, un Ganimedes, vaya... Eso me gusta, es una reminiscencia clásica más. *Salvietta!* —Y volvió a saludar con el brazo en alto, para gran regocijo del público.

Mario sonrió.

—Pero antes —añadió fiel a la verdad— trabajé una temporada en una tienda de Portoclemente.

—¡Vaya, vaya! ¿No lo decía yo? ¡En un bazar!

—Vendían peines y cepillos —repuso evasivamente Mario.

—¿No decía yo que no siempre habías sido un Ganimedes, que no siempre habías andado con la servilleta al brazo? Pero incluso cuando Cipolla se cuela, lo hace de modo que inspira confianza. Dime, ¿tú tienes confianza en mí?

Un gesto indefinido.

—Esa es una respuesta a medias —comentó el cavaliere—. Sin duda es difícil ganarse tu confianza. Incluso para mí, lo comprendo perfectamente, no resulta fácil. Adivino en tus facciones una reserva, una tristeza... *un tratto di malinconia*... Dime —cogió persuasivamente la mano de Mario—, ¿tienes alguna pena?

—*Nossignore* —repuso Mario rápidamente y con tono decidido.

—Sí, tienes una pena —insistió el cavaliere autoritariamente—. ¿Crees acaso que no tengo ojos en la cara? ¡No le vengas con pa-

trañas a Cipolla! Se trata de las chicas, claro está, de una chica... Tienes penas de amor.

Mario meneó la cabeza con vehemencia, y una vez más resonó en la sala la brutal risa del *giovanotto*. El cavaliere aguzó el oído. Sus ojos parecían buscar algo en el aire, pero inclinó la cabeza a fin de escuchar mejor aquella risa, y luego dio un latigazo hacia atrás, como ya había hecho una o dos veces durante su conversación con Mario, para que ninguno de los títeres cejara en su empeño. Este gesto estuvo a punto de hacerle perder su nueva presa, pues Mario hizo un movimiento súbito hacia la escalera. Tenía un cerco rojo en torno a los ojos. Cipolla le sujetó en el último instante.

—¡Alto ahí! —exclamó—. Estaría bueno. Así que quieres irte, Ganimedes, justo en plena diversión, o mejor dicho cuando está empezando, ¿eh? Quédate conmigo; yo te enseñaré cosas bonitas. Te prometo convencerte de que tu pena es totalmente injustificada. Esta muchacha a la que conoces y a la que también conocen otros, esta... ¿cómo se llama? Espera, no me lo digas. Leo su nombre en tus ojos, lo tengo en la punta de la lengua, lo mismo que tú...

—¡Silvestra! —gritó el *giovanotto* desde abajo.

El cavaliere permaneció imperturbable.

—¿No está el mundo lleno de gente entremetida? —preguntó sin mirar hacia abajo, como si estuviera charlando tranquilamente con Mario—. ¿De gallitos de pelea que cacarean a tiempo y a destiempo? Nos arrebata el nombre de los labios, a ti y a mí, como si el muy fatuo tuviera algún derecho a hacerlo. ¡No le hagamos caso! Pero Silvestra, tu Silvestra, ¡ah, qué chica! ¡Un verdadero tesoro! Se le queda a uno parado el corazón cuando la ve caminar, respirar o reír, de tan encantadora que es. ¡Y sus brazos redonditos cuando lava la ropa, y cuando echa atrás la cabeza para apartarse el pelo de los ojos! ¡Un ángel del paraíso!

Mario le miraba fijamente, adelantada la cabeza. Parecía haberse olvidado de su situación y del público. Los cercos rojos en torno a sus ojos eran ahora mucho mayores, parecían pintados. Tenía los gruesos labios entreabiertos.

—Y ese ángel te hace sufrir —prosiguió Cipolla—, o, mejor dicho, tú mismo sufres por su causa... Hay una diferencia, muchacho, una diferencia esencial, créeme. En el amor hay malentendidos,

quizá más que en cualquier otro aspecto de la vida. ¿Qué sabrá este Cipolla, con su pequeño defecto físico, del amor?, te preguntarás. Pues te equivocas; sabe mucho. Tiene un amplio conocimiento, y merece la pena escuchar sus consejos. Pero dejemos a un lado a Cipolla, olvidémonos de él, y pensemos sólo en Silvestra, tu encantadora Silvestra. ¡Cómo! ¿Acaso piensas que va a darle preferencia al primer gallito que se presente, para que él pueda reír y tú tengas que llorar? ¿Preferible a un mozo como tú, tan simpático y tan afectuoso? Eso es poco probable, imposible, diría yo; nosotros, Cipolla y Silvestra, lo sabemos. Si yo fuera ella y tuviera que escoger entre un patán como ese, un merluzo, un erizo de mar, y Mario, un caballero andante de la servilleta, que se mueve entre señores y sirve diestramente bebidas a los forasteros, que me ama con ternura, te juro que para mi corazón la decisión no sería difícil, pues sé desde hace tiempo a quién se lo regalaría. Es hora de que él lo vea y lo comprenda, mi elegido. Es hora de que me veas y me reconozcas, Mario, amado mío... Dime, ¿quién soy yo?

Producía espanto ver como el impostor se mostraba seductor, moviendo coquetamente los torcidos hombros, abriendo y cerrando lánguidamente los abultados ojos, enseñando los serrados dientes en una sonrisa zalamera. Pero ¿qué cambio se había operado en Mario mientras el cavaliere pronunciaba aquellas fascinantes palabras? Se me hace difícil decirlo, del mismo modo que se me hizo difícil contemplarlo; pues no era sino una entrega de lo más íntimo, la exposición pública de una pasión desesperada y delirante. Se llevó las manos a la boca; respiraba jadeante, subiendo y bajando los hombros. Era evidente que de pura felicidad no podía dar crédito a sus ojos y a sus oídos, y esto fue precisamente lo que olvidó: que no debía darles crédito.

—¡Silvestra! —suspiró emocionado desde lo más profundo del corazón.

—¡Bésame! —dijo el jorobado—. Te dejo que lo hagas, créeme. Yo te quiero. Bésame aquí. —Y se llevó el índice a la mejilla, cerca de la boca, extendidos el antebrazo, la mano y el meñique.

Mario se inclinó y le besó.

Se había hecho un silencio de muerte en la sala. La escena de la felicidad de Mario era monstruosa, grotesca, emocionante...

En aquel diabólico lapso de tiempo, imbuido del carácter ilusorio de toda felicidad, se oyó un solo sonido, inmediatamente después del melancólico y obsceno contacto de los labios de Mario con la repulsiva carne que se adelantaba para recibir su caricia. Fue la risa del *giovanotto*, a nuestra izquierda. Irrumpió en la dramática expectación del momento, brutal, maliciosa, y sin embargo —a menos que yo estuviera totalmente equivocado— no exenta de compasión hacia aquella pobre criatura torturada y desconcertada. Algo en esta risa me recordaba aquel grito de «*Poveretto!*» que según el mago debía ir dirigido a él.

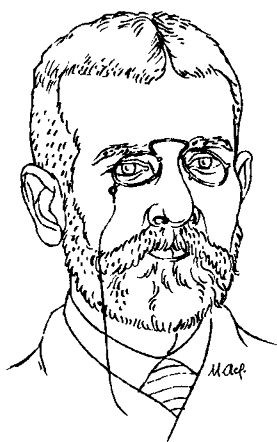
Todavía resonaban en el aire los últimos ecos de la carcajada cuando el cavaliere hizo restallar el látigo junto a la pata de su silla, y Mario, sobresaltado, echó hacia atrás el cuerpo. Permaneció en esta postura con la mirada perdida, llevándose las manos a los labios profanados. Luego se golpeó una y otra vez las sienes con los nudillos, se volvió y bajó tambaleante la escalera, mientras el público aplaudía y Cipolla, sentado con las manos en el regazo, reía sacudiendo los hombros. Una vez abajo, corriendo todavía, Mario se volvió de pronto con las piernas muy separadas y levantó un brazo. Por encima de las risas y los aplausos resonaron dos detonaciones sordas.

Inmediatamente se hizo el silencio. Incluso los bailarines se detuvieron y miraron a su alrededor desconcertados. Cipolla se levantó de un brinco. Permaneció un momento de pie con los brazos abiertos, como si quisiera apartar a la gente, como si de un momento a otro fuera a gritar: «¡Quietos! ¡Silencio! ¡Atrás! ¿Qué ha sido eso?». Luego volvió a hundirse en la silla, con la cabeza rodándole sobre el pecho; un instante después cayó de lado al suelo, donde quedó inmóvil, como un desordenado fardo de ropa y huesos retorcidos.

El tumulto fue indescriptible. Las mujeres, temblorosas, ocultaron el rostro en el pecho de sus acompañantes. Se oyeron gritos pidiendo un médico, la presencia de la policía. Los espectadores invadieron la escena, se lanzaron en tropel sobre Mario para desarmarlo, para arrebatarle el arma que le colgaba de los dedos, ese pequeño artefacto metálico de cañón cortísimo que apenas parecía una pistola. ¡En qué extraña e inesperada dirección lo había apuntado el destino!

Y ahora —¡al fin!— llevamos a los niños a la salida, pasando

junto a una pareja de carabineros que entraban en aquel momento. «¿Ha terminado ya?», preguntaron para poder marcharse tranquilos. «Sí, ya ha terminado», les confirmamos. Había sido un final horrible, un desenlace funesto. Y sin embargo, entonces como ahora, a mí me pareció una liberación. No pude ni puedo evitarlo.



PROTESTO

CLARIN (LEOPOLDO ALAS)/ESPAÑA

I

ESTE DON Fermín Zaldúa, en cuanto tuvo uso de razón, y fue muy pronto, por no perder el tiempo, no pensó en otra cosa más que en hacer dinero. Como para los negocios no sirven los muchachos, porque la ley no lo consiente, don Fermín sobornó al tiempo y se las compuso de modo que pasó atropelladamente por la infancia, por la adolescencia y por la primera juventud, para ser cuanto antes un hombre en pleno uso de sus derechos civiles; y en cuanto se vio mayor de edad, se puso a pensar si tendría él algo que reclamar por el beneficio de la restitución *in integrum*. Pero ¡ca! Ni un centavo tenía que restituirle alma nacida, porque, menor y todo, nadie le ponía el pie delante en lo de negociar con astucia, en la estrecha esfera en que la ley hasta entonces se lo permitía. Tan poca importancia daba él a todos los años de su vida en que no había podido contratar, ni hacer grandes negocios, por consiguiente, que había olvidado casi por completo la inocente edad infantil y la que sigue, con sus dulces ilusiones, que él no había tenido, para evitarse el disgusto de perderlas. Nunca perdió nada don Fermín, y así, aunque devoto y aun supersticioso, como luego veremos, siempre se opuso terminantemente a aprender de memoria la oración de San Antonio. «¿Para qué? —decía él—. ¡Si yo estoy seguro de que no he de perder nunca nada!»

—Sí tal —le dijo en una ocasión el cura de su parroquia, cuando

Fermín ya era muy hombre—, sí tal; puede usted perder una cosa...: el alma.

—De que eso no suceda —replicó Zaldúa— ya cuidaré yo a su tiempo. Por ahora a lo que estamos. Ya verá usted, señor cura, cómo no pierdo nada. Procedamos con orden. El que mucho abarca poco aprieta. Yo me entiendo.

Lo único de su niñez que Zaldúa recordaba con gusto y con provecho era la gracia que desde muy temprano tuvo de hacer parir dinero al dinero y a otras muchas cosas. «Pocos objetos hay en el mundo —pensaba él— que no tengan dentro algunos reales por lo menos; el caso está en saber retorcer y estrujar las cosas para que suden cuartos.»

Y lo que hacía el muchacho era juntarse con los chicos viciosos que fumaban, jugaban y robaban en casa dinero o prendas de algún valor. No los seguía por imitarlos, sino por sacarlos de apuros cuando carecían de pecunia, cuando perdían al juego, cuando tenían que restituir el dinero cogido a la familia o las prendas empeñadas. Fermín adelantaba la plata necesaria; pero era con interés. Y nunca prestaba sino con garantías, que solían consistir en la superioridad de sus puños, porque procuraba siempre que fuesen más débiles que él sus deudores, y el miedo le guardaba la viña.

Llegó a ser hombre y se dedicó al único encanto que le encontraba a la vida, que era la virtud del dinero de parir dinero. Era una especie de Sócrates crematístico; Sócrates, como su madre, Fenaretes, matrona partera, se dedicaba a ayudar a parir..., pero ideas. Zaldúa era comadrón del treinta por ciento.

Todo es según se mira: su avaricia era cosa de su genio; era él un genio de la ganancia. De una casa de banca ajena pronto pasó a otra propia; llegó en pocos años a ser el banquero más atrevido, sin dejar de ser prudente, más lince, más afortunado de la plaza, que era importante; y no tardó su crédito en ser cosa muy superior a la esfera de los negocios locales, y aun provinciales, y aun nacionales; emprendió grandes negocios en el extranjero, fue su fama universal, y a todo esto él, que tenía el ojo en todas las plazas y en todos los grandes negocios del mundo, no se movía de su pueblo, donde iba haciendo los necesarios gastos de ostentación como quien pone mercancías en un escaparate. Hizo un palacio, gran palacio,

rodeado de jardines; trajo lujosos trenes de París y Londres, cuando lo creyó oportuno, y lo creyó oportuno cuando cumplió cincuenta años, y pensó que era ya hora de ir preparando lo que él llamaba para sus adentros el *otro negocio.*

II

AUNQUE el cura aquel de su parroquia ya había muerto, otros quedaban, pues curas nunca faltan: y don Fermín Zaldúa, siempre que veía unos manteos se acordaba de lo que le había dicho el párroco y de lo que él le había replicado.

Ese era el *otro negocio.* Jamás había perdido ninguno, y las canas le decían que estaba en el orden empezar a preparar el terreno para que, por no perder, ni siquiera el alma se le perdiese.

No se tenía por más ni menos pecador que otros cien banqueros y prestamistas. Engañar, había engañado al lucero del alba. Como que sin engaño, según Zaldúa, no habría comercio, no habría cambio. Para que el mundo marche, en todo contrato ha de salir perdiendo uno para que haya quien gane. Si en los negocios se hicieran tablas como en el juego de damas, se acababa el mundo. Pero en fin, no se trataba de hacerse el inocente; así como jamás se había forjado ilusiones en sus cálculos para negociar, tampoco ahora quería forjárselas en el *otro negocio:* «A Dios —se decía— no he de engañarle y el caso no es buscar disculpas, sino remedios. Yo no puedo restituir a todos los que pueden haber dejado un poco de lana en mis zarzales. ¡La de letras que yo habré descontado! ¡La de préstamos hechos! No puede ser. No puedo ir buscando uno por uno a todos los perjudicados; en gastos de correos y en indagatorias se me iría más de lo que les debo. Por fortuna, hay un Dios en los cielos que es acreedor de todos; todos le deben todo lo que son, todo lo que tienen; y pagando a Dios lo que debo a sus deudores unifica mi deuda, y para mayor comodidad me valgo del banquero de Dios en la tierra, que es la Iglesia. ¡Magnífico! Valor recibido, y andando. Negocio hecho.»

Comprendió Zaldúa que para festejar al clero, para gastar parte de sus rentas en beneficio de la Iglesia, atrayéndose a sus sacerdotes, el mejor reclamo era la opulencia, no porque los curas fuesen

generalmente amigos del poderoso y cortesanos de la abundancia y del lujo, sino porque es claro que, siendo misión de una parte del clero pedir para los pobres, para las causas pías, no han de postular donde no hay de qué ni han de andar oliendo dónde se guisa. Es preciso que se vea de lejos la riqueza y que se conozca de lejos la buena voluntad de dar. Ello fue que, en cuanto quiso, Zaldúa vio un palacio lleno de levitas y tuvo oratorio en casa; y, en fin, la piedad se le entró por las puertas tan de rondón que toda aquella riqueza y todo aquel lujo empezó a oler así como a incienso; y los tapices y la plata y el oro labrados de aquel palacio, con todos sus jaspes y estatuas y grandezas de mil géneros, llegaron a parecer magnificencias de una catedral, de esas que enseñan con tanto orgullo los sacristanes de Toledo, de Sevilla, de Córdoba, etc.

Limosnas abundantísimas, y aun más fecundas por la sabiduría con que se distribuyen siempre; fundaciones piadosas de enseñanza, de asilo para el vicio arrepentido, de pura devoción y aun de otras clases, todas santas; todo eso y mucho más por el estilo brotó del caudal fabuloso de Zaldúa como de un manantial inagotable.

Mas como no bastaba pagar con los bienes, sino que se había de contribuir con prestaciones personales, don Fermín, que cada día fue tomando más en serio el negocio de la salvación, se entregó a la práctica devota, y en manos de su director espiritual y *administrador* místico, don Mamerto, maestrescuela de la Santa Iglesia Catedral, fue convirtiéndose en paulino, en siervo de María, en cofrade del Corazón de Jesús y, lo que importaba más que todo, ayunó, frecuentó los Sacramentos, huyó de lo que le mandaron huir, creyó cuando le mandaron creer, aborreció lo aborrecible y, en fin, llegó a ser el borrego más humilde y dócil de la diócesis, tanto, que don Mamerto, el maestrescuela, hombre listo, al ver la oveja tan sumisa y de tantos posibles, le llamaba para sus adentros «el *Toisón de Oro*».

III

Todos los comerciantes saben que sin buena fe, sin honradez general en los del oficio, no hay comercio posible; sin buena conducta, no hay confianza, a la larga; sin confianza, no hay crédito; sin crédito, no hay negocio. Por propio interés ha de ser el negociante

limpio en sus tratos; una cosa es la ganancia, con su engaño necesario, y la trampa es otra. Así pensaba Zaldúa, que debía gran parte de su buen éxito a esta honradez formal, a esta seriedad y buena fe en los negocios, una vez emprendidos los de ventaja. Pues bien: el mismo criterio llevó a su *otro negocio*. Sería no conocerle pensar que él había de ser hipócrita, escéptico: no; se aplicó de buena fe a las prácticas religiosas, y si, modestamente, al sentir el dolor de sus pecados, se contentó con el de atrición, fue porque comprendió, con su gran golpe de vista, que no estaba la Magdalena para tafetanes y que a don Fermín Zaldúa no había que pedirle la contrición, porque no la entendía. Por temor al castigo, a *perder* el alma, fue, pues, devoto; pero este temor no fue fingido, y la creencia ciega, absoluta, que se pidió para salvarse la tuvo sin empacho y sin el menor esfuerzo. No comprendía cómo había quien se empeñaba en condenarse por el capricho de no querer creer cuanto fuera necesario. El lo creía todo, y aun llegó, por una propensión común a los de su laya, a creer más de lo conveniente, inclinándose al fetichismo disfrazado y a las más claras supersticiones.

En tanto que Zaldúa edificaba el alma como podía, su palacio era emporio de la devoción ostensible y aun ostentosa, eterno jubileo, basílica de los negocios píos de toda la provincia, y a no ser profanación excusable, llamáralo lonja de los contratos ultratelúricos.

Mas sucedió a lo mejor, y cuándo el caudal de don Fermín estaba recibiendo los más fervientes y abundantes bocados de la piedad solícita, que el diablo, o quien fuese, inspiró un sueño, endemoniado, si fue del diablo, en efecto, al insigne banquero.

Soñó de esta manera. Había llegado la de vámonos; él se moría, se moría sin remedio, y don Mamerto, a la cabecera de su lecho, le consolaba diciendo:

—Animo, don Fermín, ánimo, que ahora viene la época de cosechar el fruto de lo sembrado. Usted se muere, es verdad, pero ¿qué? ¿Ve usted este papelito? ¿Sabe usted lo que es?

Y don Mamerto sacudía ante los ojos del moribundo una papeleta larga y estrecha.

—Eso... parece una letra de cambio.

—Y eso es efectivamente. Yo soy el librador y usted es el toma-

dor; usted me ha entregado a mí, es decir, ha entregado a la Iglesia, a los pobres, a los hospitales, a las ánimas, la cantidad... equis.

—Un buen pico.

—¡Bueno! Pues bueno; ese pico mando yo, que tengo fondos colocados en el cielo, porque ya sabe usted que ato y desato, que se lo paguen a su espíritu de usted en el otro mundo, en buena moneda de la que corre allí, que es la gracia de Dios, la felicidad eterna. A usted le enterramos con este papelito sobre la barriga, y por el correo de la sepultura esta letra llega a poder de su alma de usted, que se presenta a cobrar ante San Pedro, es decir, a recibir el cacho de gloria, a la vista, que le corresponda, sin necesidad de antesalas ni plazos ni *fechas* de purgatorio...

Y en efecto; siguió don Fermín soñando que se había muerto, y que sobre la barriga le habían puesto, como una recomendación o como uno de aquellos viáticos en moneda y comestibles que usaban los paganos para enterrar sus muertos, le habían puesto la letra a la vista que su alma había de cobrar en el cielo.

Y después él ya no era él, sino su alma, que con gran frescura se presentaba en la portería de San Pedro, que además de portería era un Banco, a cobrar la letra de don Mamerto.

Pero fue el caso que el Apóstol, arrugado el entrecejo, leyó y releyó el documento, le dio mil vueltas y, por fin, sin mirar al portador, dijo malhumorado:

—¡Ni pago ni acepto!

El alma de Zaldúa hizo ni más ni menos lo que su propietario, don Fermín, hubiera hecho en la tierra en situación semejante. No gastó el tiempo en palabras vanas, sino que inmediatamente se fue a buscar un notario, y antes de la puesta del sol del día siguiente se extendió el correspondiente protesto, con todos los requisitos de la sección octava, del título décimo del libro segundo del Código de Comercio vigente; y don Fermín, su alma, dejó copia de tal protesto, en papel común, al príncipe de los apóstoles.

Y el cuerpo miserable del avaro, del capitalista devoto, ya encentado por los gusanos, se encontró en su sepultura con un papel sobre la barriga; pero un papel de más bulto y de otra forma que la letra de cambio que él había mandado al cielo.

Era el protesto.

Todo lo que había sacado en limpio de sus afanes por el *otro negocio.*

Ni siquiera le quedaba el consuelo de presentarse en juicio a exigir del librador, del pícaro don Mamerto, los gastos del protesto ni las demás responsabilidades, porque la sepultura estaba cerrada a cal y canto y además los pies los tenía ya hechos polvo.

IV

CUANDO despertó don Fermín vio a la cabecera de su cama al maestrescuela, que le sonreía complaciente y aguardaba su despertar para recordarle la promesa de pagar toda la obra de fábrica de una nueva y costosísima institución piadosa.

—Dígame usted, amigo don Mamerto —preguntó Zaldúa, cabizbajo y cejijunto como el San Pedro que no había aceptado la letra—, ¿debe creerse en aquellos sueños que parecen providenciales, que están compuestos con imágenes que pertenecen a las cosas de nuestra sacrosanta religión y nos dan una gran lección moral y sano aviso para la conducta futura?

—¡Y cómo si debe creerse! —se apresuró a contestar el canónigo, que en un instante hizo su composición de lugar, pero trocando los frenos y equivocándose de medio a medio, a pesar de que era tan listo—. Hasta el pagano Homero, el gran poeta, ha dicho que los sueños vienen de Júpiter. Para el cristiano vienen del único Dios verdadero. En la Biblia tiene usted ejemplos respetables del gran valor de los sueños. Ve usted primero a Josef interpretando los sueños de Faraón, y más adelante a Daniel explicándole a Nabucodonosor...

—Pues este Nabucodonosor que tiene usted delante, mi señor don Mamerto, no necesita que nadie le explique lo que ha soñado, que harto lo entiende. Y como yo me entiendo, a usted sólo le importa saber que en adelante pueden usted y todo el cabildo, y cuantos hombres se visten por la cabeza, contar con mi amistad..., pero no con mi bolsa. Hoy no se fía aquí; mañana, tampoco.

Pidió don Mamerto explicaciones, y a fuerza de mucho rogar logró que don Fermín le contase el sueño del protesto.

Quiso el maestrescuela tomarlo a risa; pero al ver la seriedad

del otro, que ponía toda la fuerza de su fe supersticiosa en atenerse a la lección del protesto, quemó el canónigo el último cartucho diciendo:

—El sueño de usted es falso, es satánico, y lo pruebo probando que es inverosímil. Primeramente, niego que haya podido hacerse en el cielo un protesto..., porque es evidente que en el cielo no hay escribanos. Además, en el cielo no puede cumplirse con el requisito de extender el protesto antes de la puesta del sol del día siguiente..., porque en el cielo no hay noche ni día, ni el sol se pone, porque todo es sol, y luz, y gloria, en aquellas regiones.

Y como don Fermín insistiera en su superchería, moviendo a un lado y a otro la cabeza, don Mamerto, irritado y echándolo a rodar todo, exclamó:

—Y por último..., niego... el portador. No es posible que su alma de usted se presentara a cobrar la letra... ¡porque los usureros no tienen alma!

—Tal creo —dijo don Fermín, sonriendo muy contento y algo socarrón—; y como no la tenemos, mal podemos perderla. Por eso, si viviera el cura aquel de mi parroquia, le demostraría que yo no puedo perder nada. Ni siquiera he perdido el dinero que he empleado en cosas devotas, porque la fama de santo ayuda al crédito. Pero como ya he gastado bastante en anuncios, ni pago esa obra de fábrica... ni aprendo la oración de San Antonio.

LA VENTANA ABIERTA

SAKI (H. H. MUNRO)/GRAN BRETAÑA



Mi tía está al llegar, señor Nuttel —aseguró una jovencita de quince años con aire de gran seguridad—; mientras tanto no le queda más remedio que aguantarme.

Framton Nuttel se esforzó en buscar las palabras adecuadas a la ocasión, propias para halagar a la sobrina sin olvidarse de la tía que estaba a punto de llegar. En su fuero interno sentíase cada vez más escéptico respecto a que tales visitas de cumplido a una serie de personas totalmente desconocidas contribuyesen gran cosa a la cura de nervios que allí le había conducido.

—Me figuro lo que va a pasar —le había dicho su hermana cuando inició los preparativos para su emigración hacia la paz de los campos—. Te enterrarás allí, sin cruzar una palabra con nadie, y tus nervios quedarán más abatidos que antes. Voy a darte cartas de presentación para todos los conocidos. Por lo que puedo recordar, había algunas personas encantadoras.

Framton se preguntaba si la señora Sappleton, para quien llevaba una de dichas cartas de presentación, sería de las que se contaban en ese grupo encantador.

—¿Conoce a mucha gente de por aquí? —preguntó la sobrina cuando consideró suficiente su compenetración silenciosa.

—Ni a un alma —repuso Framton—. Mi hermana vivió aquí, en la rectoría, ¿sabe?, hace unos cuatro años, y me ha dado cartas de presentación para algunos vecinos.

En estas últimas palabras se advertía un tono de evidente pesar.

—Entonces, ¿apenas sabe usted nada sobre mi tía? —continuó impertérrita la jovencita.

—Sólo su nombre y dirección —hubo de admitir el visitante. No sabía siquiera si la señora Sappleton era casada o viuda. Algo indefinible parecía sugerir la presencia de varones en la casa.

—Hoy hace tres años que ocurrió la gran tragedia —dijo la muchacha—. Sería poco después de marcharse su hermana.

—¿Tragedia? —se sorprendió Framton, como si las tragedias pareciesen fuera de lugar en tan pacífico villorio.

—Le habrá extrañado que tengamos la ventana de par en par en una tarde de octubre —siguió la sobrina, señalando una amplia ventana de doble hoja que daba al césped del jardín.

—Hace bastante calor para esta época del año —concedió Framton—, pero ¿qué tiene que ver la ventana con la tragedia?

—Un día, hoy hace exactamente tres años, su esposo y sus dos hermanos menores salieron por ese ventanal. Iban de caza, y no volvieron más. Al cruzar el pantano, camino de su puesto favorito para tirar a las becadas, los engulló a los tres un cenagal traicionero. Fue aquel verano tan lluvioso, ¿se acuerda? Terrenos que otros años eran firmes se reblandecieron de pronto sin previo aviso. No encontraron sus cuerpos. Eso fue lo más horrible de todo.

En este punto la voz de la chiquilla pareció perder su aplomo y vaciló con una inflexión más humana.

—Pobre tía, sigue creyendo que volverán algún día, con el perrito de aguas de pelaje castaño que pereció con ellos, y que entrarán en casa por la ventana, como tenían por costumbre. Por eso la ventana permanece abierta todas las tardes, hasta que anochece. Pobre tiíta, cuántas veces me ha asegurado que ya vienen, su marido con el impermeable blanco al brazo, y Ronnie, su hermano menor, cantando aquello de «Bertie, ¿por qué saltas?», como solía, para darle la lata, porque ella le tenía dicho que esa canción le atacaba a los nervios. ¿Sabe?, a veces, en tardes serenas y tranquilas como esta, tengo la vaga sensación de que van a entrar todos por el ventanal.

Se interrumpió con un leve estremecimiento. Fue un alivio para Framton el ver a la tía irrumpir en la estancia deshaciéndose en disculpas por haber tardado tanto.

—Espero que Vera le habrá entretenido —dijo.

—Ha estado muy simpática —afirmó Framton.

—Supongo que no le molestará que esté abierta la ventana —continuó la señora Sappleton con tono vivaz—; mi marido y mis hermanos andan de caza, y a la vuelta siempre entran por ahí. Hoy fueron a los pantanos, a tirar a las becadas, y me van a poner perdidas las alfombras. Pero los hombres son así, ¿no le parece?

Siguió parloteando animadamente sobre la caza, sobre la escasez de aves y las perspectivas que se presentaban para el pato en la temporada de invierno. A Framton le resultaba todo ello verdaderamente insoportable. Hizo esfuerzos desesperados, con éxito muy relativo, para llevar la conversación a un terrero menos morboso; se daba perfecta cuenta de que su anfitriona sólo le prestaba una pizca de atención, y de que sus miradas, pendientes de la ventana abierta y del césped que se extendía al otro lado, le ignoraban a él por completo. También había sido una coincidencia desafortunada el haber hecho la visita en tan trágico aniversario.

—Los médicos han convenido en recomendarme un completo descanso, huir de toda excitación mental y evitar toda clase de ejercicio físico violento —declaró Framton, creído como estaba, lo mismo que otros muchos, de que tanto a extraños como a conocidos ocasionales les interesa una barbaridad hasta el más mínimo detalle de las enfermedades y achaques del prójimo, de sus causas y de su curación—. Por lo que se refiere a la dieta, ya no andan tan de acuerdo —continuó.

—¿No? —dijo la señora Sappleton con una voz que apenas acertó a disimular apresuradamente un bostezo. De pronto se iluminó su rostro en una atención expectante; pero no por lo que Framton decía.

—¡Por fin, ya están aquí! —exclamó—. Precisamente a tiempo para la merienda. ¡Y no vienen de barro hasta las orejas, como me temía!

Framton se estremeció un tanto y miró a la sobrina con un gesto que quería ser de piadosa comprensión. La muchacha, inmóvil, miraba por la ventana abierta con una expresión de horror en los ojos. Presa de un temor a lo desconocido que le puso los pelos de punta, Framton se revolvió en su asiento y miró en la misma dirección.

A la luz mortecina del crepúsculo tres figuras avanzaban por el césped en dirección a la ventana; los tres traían escopetas, y uno venía además cargado con un impermeable blanco echado sobre los hombros. Los seguía de cerca, con andar cansino, un perro de aguas color castaño. Se acercaron en silencio a la casa, y entonces se oyó una voz bronca, juvenil, que cantaba: «Vamos, Bertie, ¿por qué saltas?»

Framton cogió despavorido su bastón y su sombrero, y sin apenas darse cuenta, en su precipitada fuga, de dónde ponía los pies, traspuso la puerta del vestíbulo, el paseo enarenado y el portón de la verja. Un ciclista que venía de camino tuvo que abalanzarse contra el seto de la cuneta para evitar una inminente colisión.

—Aquí estamos, querida —exclamó el portador del capote blanco entrando por la ventana—, con bastante barro, pero ya está casi seco. ¿Quién era ese que huía como alma que lleva el diablo?

—El hombre más estrafalario que puedas imaginarte, un tal señor Nuttel —explicó la señora Sappleton—; no hace más que hablar de sus enfermedades y se esfuma sin decir adiós ni disculparse en cuanto os ha sentido llegar. Ni que hubiera visto un fantasma.

—Ha debido de ser el perro —dijo la sobrina con la mayor tranquilidad—. Me ha dicho que le horrorizaban. En una ocasión se vio atacado por una banda de perros parias que le persiguieron hasta un cementerio en un lugar de orillas del Ganges, y tuvo que pasar la noche en una tumba recién abierta, con todos aquellos chuchos gruñendo, enseñando los dientes y echando espuma por la boca a un palmo de su cabeza. Así cualquiera pierde la serenidad.

Estas historias improvisadas eran la especialidad de la niña.



LOS PAJAROS

DAPHNE DU MAURIER/GRAN BRETAÑA

EL 3 de diciembre cambió el viento durante la noche y llegó el invierno. Hasta entonces el otoño había sido suave y meloso. Las hojas, de un rojo dorado, se habían aferrado a los árboles, y persistía el verdor en los setos. La tierra removida por el arado prometía fertilidad.

A causa de las heridas sufridas en la guerra, Nat Hocken disfrutaba de una pensión y no trabajaba el mes completo en la granja. Iba allí tres días por semana, y le encargaban las tareas menos pesadas: cuidar los setos, empajar, hacer pequeñas reparaciones en las casas agrícolas...

Aunque estaba casado y tenía hijos, era de natural retraído: le gustaba más trabajar solo. Nada le agradaba tanto como el encargo de reforzar un dique o reparar una cancela en el extremo de la península, donde el mar rodeaba las tierras de la granja. Entonces, a mediodía, solía hacer una pausa para comer la empanada que su mujer le había preparado y, sentado al borde del acantilado, observar los pájaros. El otoño era la mejor estación para hacerlo, mejor que la primavera. En primavera las aves vuelan tierra adentro, con un propósito determinado, con una intención; saben adónde se dirigen, el ritmo y el ritual de su vida no admiten demora. En otoño, las que no han emigrado a ultramar, las que se quedan a pasar el invierno, se contagian del mismo impulso motriz, pero al estarles vedada la migración siguen su propia pauta. Venían a la península grandes bandadas de pájaros. Inquietos, impacientes, agotándose

en su incesante movimiento: ora describiendo círculos en el cielo, ora posándose para alimentarse en la fértil tierra recién removida. Pero incluso cuando comían era como si lo hicieran sin ganas. La inquietud los lanzaba nuevamente a los cielos.

Negros y blancos, grajos y gaviotas, se mezclaban en extraño consorcio, buscando algún tipo de liberación, jamás satisfecha, jamás acallada. Bandadas de estorninos, crujientes como la seda, volaban en busca de pastos frescos, impulsados por la misma necesidad de movimiento; y los pájaros más pequeños, los pinzones y las alondras, pasaban de los árboles a los setos como si alguien les apremiara.

Nat los observaba, y observaba también las aves marinas. Abajo, en la bahía, esperaban la marea. Estas tenían más paciencia. Ostreros, archibebes, correlimos y zarapitos vigilaban al borde del agua; cuando las lentas olas lamían la orilla y luego se retiraban dejando al descubierto la franja de algas y revolviendo los guijarros, las aves marinas correteaban y se perseguían por las playas. Entonces se apoderaba también de ellas el mismo impulso de volar. Gritando, silbando, llamándose, abandonaban la costa y peinaban el plácido mar. Apresurarse, darse prisa, precipitarse, irse; pero ¿adónde, y para qué? El impulso impaciente del otoño, poco satisfactorio, triste, las había hechizado, y tenían que agruparse, y girar, y gritar; debían liberarse de ese movimiento antes de que llegara el invierno.

«Quizá», pensó Nat, masticando su empanada al borde del acantilado, «los pájaros reciben un mensaje en el otoño, como una advertencia. Se acerca el invierno. Muchos de ellos perecerán. Y al igual que las personas que, temerosas de la muerte antes de tiempo, se lanzan de lleno al trabajo o al desatino, las aves hacen lo mismo».

Los pájaros habían estado más inquietos que nunca aquel otoño, y esa agitación resultó más acusada porque los días fueron tranquilos. Mientras el tractor abría surcos arriba y abajo en las colinas occidentales, con la figura del granjero silueteada en el asiento del conductor, la máquina entera y el hombre se perdían momentáneamente en la gran nube de aves que giraban y gritaban sin cesar. Había muchas más que de costumbre, Nat estaba seguro de ello. En el otoño siempre seguían al arado, pero no en bandadas tan grandes como estas, ni con semejante algarabía.

Nat aludió a ello cuando terminó su faena por aquel día.

—Sí —dijo el granjero—, hay más pájaros por aquí que de costumbre; también yo me he dado cuenta. Y algunos de ellos son audaces, no hacen ni caso del tractor. Esta tarde se me acercaron tanto a la cabeza un par de gaviotas que creí que me iban a tirar la gorra. Es más, apenas podía ver lo que estaba haciendo cuando revoloteaban encima de mí y el sol me daba en los ojos. Creo que va a cambiar el tiempo. Será un invierno duro. Por eso están inquietos los pájaros.

Al atravesar los campos y tomar el camino que bajaba a su casa, Nat vio que los pájaros todavía volaban en bandadas sobre las colinas de poniente, al último resplandor del sol. No había viento, y el mar gris estaba en calma. La coronaria aún tenía flores, y el aire era apacible. El granjero, sin embargo, no se había equivocado, y aquella noche cambió el tiempo. La alcoba de Nat estaba orientada al este. Se despertó poco después de las dos y oyó el viento en la chimenea. No era la tormenta y el ventarrón del sudoeste, que trae lluvia, sino el seco y frío viento del este. Sonaba hueco en la chimenea, y una pizarra suelta golpeaba en el tejado. Nat escuchó, y alcanzó a oír el bramido del mar en la bahía. Hasta el aire de la pequeña habitación se había vuelto frío: por debajo de la puerta entraba una corriente que soplaba sobre la cama. Nat se arrebujó en la manta, acercándose más a la espalda de su dormida esposa, y permaneció despierto, alerta, consciente de un temor irrazonable.

De pronto oyó un repiqueteo en la ventana. En los muros de la casa no había enredaderas que pudieran haberse soltado y estuvieran arañando los cristales. Escuchó, y el golpeteo continuó hasta que, exasperado por el ruido, Nat saltó del lecho y fue a la ventana. Cuando la abrió algo le rozó la mano, y sintió en los nudillos un pinchazo que le raspó la piel. Entonces vio el revoloteo de las alas y aquel objeto desapareció, por encima del tejado, detrás de la casa.

Se trataba de un pájaro, aunque no sabría decir de qué clase. El viento debía de haberlo obligado a refugiarse en el antepecho de la ventana.

Cerró la ventana y volvió a la cama, pero al sentir humedad en los nudillos se llevó la rozadura a la boca. El pájaro le había hecho sangre. Asustado y aturdido, suponía Nat, le había picado en la oscuridad al buscar abrigo. De nuevo se dispuso a dormir.

Al poco rato volvió a oír el repiqueteo, más enérgico e insistente esta vez. El ruido despertó a su esposa, que se dio la vuelta en la cama y le dijo:

—Mira a ver qué pasa en la ventana, Nat; está batiendo.

—Ya he ido a ver; es un pájaro que trata de entrar. ¿No oyes el viento? Sopla del este, obligando a las aves a buscar refugio.

—¡Espántalas! No puedo dormir con ese ruido.

Nat fue a la ventana por segunda vez, y cuando la abrió no había un pájaro sobre el antepecho, sino media docena; echaron a volar directamente contra su rostro, atacándole.

Gritó mientras los golpeaba con los brazos para dispersarlos; al igual que el primero, se remontaron por encima del tejado y desaparecieron. Rápidamente bajó la ventana y pasó la aldaba.

—¿Has oído eso? —preguntó—. Me atacaron. Trataban de picotearme los ojos.

Permaneció junto a la ventana, atisbando en la oscuridad, pero no vio nada. Su esposa, medio dormida, murmuró algo desde la cama.

—No es invención mía —añadió, irritado por la indiferencia de su mujer—. Te digo que los pájaros estaban en el antepecho, tratando de entrar en el cuarto.

De pronto llegó de la habitación donde dormían los niños, al otro lado del pasillo, un grito de pavor.

—Es Jill —dijo su esposa incorporándose en la cama—. Ve a ver qué le pasa.

Nat encendió la vela, pero cuando abrió la puerta del dormitorio para cruzar el pasillo la corriente apagó la llama.

Entonces se oyó un segundo grito de terror, esta vez de los dos niños; al precipitarse en su alcoba, sintió a su alrededor el batir de alas en la oscuridad. La ventana estaba abierta. Por ella entraban los pájaros, chocando primero contra el techo y las paredes, desviándose luego para volverse contra los niños acostados.

—Tranquilizaos, ya estoy aquí —gritó Nat, y los niños corrieron chillando hacia su padre, mientras en la oscuridad las aves se elevaban y caían en picado sobre él.

—¿Qué pasa, Nat? ¿Qué pasa? —preguntó su mujer desde la otra alcoba.

Rápidamente Nat empujó a los niños por la puerta que daba al pasillo y la cerró tras ellos; ahora estaba solo en la habitación con los pájaros.

Cogió una manta de la cama más próxima y, empleándola como arma, empezó a agitarla de un lado para otro. Sentía el choque de los cuerpos y oía el aleteo, pero todavía no estaban derrotados, pues volvían a la carga una y otra vez, pinchándole la cabeza y las manos con sus pequeños picos afilados como tenedores. La manta pasó a ser un arma defensiva; se la arrolló a la cabeza y luego, en medio de una oscuridad aún mayor, golpeó a los pájaros con las manos desnudas. No se atrevía a acercarse a la puerta y abrirla por temor a que las aves lo siguieran.

No sabía cuánto tiempo luchó con ellas en aquella negrura, pero al fin disminuyó el aleteo a su alrededor y después se alejó. Percibía luz a través de la gruesa manta. Esperó y escuchó; no oía más sonido que el mohíno llanto de uno de los niños desde la otra alcoba. El aleteo había cesado.

Se quitó la manta de la cabeza y miró a su alrededor. La fría luz grisácea de la mañana iluminaba débilmente la habitación. Los pájaros vivos habían acudido a la llamada de la aurora y la ventana abierta; los muertos yacían en el suelo. Estremecido y horrorizado, Nat contempló los menudos cuerpos. Todos eran pájaros pequeños, ninguno de tamaño considerable. Debía de haber lo menos cincuenta: petirrojos, gorriones, herrerillos, alondras y pinzones reales, aves que por ley natural permanecían dentro de su propia bandada o de su propio territorio y que ahora, uniéndose por el imperativo de la lucha, se habían estrellado contra las paredes del dormitorio o habían muerto en la lucha. Algunas habían perdido plumas en la pelea; otras tenían sangre, su sangre, en el pico.

El espectáculo le produjo náuseas; se dirigió a la ventana y contempló los campos por encima del pequeño jardín.

Hacía un frío intenso, y el terreno ofrecía el duro y negro aspecto de la helada. No de una helada blanca, de la que brilla al sol de la mañana, sino de la negra que trae el viento del este. El mar, más agitado ahora con el cambio de marea, hirviente y coronado por las blancas crestas de las olas, rompía violentamente en la bahía. No había rastro de los pájaros. Ningún gorrión gorjeaba en el seto

que se extendía más allá de la puerta del jardín; ningún zorzal o mirlo picoteaba en la hierba buscando lombrices. No se percibía sonido alguno con excepción del viento de levante y del mar.

Nat cerró la ventana y la puerta de la pequeña alcoba, cruzó el pasillo y volvió a su dormitorio. Su mujer se incorporó en el lecho; a su lado dormía la niña, y tenía en los brazos al más pequeño, con el rostro vendado. Las cortinas estaban corridas, y encendidas las velas. La cara de la mujer relumbraba a la amarillenta luz. Meneó la cabeza pidiendo silencio y susurró:

—Acaba de quedarse dormido. Debe de haberse cortado con algo; tenía sangre en las comisuras de los ojos. Jill dice que fueron los pájaros. Cuando se despertó la habitación estaba llena.

Miró a Nat, buscando una señal de confirmación en su rostro. Parecía aterrorizada, desconcertada, y él quería que supiera que también estaba impresionado, trastornado casi, por los acontecimientos de las últimas horas.

—Hay pájaros ahí dentro —dijo—, pájaros muertos. Casi cincuenta. Petirrojos, reyezuelos, todos los pájaros pequeños de por aquí. Es como si con el viento del este se hubiera apoderado de ellos la locura. —Se sentó en la cama junto a su mujer y le cogió la mano—. Es el tiempo —continuó—; tiene que ser eso, el mal tiempo. Quizá no sean, después de todo, los pájaros de estas tierras. Quizás hayan sido arrastrados hacia aquí desde el interior del país.

—Pero, Nat —susurró su esposa—, el tiempo ha cambiado esta misma noche. No ha habido nieves que los empujaran. Y es pronto para que estén hambrientos; todavía tienen comida en los campos.

—Es el tiempo —repitió Nat—. Te lo digo yo, es el tiempo.

También su rostro, como el de ella, denotaba ansiedad y cansancio. Se miraron durante un rato sin pronunciar palabra.

—Bajaré a hacer una taza de té —dijo Nat.

Se sintió reconfortado al entrar en la cocina. Las tazas y los platos ordenadamente colocados en el aparador; la mesa y las sillas; la labor de punto de su mujer en el sillón de mimbre; los juguetes de los niños en la alacena del rincón...

Se arrodilló, retiró las cenizas y encendió el fuego. El fulgor de las astillas hizo que todo pareciera normal; la humeante marmita y la parda tetera le proporcionaron consuelo y la sensación de se-

guridad. Se tomó un té y subió una taza a su esposa. Luego se lavó en el fregadero, se puso las botas y abrió la puerta trasera.

El cielo ofrecía un aspecto hostil y plomizo, y las terrosas colinas que el día anterior brillaban al sol aparecían ahora peladas y oscuras. El viento del este pelaba los árboles como una navaja, y las hojas, secas y crujientes, temblaban y se dispersaban. Nat golpeó la tierra con la puntera de la bota. Estaba completamente helada. Jamás había conocido un cambio tan radical y súbito. El invierno negro había llegado en una sola noche.

Los niños ya estaban despiertos. Jill parloteaba arriba, y el pequeño Johnny estaba llorando otra vez. Nat oyó la voz de su mujer, sedante, confortadora. Bajaron al poco rato. El ya tenía preparado el desayuno, y volvía a iniciarse la rutina cotidiana.

—¿Espantaste a los pájaros? —preguntó Jill, tranquilizada ya por la influencia del fuego del hogar, la luz del día y el desayuno.

—Sí, ya se han ido todos —respondió Nat—. Los trajo el viento del este. Estaban asustados y perdidos, y necesitaban un refugio.

—Intentaron picotearnos. Se tiraron a los ojos de Johnny.

—El miedo les impulsó a hacerlo —señaló Nat—. En la oscuridad de la habitación no sabían dónde estaban.

—Espero que no vuelvan. Quizá si les ponemos pan en la ventana se lo coman y se vayan a otro sitio.

Jill terminó de desayunar y luego fue a buscar su abrigo y la capucha, los libros y la cartera. Nat no dijo nada, pero su esposa le miró desde el otro lado de la mesa y se cruzaron un mensaje mudo.

—La acompañaré al autobús —anunció él—. Hoy no voy a la granja. —Y mientras la niña se lavaba en el fregadero, le dijo a su esposa—: Cierra todas las ventanas, y también las puertas. Es sólo por precaución. Iré a la granja para averiguar si han oído algo durante la noche.

Luego echó a andar sendero arriba con su hija. La niña parecía haber olvidado ya su experiencia de la noche anterior. Iba brincando delante de él, persiguiendo las hojas, con el rostro flagelado por el frío viento y teñido de rosa bajo la capucha de duendecillo.

—¿Va a nevar, papá? —preguntó—. Hace bastante frío.

Nat alzó la vista hacia el sombrío cielo y sintió el azote del viento en los hombros.

—No —dijo—, no va a nevar. Será un invierno negro, no blanco.

En todo el recorrido no cesaba de escudriñar los setos en busca de pájaros, los campos que se hallaban más allá y el bosquecillo situado por encima de la granja, donde solían reunirse grajos y cornejas. No vio ninguno.

Otros niños esperaban en la parada del autobús, bien abrigados, con capuchas como la de Jill y los rostros blancos y contraídos por el frío.

Jill corrió hacia ellos agitando los brazos.

—Mi papá dice que no nevará —anunció—. Va a ser un invierno negro.

No dijo nada de los pájaros. Empezó a forcejear con otra niña pequeña. El autobús subió lentamente la cuesta. Nat esperó hasta que su hija hubo montado en el vehículo; luego dio media vuelta y caminó en dirección a la granja. No era su día de trabajo, pero quería asegurarse de que todo iba bien. Jim, el vaquero, andaba atareado en el patio.

—¿Está el patrón? —preguntó Nat.

—Ha ido al mercado —contestó Jim—. ¿Acaso no sabes que hoy es martes?

Se alejó dando fuertes pisadas y dobló la esquina de un cobertizo. No podía perder el tiempo con Nat. Se hablaba de la superioridad de este, de que leía libros y hacía cosas así.

Había olvidado que era martes, lo que demostraba hasta qué punto le habían afectado los acontecimientos de la noche anterior. Se acercó a la puerta trasera de la granja y oyó cantar a la señora Trigg en la cocina, con la radio puesta como música de fondo.

—¿Está usted ahí, señora? —llamó Nat.

Ella abrió la puerta. Era una mujer robusta, radiante, y siempre estaba de buen humor.

—Hola, señor Hocken —saludó—. ¿Puede decirme de dónde viene este frío? ¿Acaso de Rusia? Jamás he visto un cambio semejante. Y la radio dice que va a continuar. Tiene algo que ver con el Círculo Artico.

—Nosotros no pusimos la radio esta mañana —dijo Nat—. El caso es que tuvimos problemas por la noche.

—¿Se encuentran mal los niños?

—No... —Apenas sabía cómo explicarlo. Ahora, a la luz del día, la batalla de los pájaros sonaría absurda.

Trató de contarle a la señora Trigg lo que había ocurrido, pero a juzgar por los ojos de la mujer, Nat comprendió que su relato le parecía la secuela de una pesadilla.

—¿Está seguro de que eran pájaros de verdad —preguntó con una sonrisa—, con plumas y todo, y no de esos tan raros que ven los hombres después del cierre de las tabernas una noche de sábado?

—Señora Trigg —repuso él—, hay cincuenta pájaros muertos, petirrojos, reyezuelos y de otras especies, en el suelo de la alcoba de los niños. Se lanzaron contra mí, y al pequeño Johnny trataron de sacarle los ojos.

La señora Trigg le miró dubitativamente.

—Bueno —contestó—, supongo que los trajo el tiempo. Una vez en la habitación, no sabrían adónde dirigirse. Quizá se trate de aves extranjeras, del Círculo Artico ese.

—No. Eran pájaros como los que se ven por aquí cada día.

—Es curioso —dijo la señora Trigg—. La verdad es que no se explica la cosa. Debería usted escribir al *Guardian* pidiendo información. Probablemente ellos tendrán alguna respuesta. Bueno, debo seguir con mi trabajo.

Inclinó la cabeza, sonrió y volvió a la cocina.

Insatisfecho, Nat se dirigió a la cerca de la granja. Si no hubiera sido por aquellos restos en el suelo del dormitorio, que ahora tendría que recoger y enterrar en alguna parte, también a él le habría parecido exagerado el relato.

Jim estaba junto a la cerca.

—¿Tuviste alguna dificultad con los pájaros? —preguntó Nat.

—¿Pájaros? ¿Qué pájaros?

—Anoche anduvieron volando por nuestra casa. Docenas y docenas. Entraron en la alcoba de los niños. Y bien salvajes que eran.

—¿Eh? —Jim era algo tardo de comprensión—. Jamás oí que los pájaros se mostraran salvajes —dijo por fin—. En todo caso, a veces se muestran muy mansos. Yo los he visto acudir a las ventanas en busca de migas.

—Los de anoche no tenían nada de mansos.

—¿No? Quizá fuera el frío. O por el hambre. Pon unas migas fuera de la ventana.

Jim estaba tan poco interesado en la historia como la señora Trigg. Era, pensó Nat, como las incursiones aéreas en la guerra. Nadie en este extremo del país sabía lo que habían visto y sufrido los habitantes de Plymouth. Tenía uno que sufrir algo en su propia carne para sentirse afectado. Regresó por el sendero y cruzó la cancela de su casa. Su mujer estaba en la cocina con el pequeño Johnny.

—¿Viste a alguien? —le preguntó.

—A la señora Trigg y a Jim. Me parece que no me creyeron. De todos modos, no hay ninguna novedad por allí.

—¿Por qué no te llevas los pájaros? No me atrevo a entrar en la habitación para hacer las camas. Estoy asustada.

—No hay motivo para que todavía estés asustada. Sabes que están muertos.

Subió con un saco y echó en él los rígidos cuerpos, uno por uno. Sí, había cincuenta en total. Los pájaros comunes y corrientes de los setos, ninguno mayor que un tordo. Debió de ser el miedo lo que les hizo actuar de ese modo. Herrerillos, reyezuelos... era increíble la fuerza de sus pequeños picos pinchándole la cara y las manos la noche anterior. Cuando llevó el saco al jardín se encontró con un nuevo problema. La tierra, completamente helada, estaba demasiado dura para cavar, y sin embargo no había nevado ni sucedido nada en las pasadas horas salvo la invasión del viento de levante. No era natural, resultaba muy extraño. Los hombres del tiempo debían de tener razón. El cambio estaba relacionado con el Círculo Polar Artico.

El viento parecía calarle hasta los huesos mientras permanecía allí indeciso, sujetando el saco. Veía las blancas crestas de las olas al romper en la bahía. Decidió enterrar los pájaros en la orilla.

Cuando llegó a la playa, debajo del promontorio, apenas podía mantenerse en pie, tan fuerte era el viento del este. Respirar le resultaba doloroso, y tenía las desnudas manos de color azul. Jamás había conocido semejante frío, ni siquiera en todos los inviernos malos que recordaba. Había marea baja. Atravesó el pedregal hasta alcanzar la arena más blanda y luego, dando la espalda al viento, hizo un hoyo en el suelo con el tacón. Su intención era enterrar en

él los pájaros, pero al abrir el saco la fuerza del viento se los arrebató, los elevó en el aire, cual si volvieran a volar, y los alejó de él por la playa como si fueran plumas. Los cuerpos de las cincuenta aves heladas quedaron desparramados. Había algo perverso en aquella vista, algo que no le gustó. El viento barrió los pájaros muertos a gran distancia.

«La marea se los llevará cuando suba», se dijo.

Miró al mar y observó los encrestados cachones, rompiendo en verdes masas. Se alzaban rígidamente, se combaban y volvían a romper, y como la marea estaba baja el rugido sonaba lejano, remoto, sin el estrépito de la pleamar.

Entonces las vio. Las gaviotas. Allá a lo lejos, meciéndose sobre las olas.

Lo que al principio le habían parecido las blancas crestas de las ondas eran gaviotas. Centenares, millares, decenas de millares, hacia el este y hacia el oeste... Se alzaban y caían con el oleaje, de cara al viento, como una poderosa flota al ancla, esperando a que cambiase la marea. Se extendían hasta donde alcanzaba la vista, en apretada formación, fila tras fila. Si el mar hubiera estado en calma, habrían cubierto la bahía como una nube blanca, cabeza con cabeza, cuerpo con cuerpo. Sólo el viento del este, al remover el mar en cachones, las ocultaba a la vista desde tierra.

Nat se volvió y, alejándose de la playa, ascendió por la empinada senda que conducía a su hogar. Alguien debería saber lo que sucedía. Había que dar cuenta a alguien. A causa del viento del este y del tiempo, ocurría algo que él no comprendía. Se preguntó si debía ir a la cabina telefónica, junto a la parada del autobús, y llamar a la policía. Pero, ¿qué podían hacer ellos? ¿Qué podía hacer persona alguna? Miles de gaviotas meciéndose sobre las olas, allí en la bahía, a causa de la tormenta, a causa del hambre. La policía pensaría que estaba loco, o bebido, o tomaría su declaración con mucha calma. «Gracias. Sí, ya nos habían informado del asunto. El mal tiempo está empujando enormes bandadas de pájaros tierra adentro». Nat miró a su alrededor. Todavía no había rastro de otra clase de pájaros. ¿Acaso les habría empujado el frío a todos hacia el interior del país? Cuando se acercó a la casa, su mujer salió a recibirlo en la puerta.

—Nat —le dijo muy excitada—. Lo dicen por la radio. Acaban de dar un boletín de noticias especial. Lo he anotado.

—¿Qué dicen por la radio?

—Lo de los pájaros. No es aquí solamente; es en todas partes. En Londres, en todo el país. Algo les ha ocurrido a los pájaros.

Entraron juntos en la cocina. Nat leyó la hoja de papel que estaba en la mesa.

«Declaración del Ministerio del Interior a las once de la mañana de hoy. Constantemente llegan informes de todo el país en relación con la gran cantidad de pájaros que vuelan en bandos sobre ciudades, pueblos y distritos alejados, causando daños y obstrucciones e incluso atacando a las personas. Se cree que la corriente de aire ártico que cubre actualmente las Islas Británicas obliga a los pájaros a emigrar al sur en enormes bandadas, y que el hambre puede impulsar a estas aves a atacar a seres humanos. Se advierte a los propietarios de casas que se ocupen de ventanas, puertas y chimeneas, y que tomen precauciones razonables para la seguridad de sus hijos. Más adelante se hará pública una nueva declaración».

Una oleada de excitación se apoderó de Nat; miró a su mujer con aire triunfal.

—Ahí lo tienes —dijo—. Confiemos en que lo hayan oído en la granja. La señora Trigg se habrá dado cuenta de que no era invención mía. Es cierto. Y afecta a todo el país. Toda la mañana me he estado repitiendo que algo iba mal. Y ahora mismo, desde la playa, he visto millares de gaviotas, decenas de millares; imposible introducir un alfiler entre sus cabezas. Allí están todas, meciéndose sobre las olas, esperando.

—¿Y qué esperan, Nat?

Miró a su mujer, y luego volvió a bajar la vista a la hoja de papel.

—No sé —dijo lentamente—. Aquí dice que los pájaros tienen hambre.

Fue al cajón donde guardaba el martillo y las herramientas.

—¿Qué vas a hacer, Nat?

—Ocuparme de las ventanas y también de las chimeneas, como nos han dicho.

—¿Crees que podrían entrar con las ventanas cerradas? ¿Esos petirrojos y gorriones? ¡No es posible!

Nat no contestó. No estaba pensando en petirrojos ni en gorriones, sino en las gaviotas...

Subió al piso superior y trabajó allí durante el resto de la mañana, entablando las ventanas de las habitaciones, y tapando las bases de las chimeneas. Afortunadamente era su día libre y no tenía que trabajar en la granja. Aquello le recordó los viejos tiempos, al principio de la guerra. Entonces no estaba casado, y había hecho todos los tableros para oscurecer las ventanas de la casa de su madre en Plymouth. También hizo el refugio antiaéreo, aunque cuando llegó el momento no sirvió de nada. Se preguntó si tomarían esas precauciones en la granja. Lo dudaba. Harry Trigg y su mujer eran demasiado tranquilos. Quizá se tomaran el asunto a broma y se fueran a bailar o a jugar a las cartas.

—La comida está lista —le gritó su esposa desde la cocina.

—Está bien. Ya bajo.

Estaba satisfecho de su obra. Los marcos ajustaban bien sobre los pequeños cristales y en las bases de las chimeneas.

Cuando terminaron de comer y mientras su mujer fregaba los cacharros, Nat puso la radio para escuchar el noticiario de la una. Repitieron el mismo anuncio, el que ella había anotado durante la mañana, pero más extenso.

«Las bandadas de pájaros», leyó el locutor, «han causado problemas en todas las zonas. En Londres el cielo estaba tan plagado de aves a las diez de esta mañana que parecía como si la ciudad estuviera cubierta por una vasta nube negra. Los pájaros se posaban en los tejados, en los antepechos de las ventanas y en las chimeneas. Las especies incluían mirlos, zorzales, gorriones comunes y, como cabría esperar en la metrópoli, gran cantidad de palomas y estorninos, así como ese frecuentador del Támesis, la gaviota reidora. Ante tan inusitado espectáculo se ha paralizado el tráfico en algunas vías públicas, se ha suspendido el trabajo en tiendas y oficinas, y las calles se han visto inundadas de público que se detenía para observar los pájaros».

El noticiario daba cuenta de algunos incidentes y volvía a repetir las causas que se consideraban responsables de la situación: frío y hambre. También se reiteraron las advertencias a propietarios e inquilinos. La voz del locutor era suave y tranquila. Nat tuvo la

impresión de que aquel hombre en particular trataba el asunto como si fuera una compleja broma. Habría otros como él, centenares de ellos, que no sabían lo que era luchar en la oscuridad con una bandada de pájaros. Y se celebrarían fiestas en Londres aquella noche, como las que se daban en noches electorales. La gente gritaría, se reiría y se emborracharía. «¡Venid a ver los pájaros!»

Nat apagó la radio. Se levantó y empezó a trabajar en las ventanas de la cocina. Su mujer le observó, con el pequeño Johnny pegado a los talones.

—¡Cómo! ¿También vas a poner tablas aquí abajo? —preguntó—. Tendré que encender la luz antes de las tres. No veo la necesidad de tableros aquí abajo.

—Más vale prevenir que curar —repuso Nat—. No voy a correr ningún riesgo.

—Lo que deberían hacer es llamar al ejército para disparar contra los pájaros. Eso pronto los ahuyentaría.

—Que lo intenten. ¿Qué crees tú que podrían hacer?

—Mandan el ejército a los muelles cuando hay huelga de estibadores, ¿no? Los soldados van a descargar los barcos.

—Sí, la población de Londres es de ocho millones o más. Piensa en todos los edificios, en todos los pisos y casas. ¿Crees que tienen bastantes soldados para ir por ahí disparando contra los pájaros desde cada azotea o tejado?

—No sé. Pero habrá que hacer algo. Deberían hacer algo.

Nat pensó que sin duda alguien estaba considerando el problema en aquel mismo momento; pero fuera lo que fuese lo que ese alguien acordara hacer en Londres y en las grandes ciudades, de nada serviría aquí, a quinientos kilómetros de distancia. Cada propietario o inquilino tenía que valerse por sí mismo.

—¿Cómo andamos de comida? —preguntó Nat.

—Vamos, querido, ¡qué cosas se te ocurren!

—Está bien, está bien, pero dime, ¿qué tienes en la despensa?

—Mañana es día de compra, ya lo sabes. No guardo cosas crudas, se estropean en seguida. El carnicero no viene hasta pasado mañana. Pero puedo traer algo cuando vaya mañana.

Nat no quería asustarla. Pensó que quizá no pudiera ir a la ciudad al día siguiente. Inspeccionó personalmente la despensa y la alacena

donde su mujer guardaba las latas de conserva. Tendrían bastante para un par de días, pero no quedaba mucho pan.

—¿Y qué hay del panadero?

—Viene mañana.

Todavía quedaba algo de harina. Si el panadero no se presentaba, tendría suficiente para hacer una hogaza.

—Estaríamos en mejores condiciones antiguamente —dijo Nat—, cuando las mujeres amasaban dos veces por semana, y salaban sardinas, y había comida para que toda una familia pudiera resistir un asedio si era preciso.

—He tratado de dar a los niños pescado en conserva, pero no les gusta.

Nat siguió clavando tablas sobre las ventanas de la cocina. Velas. También andaban escasos de velas. Esa era otra cosa que su mujer debía comprar al día siguiente. Bueno, no había nada que hacer de momento. Aquella noche tendrían que acostarse temprano.

Es decir, si...

Salió por la puerta trasera y se detuvo en el jardín, contemplando el mar a sus pies. No había habido sol en todo el día, y ahora, apenas a las tres, ya casi había oscurecido, y el cielo ofrecía un aspecto hosco y pesado, incoloro como la sal. Oía el fragoso mar estrellándose contra las rocas. Bajó por el sendero, a mitad de camino de la playa, y de pronto se detuvo. La marea había cambiado. La roca que asomaba sobre la superficie a media mañana ya no se veía. Pero no era el mar lo que le llamaba la atención. Las gaviotas se habían elevado. Volaban en círculos —centenares, millares de ellas—, alzando las alas contra el viento. Eran las gaviotas las que habían oscurecido el cielo. Y estaban silenciosas, no proferían el menor sonido. Se remontaban cada vez más, describiendo círculos, elevándose, cayendo, poniendo a prueba su fuerza contra la del viento.

Nat dio la vuelta. Corrió sendero arriba, de regreso a su casa.

—Voy a buscar a Jill —dijo—. La esperaré en la parada del autobús.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó su mujer—. Estás blanco como el papel.

—Mantén a Johnny dentro. Y la puerta cerrada. Enciende ya la lámpara y corre las cortinas.

—Pero si acaban de dar las tres...

—No importa. Haz lo que te digo.

Echó un vistazo en la caseta de las herramientas, junto a la puerta trasera, pero no encontró nada verdaderamente útil. La pala pesaba demasiado, y la horca no resultaba apropiada. Se decidió por el azadón. Era la única herramienta que podría servirle, y además ligera y fácil de transportar.

Tomó el camino que conducía a la parada del autobús. De vez en cuando echaba una mirada por encima del hombro.

Las gaviotas volaban ahora a mayor altura, y describían círculos más amplios; se estaban extendiendo en una gran formación a través del cielo.

Se apresuró; aunque sabía que el autobús no llegaría a lo alto de la cuesta antes de las cuatro, tenía que darse prisa. No se cruzó con nadie en el camino, lo cual le alegró. No disponía de tiempo para pararse a charlar.

Llegó con demasiada antelación. Aún faltaba media hora. El viento del este fustigaba los campos desde las tierras altas. Golpeó el suelo con los pies y se sopló las manos.

Veía a lo lejos las colinas de arcilla, blancas y limpias, recortadas contra la acusada palidez del cielo. Algo negro se elevó de detrás de ellas, como un tiznón al principio, y luego se ensanchó y cobró profundidad. Y el tiznón se convirtió en nube, y la nube se dividió a su vez en otras cuatro que se extendieron al norte, al este, al sur y al oeste. Y no eran nubes, sino pájaros. Los observó en su recorrido por el cielo, y cuando una sección pasó por encima de él, a setenta u ochenta metros, supo por su velocidad que se dirigían hacia el interior del país; no querían nada con ellos, con la gente de la península. Eran cornejas, cuervos, grajos, urracas, arrendajos, aves todas que por lo general hacían presa en las especies menores; pero aquella tarde tenían que cumplir alguna otra misión.

«Les han asignado las ciudades», pensó Nat. «Saben lo que tienen que hacer. Aquí no importamos tanto. Las gaviotas se ocuparán de nosotros. Los demás van a las ciudades».

Se dirigió a la cabina telefónica, entró y descolgó el auricular. Llamaría a la centralita. Ellos se encargarían de transmitir el mensaje.

—Hablo desde Highway —dijo—, junto a la parada del autobús.

Quiero comunicar que grandes bandadas de pájaros vuelan hacia el interior del país. Y también que las gaviotas se están agrupando en la bahía.

—Entendido —respondió la voz, lacónica, cansada.

—No dejará de transmitir este mensaje al organismo que corresponda, ¿verdad?

—Sí... sí... —Ahora el tono era de impaciencia, de hastío. Se reanudó la señal habitual.

«Ella es otra de tantas», pensó Nat. «Le tiene sin cuidado. Quizá se haya pasado el día contestando llamadas. Querrá ir al cine esta noche con algún muchacho. Luego le cogerá de la mano, señalará al cielo y dirá: ¡Mira todos esos pájaros! Le tiene sin cuidado».

El autobús subió pesadamente la cuesta. Jill se apeó junto con otros tres o cuatro niños. El vehículo continuó su recorrido hacia la ciudad.

—¿Para qué es el azadón, papá?

Los pequeños se reunieron en torno suyo, riendo y señalando.

—Se me ocurrió traerlo, eso es todo —dijo—. Anda, vámonos a casa. Hace frío, y no es cosa de estar parados. ¡Eh, vosotros! Echad a correr, a ver quién llega antes a su casa.

Se dirigía a los compañeros de Jill, que procedían de distintas familias y vivían en las casas protegidas. Por el atajo no tardarían nada en llegar.

—Queremos jugar un poco en el camino —dijo uno de ellos.

—Nada de eso. Si no vais a casa se lo diré a vuestras madres.

Hablaron en susurros entre sí, un tanto asombrados, y luego echaron a correr por el campo. Jill miró a su padre con expresión huraña.

—Siempre jugamos en el camino —dijo.

—Pues esta tarde no lo harás. Vamos, no pierdas más tiempo.

Ahora veía las gaviotas, describiendo círculos sobre los campos, avanzando tierra adentro. Seguían silenciosas, sin emitir sonido alguno.

—Mira, papá, mira cuántas gaviotas.

—Sí. Date prisa.

—¿Hacia dónde vuelan? ¿Adónde van?

—Yo diría que hacia el interior del país. Allí hace más calor.

Cogió la mano de la niña y tiró de ella por el camino.

—No corras tanto. No puedo seguirte.

Las gaviotas estaban imitando a los grajos y a los cuervos. Se extendían en formación por todo el cielo. En bandadas de miles de individuos, se dirigían a los cuatro puntos cardinales.

—Papá, ¿qué pasa? ¿Qué están haciendo las gaviotas?

No estaban decididas en cuanto a la dirección de su vuelo, como en el caso de los grajos y los cuervos. Seguían describiendo círculos. Y tampoco volaban tan alto. Era como si estuvieran esperando una señal, como si aún les tuvieran que comunicar una decisión. La orden no resultaba clara.

—¿Quieres que te lleve, Jill? Anda, súbete.

Pensaba que así irían más de prisa, pero se equivocaba. Jill pesaba bastante. Se le escurría de la espalda. Y además, estaba llorando. Su sensación de urgencia, de temor, se había contagiado a la niña.

—Quiero que las gaviotas se vayan. No me gustan. Se están acercando al camino.

Volvió a dejarla en el suelo. Echó a correr, tirando de Jill. Al pasar por el recodo de la granja, vio al dueño sacando su coche del garaje marcha atrás.

—¿Puede llevarnos? —preguntó Nat.

—¿Cómo?

El señor Trigg se volvió y se quedó mirándolos un rato. Luego una sonrisa iluminó su rostro alegre y rubicundo.

—Parece que vamos a tener diversión —dijo—. ¿Han visto las gaviotas? Jim y yo vamos a ir a soltarles unos tiros. Todo el mundo está como loco con los pájaros; no se habla de otra cosa. Me han dicho que tuvieron problemas anoche. ¿Quiere una escopeta?

Nat negó con la cabeza.

El pequeño automóvil estaba abarrotado. Sólo había sitio para Jill, si se agazapaba sobre las latas de gasolina en el asiento trasero.

—No necesito una escopeta —dijo Nat—, pero le estaría muy agradecido si llevara a Jill a casa. Le dan miedo los pájaros.

Fue conciso. No quería hablar delante de la niña.

—De acuerdo —dijo el granjero—. La llevaré a casa. ¿Por qué no se queda y se une a la batida? Haremos volar las plumas.

Jill subió al vehículo; el conductor dio vuelta y aceleró camino arriba. Nat echó a andar en la misma dirección. Trigg debía de estar loco. ¿De qué servía una escopeta contra todo un firmamento de pájaros?

Ahora que Nat no tenía que ocuparse de Jill, disponía de tiempo para mirar a su alrededor. Las aves seguían describiendo círculos sobre los campos. La mayor parte eran gaviotas argénteas, pero también había gaviones. Normalmente no se mezclaban entre sí, pero ahora estaban unidas en virtud de algún lazo. Nat había oído que el gavión atacaba a pájaros más pequeños, e incluso a corderos recién nacidos, aunque él jamás lo había visto. Ahora al mirar al cielo lo recordó. Se acercaban a la granja. Trazaban círculos a menor altura, y los gaviones iban al frente, dirigiendo el grupo. La granja, pues, era su objetivo. Se encaminaban hacia la granja.

Nat apretó el paso en dirección a su casa. Vio que el coche del granjero daba la vuelta y volvía por el camino. Con una sacudida, el vehículo se detuvo a su lado.

—La niña ha entrado corriendo —dijo Trigg—. Su esposa estaba al cuidado para cuando llegara. Bien, ¿qué opina usted de todo esto? En la ciudad dicen que es cosa de los rusos. Los rusos han envenenado los pájaros.

—¿Y cómo podrían haberlos envenenado? —inquirió Nat.

—A mí no me pregunte. Ya sabe cómo circulan esas historias. ¿Se unirá a mi batida?

—No, me voy a casa; mi mujer estará preocupada.

—La mía dice que si la carne de gaviota fuera comestible la cosa tendría algún sentido —dijo Trigg—. Entonces tendríamos gaviota asada, gaviota guisada y, por si fuera poco, gaviota escabechada. Espere a que suelte unos cuantos tiros a esos pajarracos. Eso los espantará.

—¿Ha entablado usted las ventanas? —preguntó Nat.

—No. Es una tontería. Les gusta asustar a la gente por la radio. He tenido cosas más importantes que hacer hoy que ir por ahí entablando ventanas.

—Yo en su caso lo haría sin pérdida de tiempo.

—¡Bah! Está usted un poco asustado. ¿Quiere venir a dormir en casa?

—No. Gracias de todos modos.

—Bueno. Le veré por la mañana, y le daré un desayuno a base de gaviota.

El granjero sonrió y enfiló el coche hacia la entrada de su finca.

Nat se apresuró. Pasó el bosquecillo y el viejo granero. Ya sólo tenía que cruzar el portillo para llegar al último sembrado que le separaba de su casa.

Al franquear la cerca oyó el aleteo. Un gavión picó hacia él desde lo alto, falló, viró y se elevó para volver al ataque. En un instante se le unieron otros, seis, siete, una docena, entre gaviones y gaviotas argénteas. Nat dejó caer el azadón, pues de nada le servía. Se tapó la cabeza con los brazos y corrió hacia su casa. Siguieron acosándole desde el aire, sin más sonido que el terrible batir de las alas. Sintió la sangre en las manos, en las muñecas, en el cuello. Cada picotazo le laceraba la carne. Si al menos pudiera impedir que le alcanzaran los ojos... Nada más importaba. Debía mantenerlos alejados de sus ojos. Aún no habían aprendido a aferrarse a los hombros, a rasgar la ropa, a lanzarse en masa sobre la cabeza, sobre el cuerpo. Pero con cada picado, con cada ataque, se hacían más audaces. Y su propia seguridad no les preocupaba. Cuando picaban a muy baja altura y fallaban, se estrellaban, magullados y quebrantados, contra el suelo. Mientras corría, Nat tropezaba y tenía que apartar a puntapiés aquellos cuerpos sin vida. Llegó a tientas a la puerta y la aporreó con sus manos ensangrentadas. A causa de la entabladura de las ventanas no se veía luz alguna. Todo estaba oscuro.

—Dejadme entrar —gritó—. Soy yo, Nat. Dejadme entrar.

Gritó a pleno pulmón para hacerse oír por encima del aleteo de las gaviotas.

Entonces, encima de él, vio al alcatraz, preparado para iniciar el ataque. Las gaviotas describían círculos, se retiraban, ganaban altura, una tras otra, contra el viento. Unicamente el alcatraz seguía allí. Un solo alcatraz en el cielo, por encima de su cabeza. Las alas se pegaron súbitamente al cuerpo. Cayó como una piedra. Nat gritó, y se abrió la puerta. Cruzó el umbral tambaleándose, y su mujer apoyó todo su peso contra la puerta.

Entonces oyeron el golpe sordo del alcatraz al estrellarse contra el suelo.

Su esposa le curó las heridas. No eran profundas. Las partes más afectadas eran el dorso de las manos y las muñecas. Si no hubiera llevado gorra le habrían alcanzado la cabeza. En cuanto al alcatraz... el alcatraz podía haberle abierto el cráneo.

Los niños estaban llorando, naturalmente. Habían visto las manos ensangrentadas de su padre.

—Ya ha pasado todo —les dijo—. No estoy herido. Solamente unos cuantos arañazos. Juega con Johnny, Jill. Mamá me limpiará estos cortes.

Entornó la puerta que daba al fregadero para que los niños no vieran nada. Su mujer estaba pálida. Abrió el grifo de la pila y susurró:

—Los vi ahí arriba. Empezaron a reunirse justo cuando vino Jill con el señor Trigg. Cerré la puerta rápidamente, y se atoró. Por eso no la pude abrir en seguida cuando llegaste tú.

—Gracias a Dios que me esperaron a mí. Jill se habría caído inmediatamente. Un solo pájaro habría acabado con ella.

Furtivamente, a fin de no alarmar a los niños, hablaron en susurros mientras ella le vendaba las manos y la nuca.

—Están volando tierra adentro a millares —añadió él—. Grajos, cuervos, todos los pájaros de mayor tamaño. Los vi mientras esperaba en la parada del autobús. Van a las ciudades.

—Pero ¿qué pueden hacer, Nat?

—Atacarán. Se lanzarán sobre la gente en las calles. Luego tratarán de entrar por las ventanas, por las chimeneas.

—¿Por qué no hacen algo las autoridades? ¿Por qué no mandan al ejército, consiguen ametralladoras, lo que sea?

—No ha habido tiempo. Nadie está preparado. Veremos lo que dicen en el boletín de las seis.

Nat volvió a la cocina, seguido de su esposa. Johnny estaba jugando tranquilamente en el suelo. Sólo Jill parecía inquieta...

—Oigo los pájaros —dijo—. Escucha, papá.

Nat aguzó el oído. De las ventanas y de la puerta llegaban sonidos apagados. Alas que rozaban la superficie, que se deslizaban y rascaban, buscando un medio para entrar. El ruido de muchos cuerpos apretados arrastrándose por los antepechos. De vez en cuando se oía un golpe seco, un choque, cuando algún pájaro se

lanzaba en picado y se estrellaba contra el suelo. «Algunos se matarán de ese modo», pensó, «pero no serán bastantes. Nunca serán bastantes».

—Tranquilízate —dijo en voz alta—. He puesto tablas en las ventanas, Jill. Los pájaros no pueden entrar.

Fue a inspeccionar todas las ventanas. Había hecho un trabajo concienzudo. No quedaba ni una rendija. No obstante, se aseguró aún más. Reunió cuñas, trozos de hojalata, tiras de madera y metal, y los fijó a los lados para reforzar las tablas. El martilleo contribuyó a apagar el ruido de los pájaros, los restregones, los picotazos, y lo más siniestro de todo —no deseaba que su mujer o sus hijos lo oyeran—: el sonido de cristales rotos.

—Pon la radio —dijo.

Eso también ahogaría el ruido. Subió al piso superior, a los dormitorios, y reforzó las ventanas de estos. Ahora oía los pájaros en el tejado, el restregar de las garras, el resbalar y empujar.

Decidió que debían dormir en la cocina, mantener el fuego encendido, bajar los colchones y extenderlos en el piso. Tenía miedo de las chimeneas de los dormitorios. Las tablas que había puesto en las bases de las chimeneas podían ceder. En la cocina estarían seguros gracias al fuego. Tendría que hacerlo parecer una broma. Fingir ante los niños que estaban jugando a los campamentos. Si ocurría lo peor, si los pájaros lograban entrar por las chimeneas de los dormitorios, pasarían horas, días quizá, antes de que pudieran echar abajo las puertas. Las aves quedarían encerradas en las alcobas. Allí no podían hacer daño. Apiñadas en aquel espacio, terminarían por perecer asfixiadas.

Empezó a bajar los colchones. Al verlos, los ojos de su esposa se dilataron de aprensión. Creyó que los pájaros ya habían irrumpido en el piso de arriba.

—Bueno —dijo Nat con tono alegre—, esta noche dormiremos todos juntos en la cocina. Aquí, junto al fuego, estaremos más confortables, y no nos darán la lata esos estúpidos pájaros picoteando en las ventanas.

Pidió a los niños que le ayudaran a cambiar de sitio unos muebles, y tomó la precaución de colocar el aparador, con ayuda de su mujer, contra la ventana. Ajustaba bien, y sería una medida de seguridad

más. Ahora podían extender los colchones, uno al lado de otro, junto a la pared donde antes estaba el aparador.

«Ya estamos bastante seguros», pensó. «Esto ofrece tanto abrigo como un refugio antiaéreo. Podemos resistir. Lo único que me preocupa es la comida. La comida y el carbón para el fuego. Lo que tenemos no nos durará más de dos o tres días. Para entonces...»

No tenía objeto pensar con tanta anticipación. Darían instrucciones por la radio. Dirían a la gente lo que tenía que hacer. Y entonces, en medio de tantos problemas, se dio cuenta de que estaban transmitiendo únicamente música de baile y no la Hora Infantil, como estaba programado. Miró el dial. Sí, el aparato estaba sintonizado con el Servicio Interior. Discos de baile. Cambió el programa ligero. Sabía el porqué de esta anormalidad. Los programas habituales se habían suprimido. Esto sólo ocurría en circunstancias excepcionales, en tiempo de elecciones y cosas así. Trató de recordar si había sucedido lo mismo en la guerra, durante los intensos bombardeos de Londres. ¡Ah, claro! La B.B.C. no transmitía desde Londres durante el conflicto. Los programas se emitían desde otras instalaciones, instalaciones provisionales. «Estamos mejor aquí», pensó. «Estamos mejor aquí, en la cocina, con las ventanas y las puertas entabladas, que los habitantes de las ciudades. Gracias a Dios que no estamos en una ciudad».

El programa de discos terminó a las seis. Dieron las señales horarias. Aunque se asustaran los niños, tenía que oír las noticias. Hubo una pausa después de las señales. Luego habló el locutor. Su voz era solemne y grave, muy distinta de la del mediodía.

«Aquí Londres», dijo. «A las cuatro de esta tarde se ha proclamado el estado de excepción en todo el país. Se están tomando medidas para salvaguardar las vidas y propiedades de la población, pero debe entenderse que no es fácil poner en vigor inmediatamente dichas medidas, debido a la naturaleza imprevisible y excepcional de la actual crisis. Cada propietario debe tomar precauciones respecto a su vivienda, y en caso de pisos y apartamentos los inquilinos deben colaborar en la adopción de medidas de seguridad. Es absolutamente necesario que todo el mundo se encierre en casa esta noche y que nadie permanezca en calles, carreteras o descampado. Los pájaros, en gran número, están atacando a toda persona que se

encuentre al aire libre, y ya han iniciado el asalto de los edificios; pero estos, con el debido cuidado y atención, deben ser impenetrables. Se hace un llamamiento a la población para que conserve la calma y no se deje llevar por el pánico. Debido a la excepcional naturaleza de esta emergencia, no habrá nuevas transmisiones desde emisora alguna hasta las siete horas de mañana».

Se interpretó el himno nacional, y eso fue todo. Nat apagó el receptor. Miró a su esposa, y esta le devolvió la mirada.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Jill—. ¿Qué decían las noticias?

—Que no habrá más programas esta noche —dijo Nat—. Ha habido una interrupción en la B.B.C.

—¿Son los pájaros? ¿Es por culpa de los pájaros?

—No. Es sencillamente que todos están muy ocupados. Tienen que librarse de los pájaros, que lo están desorganizando todo en las ciudades. Bueno, por una noche podemos pasarnos sin la radio.

—¡Ojalá tuviéramos un gramófono! —dijo Jill—. Eso sería mejor que nada.

La niña tenía la cara vuelta hacia el aparador apoyadc contra la ventana. Por más que se esforzaban en no hacer caso de los ruidos, no podían dejar de oír los restregones, los picotazos, el constante batir de alas.

—Cenaremos pronto —propuso Nat—. Algo muy especial. Preguntad a mamá. ¿Qué os parece algo que nos guste a todos, un soufflé de queso por ejemplo?

Guiñó un ojo e hizo una señal a su esposa. Quería que la mirada de temor, de aprensión, se borrara del rostro de Jill.

Ayudó a preparar la cena, silbando, cantando y haciendo el mayor ruido posible, y le pareció que los roces y picotazos no eran tan fuertes como al principio. Entonces subió a los dormitorios y estuvo escuchando un rato. Ya no se oía el restregar de garras en el tejado al luchar los pájaros por un hueco donde posarse.

«Tienen raciocinio», pensó. «Saben que es difícil entrar aquí. Probarán en otra parte. No perderán el tiempo con nosotros».

La cena transcurrió sin incidentes, y luego, cuando estaban recogiendo, oyeron un nuevo sonido, como de zumbido, un sonido que todos conocían y entendían.

Su esposa alzó la vista hacia él, con el rostro iluminado.

—Son aviones —dijo—. Han enviado aviones para combatir a los pájaros. Es lo que yo dije que debían hacer desde el principio. Acabarán con esos bicharracos. ¿No ha sido un cañonazo? ¿No oyes el estampido de cañones?

Quizá fuera un cañoneo mar adentro. Nat no podía asegurarlo. Las grandes piezas navales podían causar cierto estrago entre las gaviotas en mar abierta, pero ahora estas aves se hallaban en tierra. Y la artillería no podía bombardear la costa debido a la existencia de poblaciones.

—Es estupendo oír los aviones, ¿verdad? —añadió su mujer.

Y Jill, contagiada de su entusiasmo, se puso a dar brincos con Johnny.

—Los aviones alcanzarán a los pájaros. Los aviones los matarán.

En aquel momento oyeron un choque a unos tres kilómetros de distancia, seguido de otro y luego de un tercero. El zumbido se hizo más lejano, hasta perderse mar adentro.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó su esposa—. ¿Están bombardeando a los pájaros?

—No lo sé —respondió Nat—, pero no creo.

No quería decirle que el ruido que habían oído era el de aviones al estrellarse. Era una iniciativa por parte de las autoridades enviar fuerzas de reconocimiento, de eso no le cabía duda, pero deberían haber sabido que se trataba de una misión suicida. En la lucha contra unos pájaros que se abalanzaban sobre hélices y fuselajes los aviones estaban condenados de antemano. Supuso que la táctica se estaba ensayando en todo el país, pero ¡a qué precio! Alguien debía de haber perdido la cabeza en las altas esferas.

—¿Adónde han ido los aviones, papá? —preguntó Jill.

—Han vuelto a su base. Vamos, ya es hora de acostarse.

Aquello mantuvo ocupada a su mujer, desnudando a los niños delante del fuego, cuidando de las camas y de otros pequeños detalles. Entretanto él hizo un nuevo recorrido de la casa para asegurarse de que ningún refuerzo se había aflojado. No volvió a oírse el zumbido de los aviones, y tampoco el fuego de los cañones navales. «Eso es derrochar vidas y esfuerzos», se dijo Nat. «De ese modo no podemos destruir suficiente número de aves. El precio es demasiado alto.

Queda el gas. Quizá utilicen gas mostaza. Si es así nos lo advertirán antes, por supuesto. Una cosa es segura, y es que los mejores cerebros del país estarán ocupados con el problema esta noche».

Aquel pensamiento le tranquilizó. Imaginó una reunión de científicos, naturalistas, técnicos y todos esos fenómenos dedicados a la investigación secreta; en esos momentos estarían estudiando el caso. No era tarea para el gobierno ni para los jefes del Estado Mayor; estos se limitarían a cumplir las órdenes de los hombres de ciencia.

«Tendrán que ser implacables», pensó. «Donde el problema sea más grave tendrán que arriesgar más vidas si usan gas. Quedará contaminado el ganado, y también el suelo. Con tal de que no todos se dejen llevar por el pánico... Ahí está lo peor, en la gente que se aterroriza, que pierde la cabeza. La B.B.C. tenía razón al advertirnos».

Arriba, en los dormitorios, todo estaba en calma. Ya no se oían arañazos ni golpes en las ventanas. Un paréntesis en la batalla. Las fuerzas se reagrupaban. ¿No era así como lo expresaban en los partes de guerra? No obstante, el viento seguía sin remitir. Lo oía rugir en las chimeneas. Y también el mar rompiendo en la costa. De pronto se acordó de la marea, que para entonces estaría cambiando. Quizá la pausa en la lucha se debiera a la marea. Había alguna ley que los pájaros obedecían, y todo estaba relacionado con el viento del este y la marea.

Consultó su reloj. Casi las ocho. La pleamar debió de ser una hora antes. Eso explicaba la tregua: las aves atacaban con la marea alta. Quizá no fuera así en el interior del país, pero sí en la costa, según todos los indicios. Calculó el límite de tiempo. Tenían por delante seis horas libres de ataque. Cuando cambiara de nuevo la marea, alrededor de la una y veinte de la madrugada, los pájaros volverían...

Había dos cosas que podía hacer. La primera era descansar, con su mujer y sus hijos, y que todos procuraran dormir hasta primeras horas de la mañana. La segunda era salir a ver cómo les iba en la granja, a ver si allí todavía funcionaba el teléfono para poder recibir noticias desde la centralita.

Llamó en voz baja a su mujer, que acababa de acostar a los niños. Ella subió hasta la mitad de la escalera y Nat le susurró algo.

—No irás —repuso inmediatamente su esposa—. No te vas a

marchar dejándome sola con los niños. No podría soportarlo, Nat.

Su voz se alzó histéricamente, y Nat la tranquilizó:

—Está bien, está bien. Esperaré hasta la mañana. Entonces podremos escuchar el noticiario de las siete. Pero luego, cuando vuelva a bajar la marea, trataré de llegar a la granja. Quizá nos proporcionen pan y patatas, y también leche.

Su mente volvía a estar ocupada, anticipándose a cualquier contingencia. Esa tarde no habrían ordeñado, naturalmente. Las vacas estarían junto a la cancela, esperando en el patio, y la familia dentro de casa, con las ventanas entabladas, lo mismo que ellos. Es decir, si habían tenido tiempo para tomar precauciones. Pensó en el granjero Trigg sonriéndole desde el automóvil. Aquella tarde no habría habido partida de caza, desde luego.

Los niños dormían. Su mujer, vestida aún, estaba sentada en su colchón. Le miró con ojos que delataban su nerviosismo.

—¿Qué vas a hacer? —susurró.

Nat hizo un gesto pidiendo silencio. Furtivamente, sin hacer ruido, abrió la puerta trasera y miró al exterior.

Estaba oscuro como boca de lobo. El viento soplaba con más fuerza que nunca, en ráfagas continuas y heladoras, procedente del mar. Hurgó con el pie en el escalón de la puerta. Estaba lleno de pájaros. Por todas partes había aves muertas: bajo las ventanas, junto a los muros. Estos eran los suicidas, los que se lanzaron en picado, los que se rompieron el cuello. Dondequiera que mirara veía pájaros muertos. No había rastro de los vivos. Estos habían volado mar adentro al cambiar la marea. Las gaviotas estarían ahora meciéndose sobre las olas, igual que por la mañana.

A lo lejos, en la colina donde viera el tractor dos días antes, ardía algo. Uno de los aviones estrellados: el fuego, avivado por el viento, había incendiado un almiar.

Contempló los restos de los pájaros, y se le ocurrió que si los apilaba en los antepechos de las ventanas constituirían una protección más para el próximo ataque. No muy resistente, quizá, pero mejor que nada. Los pájaros vivos tendrían que desgarrar, picotear y apartar los cuerpos antes de que pudieran conseguir un punto de apoyo en los antepechos para atacar los cristales. Se puso a trabajar en la oscuridad. Era extraño; le repugnaba tocarlos.

Los pájaros, aún calientes, estaban ensangrentados. La sangre apelmazaba sus plumas. Sintió que se le revolvía el estómago, pero continuó con su tarea. Advirtió preocupado que todos los cristales de las ventanas estaban rotos. Sólo las tablas habían impedido que las aves entraran. Rellenó los huecos entre los vidrios con los ensangrentados cuerpos de los pájaros.

Cuando hubo terminado volvió a la casa. Reforzó la puerta de la cocina con una barricada. Se quitó las vendas, pegajosas de la sangre de las aves, no de sus propias cortaduras, y se puso apósitos nuevos.

Su mujer le había preparado una taza de cacao, y se la bebió con avidez. Estaba muy cansado.

—Está bien. —Sonrió—. No te preocupes. Saldremos de esta.

Se tumbó en el colchón y cerró los ojos. Se quedó dormido inmediatamente. Soñó intranquilo, porque en sus sueños irrumpía la sospecha de algo olvidado. Alguna tarea desatendida, algo que debería haber hecho. Alguna precaución que conocía bien pero que no había tomado. No podía identificarla claramente en sus sueños. Estaba relacionada de algún modo con el avión incendiado y el almiar de la colina. Siguió durmiendo, sin embargo. Fue su esposa, sacudiéndolo por un hombro, quien por fin le despertó.

—Han empezado —sollozó—; han empezado hace cosa de una hora. No puedo escucharlo sola por más tiempo. También hay algo que huele mal, a quemado.

Entonces lo recordó. Había olvidado avivar el fuego. Estaba en rescoldos, casi apagado. Se levantó rápidamente y encendió la lámpara. Había comenzado el martilleo en las ventanas y en las puertas, pero no era eso lo que le preocupaba ahora. Era el olor a plumas socarradas. El tufo llenaba la cocina. Comprendió en seguida de qué se trataba. Los pájaros bajaban por la chimenea, deslizándose por el tiro de la cocina.

Cogió papel y astillas y los echó en las ascuas; luego trajo una lata de petróleo.

—Retírate —le gritó a su mujer—. Tenemos que arriesgarnos.

Vertió petróleo sobre el fuego. Las llamas subieron por el tubo, y cayeron a la lumbre los cuerpos chamuscados y ennegrecidos de los pájaros.

Los niños se despertaron y empezaron a llorar.

—¿Qué es eso? —preguntó Jill—. ¿Qué ha pasado?

Nat no tenía tiempo para contestar. Estaba sacando los cuerpos de la chimenea, desparramándolos por el suelo. Aún rugían las llamas, pero tenía que correr el riesgo de que la chimenea se incendiara. El fuego espantaría a los pájaros vivos del extremo del tubo. Sin embargo la junta inferior, bloqueada por los humeantes e impotentes cuerpos de los pájaros alcanzados por las llamas, constituía un problema. Apenas prestaba atención al ataque contra las ventanas y la puerta: que se rompieran las alas y el pico y murieran en su intento de forzar la entrada en la casa. No lo conseguirían. Daba gracias a Dios por contar con una de las casas antiguas, de ventanas pequeñas y muros resistentes. No como las nuevas viviendas protegidas. Que el cielo les ayudara en esas casas, allá en lo alto del sendero.

—Dejad de llorar —pidió a los niños—. No hay nada que temer. Dejad de llorar.

Siguió sacando de la chimenea los humeantes cuerpos a medida que caían al fuego.

«Esto los espantará», se dijo. «El tiro y las llamas juntos. Estamos seguros, con tal de que no se prenda la chimenea. Deberían ahorcarme por esto. Todo ha sido culpa mía. Como última cosa, debería haber avivado el fuego. Sabía que había olvidado algo».

Por encima del ruido de los pájaros en las tablas de las ventanas llegó de pronto el familiar tañido del reloj de la cocina. Las tres de la madrugada. Aún faltaban algo más de cuatro horas. No estaba seguro del momento exacto de la marea alta. Calculó que no cambiaría mucho antes de las siete y media o las ocho menos veinte.

—Enciende el infiernillo —le dijo a su mujer—. Haz un poco de té para nosotros y cacao para los niños. No tiene objeto estar cruzados de brazos.

Ese era el sistema. Mantenerla ocupada, y también a los niños. Moverse, comer, beber; la actividad siempre resultaba aconsejable.

Aguardó junto al fuego. Las llamas se estaban extinguiendo. Pero ya no caían más cuerpos ennegrecidos por la chimenea. Metió el atizador tubo arriba todo lo que pudo y no halló nada. El tiro estaba despejado. Nat se enjugó la frente.

—Vamos, Jill —dijo—, tráeme más astillas. Tendremos un buen fuego en un periquete.

La niña, sin embargo, no se le acercó. Miraba fijamente el montón de pájaros chamuscados.

—No pienses en ellos —le aconsejó su padre—. Los pondremos en el pasillo cuando tenga el fuego en marcha.

El peligro de la chimenea estaba superado. Aquello no podía repetirse si se mantenía el fuego día y noche.

«Mañana tendré que ir a la granja por más combustible», pensó. «Con este no hay ni para empezar. Ya me las arreglaré. Puedo hacer todo eso con la bajamar. Traeré lo que necesitamos cuando cambie la marea. Sólo tenemos que adaptarnos, eso es todo».

Bebieron el té y el cacao y comieron rebanadas de pan con extracto de carne. Nat advirtió que sólo quedaba media hogaza. No importaba, ya se las arreglarían.

—Estaos quietos —dijo el pequeño Johnny, señalando las ventanas con su cuchara—. Estaos quietos, viejos pajarracos.

—¡Bien dicho! —Nat sonrió—. No queremos viejos mendigos. ¿Verdad? Ya hemos tenido bastantes.

Empezaron a lanzar vítores cuando oyeron el choque de los pájaros suicidas.

—Allá va otro, papá —gritó Jill—. Está muerto.

—¡Está muerto! —repitió Nat—. Ese bribón ya no volverá a darnos la lata.

Así era como había que afrontar la situación, con ese estado de ánimo. Si lograban mantenerlo hasta las siete, cuando dieran el primer boletín de noticias, no les habría ido demasiado mal.

—Echaremos un pitillo —dijo a su esposa—. Un poco de humo disipará el olor a plumas quemadas.

—Sólo quedan dos en el paquete. Pensaba comprarte más en la cooperativa.

—Fumaré uno y guardaré el otro para un día lluvioso.

No tenía objeto acostar a los niños. No podrían dormir mientras continuaran los arañazos y picotazos en las ventanas. Nat se sentó, con un brazo alrededor de su mujer y el otro en torno a Jill. Johnny descansaba en el regazo de su madre, y las mantas estaban amontonadas a su lado en el colchón.

—Debo confesar que siento admiración por los mendigos —dijo Nat—. Son perseverantes. Lo lógico es que ya se hubieran cansado del juego, pero nada de eso.

Resultaba difícil mantener esa admiración. Los golpes no cesaban, y Nat captó una nueva nota áspera, como si un pájaro de pico más afilado que los anteriores hubiera venido a relevar a sus compañeros. Se esforzó en recordar los nombres de aves; trató de imaginar qué especies serían las idóneas para esta tarea particular. No se trataba del picoteo de un pájaro carpintero, ligero y frecuente. Esto parecía más grave, porque si se prolongaba mucho la madera acabaría por saltar, como ya había ocurrido con los cristales. Entonces se acordó de los gavilanes. ¿Acaso habían relevado estos a las gaviotas? ¿Habría ratoneros en los antepechos, empleando tanto las garras como el pico? Gavilanes, ratoneros, cernícalos, halcones... Había olvidado las aves de presa. Había olvidado la enorme fuerza de sus garras. Faltaban tres horas, y mientras esperaban tendrían que soportar el ruido de la madera astillada, rajada por aquellas garras.

Nat miró a su alrededor para ver qué muebles podía desarmar a fin de reforzar la puerta. La ventana estaba segura gracias al aparador, pero tenía sus dudas respecto a la puerta. Subió por la escalera, pero cuando llegó al descansillo se detuvo y escuchó. En el suelo de la alcoba de los niños se apreciaba una sucesión de golpes suaves. Los pájaros habían logrado entrar... Aplicó la oreja a la puerta. No había posibilidad de error. Oía el roce de las alas y los golpecitos producidos por las aves al inspeccionar el piso. El otro dormitorio aún se hallaba libre. Entró y comenzó a sacar los muebles a fin de apilarlos en el remate de la escalera, por si cedía la puerta de la alcoba de los niños. Era tan sólo una medida de precaución. Quizá no resultara necesaria.

—¿Qué haces ahí arriba, Nat? Baja —llamó su esposa.

—No tardaré —gritó él—. Sólo estoy poniendo todo en orden.

No quería que ella fuera; no quería que oyera el restregar de las patas en el dormitorio de los niños, el roce de aquellas alas en la puerta.

A las cinco y media Nat propuso que desayunaran —tocino entreverado y pan frito—, aunque sólo fuera para disipar el creciente pánico que leía en los ojos de su mujer y calmar a los mohínos niños.

Ella no sabía nada acerca de los pájaros del piso superior. Afortunadamente, la alcoba no quedaba sobre la cocina. De haber sido así, su esposa no habría dejado de oír el ruido de las aves picoteando el entarimado. Y el absurdo e insensato choque de los pájaros suicidas, que entraban volando en el dormitorio y se estrellaban de cabeza contra las paredes. Conocía bien a las gaviotas argénteas, no tenían seso. Los gaviones eran distintos, sabían lo que estaban haciendo. Y también los ratoneros, los gavilanes...

De pronto se dio cuenta de que estaba mirando el reloj, observando las manecillas que con tan desesperante lentitud giraban sobre la esfera. Si su teoría no era correcta, si el ataque no cesaba al cambiar la marea, sabía que estaban derrotados. No podían seguir todo el largo día sin aire, sin descanso, sin más combustible, sin... Voló su pensamiento. No ignoraba cuántas cosas necesitaban para resistir el asedio. No estaban preparados. Quizá, después de todo, se estuviera más seguro en las ciudades. Si consiguiera hacer llegar un mensaje a su primo por el teléfono de la granja... sólo un corto viaje por tren tierra adentro... tal vez pudieran alquilar un coche... eso sería más rápido: alquilar un automóvil entre las mareas...

La voz de su esposa, llamándole, ahuyentó el súbito y desesperado deseo de dormir.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres ahora? —preguntó bruscamente.

—La radio. He estado pendiente de la hora. Son casi las siete.

—No toques el mando —dijo Nat, impaciente por primera vez—. Ya está puesta en el Servicio Interior. Transmitirán por esa emisora.

Esperaron. El reloj de la cocina dio las siete. No hubo sonido alguno. Ni sintonía ni música. Aguardaron hasta las siete y cuarto y cambiaron al programa ligero. El resultado fue el mismo. No hubo boletín de noticias.

—Habremos oído mal —dijo Nat—. Seguramente no transmitirán hasta las ocho.

Dejaron el aparato encendido, y Nat se preguntó hasta cuándo duraría la batería. Generalmente la mandaban recargar cuando su esposa iba de compras a la ciudad. Si fallaba la batería, no podrían escuchar las instrucciones.

—Está amaneciendo —susurró ella—. No lo veo, pero lo siento. Y los pájaros ya no martillan tan fuerte.

Tenía razón. El ruido áspero, de desgarro, se debilitaba por momentos. Y también los roces, los empujones para ocupar un sitio en el escalón, en los antepechos. Estaba cambiando la marea. A las ocho ya no se oía nada. Sólo el viento. Los niños, arrullados al fin por el silencio, se quedaron dormidos. A las ocho y media Nat apagó la radio.

—¿Qué haces? Vamos a perdernos las noticias —dijo su mujer.

—No habrá noticias —contestó Nat—. Hemos de depender de nosotros mismos.

Fue a la puerta y retiró lentamente los obstáculos. Corrió los cerrojos, apartó con el pie los cuerpos del escalón y respiró el aire frío. Tenía seis horas por delante, y sabía que no debía desperdiciar sus energías, sino reservarlas para las cosas importantes. Alimentos, luz y combustible: estas eran las cosas necesarias. Si lograba obtenerlas en medida suficiente, podrían resistir otra noche.

Salió al jardín y vio los pájaros vivos. Las gaviotas se habían ido a mecerse sobre las olas, como hicieran antes; buscaban comida y descanso antes de volver al ataque. Las aves terrestres, sin embargo, esperaban y observaban. Nat las vio en los setos, en el suelo, apiñadas en los árboles; fila tras fila, inmóviles, sin hacer nada.

Avanzó hasta el extremo del pequeño jardín. Los pájaros no se movieron. Seguían vigilándolo.

«Tengo que conseguir comida», se dijo Nat. «Tengo que ir a la granja a buscar comida».

Volvió a la casa. Inspeccionó las ventanas y las puertas. Subió al piso alto y abrió la habitación de los niños. Estaba vacía, con excepción de los pájaros muertos que yacían en el suelo. Los vivos estaban fuera, en el jardín, en los campos. Bajó de nuevo y dijo:

—Voy a ir a la granja.

Su esposa se asió a él. Había visto a los pájaros vivos por la puerta abierta.

—Llévanos contigo —suplicó—. No podemos permanecer aquí solos. Preferiría morir a quedarme sola aquí.

—Vamos pues —dijo Nat tras reflexionar un momento—. Traed cestos, y el cochecito de Johnny. Podemos cargarlo.

Se vistieron para protegerse del cortante viento, y se pusieron guantes y bufandas. Su esposa instaló a Johnny en el cochecito. Nat cogió a Jill de la mano.

—Los pájaros —lloriqueó la niña—. Están todos ahí, en los campos.

—No nos harán daño —dijo su padre—. A la luz del día no.

Echaron a andar a través del campo, hacia el portillo, y las aves no se movieron. Esperaban, con la cabeza vuelta en dirección al viento.

Cuando llegaron al recodo de la granja, Nat se detuvo y dijo a su esposa que esperara con los niños al abrigo del seto.

—Pero quiero ver a la señora Trigg —protestó ella—. Hay muchas cosas que nos pueden prestar si fueron ayer al mercado; no sólo pan y...

—Esperad aquí —interrumpió Nat—. Volveré en seguida.

Las vacas mugían, moviéndose inquietas en el patio; Nat vio en la cerca una abertura por la que se habían abierto paso las ovejas para vagar libremente por el jardín de la parte delantera. No salía humo por las chimeneas. Tuvo un presentimiento. No quería que su esposa o los niños fueran a la granja.

—No protestéis, por favor —añadió—. Haced lo que os he dicho.

Su esposa se retiró con el cochecito al amparo del seto, protegiéndose del viento junto con los niños.

Nat continuó solo hasta la granja. Se abrió paso por entre el rebaño de mugientes vacas, que iban de un lado para otro, desasosegadas, con las ubres repletas. Vio el automóvil al lado de la cancela; Trigg no lo había encerrado en el garaje. Las ventanas de la casa estaban rotas. Había muchas gaviotas muertas en el patio y alrededor del edificio. Los pájaros vivos estaban posados, completamente inmóviles, en el tejado de la casa y en el grupo de árboles que se alzaba detrás, observándole con atención.

El cuerpo de Jim yacía en el patio... lo que quedaba de él. Cuando las aves hubieron terminado su labor, las vacas lo habían pisoteado. Tenía una escopeta a su lado. La puerta de la casa estaba asegurada con cerrojo, pero resultó fácil alzar una de las ventanas destrozadas y colarse en la casa. El cadáver de Trigg se hallaba junto al teléfono.

Seguramente trataba de comunicar con la centralita cuando le atacaron los pájaros. El receptor colgaba suelto, y el aparato estaba medio arrancado de la pared. No había rastro de la señora Trigg. Estaría arriba. ¿Serviría de algo subir? Nat sintió náuseas; imaginaba lo que iba a encontrar.

«Gracias a Dios», se dijo, «que no había niños».

Tuvo que hacer acopio de valor para subir por la escalera, pero a medio camino dio la vuelta y emprendió el descenso. Había visto las piernas de la mujer asomando por la puerta del dormitorio. A su lado yacían los cuerpos de varios gaviones, y un paraguas roto.

«De nada sirve tratar de hacer algo», pensó Nat. «Sólo me quedan cinco horas, menos quizá. Los Trigg lo comprenderían. Debo cargar con lo que encuentre».

Volvió a paso vivo junto a su mujer y sus hijos.

—Voy a cargar el coche —dijo—. Traeré carbón y petróleo para el infiernillo. Lo llevaremos a casa y volveremos para cargarlo de nuevo.

—¿Y qué hay de los Trigg? —preguntó su esposa.

—Deben de haber ido a casa de unos amigos.

—¿Quieres que vaya a ayudarte?

—No; está todo hecho un lío. Hay vacas y ovejas por todas partes. Espera, voy a buscar el coche. Podéis sentaros dentro.

Torpemente, sacó el coche del patio y lo dejó en el camino. Desde allí, su mujer y sus hijos no podían ver el cadáver de Jim.

—Quedaos aquí —dijo—. No os preocupéis del cochecito; podemos recogerlo más tarde. Voy a cargar el automóvil.

Su mujer no dejaba de mirarle a los ojos. Sabía lo que había ocurrido, pensó Nat, pues de otro modo se habría ofrecido a ayudarle a buscar el pan y los comestibles.

Hicieron tres viajes antes de que se sintiera satisfecho de contar con todo lo que necesitaban. Resultaba sorprendente, ahora que lo pensaba, la cantidad de cosas que se precisaban. Casi lo más importante de todo era la tablazón para las ventanas. Anduvo de un lado para otro buscando madera. Quería renovar las tablas en todas las ventanas de su casa. Velas, petróleo, clavos, alimentos enlatados; la lista era interminable. Aparte de todo esto, ordeñó tres vacas. Las demás, pobres animales, tendrían que seguir mugiendo.

En el viaje final condujo el coche a la parada del autobús, se apeó y entró en la cabina telefónica. Estuvo unos minutos tratando de conseguir la señal, pero en vano. La línea no funcionaba. Subió a una loma y oteó la campiña; ni rastro de vida, salvo los pájaros que aguardaban vigilantes. Algunos de ellos dormían; Nat veía los picos embutidos entre las plumas.

«Lo normal es que estuvieran comiendo», se dijo, «y no posados sin hacer nada».

Entonces recordó. Estaban hartos. Habían comido de sobra durante la noche. Por eso no se movían ahora...

No salía humo de las chimeneas de las casas protegidas. Pensó en los niños que habían corrido a través del campo la tarde anterior.

«¡Qué negligencia la mía! Debería habérmelos llevado a casa».

Alzó el rostro hacia el cielo, un cielo incoloro y grisáceo. Los desnudos árboles de la campiña parecían combados y ennegrecidos por el viento del este. El frío no afectaba a los pájaros vivos que aguardaban a la intemperie.

«Es ahora cuando debían atacarlos», pensó Nat. «Imposible fallar el blanco. Deben de estar inmóviles en todo el país. ¿Por qué no despegan inmediatamente nuestros aviones y los rocían de gas mostaza? ¿Qué están haciendo nuestros muchachos? Deben saberlo; deben estarlo viendo con sus propios ojos».

Volvió al coche y se puso al volante.

—Pasa rápidamente por esa segunda cancela —le dijo en voz queda su mujer—. El cartero está tendido allí, y no quiero que Jill lo vea.

Aceleró. El pequeño Morris avanzó dando sacudidas por el camino. Los niños chillaban y reían.

—Arriba-abajo, arriba-abajo —gritó el pequeño Johnny.

Llegaron a la casa a la una menos cuarto. Sólo quedaba una hora.

—Mejor será que tome una comida fría —dijo Nat—. Calienta algo para ti y para los niños, un poco de esa sopa. Yo no tengo tiempo para comer ahora. Antes debo descargar esto.

Metió todo en la casa. Ya lo ordenarían después. Así tendrían algo que hacer durante las largas horas que se avecinaban. Primero debía ocuparse de las ventanas y las puertas.

Recorrió metódicamente la casa, inspeccionando cada ventana, cada puerta. Subió también al tejado, y clavó tablas en todas las chimeneas excepto la de la cocina. El frío era tan intenso que apenas podía resistirlo, pero había que hacerlo. De vez en cuando miraba al cielo en busca de aviones. No vio ninguno. Mientras trabajaba maldijo la ineficacia de las autoridades.

«Siempre pasa lo mismo», musitó, «siempre nos fallan. Confusión y más confusión desde el comienzo. No hay un plan, ni una verdadera organización. Y nosotros, los de aquí, no somos nada. Sí, eso es. La gente del interior tiene prioridad. Allí estarán empleando gases, sin duda, y todos los aviones. No nos queda más remedio que esperar y aceptar lo que venga».

Cuando terminó de tapar la chimenea del dormitorio, interrumpió el trabajo, y miró hacia el mar. Algo se movía a lo lejos. Algo gris y blanco entre los cachones.

«La vieja armada nunca nos falla», se dijo. «Vienen canal abajo; están entrando en la bahía».

Esperó, entornando los ojos, llorosos a causa del viento, oteando el mar. Estaba equivocado. No eran buques. La armada no se encontraba allí. Eran las gaviotas levantando el vuelo. También las nutridas bandadas de los campos, con las plumas en desorden, se alzaban en formación hacia el cielo.

La marea había vuelto a cambiar.

Nat bajó por la escalera de mano y entró en la cocina. La familia estaba comiendo. Eran poco más de las dos. Echó el cerrojo a la puerta, afianzó la barricada y encendió la lámpara.

—Es de noche —dijo el pequeño Johnny.

Su mujer había vuelto a poner la radio, pero no emitía sonido alguno.

—He estado buscando y buscando —dijo—; emisoras extranjeras y todo eso. No hay nada.

—Quizá ellos tengan el mismo problema —señaló Nat—; quizá suceda lo mismo en toda Europa.

Su esposa llenó un plato de la sopa de los Trigg, le cortó una rebanada de pan de idéntica procedencia y la untó con manteca.

Comieron en silencio. Un poco de manteca resbaló por la barbilla del pequeño Johnny y cayó en la mesa.

—Esos modales, Johnny —le dijo Jill—. A ver cuándo aprendes a limpiarte la boca.

Comenzó el golpeteo en las ventanas, en la puerta. Los roces, los restregones, los empujones para conquistar un puesto en los antepechos. El primer choque de las gaviotas suicidas contra el escalón.

—¿No va a hacer nada Norteamérica? —preguntó su mujer—. Siempre han sido aliados nuestros, ¿no es cierto? Harán algo, ¿verdad?

Nat no contestó. Las tablas de las ventanas y de las chimeneas estaban bien afianzadas. La casa estaba llena de provisiones, de combustible, de todo lo que necesitaban para los próximos días. Cuando terminara de comer guardaría las cosas, las apilaría, todo quedaría ordenado y al alcance de la mano. Su mujer le ayudaría, y también los niños, que trabajarían hasta quedar agotados entre ese momento y las nueve menos cuarto, cuando bajara la marea; luego los arroparía en sus colchones para que durmieran profundamente hasta las tres de la mañana.

Se le había ocurrido una nueva idea para las ventanas: clavar alambre de espino en la cara externa de las tablas. Había traído un gran rollo de la granja. Lo malo era que tendría que realizar esta tarea en la oscuridad, aprovechando la pausa entre las nueve y las tres. Lástima que no hubiera pensado en ello antes. Lo más importante, sin embargo, era que su mujer y los niños durmieran.

Los pájaros más pequeños se hallaban ahora en la ventana. Reconoció el ligero golpear de sus picos y el tenue roce de sus alas. Los gavilanes hicieron caso omiso de las ventanas. Se concentraron en el ataque a la puerta. Al escuchar el sonido que hacía la madera al romperse, Nat se preguntó cuántos millones de años de memoria estaban almacenados en aquellos pequeños cerebros, detrás de los punzantes picos, de los penetrantes ojos... una memoria que ahora les dotaba del instinto para destruir al género humano con toda la infalible precisión de una máquina.

—Fumaré ese último cigarrillo —dijo a su esposa—. Estúpido de mí; fue lo único que olvidé traer de la granja.

Cogió el pitillo y encendió la silenciosa radio. Arrojó al fuego el paquete vacío y lo contempló mientras ardía.

EL ARTICULO DE FONDO

BENITO PEREZ GALDOS/ESPAÑA



I

BASTA DE contemplaciones. Basta de contubernios. Basta de flaquezas. Ha sonado la hora de las energías. Creíamos que los hechos, tan claros ya en la mente de todo el mundo, se presentarían al fin en su espantosa gravedad a los ojos del insensato poder que dirige los negocios públicos. Juzgando que toda obcecación, por grande que sea, ha de tener su límite, creíamos que el Gobierno no podría resistir a la evidencia de su descrédito; creíamos que, deponiendo la terquedad propia de todos los poderes que no se apoyan en la opinión, se resolvería al fin a entrar por más despejado y seguro camino, si no consideraba como la mejor de las enmiendas el abandonar la vida pública. Esperábamos inquietos, ante los grandes males que afligen a la patria; esperábamos callando, sin dejar de conocer los diarios y cada vez más graves errores de este insensato Gobierno. Hemos esperado hasta lo último, hasta que los escándalos han sido intolerables. Hemos callado mientras el callar no fue gravísima falta. Ya no hay esperanza. Es preciso no ocultar la verdad al país, y nosotros faltaríamos al primero de nuestros deberes si un momento más permaneciéramos en esta actitud. Nuestro patriotismo nos impele a obrar de este modo; y como sabemos que la opinión pública es la única...»

Al llegar aquí, el autor del artículo se paró. La inspiración, si así puede decirse, se le había concluido; y como si el esfuerzo hecho

para crear los párrafos que anteceden produjera fatiga en su imaginación, se detuvo con ánimo de proseguir cuando las varias ideas que repentinamente y en tropel vinieron a su imaginación se disiparan.

Era su entendimiento tan pobre, que no hay noticia de que produjera nunca cosas de provecho, pues no han de tenerse por tales sus lucubraciones soporíferas sobre el origen de los poderes públicos y el equilibrio de las fuerzas sociales; era, además de corto, díscolo, porque jamás pudo adquirir ni sombra de método. Descollaba en las digresiones, y cuando se ocupaba en desarrollar una tesis cualquiera no había fuerzas humanas que lo concretaran al asunto, impidiendo sus escapadas, ya al campo de la historia, ya a la selva de la moral, ya a los vericuetos de la arqueología o de la numismática. Por todos estos campos, cerros y collados corría complaciente y alborozada la imaginación del autor del *artículo de fondo*, cuando interrumpido el hilo lógico de este y olvidado el asunto y desbaratado el plan, ocuparon su mente, apoderándose de ella de un modo atropellado, violento y como de sorpresa, las intrusas ideas de que se ha hecho mérito.

Procedían estas de todos los objetos, de todas las ilusiones, de todos los recuerdos, de mil fuentes diversas que manaban a un tiempo una corriente sin fin. Vínole al pensamiento no sé qué fragmento de historia, con el cual se unía la imagen de un obispo de Astorga, tan testarudo clérigo como intrépido soldado. Acordábase de las torres mozárabes que había contemplado en una ciudad antigua, y al mismo tiempo se le ofrecían a la vista lagos y jardines, no sin que de pronto afease este espectáculo algún animal de corpulenta forma y repugnante fealdad. Tan pronto se le representaban los versos de algún romance que hacía tiempo leyera en amarillos y arrugados códices, como sentía el rumor de lejana música de órgano, dulcísima y misteriosa.

¡Con cuánto abandono se entrega la imaginación a este cómodo vagar, suelta y libre, sin las trabas del árido razonamiento, sin que una voluntad firme la sujete ni la enfrene para elaborar difícilmente el producto literario, uno, lógico, de forma determinada y con especial contextura! La imaginación del pobre periodista había logrado escaparse en aquellos momentos, cuando el artículo

no había pasado aún de su edad infantil y sólo contaba escaso número de renglones. La imaginación del menguado escritor, después de correr de aquí para allí con la alborozada inquietud de un pájaro que, viendo rotas las cañas de su jaula, se escapa y vuela a todas partes sin fijarse en ninguna, se concretó al fin, se fijó, se regularizó poco a poco.

De entre los escasos renglones del artículo interrumpido poco después de haberse dado a luz su primera idea surgen las líneas, las sombras y luces de una inmensa catedral gótica. Crecen sus haces de columnas, teñidas de suave matiz pardo, hasta llegar a enorme altura, desparramándose después los retorcidos tallos para formar las bóvedas. Descienden del techo, cual si estuvieran suspendidas de elásticas y casi invisibles cuerdas, lámparas de oro, cuyas luces oscilantes no bastan a eclipsar el diáfano colorido de las vidrieras, que, llenas de santos y figuras resplandecientes, parecen comunicar con el cielo el interior del templo. Mil figuras van destacándose en la pared, como si una mano invisible las tallara en la piedra con sobrenatural prontitud, y lozana flora crece portentosamente a lo largo de las columnas, llevando en sus cálices animales grotescos e inverosímiles, que parecen haber sido producidos por ignorado germen en las entrañas mismas de la piedra. Las estatuas aplastadas sobre los muros se multiplican, aparecen en filas, en series, en ciclos sin fin, y son todas rígidas, tiesas, retratando en sus semblantes el fastidio del Limbo o la placidez del Paraíso. Alternan con ellas los seres simbólicos creados por la estatuaria cristiana y que parecen engendro sacrílego del paganismo y la teología. Los dragones, las sibilas, los monstruos bíblicos que para representar sutiles abstracciones ideó el genio de la Edad Media, refundiendo los despojos de las sirenas y los centauros antiguos, muestran sus heterogéneos miembros, en que la figura humana se une a las más raras formas de la fantástica zoología, ya religiosa, ya heráldica, inventada por embriagados escultores. Vense en las paredes blasones de brillantes tintas, sobre suntuosos sepulcros en que duermen el sueño del mármol arzobispos y condestables, príncipes y guerreros, empuñando báculos o espadas. Los perros y leoncillos en que apoyan sus pies parecen prestar atento oído a todo rumor que en el templo suena. Resplandece en el fondo el estofado riquísimo del altar, semejante a in-

mensa ascua de oro cuajada de diminutos ángeles y querubes que aletean quemándose en el seno de aquella nube incandescente y como si la combustión les diera vida. Graves y barbudos santos, alineados con la compostura propia de los círculos celestes, aparecen en el centro de este gran Apocalipsis de madera dorada, terminando tan portentosa máquina un Cristo colosal, cuyos brazos, que se abren contraídos por los dolores corporales, parece van a estrechar en supremo abrazo a todo el linaje humano.

Se sienten rezos tenues y confusos, no interrumpidos por pausa alguna, como si la atmósfera interior del edificio, afectada de una vibración inherente a su esencia física, modulara un monólogo sin fin. Todo es calma y respeto. La claridad, las sombras, las formas esculturales, la gallardía de las líneas, el recóndito sonido que se creería producido por la oscilación de la masa arquitectónica; aquel sonido que hace pensar en la respiración de algún misterioso espíritu, habitante en las grandes cavidades de piedra; la variedad de objetos, la majestad de los sepulcros, el idealismo de los efectos de luz, todo esto produce estupor y recogimiento. Se piensa en Dios y se trata de medir la inmensidad de la idea que ha dado existencia a tan hermoso conjunto; se siente la más grande admiración hacia los tiempos que tuvieron fe, corazón y arte para expresar con símbolos inagotables su arraigada creencia...

Hallábase el menguado autor como en éxtasis, contemplando en su mente estas hermosuras del arte y de la fe, cuando un ruido de pasos primero, la inusitada aparición de un hombre después, le trajeron bruscamente a la realidad, haciéndole fijar la vista en las cuartillas del artículo de fondo que olvidado yacía sobre la mesa.

El ser que tenía delante era un monstruo, un vestiglo. Aborrecíale en aquellos momentos más que si viniera a darle la muerte; y le inspiraba más pavor que si fuese Satanás en persona. El monstruo miró al autor de un modo que le hizo temblar; alargó la mano pronunciando palabras que aterraron al infeliz, cual si fueran anatemas de la Iglesia o sentencia de inquisidores. Estremecióse en su asiento, erizósele el cabello y miró con angustia y bañado en sudor frío las incorrectas líneas del interrumpido articulejo.

II

AQUEL vestiglo o, en otros términos, pedazo de bárbaro, venía cubierto de sudor, como si hubiese hecho una larga y precipitada carrera; y lo mismo su cara que su andrajosa y mugrienta ropa parecían teñidas de un ligero barniz oscuro. La tinta manaba de sus poros. Se diferenciaba de un carbonero en que su tizne era más consistente y como si le saliera de dentro. Enteramente igual a un cíclope, si no tuviera dos ojos, era el tal una de las más poderosas palancas de la civilización moderna, porque había recibido de la Providencia la alta misión de mover el manubrio de una máquina de imprimir, que daba a luz diariamente millones de millones de palabras. Viviendo la mayor parte del día en el sótano donde la máquina civilizadora funciona, aquel hombre se había identificado con ella; formaba parte de su mecanismo, y la armazón ingeniosa, pero inerte, obra pura de las matemáticas, se convertía en ser inteligente cuando al impulso del monstruo movía sus ruedas, ejes y cilindros como si fueran órganos animados por recóndita vida. Ambos se entusiasmaban, se confundían: ella crujiendo convulsivamente y con acompasada celeridad; él, jadeante y lleno de sudor, describiendo curvas y más curvas con su brazo; ella recibiendo el papel para lanzarle fuera después de haber extendido en su superficie un mundo de ideas, y él entonando algún cantar para hacer más llevadero su trabajo. Horas y horas pasaban de este modo: la máquina, remedo de la naturaleza, reproduciendo en millones de ejemplares un mismo tipo y una misma forma; el hombre, determinando la fuerza impulsora, semejante al soplo vital en los organismos animales. Cuando uno y otro se completaban de aquel modo, difícil era suponerlos desunidos; y después de admirar el pasmoso resultado de la combinación de los dos elementos, no habría sido fácil tampoco decir cuál de los dos era más inteligente.

Pero aquel hombre desempeñaba aún otras altas funciones igualmente encaminadas a la propagación de las luces. ¿Qué sería del pensamiento humano si aquel bruto no tuviera la misión de arreglar la tinta de imprimir, haciéndola más espesa o más clara, según la intensidad que se quiera dar a la impresión? Cuando los ejemplares de los periódicos habían sido dados a luz por la máquina; cuando

esta se paraba fatigada del alumbramiento y hacía rechinar sus tornillos como si le dolieran; cuando los ejemplares recién nacidos, húmedos, pegajosos y malolientes, eran apilados sobre una gran mesa, el vestiglo los doblaba cariñosamente, les ponía las fajas, les daba la forma con que circulan por toda la redondez de la tierra, llevando la idea a las más apartadas regiones, vivificando cuanto existe; los transportaba al correo, los pesaba, los franqueaba, tratábalos con el cariño de un padre y creía que él solo era autor de tanta maravilla.

No se limitaban a esto sus funciones: él pegaba carteles, complaciéndose sobremanera en vestir de colorines las esquinas de Madrid, coadyuvando de este modo a una de las grandes cosas de nuestro siglo, que es la publicidad. Y si tenía un arte especial para poner cataplasmas a las calles, no era menor su aptitud para echarse a cuestas enormes resmas de papel, que allá en su fuero interno consideraba como el alimento, pienso o forraje de la máquina. Pues, digo, también era insustituible para cargar moldes o formas que, llenas de letras, desafían los puños de los hombres más vigorosos; y además le destinaban a traer y llevar original y pruebas, misión que cumplía puntualmente al presentarse ante el joven autor de quien hablo y decirle que venía *a por el artículo,* añadiendo que hacía mucha falta por estar parados y mano sobre mano los señores cajistas.

El apuro del autor no es para pintarse, y ved aquí explicado el horror, la indignación, los escalofríos y trasudores que la presencia del mocetón de la imprenta le produjo. Era preciso acabar el artículo, y antes de acabarlo era menester seguirlo, empresa de dificultad colosal, por hallarse la imaginación del escritor sin ventura a 100.000 leguas del asunto. El desdichado mandó al mozo que volviera dentro de un breve rato; tomó la pluma, y recogiendo sus ideas lo mejor que pudo, después de trazar muchos garabatos en un papelejo y mirar al techo cuatro veces y al papel otras tantas, escribió lo siguiente:

«...Y como sabemos que la opinión pública es la única norma de la política; como sabemos que los Gobiernos que no se guían por la opinión pública elaboran su propia ruina con la ruina del país, nos decidimos hoy a alzar nuestra voz para indicar el peligro. El princi-

pal error del Gobierno, preciso es decirlo muy alto, es su empeño en destruir nuestras instituciones tradicionales, en realizar una *abolición completa de lo pasado*. ¿Son las conquistas de la civilización compatibles con la Historia? ¡Ah! El Gobierno se esfuerza en extirpar los restos de la fe de nuestros padres, de aquella fe poderosa de que vemos exacta expresión en las soberbias catedrales de la Edad Media, que subsisten y subsistirán para asombro de las generaciones. ¡Mezquina edad presente! ¡Ah! ¡Cómo se engrandece el ánimo al contemplar las prodigiosas obras que levantó el sentimiento religioso! El espíritu que de tal manera se reproduce, ¿no debe conservarse en la sociedad mediante la acción previsora de los Gobiernos encargados de velar por los grandes y eternos principios?»

No bien concluido este párrafo, que a nuestro autor le pareció de perlas, fue interrumpido por un tremendo golpe que sintió en el hombro. Alzó los ojos y vio, ¡cielos!, a un importuno amigo que tenía la mala costumbre de insinuarse dando grandes espaldarazos y pellizcos.

Aunque el periodista tenía bastante intimidad con el recién venido, en aquel momento le fue más antipático que si viera en él a un alguacil encargado de prenderle. Le miró, apartando la vista del artículo, nuevamente interrumpido, y esperó con paciencia las palabras de su amigote.

III

El cual era en extremo pesado, y tenía un mirar tan parecido a la estupefacción inalterable de las estatuas, que al verle y oírle venían a la memoria los solemnes discursos de las esfinges o los augurios de cualquier oráculo o pitonisa. Hablaba en voz baja y en tono algo cavernoso, lo que no dejaba de estar en armonía con la amarillez de su semblante y con los cabellos largos que a entrambos lados de la cabeza le caían. Era además tan lúgubre en su carácter y en sus costumbres que no faltaba razón a los que habían dado en llamarle *Sepulturero*.

Con el desdichado autor de quien nos venimos ocupando tenía este hombre amistad antigua: ambos habían corrido juntos multitud de aventuras, y sin separarse navegaron por los revueltos golfos

del periodismo hasta encallar en los arrecifes de una oficina, de donde no tardó en arrojarlos un cambio ministerial, y se embarcaron de nuevo en la Prensa en busca de posición social. Comunicábanse sus desgracias y placeres, partiendo unos y otros fraternalmente, y se ayudaban en sus respectivas crisis financieras, haciéndose mutuos empréstitos, y girando el uno contra el otro cuantiosas letras, a pagar noventa días después del Juicio Final. El lúgubre, principalmente, era un gran ministro de Hacienda, y resolvía todos sus apuros por medio de grandes acometidas al bolsillo del joven escritor, que tenía, entre otras cualidades, la de despreciar las vanas riquezas.

En cambio de estos servicios, el *Sepulturero* ayudaba en sus amores al escritor, que era por extremo sensible, idealista de la clase más anticuada, si bien esto se compensaba por su habilidad en escribir billetes amorosos, manifestación literaria a que sólo sus artículos políticos podían igualarse. También se consagraba el otro a tales entretenimientos; pero en su calidad de gran financiero jamás le pasó por las mientes, como al escritorcillo, la insensata idea de casarse.

—Vengo a ponerte sobre aviso —dijo con su hueca, apagada y profunda voz el lúgubre—. Ha llegado.

Los dos amigos eran asiduos concurrentes a la ópera, y solían amenizar sus conversaciones con los cantos y romanzas de que tenían llena la cabeza; y a veces, cuando en el diálogo encajaba bien, soltaban algún recitativo. Por eso cuando el lúgubre dijo: *Ha venido,* el periodista cantó con afectación de sobresalto:

—*L'incognito amante della Rossina?*

—*Apunto quello* —contestó el otro.

—¡Qué contrariedad! ¿Pues no decían que ese hombre no vendría, que había ya renunciado a sus proyectos de matrimonio? ¿No estaban, lo mismo Juanita que su madre, convencidas de que la familia de ese gaznápiro no podía consentir en semejante boda?

—Ahí verás. El se ha escapado de su casa y dice que viene resuelto a dar su blanca mano. Ya sabes que la pécora de doña Lorenza bebe los vientos por atraparle, porque parece ha de heredar, cuando muera su tía, el título de marqués de los Cuatro Vientos. Es rico; doña Lorenza sabe de memoria el número de carneros,

bueyes y asnos que posee en sus dehesas *il tuo rivale,* y está loca de contento. Si no casa a su hija con él, creo que revienta.

—¡Pero Juanita, Juanita! —exclamó el escritor, mirando al techo—. Juanita no puede ceder a las despóticas exigencias de esa tarasca de su madre.

—*La ragazza* te quiere; pero si su madre se emperra en que no, y que no... Yo creo que de esta vez te quedas con tres palmos de narices. Cuando todas las contrariedades estaban allanadas, viene ese antiguo pretendiente, que si no agrada a la hija, agrada a la mamá, y esto basta. *Poverino!*

—¡Quita allá!... yo no lo puedo creer. La chica se resistirá; ha jurado no tener más esposo que yo.

—Sí. Pero tanto la sermonean... La madre es una rata de iglesia; frecuentan su casa, como sabes, multitud de clérigos que, según dicen, le tienen trastornado el juicio. Le han llevado el cuento de que tú eres un revolucionario impío; que insultas a Dios y a la Virgen en tus artículos; que estás excomulgado, y que debes de tener rabo, como los judíos. Doña Lorenza, que oye siete misas al día y se confiesa dos veces por semana, te detesta como si fueras el mismo Judas. Ella infundirá este odio a su niña, haciéndole creer que eres descendiente de Caifás, y que se va a condenar si se casa contigo.

—¡Monstruoso, inconcebible!

—Esa familia, chico, es la madriguera del obscurantismo. ¡Qué rancias ideas y costumbres! En vano un espíritu fuerte, como Juanita, se esfuerza en romper los nudos de la tutela estúpida con que se la quiere oprimir. Tendrá que dejarte, y se casará con ese alcornoque, a quien los clérigos y beatas que pululan en aquella casa elogian sin cesar, encomiando sus virtudes, su religiosidad, su grande amor a la causa carlista y sus inmensos ganados.

—¡Maldito sea el fariseísmo! —exclamó el otro, indignado contra la teocracia que así se introduce en el seno de las familias para torcer los más nobles propósitos y amoldarlos a fines mundanos.

Desahogaba su ira en furibundos apóstrofes, anatemas y dicterios, golpeando la mesa, lívido y descompuesto, cuando sintióse ruido de pasos y apareció la fatídica estampa del mozo de la imprenta, que volvía en busca del comenzado fondo.

¡El artículo! —suspiró nuestro escritor, echando mano a las cuartillas, mojando la pluma con detestable humor y echando pestes contra todos los periódicos y todos los clérigos del orbe.

Pasados algunos segundos, pudo fijar sus ideas y continuó su interrumpida obra del modo siguiente:

«Meditemos. Si bien es cierto que el Gobierno tiene la misión de velar por la conservación y prestigio de los principios morales y religiosos, también está fuera de toda duda que el más grave error en que pueden incurrir los Poderes públicos es apegarse demasiado a las instituciones pasadas, protegiendo la teocracia y permitiendo que los apóstoles del obscurantismo extiendan su hipócrita y solapado dominio a toda la sociedad. ¡Oh!, la más espantosa lepra de las naciones es esa masonería clerical, que, ansiando allegar para su causa mundana toda clase de recursos, no vacila en apoderarse de la voluntad de las mujeres indoctas y tímidas para entronizarse mañosamente en las familias, organizarlas a su manera, intervenir en sus actos más secretos, atar y desatar sus vínculos y crear de este modo un influjo universal que, a poco de extendido, no podrá destruirse sino con una sangrienta hecatombe. ¡Ah! ¡Oh! ¡Les conocemos bien!

»¿No es notorio para todo el mundo que el actual Gabinete, lejos de oponerse a tan grave mal, hace cuanto está en su mano para que tome proporciones? ¿No estamos viendo que los órganos del obscurantismo aplauden todos los actos del Gobierno, y que existe un pacto tácito entre la teocracia y el Poder, una comunidad de aspiraciones tal que parecen confundirse los poderes eclesiástico y civil, cual si viviéramos en los tiempos del más brutal absolutismo? ¡Ah! ¡Es preciso ya decir la verdad al país! ¡Oh! ¡Es preciso hablar muy alto y poner las cosas en su lugar, exigiendo la responsabilidad a quien realmente la tenga!»

Aquí se paró el escritor, mil veces desdichado, porque se le acabaron las ideas; y no pudo *decir la verdad al país*, porque su imaginación no se apartaba de Juanita, de la impertinente y mojigata mamá, de los clerizontes y monagos que influían en la casa, de los carneros, bueyes, cabras y asnos del futuro marqués de los Cuatro Vientos.

IV

Aprovechándose de este intermedio trató el lúgubre de entablar de nuevo el consabido palique.

—Pero la situación no es desesperada —dijo—. Con ingenio puedes vencer y dejar a ese señor de las vacas y carneros con un palmo de boca abierta.

—Si yo pudiera... *Le mie nozze colei meglo e affretare.*

—*Io dentr' oggi a finir vo questo affare...* Mira, tengo un plan... ¿Sabes que me comprometería a arreglar el asunto empleando ciertos medios...?

—A ver, ¿qué plan, qué medios son esos? Cualesquiera que sean ponlos en práctica inmediatamente. Tú eres hombre de ingenio.

—Pero no basta el ingenio —dijo el lúgubre—. Para ello es preciso otra cosa... es necesario dinero.

—¡Dinero! *Dovizie!* ¿Pero qué papel va a hacer aquí el dichoso dinero?

—Eso lo veremos. Es un plan vasto y difícil de explicar ahora.

—¿Pero se trata de raptos, escalamientos, sobornos? Todo eso está muy bien en las novelas de a cuarto la entrega.

—No es nada de eso. Tú has de ser el principal actor en esta trama que preparo... Es preciso que me des *guita* y te sometas a cuanto yo te mande.

—En cuanto a lo segundo, no veo inconveniente ninguno; lo primero es mucho más difícil, por una razón muy sencilla...

—Si no se tiene se busca.

—¡Se busca! *E dove, sciagurato?* Pero explícame tus planes... Ya me figuro... ¿Quieres hacerme pasar por rico...? Hombre, tiene gracia.

—Tú dame el *cumquibus* y cállate. No es preciso mucho: basta con unos cuantos miles de reales, cinco o seis mil.

—¡Cinco o seis mil! ¡Anda, anda! ¡Si tú supieras cuál es la situación del tesoro! Chico, yo pensaba pedirte para una cajetilla.

—Pero, hombre, busca bien —dijo el gran financiero con expresión de angustia, que indicaba lo triste que era para él hallar tan vacío el bolsillo del contribuyente—. ¡Y yo que necesitaba ahora un pico...!, nada más que un piquito.

—¡Piquitos a mí!

—Es una gran contrariedad que te halles en tal situación —dijo el lúgubre en tono de responso—. Yo que contaba... Además me había propuesto sacarte en bien de la aventura y hacer que doña Lorenza plantara en la calle al de los Cuatro Vientos, para que tu Juanita...

—¡Maldita sea tu estampa y mi miseria! —exclamó el articulista con desesperación—. Cuando uno se propone un fin noble y elevado, como es el del matrimonio, y no puede conseguirlo a causa de un cochino déficit, reniega de la existencia y...

No pudo concluir la frase, porque ante sus ojos se presentó un espectro que avanzaba lentamente, con expresión siniestra y aterradora. Aquel fantasma era el monstruo tipográfico, horrible caricatura de Gutenberg, que, puntual como el diablo cuando suena la hora de llevarse su alma, venía en busca del condenado artículo.

—¡El artículo! ¡Mal rayo me parta! ¡Es preciso acabarlo!

Y devorado por la ansiedad, trémulo y medio loco, trincó la pluma y ¡hala!

«Fácil es comprender —escribió— que esta situación no puede prolongarse mucho, por el aflictivo estado de la Hacienda. Los apuros del Erario son tales, que se nos llena el corazón de tristeza cuando hacemos un examen detenido de las rentas públicas. Los ingresos disminuyen de un modo aterrador; aumentan los gastos. Todas las corporaciones carecen de lo más necesario para cubrir sus atenciones. La miseria cunde por todas partes, y el ánimo se abate al considerar nuestra situación. Nos es imposible aspirar a nobles fines, porque en la vida moderna nada puede lograrse; todas las mejoras materiales y morales son ilusorias cuando el Estado se halla próximo a una vergonzosa ruina. ¡Ah! Es preciso llamar sobre esto la atención del país. El Tesoro público está exhausto. La situación es angustiosa, insostenible, desesperada. ¡Oh! Hay que exigir la responsabilidad a quien corresponda, apartando de la gestión de los negocios públicos a los hombres funestos...»

No pudo seguir, porque su amigo, que se había asomado al balcón mientras él escribía, le llamaba con grandes voces.

—¡Ven, ven... *eccola!* Por la calle pasa *la ragazza* con doña Lorenza y el futuro marquesito. *Oh terribili momento!*

El desdichado escritor levantóse de su asiento, tiró papel y pluma, sin cuidarse de que *aquellos hombres funestos* siguieran o no encargados de la gestión de los negocios públicos.

Los dos fijaron la vista con ansiosa curiosidad en un grupo que por la calle iba, compuesto de tres personas, a saber: una vieja por extremo tiesa y con aire presuntuoso que indicaba su adoración de todas las cosas tradicionales y venerandas; una joven, de cuya hermosura no podían tenerse bastantes datos desde el balcón, si bien no era difícil apreciar la esbeltez de su cuerpo, su andar airoso y su traje, en que la elegancia y la modestia habían conseguido hermanarse; y por último, un mozalbete, cuyo semblante no era fácil distinguir, pues sólo se veía algo de patillas, un poco de lentes y unas miajas de nariz.

El desesperado articulista estuvo a punto de gritar, de arrojar el objeto que hallara más a mano sobre la inocente pareja que cruzaba la calle. Púsose lívido al notar que se hablaban con una confianza parecida a la intimidad, y hasta le pareció escuchar algunas tiernas y conmovedoras frases. Apretó los puños y echó por aquella boca sapos y culebras, apartándose del balcón por no presenciar más tiempo un espectáculo que le enloquecía. Al volverse, su mirada se cruzó con la mirada del bruto de la imprenta, que, inmóvil en medio de la sala, más feo, más horrible y siniestro que nunca, reclamaba las nefastas cuartillas. ¡Nada, nada, a rematar el artículo! Ciego de furor, pálido como la muerte, trémulo y con extraviados ojos se sentó, tomó la pluma, y salpicando a diestra y siniestra grandes manchurrones de tinta, acribillando el papel con los picotazos de la pluma, enjaretó lo siguiente:

«Sí; hay que apartar de la gestión de los negocios públicos a esos hombres funestos, que han usurpado el Poder de una manera nunca vista en los anales de la ambición; a esos hombres inmorales que han extendido a todas las esferas administrativas sus viciosas costumbres; a esos hombres que escarnecen al país con sus improvisadas fortunas. Todo el mundo ve con indignación los abusos, la audacia, el cinismo de tales hombres, y nosotros participamos de esa patriótica indignación. ¡Oh!, no podemos contenernos. Señalamos a la execración de todas las gentes honradas a esos ministros funestos e inmorales —lo repetimos sin cesar— que han traído a nuestra

patria al estado en que hoy se halla, irritando los ánimos y estableciendo en todo el país el reinado de la desconfianza, del miedo, de la cólera, de la venganza. Sí; ¡¡castigo, venganza!! He aquí las palabras que sintetizan la aspiración nacional en el actual momento histórico.»

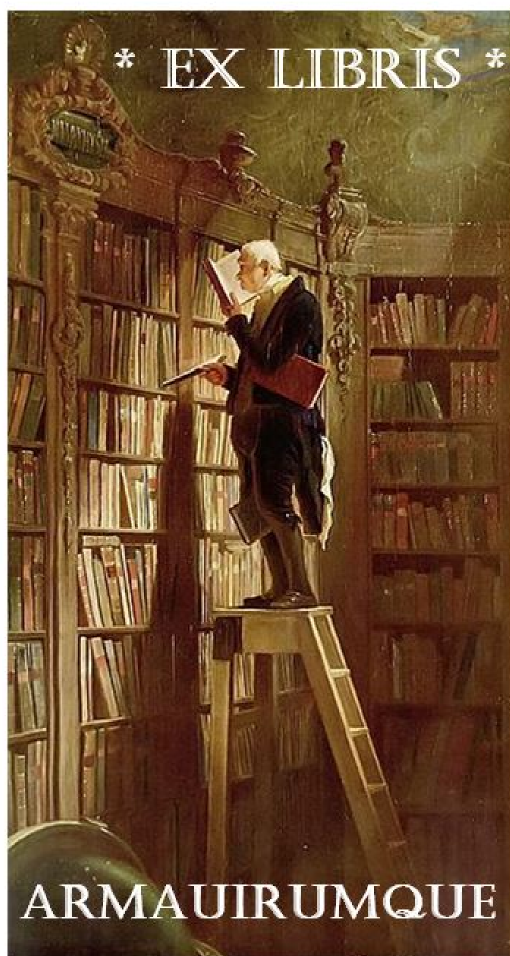
Hubiera seguido desahogando las hieles de su alma si alguien no le interrumpiera inopinadamente en aquel crítico momento histórico, entregándole una carta, cuyo sobre, escrito por mano femenina, le produjo extraordinaria conmoción. Abrióla con frenesí, rasgando el papel, y leyó lo que sigue, trazado con lápiz, apresuradamente:

«No puedo pintar mi martirio desde que este alcornoque de los Cuatro Vientos ha venido de Extremadura, con la pretensión de casarse conmigo. Mamá es *partidaria de esta solución,* como tú dices; pero yo me mantengo y me mantendré siempre en la más resuelta oposición. Nada ni nadie me hará desistir, tontín, y yo te respondo que mi *actitud,* ¡vivan las actitudes!, será tan firme, que ha de causarte admiración. El suplicio de tener que oír las simplezas y ver al antipático semblante de Cuatro Vientos me dará fuerza para resistir al *sistema arbitrario y a las medidas preventivas* de mamá.»

La alegría del autor fue tan grande en aquel *momento histórico,* que por poco se desmaya en los brazos de su amigo. Recobró repentinamente su buen humor, volviendo los colores a su rostro demacrado. Pero la presencia del siniestro gañán de la imprenta, que inmóvil permanecía en medio de la sala, le hizo comprender la necesidad de concluir su obra, que reclamaban con furor los irritados cajistas y el inexorable regente. Tomó la pluma, y con facilidad notoria terminó de esta manera:

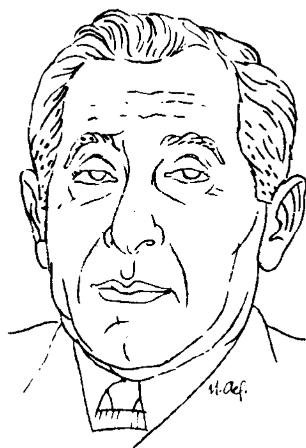
«Pero en honor de la verdad, y penetrándonos de un alto espíritu de imparcialidad, deponiendo pasiones bastardas y hablando el lenguaje de la más estricta justicia, debemos decir que no tiene el Gobierno toda la culpa de lo que hoy pasa. Sería obcecación negarle el buen deseo y la aspiración al acierto. ¡Ah! Su gestión tropieza con los obstáculos que la insensata oposición de los partidos revolucionarios hace de continuo; y los males que sufre el país no proceden, por lo general, de las altas regiones. Todos los ministros tienen muchísimo talento y se inspiran, ¿a qué negarlo?, en el más puro

patriotismo. ¡Ah!, nuestro deber es excitar a todo el mundo para que, por medio de hábiles transacciones, por medio de sabios temperamentos, puedan el pueblo y el poder hermanarse, inaugurando la serie de felicidades, de inefables dichas, de prosperidades sin cuento que la Providencia nos destina.»



PELAGIA

MIJAIL ZOSHCHENKO RUSIA



Pelagia era una analfabeta. No sabía ni escribir su propio nombre. Sin embargo, su marido era un funcionario soviético de cierta categoría, si bien en otra época había sido un simple campesino. Cinco años de vida en la ciudad le habían enseñado mucho. No sólo a escribir su nombre, sino muchísimas otras cosas.

Y se sentía avergonzado de tener una mujer analfabeta.

Deberías aprender cuando menos a escribir tu nombre, Pelageyushka solía decirle . Mi apellido es muy fácil, tan sólo dos sílabas: Kuch-kin, y aun así, no sabes escribirlo. ¡Es terrible!

Pelagia soslayaba el asunto:

No veo la necesidad de empezar a aprender ahora, Iván Nikolaievich contestaba ella . Estoy envejeciendo y mis dedos se entorpecen. ¿Por qué voy a intentar aprender ahora a escribir todas esas letras? Deja que aprendan los jóvenes. Yo me haré vieja tal y como he vivido siempre.

El marido de Pelagia era un hombre muy atareado y no podía perder el tiempo con su mujer. Movía la cabeza como diciendo: Pelagia, Pelagia... Pero sus labios permanecían cerrados.

Hasta que un día, Iván Nikolaievich llevó a su casa un librito muy especial.

Aquí tienes, Polya, una cartilla para aprender sola, basada en los métodos pedagógicos más recientes. Yo mismo te enseñaré cómo se hace.

Pelagia sonrió tranquilamente, cogió el libro, lo hojeó y lo me-

tió en el aparador como diciendo: Dejémosle ahí por el momento. Quizá nuestros nietos hagan uso de él.

Pero cierto día, Pelagia se sentó a trabajar. Tenía que zurcir una chaqueta de Iván Nikolaievich cuyas mangas estaban desgastadas por los codos.

Se sentó, pues, a la mesa, cogió la aguja, y al meter la mano bajo la chaqueta, oyó algo que crujía.

Quizá tenga dinero en algún bolsillo, pensó Pelagia.

Empezó a buscar y encontró una carta. Una carta preciosa, en un sobre primoroso, con una letra pequeña y clara, que olía a perfume o a colonia. El corazón de Pelagia le dio un vuelco.

¿Será posible que Iván Nikolaievich me engañe?, pensó. ¿Que esté manteniendo correspondencia amorosa con damas bien educadas y mofándose de su pobre y analfabeta mujer?

Pelagia miró el sobre, sacó la carta y la desdobló, pero como era analfabeta no pudo entender ni una sola palabra.

Por primera vez en su vida, Pelagia lamentó no saber leer. Y se decía: Aunque la carta no sea para mí, tengo que saber qué dice. Tal vez cambie mi vida por completo y sería mejor que yo volviese al campo a trabajar de campesina.

Pelagia se echó a llorar pensando que Iván Nikolaievich parecía haber cambiado últimamente; cuidaba más su bigote y se lavaba las manos varias veces al día. Pelagia permanecía sentada mirando la carta y berreando como un cerdo al que fueran a matar. Pero no podía leer la carta, y si se la enseñaba a alguien, podría resultar embarazoso.

Pelagia escondió la carta en el aparador, terminó de coser la chaqueta y esperó que Iván Nikolaievich regresase. Cuando llegó, ella se comportó como si nada hubiera pasado. Al contrario, con naturalidad y muy tranquilamente conversó con su marido, y hasta le insinuó que no le disgustaría estudiar un poco, ya que estaba harta de ser una ignorante campesina analfabeta.

Iván Nikolaievich se sintió lleno de alegría al oírla.

—¡Estupendo! —comentó—. Yo mismo te enseñaré.

—De acuerdo. Empecemos —contestó Pelagia.

Y se quedó con la mirada fija en el bigotillo esmeradamente recortado de Iván Nikolaievich.

Durante dos meses enteros, Pelagia no dejó de estudiar un solo día. Con paciencia infinita fue juntando las sílabas hasta formar palabras, aprendió a escribir y a memorizar frases. Y todas las tardes sacaba del aparador la valiosa carta e intentaba descifrar su secreto significado. Pero no era tarea fácil.

Pasaron tres meses antes de que Pelagia dominase la lectura.

Cierta mañana, al marcharse Iván Nikolaievich a su trabajo, Pelagia sacó la carta del aparador y comenzó a leerla.

Le resultaba difícil descifrar la menuda caligrafía, pero el perfume apenas perceptible que emanaba del papel le sirvió de acicate para proseguir. La carta estaba dirigida a Iván Nikolaievich, y Pelagia leyó:

> Querido camarada Kuchkin:
>
> Te envío la cartilla prometida. Espero que tu mujer pueda dominar tan vasta erudición en dos o tres meses. Prométeme, buen amigo, que harás lo posible para que así sea. Explícale, hazle sentir lo fastidioso que es ser una campesina analfabeta.
>
> Para celebrar el aniversario de la Revolución, estamos tratando de acabar con el analfabetismo en toda la República por todos los medios a nuestro alcance. Pero por alguna razón oculta, a veces nos olvidamos de los más allegados.
>
> No descuides este asunto, Iván Nikolaievich.
>
> Con saludos comunistas
>
> *María Blokhina*

Pelagia leyó la carta dos veces. Después, apretando los labios con desconsuelo y sintiéndose en cierto modo secretamente ultrajada, rompió a llorar amargamente.



LA BALANZA DE LOS BALEK

HEINRICH BOLL/ALEMANIA

Heinrich Böll

En la tierra de mi abuelo, casi todo el mundo vivía del trabajo en las agramaderas. Desde hacía cinco generaciones generaciones pacientes y alegres que comían queso de cabra y patatas, y de vez en cuando sacrificaban un conejo respiraban el polvo de la agramiza y dejaban que este los fuera matando poco a poco. Al anochecer hilaban y tejían, cantaban, bebían té con menta y eran felices. Durante el día agramaban el lino con máquinas vetustas, expuestos al polvo sin protección alguna, y también al calor que desprendían los hornos de secar. En sus casas tenían una sola cama parecida a un armario, reservada a los padres, y los niños dormían alrededor en bancos. Por la mañana flotaba en la estancia el olor a sopas; los domingos había gachas, y las caritas de los niños se arrebolaban de alegría cuando en los días de fiesta señalada el negro café de bellotas se teñía de claro, cada vez más claro, con la leche que la madre vertía sonriente en los tazones.

Los padres salían al trabajo muy temprano y confiaban a los niños el cuidado del hogar; ellos barrían y arreglaban la casa, fregaban los cacharros y pelaban patatas, preciosos frutos amarillentos cuya fina monda tenían que presentar luego para desvanecer la posible sospecha de despilfarro o ligereza.

Cuando los niños regresaban de la escuela tenían que ir al bosque a recoger setas o hierbas, según la época: asperilla y tomillo, comino y menta, y también digital, y en verano, después de cosechado el heno de sus míseras praderas, recogían las amapolas. Les daban un

penique por kilo, y en la ciudad los boticarios lo vendían a veinte peniques el kilo a las señoras nerviosas. Lo más valioso eran las setas: les daban veinte peniques por kilo, y en las tiendas de la ciudad se vendían a un marco veinte. Hasta lo más profundo y oscuro del bosque se aventuraban los niños en otoño, cuando la humedad hace brotar las setas de la tierra, y casi todas las familias tenían un lugar determinado donde recogían setas, lugar cuyo secreto se iba transmitiendo de generación en generación.

Los bosques pertenecían a los Balek, y también las agramaderas; y los Balek tenían en el pueblo de mi abuelo un castillo, y la esposa del cabeza de familia tenía junto a la despensa un gabinete donde pesaban y se pagaban las setas, las hierbas y las amapolas. Encima de la mesa estaba la gran balanza de los Balek, un artefacto antiguo y retorcido, con adornos de bronce dorado, ante el cual habían esperado ya los abuelos de mi abuelo con las cestitas de setas y los cucuruchos de amapolas en sus sucias manos infantiles, observando con impaciencia cuántas pesas echaba la señora Balek en el platillo hasta que el fiel de la balanza se detenía exactamente sobre la raya negra, aquella estrecha línea de la justicia que cada año había que trazar de nuevo. La señora Balek tomaba luego el libro del lomo de cuero pardo, anotaba el peso y pagaba el dinero, en peniques o piezas de diez peniques y, muy raras veces, de marco. Y cuando mi abuelo era niño había allí un tarro de vidrio con caramelos ácidos de los que costaban un marco el kilo, y cuando la señora Balek, que gobernaba a la sazón el gabinete, estaba de buen humor, metía la mano en aquel tarro y daba un caramelo a cada niño, y los rostros de los pequeños enrojecían de alegría, como cuando su madre, en los días de fiesta señalada, vertía leche en sus tazones, leche que teñía de claro el café, cada vez más claro, hasta que adquiría el color rubio de las trenzas de las niñas.

Una de las leyes que los Balek habían impuesto al pueblo era que nadie podía tener una balanza en casa. Esta ley era tan antigua que a nadie se le ocurría ya pensar cuándo y por qué se había promulgado, pero había que respetarla, pues todo aquel que la infringía era despedido de las agramaderas, y no se le aceptaban más setas, ni tomillo ni amapolas; y el poder de los Balek era tal que en los pueblos vecinos tampoco había nadie que le diera trabajo, ni nadie

que le comprara las hierbas del bosque. Pero desde que los abuelos de mi abuelo eran niños y recogían setas y las vendían para que fueran a condimentar los asados o los pasteles de los ricos de Praga, a nadie se le había ocurrido desobedecer aquella ley: para la harina había medidas de capacidad, los huevos se podían contar, el tejido se medía por varas, y por lo demás la balanza de los Balek, antigua y con adornos de bronce dorado, no daba la impresión de inexactitud; cinco generaciones habían confiado al negro fiel lo que con infantil fervor recogían en el bosque.

Entre aquellas gentes pacíficas había ciertamente algunos que burlaban la ley, cazadores furtivos que pretendían ganar en una sola noche más de lo que hubieran ganado trabajando un mes en la fábrica de lino, pero a ninguno se le había ocurrido la idea de comprarse una balanza o fabricársela él mismo. Mi abuelo fue el primero que tuvo la osadía de poner en duda la honradez de los Balek, que vivían en el castillo, que tenían dos coches, que pagaban siempre a un muchacho del pueblo los estudios de teología en el seminario de Praga, a cuya casa iba el párroco cada miércoles a jugar a las cartas, a los que el comandante del departamento, con el escudo imperial en el coche, visitaba por Año Nuevo, y a los que, a principios de 1900, el propio emperador confirió un título de nobleza.

Mi abuelo era diligente y despabilado. Se internaba más en los bosques que los demás niños de su estirpe, se aventuraba hasta la espesura donde, según la leyenda, vivía Bilgan, el gigante que guarda el tesoro de los Balderer. Pero mi abuelo no temía a Bilgan: ya de niño se adentraba hasta lo más profundo de la floresta; recogía muchísimas setas, y encontraba incluso trufas, que la señora Balek pagaba a treinta peniques la libra. Mi abuelo anotaba todo lo que vendía a los Balek en el reverso de una hoja de calendario: cada libra de setas, cada gramo de tomillo, y con su letra infantil apuntaba al lado, a la derecha, lo que le habían pagado; desde los siete años hasta los doce anotó hasta el último penique. Y cuando cumplió los doce, el año 1900, los Balek, para celebrar que el emperador les había elevado a la nobleza, regalaron a cada familia del pueblo mitad de cuarto de kilo de auténtico café, del que viene del Brasil; también hubo cerveza y tabaco para los hombres, y en

el castillo se celebró una suntuosa fiesta. En la avenida de chopos que conduce de la verja al castillo se veían muchísimos coches.

Pero el café se repartió el día antes de la fiesta, en el gabinete donde hacía casi cien años estaba instalada la balanza de los Balek, que ahora se llamaban Balek von Bilgan porque, según la leyenda, el gigante Bilgan había tenido un gran castillo en el lugar donde ahora se alzan los edificios de los Balek.

Mi abuelo me contaba a menudo que al salir de la escuela fue a recoger el café de cuatro familias: los Cech, los Weidler, los Vohla y el suyo propio, el de los Brücher. Era la tarde de Nochevieja; había que adornar las casas y hacer pasteles, y no era cosa de prescindir de cuatro muchachos para mandarlos al castillo a recoger mitad de cuarto de kilo de café.

Así pues, mi abuelo se sentó en el estrecho banquillo de madera del gabinete mientras Gertrud, la criada, sacaba los cuatro paquetes de café. Entonces se fijó en la balanza, en cuyo platillo izquierdo había quedado la pesa de medio kilo. La señora Balek von Bilgan estaba ocupada con los preparativos de la fiesta. Y cuando Gertrud se disponía a meter la mano en el tarro de vidrio de los caramelos para darle uno a mi abuelo, reparó en que estaba vacío: lo llenaban una vez al año, y tenía capacidad para un kilo de los de un marco.

Gertrud se echó a reír y dijo:

—Espera, voy a buscar más.

Y mi abuelo, con los cuatro paquetes de octavo de kilo empaquetados y precintados en fábrica, quedó solo ante la balanza, en la que alguien había dejado la pesa de medio kilo. Tomó los cuatro paquetitos de café y los puso en el platillo vacío. El corazón empezó a latirle aceleradamente cuando vio que el índice negro de la justicia permanecía a la izquierda de la raya, el platillo con la pesa de medio kilo seguía abajo y el del medio kilo de café flotaba a una altura considerable. El corazón le latía con más fuerza que si, apostado en el bosque detrás de un matorral, hubiera esperado ver aparecer al gigante Bilgan. Rebuscó en el bolsillo y sacó unos guijarros de los que siempre llevaba para disparar con la honda contra los gorriones que picoteaban las coles de su madre. Tres, cuatro, cinco guijarros tuvo que colocar en el platillo de los cuatro paquetes de café antes de que el de la pesa de medio kilo se elevara y el fiel coin-

cidiera por fin con la raya negra. Mi abuelo retiró el café de la balanza y envolvió los cinco guijarros en su pañuelo. Cuando Gertrud volvió con la gran bolsa de kilo llena de caramelos que tendría que durar otro año para arrebolar de alegría las mejillas de los niños, y los vertió ruidosamente en el tarro, el pálido muchacho permaneció plantado allí como si nada hubiera ocurrido. Pero mi abuelo sólo aceptó tres paquetes de café, y Gertrud le miró con asombro y temor cuando vio que tiraba el caramelo al suelo, lo pisoteaba y decía:

—Quiero hablar con la señora Balek.

—Balek von Bilgan, querrás decir —le corrigió Gertrud.

—Está bien, la señora Balek von Bilgan.

Gertud se limitó a burlarse de él, y mi abuelo regresó al pueblo en medio de la oscuridad, entregó el café de los Cech, los Weidler y los Vohla y dijo que todavía tenía que ir a hablar con el párroco.

Pero salió con los cinco guijarros envueltos en el pañuelo. Habría de caminar mucho para encontrar a alguien que tuviera una balanza, que pudiera tenerla sin infringir la antigua ley. En los pueblos de Blaugau y Bernau sería inútil buscar, eso lo sabía; así pues, los atravesó, y después de una caminata de dos horas llegó a la villa de Dielheim, donde vivía el boticario Honig. De casa de Honig salía un olorcillo a buñuelos recién hechos, y cuando el boticario abrió la puerta al aterido muchacho, el aliento ya le olía a ponche y tenía un cigarro húmedo entre los delgados labios. Oprimió un instante las frías manos del muchacho y luego dijo:

—¿Qué pasa? ¿Está tu padre peor de los pulmones?

—No, no vengo a buscar medicinas; yo querría... —Mi abuelo abrió el pañuelo, sacó los cinco guijarros, se los enseñó a Honig y prosiguió—: Querría que me pesara esto. —Examinó asustado la cara de Honig, pero en vista de que no decía nada, no se enfadaba ni le preguntaba nada, añadió—: Es lo que le falta a la justicia.

Y sólo entonces, al entrar en la casa caliente, se dio cuenta de que tenía los pies empapados. La nieve se había filtrado por los viejos zapatos, y ahora se estaba fundiendo la que le había caído de las ramas al atravesar el bosque. Estaba cansado y hambriento, y de pronto se echó a llorar porque recordó la gran cantidad de setas, hierbas y flores pesadas con la balanza a la que faltaba el peso de

cinco guijarros para la justicia. Y cuando Honig, sacudiendo la cabeza y con los cinco guijarros en la mano, llamó a su mujer, mi abuelo pensó en la generación de sus padres, y en la de sus abuelos, y en todos aquellos que habían tenido que pesar sus setas y sus flores en aquella balanza, y le embargó una gran ola de injusticia, y su llanto se hizo desgarrador. Sin que nadie le invitara, se sentó en una silla de casa de Honig; no hizo caso de los buñuelos y la taza de café caliente que le puso delante la buena y regordeta señora Honig, y no cesó de llorar hasta que el propio Honig volvió de la tienda y, haciendo sonar los guijarros en la palma de la mano, dijo en voz baja a su mujer:

—Cincuenta gramos exactamente.

Mi abuelo caminó las dos horas de regreso por el bosque, dejó que en su casa le zurraran y guardó silencio; cuando le preguntaron por el café tampoco dijo una palabra. Se pasó la noche echando cuentas en el trozo de papel en que tenía anotado todo lo que había vendido a la señora Balek von Bilgan, y a medianoche, cuando se oyeron los disparos de morterete del castillo, los gritos de júbilo de todo el pueblo y el ruido de las carracas, cuando la familia se hubo abrazado y besado, mi abuelo dijo en medio del silencio que siguió al nuevo año:

—Los Balek me deben dieciocho marcos y treinta y dos peniques.

Y volvió a pensar en todos los niños del pueblo, pensó en su hermano Fritz, que tantas setas había recogido, en su hermana Ludmilla, pensó en los centenares de niños que habían recogido para los Balek setas, hierbas y flores, y esta vez no lloró, sino que contó a sus padres y a sus hermanos lo que había descubierto.

Cuando el día de Año Nuevo los Balek von Bilgan fueron a misa mayor con sus nuevas armas —un gigante sentado al pie de un abeto— campeando ya en su coche sobre un fondo azur y gualdo, comprobaron que la gente les miraba de hito en hito con expresión dura y la cara pálida. Habían esperado ver al pueblo lleno de guirnaldas, una alborada, vivas y aclamaciones, pero el pueblo estaba como muerto cuando lo atravesaron en su coche; en la iglesia, los pálidos rostros de la gente se volvieron hacia ellos con expresión hostil, y cuando el párroco subió al púlpito para pronunciar el sermón, sintió el frío de aquellas caras hasta entonces tan apacibles.

Llegó al final de su plática con grandes apuros y volvió al altar bañado en sudor. Y cuando los Balek von Bilgan salían de la iglesia después de la misa, pasaron entre dos filas de rostros mudos y pálidos. Pero la joven señora Balek von Bilgan se detuvo delante, junto a los bancos reservados a los niños, buscó la cara de mi abuelo, el pequeño y pálido Franz Brücher, y le preguntó allí mismo, en la iglesia:

—¿Por qué no te llevaste el café para tu madre?

Y mi abuelo se levantó y repuso:

—Porque todavía me debe usted tanto dinero como cuestan cinco kilos de café. —Sacó los cinco guijarros del bolsillo, se los mostró a la joven dama y añadió—: Todo esto, cincuenta gramos, es lo que falta a su justicia en cada medio kilo.

Y antes de que la señora Balek von Bilgan pudiera replicar, los hombres y mujeres que llenaban la iglesia entonaron el himno: «Fue la justicia de la Tierra, oh Señor, quien te dio muerte...»

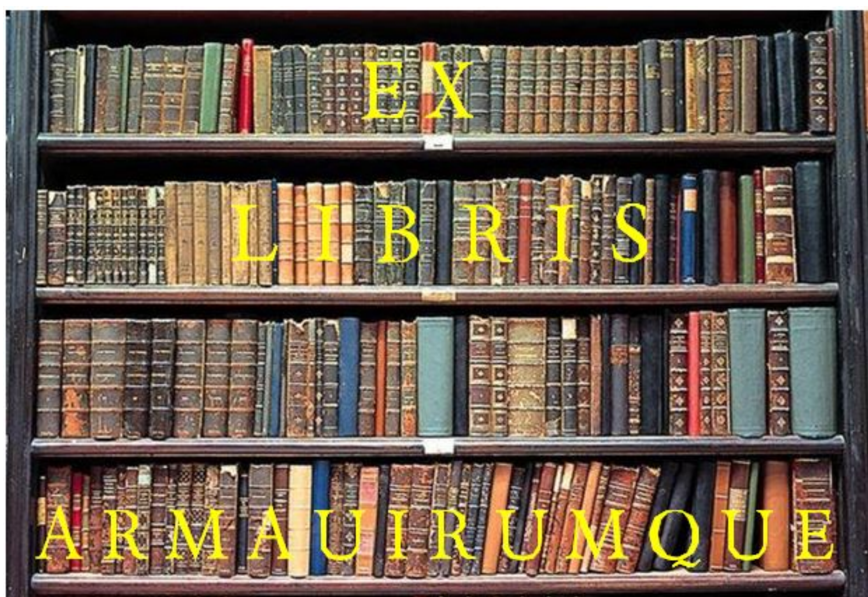
Mientras los Balek estaban en la iglesia, Wilhelm Vohla, el cazador furtivo, entró en el gabinete, robó la balanza y aquel libro tan gordo, encuadernado en piel, en el que estaban anotados cada kilo de setas, cada kilo de amapolas, todo cuanto los Balek habían comprado en el pueblo. Y el día de Año Nuevo los hombres del pueblo se pasaron toda la tarde haciendo cuentas en casa de mis bisabuelos; calcularon la décima parte de todo lo que les habían comprado... Pero cuando ya habían contado muchos miles de táleros y aún no habían terminado, llegaron los gendarmes del comandante del distrito, irrumpieron en la casa de mi abuelo a tiros y bayonetazos y se llevaron por la fuerza la balanza y el libro. En la refriega murió la pequeña Ludmilla, hermana de mi abuelo, resultaron heridos un par de hombres y Wilhelm Vohla, el cazador furtivo, mató de una puñalada a uno de los gendarmes.

Hubo sublevaciones no sólo en nuestro pueblo, sino también en Blaugau y Bernau, y durante casi una semana se interrumpió el trabajo en las agramaderas. Pero llegaron muchísimos gendarmes, y los hombres y mujeres fueron amenazados con penas de encarcelamiento, y los Balek obligaron al párroco a exhibir públicamente la balanza en la escuela y demostrar que el fiel de la justicia estaba equilibrado. Y los hombres y las mujeres volvieron a las agrama-

deras, pero nadie fue a la escuela a escuchar al párroco. Permaneció allí solo, desamparado y triste con sus pesas, la balanza y los paquetes de café.

Y los niños volvieron a recoger setas, tomillo, flores y digital, pero todos los domingos, en cuanto los Balek entraban en la iglesia, se entonaba el himno «Fue la justicia de la Tierra, oh Señor, quien te dio muerte», hasta que el comandante del distrito mandó pregonar por todos los pueblos que quedaba prohibido cantar aquel himno.

Los padres de mi abuelo tuvieron que abandonar el pueblo y la reciente tumba de su hijita; adoptaron el oficio de cesteros, mas no paraban mucho tiempo en ningún lugar, pues les apenaba ver que en todas partes el fiel de la justicia estaba desequilibrado. Caminaban detrás del carro, que avanzaba lentamente por las carreteras, arrastrando una cabra flaca. Y aquellos que se cruzaban con el carro a veces oían que alguien cantaba dentro: «Fue la justicia de la Tierra, oh Señor, quien te dio muerte». Y todo aquel que quisiera escucharles podía oír también la historia de los Balek von Bilgan, a cuya justicia le faltaba la décima parte. Pero casi nadie quería escucharles.



LA COMPUERTA NUMERO 12

BALDOMERO LILLO/CHILE



PABLO SE aferró instintivamente a las piernas de su padre. Zumbábanle los oídos y el piso que huía debajo de sus pies le producía una extraña sensación de angustia. Creíase precipitado en aquel agujero cuya negra abertura había entrevisto al penetrar en la jaula, y sus grandes ojos miraban con espanto las lóbregas paredes del pozo en el que se hundían con vertiginosa rapidez. En aquel silencioso descenso, sin trepidación ni más ruido que el del agua goteando sobre la techumbre de hierro, las luces de las lámparas parecían prontas a extinguirse y sus débiles destellos se delineaban vagamente en la penumbra de las hendiduras y partes salientes de la roca: una serie interminable de negras sombras que volaban como saetas hacia lo alto. Pasado un minuto, la velocidad disminuye bruscamente, los pies asentáronse con más solidez en el piso fugitivo y el pesado armazón de hierro, con un áspero rechinar de goznes y de cadenas, quedó inmóvil a la entrada de la galería.

El viejo tomó en la mano al pequeño y juntos se internaron en el negro túnel. Eran de los primeros en llegar y el movimiento de la mina no empezaba aún. De la galería, bastante alta para permitir al minero erguir su elevada talla, sólo se distinguía parte de la techumbre cruzada por gruesos maderos. Las paredes laterales permanecían invisibles en la oscuridad profunda que llenaba la vasta y lóbrega excavación.

A cuarenta metros del piquete se detuvieron ante una especie de gruta excavada en la roca. Del techo agrietado, de color de hollín,

colgaba un candil de hoja de lata, cuyo macilento resplandor daba a la estancia la apariencia de una cripta enlutada y llena de sombras. En el fondo, sentado delante de una mesa, un hombre pequeño, ya entrado en años, hacía anotaciones en un enorme registro. Su negro traje hacía resaltar la palidez del rostro surcado por profundas arrugas. Al ruido de pasos levantó la cabeza y fijó una mirada interrogadora en el viejo minero, quien avanzó con timidez, diciendo con voz llena de sumisión y de respeto:

—Señor, aquí traigo el chico.

Los ojos penetrantes del capataz abarcaron de una ojeada el cuerpecillo endeble del muchacho. Sus delgados miembros y la infantil inconsciencia del moreno rostro, en el que brillaban dos ojos muy abiertos como de medrosa bestezuela, lo impresionaron desfavorablemente, y su corazón, endurecido por el espectáculo diario de tantas miserias, experimentó una piadosa sacudida a la vista de aquel pequeñuelo arrancado a sus juegos infantiles y condenado como tantas infelices criaturas a languidecer miserablemente en las húmedas galerías, junto a las puertas de ventilación. Las duras líneas de su rostro se suavizaron y con fingida aspereza le dijo al viejo, que, muy inquieto por aquel examen, fijaba en él una ansiosa mirada:

—¡Hombre!, este muchacho es todavía muy débil para el trabajo. ¿Es hijo tuyo?

—Sí, señor.

—Pues debías tener lástima de sus pocos años y antes de enterrarlo aquí, enviarlo a la escuela por algún tiempo.

—Señor —balbuceó la ruda voz del minero, en la que vibraba un acento de dolorosa súplica—, somos seis en casa y uno solo el que trabaja. Pablo cumplió ya los ocho años y debe ganar el pan que come, y, como hijo de minero, su oficio será el de sus mayores, que no tuvieron nunca otra escuela que la mina.

Su voz opaca y temblorosa se extinguió repentinamente en un acceso de tos, pero sus ojos húmedos imploraban con tal insistencia, que el capataz, vencido por aquel mudo ruego, llevó a sus labios un silbato y arrancó de él un sonido agudo que repercutió a lo lejos en la desierta galería. Oyóse un rumor de pasos precipitados y una oscura silueta se dibujó en el hueco de la puerta.

—Juan —exclamó el hombrecillo, dirigiéndose al recién llegado—, lleva a este chico a la compuerta número 12, reemplazará al hijo de José, el carretillero, aplastado ayer por la corrida.

Y volviéndose bruscamente hacia el viejo, que empezaba a murmurar una frase de agradecimiento, díjole con tono duro y severo:

—He visto que en la última semana no has alcanzado a los cinco cajones que es el mínimum diario que se exige de cada barretero. No olvides que si esto sucede otra vez, será preciso darte de baja para que ocupe tu sitio otro más activo.

Y haciendo con la diestra un ademán enérgico, lo despidió.

Los tres se marcharon silenciosos y el rumor de sus pisadas fue alejándose poco a poco en la oscura galería. Caminaban entre dos hileras de rieles, cuyas traviesas hundidas en el suelo fangoso trataban de evitar alargando o acortando el paso, guiándose por los gruesos clavos que sujetaban las barras de acero. El guía, un hombre joven aún, iba delante y más atrás con el pequeño Pablo de la mano seguía el viejo con la barba sumida en el pecho, hondamente preocupado. Las palabras del capataz y la amenaza en ellas contenida habían llenado de angustia su corazón. Desde algún tiempo su decadencia era visible para todos, cada día se acercaba más el fatal lindero que una vez traspasado convierte al obrero viejo en un trasto inútil dentro de la mina. En balde desde el amanecer hasta la noche, durante catorce horas mortales, revolviéndose como un reptil en la estrecha *labor*, atacaba la hulla furiosamente, encarnizándose contra el filón inagotable que tantas generaciones de forzados como él arañaban sin cesar en las entrañas de la tierra.

Pero aquella lucha tenaz y sin tregua convertía muy pronto en viejos decrépitos a los más jóvenes y vigorosos. Allí, en la lóbrega madriguera húmeda y estrecha, encorvábanse las espaldas y aflojábanse los músculos y, como el potro resabiado que se estremece tembloroso a la vara, los viejos mineros cada mañana sentían tiritar sus carnes al contacto de la veta. Pero el hambre es aguijón más eficaz que el látigo y la espuela, y reanudaban taciturnos la tarea agobiadora y la veta entera, acribillada por mil partes por aquella carcoma humana, vibraba sutilmente, desmoronándose pedazo a pedazo, mordida por el diente cuadrangular del pico, como la arenisca de la ribera a los embates del mar.

La súbita detención del guía arrancó al viejo de sus tristes cavilaciones. Una puerta les cerraba el camino en aquella dirección, y en el suelo, arrimado a la pared, había un bulto pequeño cuyos contornos se destacaron confusamente heridos por las luces vacilantes de las lámparas: era un niño de diez años, acurrucado en un hueco de la muralla.

Con los codos en las rodillas y el pálido rostro entre las manos enflaquecidas, mudo e inmóvil, pareció no percibir a los obreros que traspusieron el umbral y lo dejaron de nuevo sumido en la oscuridad. Sus ojos abiertos, sin expresión, estaban fijos obstinadamente hacia arriba, absortos, tal vez, en la contemplación de un panorama imaginario, que, como el miraje desierto, atraía sus pupilas sedientas de luz, húmedas por la nostalgia del lejano resplandor del día.

Encargado del manejo de esa puerta, pasaba las horas interminables de su encierro, sumergido en un ensimismamiento doloroso, abrumado por aquella lápida enorme que ahogó para siempre en él la inquieta y grácil movilidad de la infancia, cuyos sufrimientos dejan en el alma que los comprende una amargura infinita y un sentimiento de execración acerbo por el egoísmo y la cobardía humanos.

Los dos hombres y el niño, después de caminar algún tiempo por un estrecho corredor, desembocaron en una alta galería de arrastre, de cuya techumbre caía una lluvia continua de gruesas gotas de agua. Un ruido sordo y lejano, como si un martillo gigantesco golpease sobre sus cabezas la armadura del planeta, escuchábase a intervalos. Aquel rumor, cuyo origen Pablo no acertaba a explicarse, era el choque de las olas en las rompientes de la costa. Anduvieron aún un corto trecho y se encontraron, por fin, delante de la compuerta número doce.

—Aquí es —dijo el guía, deteniéndose junto a la hoja de tablas que giraba sujeta a un marco de madera incrustado en la roca.

Las tinieblas eran tan espesas que las rojizas luces de las lámparas, sujetas a las viseras de las gorras de cuero, apenas dejaban entrever aquel obstáculo.

Pablo, que no se explicaba ese alto repentino, contemplaba silencioso a sus acompañantes, quienes, después de cambiar entre sí algunas palabras breves y rápidas, se pusieron a enseñarle con jo-

vialidad y empeño el manejo de la compuerta. El rapaz, siguiendo sus indicaciones, la abrió y cerró repetidas veces, desvaneciendo la incertidumbre del padre, que temía que las fuerzas de su hijo no bastasen para aquel trabajo.

El viejo manifestó su contento, pasando la callosa mano por la inculta cabellera de su primogénito, quien hasta allí no había demostrado cansancio ni inquietud. Su juvenil imaginación impresionada por aquel espectáculo nuevo y desconocido se hallaba aturdida, desorientada. Parecíale a veces que estaba en un cuarto a oscuras y creía ver a cada instante abrirse una ventana y entrar por ella los brillantes rayos del sol, y aunque su inexperto corazoncillo no experimentaba ya la angustia que le asaltó en el pozo de bajada, aquellos mimos y caricias a que no estaba acostumbrado despertaron su desconfianza. Una luz brilló a lo lejos de la galería y luego se oyó el chirrido de las ruedas sobre la vía, mientras un trote pesado y rápido hacía retumbar el suelo.

—¡Es la corrida! —exclamaron a un tiempo los dos hombres.

—Pronto, Pablo —dijo el viejo—; a ver cómo cumples tu obligación.

El pequeño, con los puños apretados, apoyó su diminuto cuerpo contra la hoja que cedió lentamente hasta tocar la pared. Apenas efectuada esta operación, un caballo oscuro, sudoroso y jadeante, cruzó rápido delante de ellos, arrastrando un pesado tren cargado de mineral.

Los obreros se miraron satisfechos. El novato era ya un portero experimentado y el viejo, inclinando su alta estatura, empezó a hablarle zalameramente: él no era ya un chicuelo, como los que quedaban allá arriba, que lloran por nada y están siempre cogidos de las faldas de las mujeres, sino un hombre, un valiente, nada menos que un obrero, es decir, un camarada a quien había que tratar como tal. Y en breves frases le dio a entender que les era forzoso dejarlo solo; pero que no tuviese miedo, pues había en la mina muchísimos otros de su edad, desempeñando el mismo trabajo: que él estaba cerca y vendría a verlo de cuando en cuando, y una vez terminada la faena, regresarían juntos a casa.

Pablo oía aquello con espanto creciente, y por toda respuesta se cogió con ambas manos de la blusa del minero. Hasta entonces

no se había dado cuenta exacta de lo que se exigía de él. El giro inesperado que tomaba lo que creyó un simple paseo le produjo un miedo cerval y dominado por un deseo vehementísimo de abandonar aquel sitio, de ver a su madre y a sus hermanos y de encontrarse otra vez a la claridad del día, sólo contestaba a las afectuosas razones de su padre con un «¡Vamos!» quejumbroso y lleno de miedo. Ni promesas ni amenazas lo convencían y el «¡Vamos, padre!» brotaba de sus labios cada vez más dolorido y apremiante.

Una violenta contrariedad se pintó en el rostro del viejo minero, pero al ver aquellos ojos llenos de lágrimas, desolados y suplicantes, levantados hacia él, su naciente cólera se trocó en una piedad infinita: ¡era todavía tan débil y pequeño! Y el amor paternal adormecido en lo íntimo de su ser recobró de súbito su fuerza avasalladora.

El recuerdo de su vida, de esos cuarenta años de trabajos y sufrimientos se presentó de repente a su imaginación, y con honda congoja comprobó que de aquella labor inmensa sólo le restaba un cuerpo exhausto que tal vez muy pronto arrojarían de la mina como un estorbo, y al pensar que idéntico destino aguardaba a la triste criatura, le acometió de improviso un deseo imperioso de disputar su presa a ese monstruo insaciable, que arrancaba del regazo de las madres los hijos apenas crecidos para convertirlos en esos parias, cuyas espaldas reciben con el mismo estoicismo el golpe brutal del amo y las caricias de la roca en las inclinadas galerías.

Pero aquel sentimiento de rebelión que empezaba a germinar en él se extinguió repentinamente ante el recuerdo de su pobre hogar y de los seres hambrientos y desnudos de los que era el único sostén, y su vieja experiencia le demostró lo insensato de su quimera. La mina no soltaba nunca al que había cogido y, como eslabones nuevos, que se sustituyen a los viejos y gastados de una cadena sin fin, allí abajo, los hijos sucedían a los padres y en el hondo pozo el subir y bajar de aquella marea viviente no se interrumpía jamás. Los pequeñuelos, respirando el aire emponzoñado de la mina, crecían raquíticos, débiles, paliduchos, pero había que resignarse, pues para eso habían nacido.

Y con resuelto ademán, el viejo desenrolló de su cintura una cuerda delgada y fuerte, y a pesar de la resistencia y súplicas del

niño, lo ató con ella por mitad del cuerpo y aseguró, en seguida, la otra extremidad en un grueso perno incrustado en la roca. Trozos de cordel adherido a aquel hierro indicaban que no era la primera vez que prestaba un servicio semejante.

La criatura, medio muerta de terror, lanzaba gritos penetrantes de pavorosa angustia y hubo que emplear la violencia para arrancarle de entre las piernas del padre, a las que se había asido con todas sus fuerzas. Sus ruegos y clamores llenaban la galería, sin que la tierna víctima, más desdichada que el bíblico Isaac, oyese una voz amiga que detuviera el brazo paternal armado contra su propia carne, por el crimen y la iniquidad de los hombres.

Sus voces llamando al viejo que se alejaba tenían acentos tan desgarradores, tan hondos y vibrantes, que el infeliz padre sintió de nuevo flaquear su resolución. Mas aquel desfallecimiento sólo duró un instante, y tapándose los oídos para no escuchar aquellos gritos que le atenazaban las entrañas, apresuró la marcha apartándose de aquel sitio. Antes de abandonar la galería, se detuvo un instante y escuchó una vocecilla tenue como un soplo, que clamaba allá muy lejos, debilitada por la distancia: «¡Madre! ¡Madre!»

Entonces echó a correr como un loco, acosado por el doliente vagido y no se detuvo sino cuando se halló delante de la veta, a la vista de la cual su dolor se convirtió de pronto en furiosa ira, y, empuñando el mango del pico, la atacó rabiosamente. En el duro bloque caían los golpes como espesa granizada sobre sonoros cristales, y el diente de acero se hundía en aquella masa negra y brillante, arrancando trozos enormes que se amontonaban entre las piernas del obrero, mientras un polvo espeso cubría como un velo la vacilante luz de la lámpara.

Las cortantes aristas del carbón volaban con fuerza, hiriéndole el rostro, el cuello y el pecho desnudo. Hilos de sangre mezclábanse al copioso sudor que inundaba su cuerpo, que penetraba como una cuña en la brecha abierta, ensanchándola con el afán del presidiario que horada el muro que lo oprime; pero sin la esperanza que alienta y fortalece al prisionero: hallar al fin de la jornada una vida nueva, llena de sol, de aire y de libertad.

EL RUISEÑOR

MAXIMO GORKI/RUSIA

М. Горький



EL VAPOR de ruedas procedente de Kazán navegaba rumbo a Kozlovka.

Hacía fresco y el Volga estaba tranquilo. Caía la tarde. Una neblina de color lila comenzaba a envolver la orilla montuosa del río, mientras la margen opuesta casi se perdía en el horizonte, pues las llanas praderías de la ribera estaban inundadas. A intervalos, verdes isletas de árboles medio sumergidos se elevaban por encima del agua. El aire denso y húmedo, saturado de la fragancia del lozano follaje, amortiguaba el ruido que hacían las paletas de las ruedas. El vapor dejaba atrás una ancha estela espumosa, y al hendir el agua formaba ondas que se alejaban hacia ambas márgenes. El incendio del ocaso se extinguía paulatinamente a proa del barco, mientras la noche lo alcanzaba por la popa. Acá y allá, en el cielo crepuscular, algunas estrellas comenzaban a titilar tenuemente.

En la cubierta superior, un grupo de pasajeros de primera clase había quedado reducido a un mutismo casi total bajo el influjo del melancólico anochecer que se extendía sobre el río. Eran cuatro pasajeros los que allí estaban sentados: un anciano alto y cargado de espaldas, con un sombrero flexible de ala ancha que ensombrecía todo su rostro, incluyendo la barba; a su lado una joven muy arrebujada en un chal gris contemplaba soñadoramente con sus azules ojos la ondulada y boscosa orilla. No lejos de ellos, en el mismo banco, hallábase otra pareja: un caballero enjuto de aspecto adusto, con un gabán gris, y una señora frescachona y bien formada, de facciones

regulares y grandes ojos oscuros. El caballero, que se retorcía nerviosamente la puntiaguda y bien cuidada barba, se inclinaba ligeramente hacia delante y parecía convulso. La señora, en cambio, estaba recostada contra el respaldo del banco y permanecía inmóvil como una estatua. En cuanto al anciano, agarrado el bastón con ambas manos y descansando la barbilla sobre ellas, se encorvaba hacia delante mirando fijamente la cubierta.

Todos guardaban silencio. El vapor trepidó al aumentar su velocidad. Abajo, en alguna parte del barco, oíase un impertinente estruendo de platos, de pisadas y de risas; y desde la popa se elevaba un canto apagado, casi un suspiro, perdido con frecuencia entre todos aquellos ruidos que se fundían en una suave y monótona oleada de sonidos broncos y truncados.

—Hace fresquillo, ¿eh?... ¿No sería mejor que bajásemos a nuestros camarotes? —propuso el anciano, levantando la cabeza.

Entretanto, procedente de algún lugar bastante lejano, llegó un extraño y ronco silbido que parecía un suspiro anhelante, largo tiempo reprimido, exhalado por un pecho pequeño pero potente, y en extremo apasionado.

Los pasajeros alzaron la cabeza.

—¡Un ruiseñor! —exclamó el anciano riendo.

—Un poco tempranero, ¿verdad?

—Quedémonos a escucharle, papá... —propuso la joven.

—Como quieras. Tú puedes quedarte, y ellos tampoco tienen inconveniente —repuso levantándose—, pero yo me voy. Después de todo, los ruiseñores no son mi... —El anciano dejó la frase sin terminar y volvió a sentarse.

El trino del ruiseñor, sonoro, jubiloso, conmovedor, resonaba y vibraba a través del aire. Las notas fluían con tanta rapidez, con tal ímpetu, que parecía como si el pájaro temiera no tener tiempo para decir todo lo que quería expresar con su canto. Sus gorjeos, nerviosamente trémulos, se interrumpían de pronto con roncos sonidos suspirantes que hablaban de un corazón vehemente y apasionado. Una vez más el febril *pizzicato* se esparcía por el aire, desvaneciéndose de repente para dar paso a una melodía en tono menor, interrumpida luego por un chasquido, como si el cantante hiciese sonar los labios satisfecho de su propia canción.

Todo calló en el barco. Todos los sonidos, excepto el monótono y sordo golpear de las paletas, se habían desvanecido.

El canto fluía y se adueñaba del río y de los pasajeros, que lo escuchaban en silencio. La joven sonreía soñadoramente; el semblante de la señora casada perdió algo de su seriedad y rigor. El anciano suspiró y dijo:

—¡He aquí la caprichosa y fantástica sabiduría de la naturaleza! Un ave pequeña e inútil se halla dotada de tan increíble riqueza de inflexiones... en cambio la vaca, aunque es un animal muy útil, sólo es capaz de emitir un único y desagradable mugido. Tanto en nuestra vida como en la naturaleza, a los seres humanos nos parece útil lo que es feo y tosco, mientras que lo bello y deleitable, lo que afecta al alma, nos parece inútil.

—No hables, papá... ¡No me dejas oír! —dijo la hija acremente.

El padre sonrió con escepticismo y refunfuñó de nuevo:

—No obstante, estarás de acuerdo conmigo en que no estaría mal del todo que las vacas cantasen como los ruiseñores, ¿eh?

—¡Cállate, papá! —imploró la hija.

—Bueno... bueno... ¡Me callaré! Pero también se ha callado ese rapsoda del amor... ¿Te has saciado ya? ¿Podemos bajar a los camarotes?

—Quedémonos aquí un rato más... —dijo la señora casada despacio y en voz baja.

El ruiseñor seguía cantando. Pero su canto era ahora más débil y mortecino... El sol se había puesto ya, y las aguas del Volga, oscurecidas, parecían sólidas y compactas. La luna empezaba a elevarse, y la orilla montuosa proyectaba negras sombras sobre la tranquila superficie del agua. Veíase el resplandor de una fogata en la cañada de un cerro, y la franja carmesí del fuego reflejado centelleaba trémula sobre el río. Reinaba una paz maravillosa...

El canto del ruiseñor cesó...

Un marinero apareció en la cubierta superior.

Durante un momento permaneció titubeante, sin saber qué hacer; luego se quitó la gorra de cuero, miró a los pasajeros, se acercó resueltamente a ellos y preguntó con bastante embarazo:

—¿No les gustaría oír al ruiseñor?

—¿Qué es lo que dice? —inquirió el anciano remilgadamente y torciendo el gesto.

—Oír al ruiseñor... si lo desean. Hay aquí un chico... que silba como un ruiseñor auténtico... ¡Es la pura verdad! —explicó el marinero, retrocediendo ante la penetrante mirada del anciano.

—Tráigalo... —dijo secamente la señora casada.

El caballero que estaba a su lado comenzó a moverse nervioso en el banco.

—¿Es necesario, Nina? —preguntó, frunciendo el ceño con gesto agrio.

La joven miraba al marinero de hito en hito con los ojos muy abiertos.

—¿Quieren ustedes que se lo traiga? —volvió a preguntar el marinero.

—Sí, claro; ya se lo he dicho —replicó la señora con aspereza.

—¡Vendrá él solito! —aclaró el marinero, y dicho esto desapareció.

—¡A saber qué será esto! —comentó el anciano enarcando las cejas—. Un muchacho que silba como un ruiseñor auténtico... Ya le hemos oído, creyendo que era un ruiseñor de verdad, y al escucharle uno de nosotros empezó a filosofar... ¡Qué pájaro tan raro! —Y meneó la cabeza reprobadoramente, sintiéndose turbado por aquel raro pájaro.

Un niño de unos catorce años apareció en cubierta.

Llevaba una chaqueta, pantalones estrechos y una gorra nueva de visera, ligeramente ladeada. Su cara pecosa, su oscilante manera de andar, sus dedos cortos y gruesos y su pelo rubio descolorido por el sol pregonaban bien a las claras que era un campesino. Se acercó al grupo, se quitó la gorra de visera, saludó con una reverencia, movió la cabeza y permaneció descubierto y silencioso, manoseando la visera como si tratase de enderezarla... Los pasajeros le escrutaban también en silencio. En los ojos de la joven había una expresión de perplejidad. Los ojos grises del chico pasaron con descaro de un rostro a otro.

—¿Quieren ustedes que silbe? —preguntó.

—¿Eras tú quien silbaba hace un momento como un ruiseñor? —inquirió a su vez el anciano.

—Sí, era yo. El mozo del bar me pidió...

—¿Es eso todo lo que haces? ¿Silbar?

—Eso mismo... Subo a bordo del vapor y me voy hasta Kazán... Y luego hago el viaje de vuelta...

—Bueno, entonces vamos a oírte silbar. Empieza, por favor.

—Yo no quiero oírlo —dijo la joven en voz baja.

El chico la miró perplejo.

—¿Quién te enseñó a silbar? —le preguntó la señora casada con ronca voz de contralto.

—Bueno, aprendí yo mismo... Yo era zagal... Soy de por aquí —dijo, señalando vagamente con la mano hacia la orilla del río—, de una aldea... Cuidaba el rebaño y me pasaba el día escuchando a toda clase de pájaros... Así que empecé a silbar yo a los pájaros... y, bueno, fui aprendiendo poco a poco... Sé silbar como un verderón... y también como el petirrojo... Pero no es tan bonito como el ruiseñor. Y me doy tal maña imitando al ruiseñor que hasta engaño a los cazadores. Me escondo entre los matorrales y ¡a silbar como un descosido! Exactamente igual que un pájaro de verdad, ¡palabra!

Mientras hablaba, la cara del muchacho resplandecía con el orgullo consciente de su maestría y la vanidad de un artista.

—Cuando llegué a hacerlo tan bien —prosiguió el chico— hubo gente en la aldea que me dijo: «Sigue, Misha, no te detengas. Sigue silbando... Puedes gustar a los señores que viajan en el vapor. Tal vez llegues a ser algo». De modo que continué... Luego empecé a tomar estos vapores... No está mal, gano bastante. A veces me dan tanto dinero que se me encandilan los ojos. Para los señores el dinero no es problema. —Se interrumpió al darse cuenta de que había hablado demasiado, y luego preguntó tímidamente—: ¿Quieren que silbe ahora?

Durante unos segundos reinó el silencio, hasta que la señora casada ordenó secamente:

—¡Silba!

El muchacho arrojó la gorra a sus pies, se llevó los dedos a la boca y arqueó la garganta... Por alguna razón estaba sonriente, pero se tomó bastante tiempo antes de empezar. Primero se sacó los dedos de la boca, se enjugó los labios, resopló e hizo todo género de muecas.

Al fin volvió a resonar aquel silbido que semejaba un suspiro anhelante. Se elevó y se desvaneció poco a poco. Y luego, de pronto, el puro y cadencioso trino del ruiseñor rasgó triunfalmente el aire. La joven se estremeció y suspiró con tristeza... La señora casada sonreía malhumorada y displicente; su compañero se encorvó y gesticuló con nerviosismo, y el anciano contemplaba gravemente y con mucha atención la cara del muchacho, encendida e hinchada a causa del esfuerzo; sin embargo sus ojos, muy abiertos, permanecían empañados e inexpresivos y no le iluminaban en ningún aspecto. El «ruiseñor» crepitó, gorjeó y, palpitando, se detuvo un instante y luego reanudó su canto, clamando... y suspirando con nostalgia. La imitación era notablemente perfecta.

—Papá, dile... que se calle —pidió la joven en voz queda. Súbitamente se puso en pie, muy pálida y con lágrimas en los ojos, y se alejó.

—¡Basta! —dijo su padre, e hizo un ademán con la mano.

El «ruiseñor» interrumpió su canto, se frotó los labios con la mano, recogió la gorra de visera y se la tendió. Se oyó el crujir de papel...

—¡Se lo agradezco humildemente! —dijo el muchacho, y desapareció presuroso escaleras abajo.

La señora le siguió con la vista y sonrió irónicamente. Su acompañante refunfuñó algo para sus adentros y se levantó el cuello del abrigo... La noche se hizo más intensa. Ahora el agua parecía negra. Las orillas del río se perdían en la oscuridad. Pero las estrellas centelleaban ya en el cielo y, lo mismo que antes, el agua se revolvía monótonamente bajo las ruedas del vapor.

—¡Un artista! —exclamó el anciano, cambiando de postura—. Otra víctima del público... Sí, así es... El público se traga todo cuanto le proporciona placer: levantador de pesos de circo y el virtuoso del violín. Y se siente halagado cuando advierte que un hombre está dispuesto a todo con tal de atraer su atención...

Mas al parecer los otros no le escuchaban, pues nadie respondió.

—Si no hubiese venido ese marinero —prosiguió después de una pausa— estaríamos convencidos de que habíamos oído a un ave celebrada por los poetas y no a un estropajoso mozalbete aldeano, un simulador. ¡Oh... sí! Enterarse de la verdad no es un placer muy grande... cuando la ilusión es más bella.

—Vámonos —dijo la señora, y se levantó.

Todos se pusieron en pie y se encaminaron a sus camarotes.

—Probablemente Lena estará llorando en este momento. Es una chica tan nerviosa... —comentó el anciano—. Pero no importa... Tiene que irse acostumbrando poco a poco a las insignificantes y tontas jugarretas de la vida... Así le será más fácil enfrentarse con problemas más vastos y más serios... ¿Por qué tiembla usted, Sonia? ¿Tiene frío?

—No, no es nada. No se preocupe —contestó la señora amablemente.

Su nervioso compañero la miró indiferente con sus ojos descoloridos e irónicamente engurruñados. Luego todos desaparecieron tras la puerta que daba acceso a los camarotes.

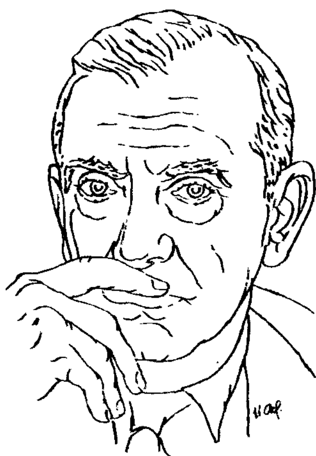
La luna, al elevarse, se reflejaba en las oscuras aguas, y sus débiles destellos rielaban sobre la vacilante superficie de las ondas.

Trémulos puntos de luz aparecieron a lo lejos.

Una sensación de tristeza se cernía sobre el río aletargado.

FIN DE FIESTA

GRAHAM GREENE/GRAN BRETAÑA



PETER MORTON se despertó sobresaltado con la primera luz del amanecer. A lo largo de la ventana, un rectángulo de plata, pendía una rama pelada. La lluvia golpeaba suavemente en el cristal; era el cinco de enero.

Peter, por encima de la mesita de noche, en la que una candelilla se había derretido formando un charquito, miró a la otra cama, en la que Francis, su hermano, seguía durmiendo.

Peter volvió a echarse, con los ojos fijos en Francis. Le divertía imaginarse que era a él mismo y no a su hermano a quien contemplaba: el mismo pelo, los mismos ojos, los mismos labios e idéntico perfil de la mejilla.

No obstante, esta distracción perdió pronto interés para Peter, y su mente volvió a considerar el acontecimiento que confería importancia a aquella fecha; era el cinco de enero y apenas podía creer que ya había pasado un año desde que la señora Henne-Falcon celebrara su última fiesta infantil.

De repente, Francis se dio la vuelta sobre la espalda y echó un brazo por encima de la cara, tapándose la boca. El corazón de Peter aceleró sus latidos, pero no jubiloso sino con desasosiego; se incorporó y gritó a Francis:

—¡Despiértate!

Los hombros de su hermano se estremecieron y agitó un puño en el aire, aunque sus ojos permanecieron cerrados.

A Peter le pareció que toda la habitación se había oscurecido

repentinamente, y tuvo la impresión de que un pájaro enorme se precipitaba sobre ellos. Volvió a gritar:

—¡Despiértate!

Y una vez más se encontró con la luz plateada y el tamborileo de la lluvia en las ventanas.

Francis se frotó los ojos y preguntó:

—¿Me has llamado?

—Tenías una pesadilla —dijo Peter con seguridad. La experiencia ya le había enseñado hasta qué límites insospechados sus mentes se reflejaban mutuamente. Pero él era el hermano mayor, sólo que por cuestión de unos minutos, y ese breve intervalo adicional de luz que él había gozado mientras Francis todavía luchaba presa del dolor y la oscuridad le proporcionó confianza en sí mismo y el instinto de protección al otro, que se asustaba de tantas cosas.

—Soñaba que me había muerto —dijo Francis.

—¿Y qué se siente? —preguntó Peter con curiosidad.

—No puedo recordarlo —dijo Francis, y sus ojos se volvieron con alivio hacia la luz plateada del día, al mismo tiempo que dejaba desvanecerse los recuerdos fragmentarios de su sueño.

—Soñabas con un pájaro enorme.

—¿Sí?

Sin hacer preguntas, Francis aceptó el conocimiento que de sus propios sueños tenía su hermano, y durante un rato se quedaron tumbados en sus camas, silenciosos, mirándose el uno al otro: los mismos ojos verdes, la misma nariz respingona, idénticos labios firmes un poco separados y el mismo modelado precoz y enérgico de la barbilla.

Cinco de enero, volvió a pensar Peter, haciendo que su imaginación vagara indiferente desde la tarta que les esperaba hasta los premios que allí podrían ganar, participando en carreras en las que había que mantener en equilibrio un huevo en una cucharilla, arponeando manzanas que flotaban en barreños de agua, jugando a la gallina ciega...

—No quiero ir —dijo Francis de pronto—. Supongo que Joyce estará allí... y Mabel Warren.

Para él era odiosa la idea de tener que compartir una fiesta con aquellas chicas. Las dos eran mayores que él: Joyce ya tenía once

años y Mabel Warren trece. Las largas trenzas de ambas oscilaban arrogantemente impulsadas por sus zancadas masculinas. Cuando corrían sosteniendo el huevo en la cucharilla, a Francis le humillaba el hecho de que ellas, unas chicas, le mirasen despectivamente con los párpados entornados. Y el año pasado... apartó la mirada de Peter, con las mejillas enrojecidas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Peter.

—Oh, nada. Creo que no me encuentro bien. He cogido un catarro. No debería ir a la fiesta.

Peter se sintió confuso.

—Pero ¿es un catarro fuerte, Francis?

—Lo será si voy a la fiesta. Quizá me muera.

—Entonces no debes ir —dijo Peter con decisión, dispuesto a resolver todas las dificultades con una frase categórica, y Francis dejó entonces que sus nervios se relajaran con una deliciosa sensación de alivio, decidido a delegar todo en su hermano. Pero aunque se sentía agradecido no volvió la cara hacia él: sus mejillas conservaban aún la huella que había hecho aparecer el recuerdo vergonzoso de algo que sucediera el año pasado, cuando jugaban al escondite en la casa a oscuras. No podía olvidar cómo había chillado cuando Mabel Warren le puso, de pronto, la mano en el brazo. No la había oído acercarse. Las chicas son así: sus zapatos nunca chirrían, ni las tablas del piso gimen a su paso, y se escabullen sigilosamente como los gatos.

Cuando entró la niñera que les traía el agua caliente Francis descansaba tranquilo por haberle dado a Peter plenos poderes.

—Francis está acatarrado —dijo Peter.

La mujer, alta y almidonada, puso las toallas dobladas sobre las jarras del agua caliente y dijo sin volverse hacia ellos:

—No traerán la ropa limpia hasta mañana, así es que tendrás que prestarle alguno de tus pañuelos.

—Pero ¿no sería mejor que se quedase en la cama? —preguntó Peter.

—Le llevaremos a que dé un buen paseo esta mañana —dijo la niñera—. El viento se llevará todos los microbios de un soplo. Ahora, arriba los dos —y cerró la puerta tras ella.

—Lo siento —dijo Peter, y luego, preocupado al ver la cara de su

hermano crispada por la aflicción y el presentimiento, añadió—: ¿Por qué no te quedas en la cama, sin más? Le diré a mamá que te encuentras demasiado mal para levantarte.

Pero semejante rebelión contra el destino sobrepasaba las fuerzas de Francis. Además, si se quedaba en la cama, subirían a verle: le darían golpecitos en el pecho, le pondrían el termómetro en la boca, le mirarían la lengua, y todos descubrirían que estaba fingiéndose enfermo; era cierto que se encontraba mal: sentía una sensación molesta de vacío en el estómago y su corazón latía más rápidamente de lo normal. Pero, al mismo tiempo, sabía que el motivo de su malestar era únicamente el miedo, miedo a la fiesta, miedo a que le hicieran esconderse en la oscuridad, sin estar acompañado por Peter y sin una lamparilla que abriese una bendita brecha en las tinieblas.

—No; me levantaré —dijo, y prosiguió con repentina desesperación—: Pero no iré a la fiesta de la señora Henne-Falcon. Juro sobre la Biblia que no iré.

Ahora, con toda seguridad, las cosas irían bien, pensaba. Dios no iba a permitirle romper un juramento tan solemne; le indicaría un camino.

Tenía toda la mañana por delante y también la tarde, hasta las cuatro. No había por qué apurarse ahora que la hierba todavía estaba tersa por la escarcha temprana. Podría ocurrir cualquier cosa: cortarse un dedo o romperse una pierna o, de verdad, pescar un catarrazo. Dios lo arreglaría de alguna manera. Tenía tal confianza en El que cuando su madre, durante el desayuno, le dijo: «He oído que estás acatarrado, Francis», no le dio importancia. «Te habrías quejado más de tu enfriamiento», dijo su madre con ironía, «si no fuera por la fiesta de esta tarde», y Francis sonrió sintiéndose incómodo, sorprendido e intimidado por lo mal que le conocía su madre.

Su felicidad habría durado algo más si, cuando salió a dar un paseo aquella mañana, no se hubiese encontrado con Joyce. Estaba él solo con la niñera, pues a Peter le habían dado permiso para acabar una conejera en el cobertizo donde guardaban la leña. Si hubiera estado con él le habría importado menos. La niñera lo era también de Peter, pero ahora parecía como si estuviera empleada únicamente para cuidar de él, porque no inspiraba a sus padres suficiente confianza

para que le dejaran salir solo. Joyce únicamente tenía dos años más que Francis y, sin embargo, paseaba por su cuenta, sin acompañamiento.

Se dirigió a zancadas hacia ellos, con las trenzas al viento. Miró con aire displicente a Francis y, de una manera ostentosa, se dirigió a la niñera.

—Hola, tata. ¿Llevará a Francis a la fiesta de esta tarde? Mabel y yo vamos a ir. —Y desapareció calle abajo, hacia la casa de Mabel Warren, con plena conciencia de ir sola y de no necesitar de nadie en la larga calle desierta.

—¡Qué chica tan simpática! —dijo la niñera.

Pero Francis permaneció silencioso, sintiendo otra vez los brincos que daba su corazón al darse cuenta de lo pronto que llegaría la hora de la fiesta. Dios no había hecho nada por él, y los minutos volaban. Volaban demasiado de prisa como para poder planear cualquier evasión o, incluso, preparar su corazón para la severa prueba que le esperaba.

Por la tarde el pánico casi se apoderó de él cuando, totalmente desprevenido, se encontró en el escalón de la puerta de entrada de su casa, con el cuello del abrigo subido para protegerse de un viento helado y viendo la linterna eléctrica de la niñera que trazaba un corto rastro luminoso a través de la oscuridad.

Detrás de él se veían las luces del vestíbulo de su casa y se oía a una sirvienta poniendo la mesa para sus padres, que aquella noche cenarían solos. Estuvo a punto de volver a entrar en casa y gritarle a su madre que no iría a la fiesta, que no se atrevía a ir. No podían obligarle a ir. Casi se oía a sí mismo diciendo aquellas palabras finales, derribando para siempre la barrera de ignorancia cuya existencia conocía por instinto y que impedía que sus padres se enterasen de lo que pasaba por su mente: «Me da miedo ir. No iré. No me atrevo a ir. Harán que me esconda en la oscuridad, y yo me asusto de la oscuridad. Chillaré, chillaré y chillaré». Se imaginaba la expresión de asombro que aparecería en el semblante de su madre, y luego la fría confianza con que le argumentaría desde su altura de persona mayor: «No seas tonto. Tienes que ir. Hemos aceptado la invitación de la señora Henne-Falcon».

Pero no podrían obligarle a ir, de eso estaba seguro; permanecía

titubeante en el escalón de entrada, mientras los pies de la niñera, que se dirigía hacia la verja, hacían crujir el hielo que cubría la hierba. Contestaría: «Podéis decir que estoy enfermo. No iré. Me da miedo la oscuridad». Y su madre: «No seas tonto. Sabes que no hay ningún motivo para asustarse de la oscuridad». Pero conocía la falsedad de ese razonamiento: sabía también cuán temerosamente evitaban pensar en la muerte, aunque le decían que no había que tener miedo de ella. Pero no podían hacerle ir a la fiesta. «Gritaré. Gritaré.»

—Vamos, Francis. —Oyó la voz de la niñera desde el otro lado del césped, que fosforecía débilmente, y vio el pequeño círculo amarillo de la linterna que iba de un árbol a un arbusto y viceversa.

—Voy —dijo con todas sus esperanzas perdidas, abandonando la entrada iluminada de su casa; no se decidía a revelar sus secretos más íntimos y poner fin a la reserva que existía entre su madre y él, pues todavía le quedaba, como último recurso, la posibilidad de apelar a la propia señora Henne-Falcon.

Se consolaba con esa idea según avanzaba firmemente por el vestíbulo, él, tan pequeño, hacia la enorme mole de la dueña de la casa. El corazón le latía de forma irregular, pero tuvo suficiente dominio sobre su voz y dijo con dicción escrupulosa:

—Buenas tardes, señora Henne-Falcon. Le agradezco mucho la amabilidad de invitarme a su fiesta.

Con la cara tensa levantada hacia la curva de sus senos, y una vez pronunciadas estas palabras de cortesía, Francis parecía un viejo marchito, pues se mezclaba muy poco con los demás chicos, ya que, como gemelo, en muchos aspectos era como un hijo único y tendía a aislarse. Dirigirse a Peter era como hablar a su propia imagen que apareciera en un espejo, una imagen un poco deformada por una imperfección del cristal, de manera que este devolvía no tanto una semejanza de lo que él era como de lo que hubiera deseado ser, de lo que hubiera sido sin su irrazonable miedo a la oscuridad, a las pisadas de extraños, al vuelo de los murciélagos en los jardines llenos de penumbra.

—¡Qué niño tan amable! —dijo distraídamente la señora Henne-Falcon, antes de que, agitando los brazos, como si los niños fueran una bandada de pollitos, les hiciera arremolinarse a su alrededor para

explicarles el programa de pasatiempos que había dispuesto: carreras sosteniendo el huevo en la cucharilla, carreras en tres patas, la pesca con arpón de las manzanas, juegos que no suponían para Francis nada peor que una humillación. Y en los frecuentes intervalos en que nada le exigían y podía permanecer solo en los rincones lo más alejados posible de la desdeñosa mirada de Mabel Warren, podría planear la forma de evitar el terror a la oscuridad que ya se aproximaba.

Sabía que no había nada que temer hasta después de la merienda, y sólo cuando se vio sentado dentro del círculo de luz amarillenta que arrojaban las diez velitas de la tarta de cumpleaños de Colin Henne-Falcon se dio plena cuenta de la inminencia de lo que temía. En medio de la confusión que reinaba en su cerebro, asaltado entonces por un sinfín de planes contradictorios, oyó la aguda voz de Joyce desde el otro extremo de la mesa:

—Después de merendar vamos a jugar al escondite a oscuras.

—Oh, no —dijo Peter, observando con pena la cara turbada de Francis y sin comprender bien del todo lo que pasaba por la mente de su hermano—. Ya está bien: todos los años jugamos a eso.

—Pero está en el programa —dijo a gritos Mabel Warren—. Lo he visto yo misma mirando por encima del hombro de la señora Henne-Falcon: a las cinco la merienda, de seis menos cuarto a seis y media escondite a oscuras. Todo está escrito en el programa.

Peter no discutió, pues si el escondite estaba incluido en el programa de la señora Henne-Falcon, nada de lo que él dijese podría impedirlo. Pidió otro trozo de tarta y tomó el té lentamente, a sorbitos. A lo mejor era posible retrasar el juego durante un cuarto de hora, dándole a Francis unos minutos más de plazo para que pudiera idear un plan. Pero hasta en eso se equivocó Peter, pues los niños ya abandonaban la mesa en grupos de dos o de tres. Era su tercer fracaso, y de nuevo, como el reflejo de una imagen que surgiera en la mente de otro, vio un gran pájaro que ensombrecía con sus alas la cara de su hermano. Pero él mismo, interiormente, se reprendió por tal desatino y acabó la tarta animado por lo que tantas veces, como un estribillo, oyera decir a las personas mayores: «No hay que tener miedo de la oscuridad».

Los hermanos fueron los últimos en abandonar la mesa, y se diri-

gieron al vestíbulo para encontrarse con los ojos impacientes de la señora Henne-Falcon que parecían pasar lista.

—Y ahora —dijo la dueña de la casa—, jugaremos al escondite a oscuras.

Peter observó a su hermano y vio cómo apretaba los labios. Francis, Peter lo sabía, temía este momento desde el comienzo de la fiesta y había tratado de arrostrarlo con valentía, pero al fin tuvo que desistir. Debía de haber rezado desesperadamente para que Dios le concediera la necesaria astucia como para poder eludir el juego, que ya los demás niños recibían con gritos de entusiasmo. «¡Vamos!» «Hay que escoger bando.» «¿Hay alguna parte de la casa en que esté prohibido esconderse?» «¿Dónde estará la barrera?»

—Yo creo —dijo Francis, acercándose a la señora Henne-Falcon, fijos resueltamente los ojos en sus exuberantes senos que será inútil que yo juegue: mi niñera vendrá a buscarme en seguida.

Bueno, pero tu niñera puede esperar, Francis dijo la señora Henne-Falcon con aire distraído, mientras daba palmadas para hacer volver a su lado a unos cuantos niños que ya se desmandaban subiendo por la amplia escalera que conducía a los pisos superiores—. A tu madre no le importará.

Aquel era el límite a que podía llegar la astucia de Francis, pues no era capaz de concebir que una excusa tan bien preparada pudiera fracasar. Y todo lo que se le ocurrió decir entonces, precisamente con el tono que los demás niños odiaban interpretándolo como un símbolo de fatuidad, fue:

—Creo que sería mejor que no jugara.

Permaneció inmóvil, impasible el semblante aunque estaba asustado. Pero el conocimiento de su terror, el reflejo de ese mismo terror, llegó hasta el cerebro de su hermano. En aquel momento Peter podría haber gritado con el mismo pánico de que las brillantes luces se apagaran, dejándole solo en una isla de tinieblas y rodeado por el suave susurro de unos pasos extraños. Recordó entonces que el temor que sentía no era el suyo propio, sino el de su hermano. Impulsivamente dijo a la señora Henne-Falcon:

—Por favor, señora, yo creo que Francis no debería jugar. Le asusta la oscuridad.

Eran las palabras más inadecuadas, las que nunca debió decir,

pues seis niños se pusieron a canturrear, mofándose: «¡Cobarde, cobarde, gallina!», volviendo hacia Francis caras torturadoras, impasibles, con la misma ausencia de expresión que tienen los grandes girasoles.

Sin mirar a su hermano, Francis dijo:

—Claro que jugaré. No tengo miedo. Unicamente pensé que... —Pero ya sus torturadores humanos le habían olvidado y ahora, aislado en su soledad, percibía cómo se aproximaba el otro tormento, el espiritual, mucho más ilimitado.

Los chicos se apiñaron en torno a la señora Henne-Falcon y sus voces chillonas la asaltaban a preguntas y sugerencias. «Sí, en cualquier parte de la casa. Apagaremos todas las luces. Sí, podéis esconderos incluso en los armarios. Debéis aguantar escondidos todo el tiempo que podáis. No habrá barrera.»

También Peter se mantenía apartado, lleno de vergüenza por la manera tan torpe con que había tratado de ayudar a su hermano. Ahora sentía, como un hormigueo que se deslizase por los recovecos de su cerebro, todo el resentimiento de Francis por la desafortunada intervención de su paladín. Algunos niños subieron corriendo las escaleras, y las luces del piso de arriba se fueron apagando. La oscuridad descendió como las alas de un murciélago, asentándose en el rellano de la escalera. Otros chicos comenzaron a apagar las lámparas laterales del vestíbulo y después se agruparon todos bajo el resplandor único de la araña central, mientras los murciélagos, embozados en sus alas, se agazapaban alrededor y esperaban que también esa luz se extinguiera.

—Tú y Francis sois del bando que tiene que esconderse —dijo una chica alta, y entonces se apagó la luz de la araña y la alfombra onduló bajo los pies de Peter, percibiéndose un rumor sibilante de pisadas como pequeñas corrientes frías que se deslizaran furtivamente hacia los distintos rincones.

«¿Dónde estará Francis?», se preguntó. Si se encontrara junto a él todos esos ruidos apagados le darían menos miedo. «Esos ruidos» formaban la envoltura del silencio: el chirrido de una tabla suelta, el cierre cauteloso de la puerta de una alacena, el gemido que producía un dedo al arrastrarlo sobre una madera bruñida.

Peter permaneció en el centro del oscuro vestíbulo desierto sin

querer escuchar, esperando tan sólo que penetrara en su cerebro la noción de cuál era el paradero de su hermano. Pero Francis permanecía en cuclillas, tapándose los oídos con los dedos, los ojos inútilmente cerrados y adormeciendo su mente contra las impresiones externas, de suerte que sólo percibía una gran tensión que atravesaba la oscuridad.

Entonces una voz gritó: «¡Voy!», y como si la serenidad de su hermano hubiera quedado hecha pedazos con aquel grito repentino, Peter se sobresaltó atemorizado. Pero a causa de su propio miedo. Lo que en Francis era un pánico abrasador que le hacía rechazar toda idea que no añadiese leña al fuego, en Peter era tan sólo una emoción altruista que no afectaba a su razón. «Si yo fuera Francis, ¿dónde me hubiera escondido?» Ese era, aproximadamente, su único pensamiento. Y puesto que él era, si no el mismo Francis, sí por lo menos un espejo para su hermano, la respuesta fue inmediata: entre la librería de roble situada a la izquierda de la puerta del despacho y el diván forrado de cuero.

Peter no se sorprendió por la rapidez con que había obtenido la respuesta: entre ellos dos no servía toda esa jerigonza que emplean los que hablan de telepatía. Estuvieron juntos en el vientre materno y no podían separarse.

Peter se dirigió de puntillas al sitio donde sabía que Francis estaba escondido. A veces crujía una tabla del piso, y como Peter temía que le cogiera en la oscuridad alguno de los buscadores, se inclinó para quitarse los zapatos. Al desatar los cordones, uno de los herretes chocó contra el suelo y el sonido metálico hizo que multitud de pies sigilosos avanzaran en su dirección.

Pero entonces Peter ya se había quedado en calcetines, y se hubiera reído para sus adentros de la búsqueda si no le hubiese dado un vuelco el corazón como un reflejo de la sorpresa experimentada por Francis, cuando alguien tropezó con sus zapatos abandonados.

Ninguna tabla volvió a crujir revelando el avance de Peter, que se movía silenciosa e infaliblemente hacia su objetivo. Su instinto le advirtió de que se encontraba cerca de la pared y, extendiendo una mano, puso los dedos sobre la cara de Francis.

Francis no gritó, pero el brinco de su propio corazón le reveló a Peter la intensidad que alcanzaba el terror de su hermano.

—Todo va bien —susurró, palpando el cuerpo acurrucado hasta asir una mano crispada—. Soy yo, no temas. Me quedaré contigo. —Y agarrando con fuerza la otra mano, escuchó la cascada de cuchicheos que sus palabras habían desencadenado entre los perseguidores.

Una mano tocó la librería junto a la cabeza de Peter y este se dio cuenta de que, a pesar de su presencia, el miedo de Francis continuaba. Era un miedo menos intenso, más soportable, esa esperanza tenía Peter, pero que, sin embargo, aún no se había disipado. Supo que lo que él también experimentaba era el miedo de Francis y no el suyo. Para Peter, la oscuridad no era más que una simple ausencia de luz; la mano que le buscaba a tientas, la de un niño conocido. Esperaba pacientemente a que les descubrieran. No volvió a hablar, no hacía falta, pues a los dos hermanos el tacto les ponía en íntima comunión. A través de sus manos juntas el pensamiento fluía mucho más rápido que si hubieran tenido que expresarlo con palabras. Podía experimentar íntegramente cómo evolucionaba la emoción de su hermano, desde el brinco de pánico ante el inesperado contacto hasta el pulso uniforme de su temor, que ahora se manifestaba sin cesar con la regularidad del latido de un corazón.

Peter pensaba con intensidad, queriendo que sus razonamientos llegaran a su hermano: «Estoy aquí, contigo. No tienes por qué asustarte. Las luces volverán a encenderse pronto. Esos roces apagados, esos movimientos no son de temer. Sólo se trata de Joyce o de Mabel Warren». Bombardeaba con sus pensamientos tranquilizadores el cuerpo fláccido de su hermano, pero notaba que el miedo aún no había abandonado a Francis. «Ya se les oye cuchichear a unos con otros. Están cansados de buscarnos. Pronto se encenderán las luces y habremos ganado. No te asustes: eso ha sido alguien que ha hecho ruido en la escalera; creo que era la señora Henne-Falcon. Escucha: están buscando las luces a tientas.»

Pies que se mueven sobre una alfombra, manos que rozan una pared, una cortina descorrida con violencia, el chasquido de un picaporte, la puerta de una alacena que se abre.

En el estante que estaba por encima de sus cabezas un libro suelto se desplazó cuando lo tocaron. Sólo se trataba de Joyce, o de Mabel Warren, o de la señora Henne-Falcon. Todo un crescendo de pensa-

mientos tranquilizadores bullía en el espíritu de Peter hasta que la araña del vestíbulo se encendió, como un árbol frutal que florece.

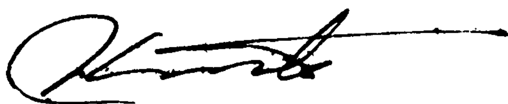
Las voces de los niños se elevaron estridentes con el primer resplandor. «¿Dónde está Peter?» «¿Habéis mirado arriba?» «¿Dónde está Francis?»

Pero se quedaron de nuevo silenciosos al oír el grito de la señora Henne-Falcon. Y sin embargo, ella no había sido la primera en darse cuenta de la inmovilidad de Francis cuando este se había desplomado contra la pared al sentir el contacto de la mano de su hermano. Peter continuaba reteniendo en su mano los dedos agarrotados de Francis. Sentía un desolado y confuso dolor. No era simplemente que su hermano hubiera muerto; es que su cerebro, demasiado joven todavía para darse totalmente cuenta de la paradoja, aún se preguntaba, sintiendo una oscura autocompasión, por qué era que el pulso del miedo de Francis seguía latiendo sin cesar, cuando Francis se hallaba ahora donde siempre le habían dicho que no existían ni el terror ni la oscuridad.



UN VIEJO DE PLATA

JORGE FERRETIS/MEXICO



EL OCASO fulge por la calle de los artesanos.

Entre carpinteros, electricistas, herreros y soldadores, perduran tres orfebres viejos. Uno se emborracha de sábado a lunes, pero nadie lo discute como maestro. De sus manos no ha salido ninguna pieza indigna. Otro es un octogenario que ve mejor que si usara impertinentes. Asegura que los legítimos plateros no necesitan antiparras, pues que la luz del manso metal se acumula en sus ojos.

Son tres anacrónicos, que parecen moldeados en personajes del desaparecido teatro de su juventud. El más fanático de su oficio es don Flavio. Si le preguntan cuál es su religión, contesta que la orfebrería. Ello no le impide ser católico, y por afición adicional, flautista. El día de San Eligio, patrón de los plateros, nunca falta en la misa mayor, con otros dos músicos del barrio. Previamente han ensayado, y ese día forman orquesta con el organista de la iglesia.

Quizá por anacrónicos, estos tres artífices no dejaron morir en sus manos la platería, como arte. Ahora, por añadidura, les resucita como ganancia fabulosa. Tienen que ampliar sus talleres y multiplicar a los aprendices de paga: pero tal resurrección de lucro los alarma. ¿No prostituirán otros el arte que ellos heredaron? Ellos no sólo admiten que no son hombres modernos, sino que cifran su orgullo en no pertenecer a este siglo de las claudicaciones. Don Flavio hace jurar a sus aprendices, antes de admitirlos, que nunca producirán artículos de baja ley.

—Amarás a la plata —les dice— no porque es poderosa, sino porque es bella.

Esta frase venía desde su bisabuelo. Don Flavio la grabó en pequeña placa, como epígrafe en el portón de su taller; pero a los tres días, el consejo, es decir, la placa, desapareció. No la robaron por lo bello de la frase, sino por lo que valía el metal. El viejo meneó la cabeza compasivamente, y con caracteres mayores volvió a grabar su lema, ya sobre la madera misma.

LAS ORFEBRERÍAS tienen portones que se abren hacia la calle, y que sirven para colgar y exhibir algunas piezas. Como es hora de cerrar, están recogiéndolas, y prodigan destellos.

Los operarios despójanse de sus mandiles y los cuelgan, pues ya el campanario hizo gárgaras con el último repique del rosario.

En uno de los talleres, cuatro ayudantes están de pie, con sus gorras en las manos, y miran atentos el buril del más viejo. Este se ocupa desde hace días en labrar un ánfora que, en lugar de asas, lleva dos alas cortas e impulsivas. Aquel artífice tiene barba rubicana; cabello escaso pero hirsuto, y unos ojos glaucos y escrutadores. El más joven y despreocupado aventúrase a decir:

—Ya no hay luz, tío Flavio.

El viejo evita una crispatura de molestia, y pausadamente gruñe:

—Váyanse ustedes. Mi entrecejo agarró ya unos trazos que no voy a perder.

De los cuatro, el que lo sigue en edad razona:

—Pero Flavio, si al menos luz eléctrica tuviéramos aquí...

Don Flavio ve a sus interruptores, y en tono de apaciguado reproche, pregunta:

—¿Qué fue primero: la orfebrería o la luz eléctrica?

Busca en un bolsillo de su chaleco, y saca una gran cerilla. La raspa en la suela de su zapato hasta encenderla, e infunde llama en el panzudo mechero de latón que hay en su mesa.

Los otros callan. Conocen la inutilidad de insistir, y van desfilando hacia la calle. Al quedar solo, don Flavio descansa, libre de ojos ajenos; se reacomoda frente a su mesa, y vuelve a usar su buril con más deleite.

AQUELLA LARGA calle de los artesanos es muy irregular en sus lomos y en sus estrecheces. Las tres platerías hállanse en una ampliación que casi es plazoleta. La calle se ha desempedrado en trechos, y además de hoyancos lodosos, tiene dos o tres charcas de verdosa quietud. De trecho en trecho, hay postes de madera, sin claras nociones de verticalidad; árboles que fueron muy rectos como árboles, pero que como postes hacen el ridículo. Parece que cada amputación los hubiera contorsionado ligeramente.

Horas después de que don Flavio queda solo, sigue burilando, feliz. Su aparato de petróleo lo aluza, como con rolliza mecha en caldo de sol.

En el barrio, las callejas están solas y oscuras. De largo en largo, aquellos postes apuntalan foquillos que arden amarillosamente. (Más alumbrarían si ardiesen los propios palos entecos.) Reflejos rubios bajan a bañarse en las charcas verdes como minúsculos efebos, que se escandalizan por el chapuzón de alguna rana.

Más noche, aun la ciruela de luz de aquellos árboles civiles se apaga.

Lejos, frente a otra gran explanada, han tenido que cerrar la iglesia, de donde sale todavía una mujer madura y basta. Cuando la gran puerta cruje a sus espaldas, ella masculla restos de oraciones. Avanza bajo un cielo enorme cuyas contingencias la preocupan menos que las de abajo. Lleva encima unos pecados que su cuarentona imaginación agranda; y el peso de un busto y unos cuadriles, que las sombras exageran también.

Ha bajado un gran sosiego, redentor de todas las fatigas.

La única luz que sigue ardiendo es la del taller. Sus chisporroteos tiemblan en la pelambre del viejo febril, y le dan resplandor. Sin que él se lo proponga, algunos de los trazos que salen de su buril están inspirados en guedejas de María Engracia, que es su hija.

En el labrado de su ánfora, no sólo cuida el primor de las líneas, sino la proporción de metal que quita de cada roseta, de las que tiene cuatro. Además de la forma total, don Flavio se afana en sacarle cuatro notas limpias. ¡Ya se las percibe! Y en cada roseta va grabando una sílaba: Do; Mi; La; Re; notas madres de toda melodía. Esto no lo ha confesado ni a los demás plateros, que sonreirían al saber que trata de injertar música en la orfebrería. No obstante, las cuatro

notas siguen afinándose. A él no importan ahora las esquirlas de plata pura que se caen al suelo, y que se pueden perder.

Está seguro de que su ánfora la querrá comprar un extranjero estrafalario y rico, que paga bien todas sus piezas, aunque no sean originales. No era original lo último que le ordenó copiar: una bombilla eléctrica, redonda, sostenida por el Atlas milenario y barbudo. Y aquel Atlas, con una rodilla sobre el supuesto Caos, soportaba en sus lomos el planeta, como enorme joroba de luz.

El extranjero pagó bien la copia; pero su ánfora... No, esta no la venderá. Por instantes pone a un lado su buril, para probar los sonidos. Después, entre sus manos la contempla, igual que otros hombres saben contemplar cabezas de hijos. Y vuelve a su tarea con mayor afán.

A MARÍA ENGRACIA, él la considera una niña, pero ya cumplió diecinueve años. Todos la llaman simplemente Gracia. Y aquella noche tampoco duerme. Su novio es Felipe, ayudante de don Flavio. Es un muchacho «con aspiraciones», y tiene, además, un bigotillo primario, que hace florecer besos con pistilos.

La casa es de ladrillo, en esquina, con tres ventanas. Engracia siempre ha ornado la suya con yedras abundosas, que lo pueden saber todo, porque todo lo callan.

Esta noche, Felipe la ha besado tanto que la muchacha siente desconocida sed. Una llamita parece alargársele desde la columna vertebral, y quitar a sus ojos la facultad de ver, y la noción de todo en derredor, para no dejar sino dos seres en el espacio. Dos clamores que necesitan naufragar en miel.

Sin embargo, todavía los hace hablar con leve jadeo un sobrecogimiento de sentido común. Engracia recuerda que su padre no está bien del corazón, y dice:

—No llega. ¿Estará bien que vaya por él?

—Sí —contesta Felipe—. Sólo tú lo arrancarás de su banco.

Ya está junto a ellos un deber, que parece vigilante. Para despedirse, la muchacha se vuelve murmullo:

—Hasta mañana, mi Felipe.

Se borra el vigilante deber. Se unen las bocas, donde aquella misma sed estaba solamente agazapada. Otro remolino de inconsciencia

los aturde y los anuda. Es un vértigo de las cosas circundantes, que giran, como si un inmenso Paganini las azuzara en *allegro*. Aquel remolino, sólo un milagro lo pararía. El milagro de que la florida yedra encubridora dejase de ser yedra, para convertirse en una madre.

En el taller, don Flavio ha perdido la noción de los relojes. Burila con mano febril, mientras el gran mechero embarra en el muro su silueta desmelenada, con perfiles de místico y de brujo.

Dos veces el frío intentó asustarlo, cogiéndolo por los pies. Pero resulta simplón el frío. Don Flavio permite que le suban los calambres hasta las rodillas, como lombrices heladas. El sonríe, y restirando los nervios de sus extremedidades inferiores, aprieta una contra la otra, lastimando al frío.

Con más deleite prueba luego los sonidos de su ánfora, en la que siguen limpiándose las notas. El siente cómo lo conforta su extraordinaria tarea. ¿Que el trabajo aniquila? Sólo a infelices que lo admiten como condena.

Una o dos horas después, otro calambrito alevoso se le ha subido, quién sabe por dónde, e intenta expropiarle un hombro. Don Flavio ha oído varias veces cuchichear a los médicos, para decir que está enfermo del corazón. Pero la gente ignora que un artífice nunca cae mientras está en trance de creación. Mueve su hombro, como si lo estregase contra el aire denso, y todo el individuo se vivifica. Hoy no lo interrumpirán los oscurecimientos que a veces le brotan de la nuca, y que le ahuman los ojos. En verdad es milagrera la plata cantadora que tiene entre sus manos.

Y así trabaja hasta que por fin, relumbrante de triunfo, puede dar los últimos toques a su obra. Permanece mucho tiempo admirándola. Vuelve a golpear sobre las cuatro rosetas, y escucha hasta que se diluye en el silencio la mínima vibración. Al levantarse de su banco, su sombra crece hasta la bóveda del techo.

Se despoja de su mandil; lo sacude, y en él arropa su ánfora, como a mujer defendida.

Agradecidamente apaga el chorro de sol de su mechero; estrega sus ojos con el dorso de la mano, y a tientas, con su envoltorio bajo el brazo, llega hasta el clavijero para descolgar su gorra. Sus pies saben sacarlo de su taller a oscuras, y echarlo a la calle. Camina sobre aquel

suelo en que no vibran las pisadas, y piensa con disgusto en el comprador extranjero. No, los hijos no se venden.

Al llegar a su casa, y a pesar de la yedra, advierte que su hija, por descuido, ha dejado sin aldabón su ventana. ¿La despertará para que oiga sus cuatro notas?

En su casa sí hay servicio eléctrico. Va a la alcoba de Gracia y enciende el foco.

Despeinada y semidesnuda, ella salta de su lecho sin aproximársele. Padre e hija se contemplan, encandilados. El susto que a ella la tiene agarrotada parece ir volviendo de salitre su lengua, y su rostro, y sus manos inertes que no alcanzan a implorar.

La cama parece fotografía instantánea de un blanco recodo de río. El viejo aprieta rudamente los ojos para no ver las mantas encrespadas, en las que duele algo así como la imagen tibia de tres geranios.

Separa más los pies para afianzarse sobre el suelo, como para que no lo tire un torbellino. Ningún torbellino podrá más que él. Se aproxima a un mueble para dejar encima su envoltorio. Aquellas tres manchas de la sábana no le han de quemar y derretir los ojos, cual si los tuviese de plombagina. En lugar de rehuirlas, las ve con rudeza. Se apretará, cruzado de brazos, hasta que la ecuanimidad empiece a limpiar su rostro. Desde lo infinito, o quizá desde algún repliege de su propia conciencia, le parece escuchar una voz muerta; la voz de la madre de su hija, que le dice:

—No la azotes. Gracia no tiene la culpa.

Don Flavio se aproxima como un autómata a la muchacha.

—Gracia, ¿por qué lo hiciste?

Silencio. Sus propias palabras le parecen vacías. Es la primera vez que no sabe lo que habla, y por ello pregunta más:

—¿Eres feliz?

Ella, a pesar del miedo que la escalofría, baja la cabeza y responde:

—Inmensamente, padre.

A don Flavio le da otro vuelco el corazón. Esperaba oír arrepentimientos, y siente espantoso aquel diálogo.

—¿Fue Felipe?

—Sí.

—¿Huyó?

—Salió por el portal.

Aunque muy encontrados impulsos lo sacuden, él no puede tocar a su hija. Es como si tuviese amarrados al pecho sus dos brazos. Quién sabe cuántos minutos transcurrirían antes de que pudiera arrancar sus pies a los ladrillos, y salir. En el portal arde un foquillo titubeante. Y de la oscuridad del otro extremo, desgájase hacia él un hombre. Le parece confortante ver que no huyó.

No se tiembla no más por cobardía. Estos dos hombres están arrostrándose, con un invisible y mutuo estremecimiento. Felipe tiene algo en la mano, y se adelanta en el hablar.

—Ya sé lo que cuenta para usted el honor, don Flavio.

Es una daga lo que tiene en la diestra. La desnuda; avienta a un lado la funda de piel. Don Flavio se crece, mientras Felipe agrega sin altanería:

—El honor de Gracia yo lo pago.

Le entrega la daga por la empuñadura. El viejo, absorto, la toma. Mecánicamente la aprieta, y siente que hilillos invisibles le quisiesen alzar el brazo, como el de una marioneta. Pero don Flavio no quiere que algo invisible lo maneje así. Si ha de matarlo, no ha de ser con brazo de marioneta. Por otra parte, ráfagas de razón le dicen que es pueril aquel muchacho pidiéndole que lo asesine; y sobre todo si lo ama su hija. Por sus indecisiones, cien borrosos personajes de teatro antiguo parecen despreciar al viejo en la penumbra.

Sus ojos escarban en los del muchacho, en el fondo de los cuales sólo percibe dolor. Don Flavio siempre anheló ser impasible, pero no petrificarse. Son ahora su lengua y sus mandíbulas trabadas las que se vuelven de salitre. Siente tan difícil desenclavijarlas, como romper con ellas un guijarro.

El muchacho baja la cabeza, y en tono de plegaria repite:

—Ella no tuvo la culpa...

Don Flavio hace esfuerzos como para lanzar un aullido. ¡Benditos los padres que pueden aullar de pena! Pero él sólo entreabre su boca; y cuando recupera el habla, tampoco sabe lo que dice, y murmura roncamente:

—Tú tampoco, hijo...

Avienta al otro lado la daga. No le importa sentir cómo tiembla

su mano, pues aunque temblorosa, la sube hasta el hombro del muchacho. Antes de hablar, a los dos los estremece un maravillado grito de Gracia. Aparición clamorosa, se desprende de la pared, donde su expectación la untaba. Con el rostro abrillantado en lágrimas y en júbilo, se arroja al cuello de su padre, estremecida por sollozos. En el viejo, tembloroso todavía, confuso, reaparece el instinto de azotarla; pero se ha vuelto estribillo la voz materna que la defiende. Y Flavio, como si volviese a ser dueño de sus actos, le acaricia la cabeza. Cuando Gracia logra hablar, entrecortadamente le pregunta:

—¿Verdad que nos perdona usted?

—La vida no necesita perdón —contesta don Flavio sin saber lo que habla—. Yo los bendigo.

Felipe, a pesar de su estatura, tiene los ojos húmedos en lloro de niño como de nueve años.

La hija respira como si estuviesen en una playa, ante un océano de felicidad. ¡Aquello significa matrimonio!

Don Flavio pide a ella que vaya y se acueste. El queda hablando un poco todavía con Felipe. Y cuando este, respetuoso, se despide y se marcha, no hay caballero que se le pueda igualar en ventura.

Gracia se arrebuja en su lecho, ansiosa de que amanezca.

Don Flavio apaga el foco del portal, pero sigue paseando, silencioso. Había sentido siempre a su Gracia como a una niña, por más que todo le gritaba que ya era una mujer. El tuvo la culpa por querer ignorar el tiempo; los tiempos. Y piensa: los que tenemos hijos no podemos darnos el lujo de ser anacrónicos.

De improviso, todavía lo crispa la noción de aquellos tres geranios de la sábana. Pero acaba diciéndose: los padres añejos prefieren ver otra sangre de sus hijas y las matan. A esos ogros paternos los hacen gruñir todos los hombres jóvenes, como si todos les oliesen a perro.

El, como si se tuviera que arrancar la epidermis, así se quiere despojar de su naturaleza latina, y hasta logra creer que está gozoso. Tiene que dar gracias a San Eligio, que acomodó a su hija en brazos de un hombre tan cabal. ¡Y platero también, San Eligio! Buen platero, digno de heredar su taller. ¿El vecindario? Su casa tiene una esquina, como un filo en que se partirán todas las habladurías. (Lo

que los hombres tengan de supremos, ¿se lo habrá otorgado lo irremediable?)

Su silueta, cavilosa, sigue discurriendo por el portal.

En las alturas, raspa el silencio el ruido lejano de un avión, que se oye todas las madrugadas. Dicen que los aviones tienen hélices más grandes que hombres. Ahora no volará el que no quiera.

En otra casuca cercana, la mujer que salió de la iglesia es la única cuyo sueño se rompe hasta con el zumbar de un mosco. Máxime con el ruido de aquel motor aéreo, y con su caudal de erres que despilfarra en las lejanías. A la mujer la vuelven insomne unos pecados no cometidos aún, e ignora que es biológica propensión la de volverse más escrupulosas, cuanto menos codiciadas. El motor la molesta, y cree que en noches tan profundas, no estaría mal que los tales aparatos aéreos cayesen incendiados. Porque imagina que las hélices de aquellos armatostes irán por los cielos aporreando arcángeles. En cuanto a sus carnales incertidumbres, consisten en no saber si le será lícito coquetear más claramente a don Flavio. A pesar de que se visitan, ella lo encuentra demasiado decente.

A don Flavio no lo ha tentado ni lo tentará semejante musa. Y menos ahora. Engolosinado con la felicidad de su hija, sólo piensa en acrecentarla. El avión lo recrea, imaginando que sus dos enamorados pueden volar. ¿Por qué no? En cuanto amanezca, él puede buscar al comprador extranjero para ofrecerle su ánfora. ¡Que vuelen a su luna!

Suspira. Se siente un viejo nuevecito. ¿Sus males? Marmaja de un corazón que no golpeaba fuerte. Si hubiera hombres y mujeres de plata, serían más brillantes cuanto más usados, y valdrían más cuanto más antiguos. Pero él es ahora de cuño muy nuevo. Tan recién fabricado, como si el alba, por primera vez, lo estuviese desempacando de la penumbra del portal.

LA PENSION

JAMES JOYCE/IRLANDA



LA SEÑORA Mooney, hija de un carnicero, era lo que se dice una mujer resuelta; para arreglar sus cosas se bastaba y se sobraba sin dar un cuarto al pregonero. Casó con el dependiente principal de su padre y abrió una carnicería cerca de Spring Gardens. Pero no bien hubo muerto su suegro, el señor Mooney empezó a andar en malos pasos. Bebía, metía mano a la caja registradora del dinero y se entrampó hasta los ojos. De nada servía hacerle prometer enmienda: a los pocos días, infaliblemente, quebrantaba el solemne juramento. A fuerza de reñir con su mujer en presencia de los parroquianos y de comprar carne mala, terminó por arruinar el negocio. Una noche persiguió a su mujer con la cuchilla, y ella tuvo que dormir en casa de un vecino.

Desde entonces vivieron separados. La mujer acudió al cura y obtuvo una separación en regla con cargo de los hijos. No daba dinero al marido, ni alimento, ni morada; y así el hombre viose obligado a entrar como oficial de justicia. Era un borrachín astroso, encorvado, de cara blanca y bigote blanco, y blancas cejas dibujadas sobre sus ojillos surcados de venas rojizas, ribeteados y tiernos; y se pasaba todo el santo día sentado en el cuarto del alguacil, en espera de que le encomendaran algún servicio. La señora Mooney, que se había llevado el dinero remanente tras la liquidación de la carnicería, instalando con ello una pensión en Hardwicke Street, era una mujerona de armas tomar. Su casa albergaba una población flotante compuesta de turistas de Liverpool y de la isla de Man,

y, de allá para cuando, *artistes* de los *music halls*. Su clientela con residencia fija se componía de empleados de oficinas y del comercio. La señora Mooney gobernaba la pensión con diplomacia y mano firme; sabía cuándo procedía dar crédito, actuar con severidad o hacer la vista gorda. Los residentes mozos, cuando hablaban de ella, la llamaban todos la Patrona.

Los jóvenes pupilos de la señora Mooney pagaban quince chelines semanales por la pensión completa (cerveza en las comidas aparte). Eran todos de los mismos gustos y ocupaciones, y por esta razón reinaba entre ellos franca camaradería. Discutían entre sí las probabilidades de sus caballos favoritos. Jack Mooney, el hijo de la Patrona, empleado con un agente comercial en Fleet Street, tenía reputación de calavera. Era aficionado a soltar obscenidades de cuartel, y por lo general llegaba a casa de madrugada. Cuando veía a sus amigos, siempre tenía alguna diablura que contarles, y siempre estaba seguro de hallarse sobre la pista de algo bueno: un caballo o una *artiste* con posibilidades. También el boxeo se le daba de maravilla. Y las canciones cómicas. Las noches de los domingos solía haber reunión en la sala principal de la señora Mooney. Los *artistes* de *music hall* participaban con gusto, y Sheridan tocaba valses y polkas e improvisaba acompañamientos. También solía cantar Polly Mooney, la hija de la señora. Cantaba:

Soy una... niña traviesa.
No tienen por qué fingir:
Ya saben que soy así.

Polly era una muchachita delgada, de diecinueve años; tenía el pelo rubio, delicado y suave, y una boca pequeña y rotunda. Sus ojos, grises con un tornasol verde, tenían el hábito de echar miraditas hacia arriba cuando hablaba con alguien, lo cual le daba el aspecto de una pequeña *madonna* perversa. La señora Mooney colocó en principio a su hija en la oficina de un tratante en granos, de mecanógrafa; mas como cierto oficial de justicia de pésima reputación diera en presentarse en el despacho un día sí y otro no rogando le permitieran hablar una palabra con su hija, la madre volvió a llevársela a casa y la puso a trabajar en las faenas domésticas. Como Polly era muy alegre y pizpireta, la intención era darle el gobierno

de los pupilos jóvenes. Además, a los mozos les gusta sentir que ande una hembra moza no muy lejos. Polly, como es natural, flirteaba con los mancebos, pero la señora Mooney, juez perspicaz, sabía que los tales mancebos se lo tomaban sólo como pasatiempo: ninguno de ellos iba en serio. Así continuaron las cosas mucho tiempo, y la señora Mooney empezaba a pensar en mandar a Polly otra vez de mecanógrafa, cuando observó que entre su hija y uno de los jóvenes había algo. Vigiló a la pareja y no dijo esta boca es mía.

Polly sabía que la vigilaban; sin embargo, el persistente silencio de su madre no podía interpretarse erróneamente. No había existido complicidad manifiesta entre la madre y la hija, connivencia de ninguna clase; pero aunque los huéspedes empezaban a hablar del asunto, la señora Mooney continuaba sin intervenir. Polly empezó a volverse un poco rara en su comportamiento, y el joven, evidentemente, andaba desazonado. Por fin, cuando estimó que era el momento oportuno, la señora Mooney intervino. Contendió con los problemas morales como cuchilla con la carne; y en aquel caso concreto había tomado ya su decisión.

Era una luminosa mañana de principios de verano, prometedora de calor, mas con un soplo de brisa fresca. Todas las ventanas de la pensión estaban abiertas y las cortinas de encaje se inflaban suavemente hacia la calle bajo las vidrieras levantadas. Era domingo. El campanario de San Jorge repicaba sin cesar, y los fieles, solos o en grupos, cruzaban la pequeña glorieta que se extiende ante la iglesia, dejando ver de intento su propósito en el pío recogimiento con que iban no menos que en los libritos que llevaban en sus manos enguantadas. En la pensión habían terminado de desayunar, y aún estaban los platos en la mesa con amarillas rebañaduras de huevo, piltrafas y cortezas de tocino. La señora Mooney, sentada en el sillón de mimbre, vigilaba a la criada Mary que estaba retirando las cosas del desayuno. Le mandó recoger las cortezas y mendrugos de pan que servirían para hacer el budín del martes. Una vez despejada la mesa, recogidos los mendrugos, guardados bajo llave y candado el azúcar y la mantequilla, la dueña de la pensión se puso a reconstruir la entrevista que había tenido con Polly la noche de la víspera. Todo era, en efecto, como ella sospechaba: se había mostrado franca en sus preguntas, y Polly no lo había sido

menos en sus respuestas. Las dos pasaron su apuro, desde luego. Ella por deseo de no recibir la noticia de una manera demasiado franca y desconsiderada, ni parecer que había hecho la vista gorda, y Polly no sólo porque las alusiones de ese género siempre se lo causaban, sino también porque no quería dar pie a la sospecha de que ella, en su sabia inocencia, había adivinado la intención oculta tras la tolerancia de su madre.

Cuando advirtió, en su ensimismamiento, que las campanas de San Jorge habían dejado de tocar, la señora Mooney echó una mirada instintiva al relojito dorado que había sobre la repisa de la chimenea. Pasaban diecisiete minutos de las once: tenía tiempo más que de sobra de solventar el asunto con el señor Doran y plantarse antes de las doce en la calle Marlborough. Estaba segura de su triunfo. Para empezar, tenía de su parte todo el peso de la opinión social: era una madre agraviada. Había permitido al seductor vivir bajo su techo, dando por supuesto que era hombre de honor, y él había abusado de su hospitalidad. Tenía treinta y cuatro o treinta y cinco años, de modo que no podía alegarse como excusa la irreflexión de la juventud; tampoco podía ser disculpa la ignorancia, ya que era hombre con sobrado conocimiento del mundo. Sencillamente se había aprovechado de la juventud y la inexperiencia de Polly; eso era evidente. ¿Qué reparación estaría dispuesto a hacer? He aquí el problema.

En tales casos se debe siempre una reparación. Para el varón todo marcha sobre ruedas: puede largarse tan fresco, después de haberse holgado, como si no hubiera ocurrido nada, pero la chica tiene que pagar el pato. Algunas madres se avenían a componendas mediante sumas de dinero; había conocido casos. Pero ella no haría tal cosa. Para ella, por la pérdida de la honra de su hija sólo cabía una reparación: el matrimonio.

Repasó de nuevo todas sus cartas antes de enviar a Mary arriba, al cuarto del señor Doran, a decir que deseaba hablar con él. Estaba segura de su triunfo. El era un joven serio, no un libertino ni un escandaloso como los otros. Si se hubiera tratado del señor Sheridan o del señor Meade o de Bantam Lyons, su tarea habría sido mucho más ardua. No creía ella que Doran arrostrase la divulgación del caso. Todos los huéspedes de la pensión sabían algo del asunto;

algunos hasta habían inventado pormenores. Además, llevaba trece años empleado en la oficina de un comerciante en vinos, católico cien por cien, y la divulgación tal vez significara para él la pérdida del empleo. Mientras que si se avenía a razones, todo podría ser para bien. Sabía ella que el galán cobraba un buen sueldo, y por otra parte sospechaba que debía de tener un buen pico ahorrado.

¡Casi la media! Se levantó y se miró en el espejo de luna. La expresión resuelta de su rostro grande y rubicundo la satisfizo, y pensó en algunas madres conocidas suyas incapaces de quitarse a sus hijas de encima.

El señor Doran estaba en realidad muy nervioso aquel domingo por la mañana. Había intentado por dos veces afeitarse, pero tenía el pulso tan inseguro que se vio obligado a desistir. Una barba rojiza de tres días orlaba sus mandíbulas, y cada dos o tres minutos se le empañaban los lentes, de suerte que tenía que quitárselos y limpiarlos con el pañuelo. El recuerdo de su confesión de la pasada noche causábale profunda congoja; el cura le había sonsacado hasta el último detalle ridículo del asunto, y al final había exagerado tanto su pecado que casi daba gracias que se le concediera un respiradero, una posibilidad de reparación. El daño estaba hecho. ¿Qué podría hacer él ahora sino casarse con la chica o tomar las de Villadiego? No iba a tener la desfachatez de negar su culpa. Era seguro que se hablaría del caso, y sin duda alguna llegaría a oídos de su patrón. Dublín es una ciudad tan pequeña..., todo el mundo está informado de los asuntos de los demás. En su excitada imaginación oyó al viejo señor Leonard que con su bronca voz ordenaba: «Que venga el señor Doran, por favor», y sólo de pensarlo le dio un vuelco tan grande el corazón que casi se le sale por la boca.

¡Todos sus largos años de servicio para nada! ¡Sus trabajos y afanes malogrados! De joven la había corrido en grande, por supuesto; había blasonado de librepensador y negado la existencia de Dios en las tabernas ante sus compañeros. Mas todo eso pertenecía al pasado; había concluido totalmente... o casi totalmente. Todavía compraba el *Reynolds's Newspaper* cada semana, pero cumplía con sus deberes religiosos y durante nueve décimas partes del año llevaba una vida metódica y ordenada. Tenía dinero suficiente para tomar estado; no se trataba de eso. Pero la familia miraría a la chica con

menosprecio. Estaba primero la pésima reputación de su padre, y por si fuera poco, la pensión de su madre empezaba a adquirir cierta fama. Tenía sus barruntos de que le habían cazado. Imaginaba a sus amigos hablando del asunto y riéndose. Ella era un poquillo vulgar; a veces decía «andé» y «me se ha caído». ¿Mas qué importaba la gramática si él la quería? No podía decidir si apreciarla o despreciarla por lo que había hecho. Naturalmente él lo había hecho también. Su instinto le impelía a permanecer libre, a no casarse. Una vez que uno se casa ya está listo, le decía.

Estaba sentado al borde de la cama, en camisa y pantalones, inerme ante la fatalidad que le abrumaba, cuando ella dio unos golpecitos en su puerta y entró en la habitación. La muchacha se lo dijo todo, que había confesado los hechos a su madre ce por be y que su madre hablaría con él esa misma mañana. Rompió a llorar y le echó los brazos al cuello, diciendo:

—¡Oh, Bob! ¡Bob! ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

Terminaría de una vez con su existencia, dijo.

El la consoló débilmente, diciéndole que no llorara, que todo se arreglaría, que no había que temer. Sintió la agitación del pecho femenino contra su camisa.

No fue del todo culpa suya que el hecho sucediera. Recordaba, con la singular y paciente memoria del soltero, los primeros roces fortuitos de su vestido, su aliento, sus dedos, que habían sido como caricias para él. Luego, una noche, ya avanzada la hora, cuando se desvestía para acostarse, la joven dio unos tímidos golpecitos a su puerta. Quería encender su vela en la de él, pues una corriente de aire se la había apagado. Se había bañado esa noche, y llevaba un peinador suelto y abierto de franela estampada. Su blanco empeine relucía en la abertura de sus zapatillas de piel, y bajo su epidermis perfumada bullía cálida la sangre. También de sus manos y de sus muñecas, mientras encendía la vela, desprendíase un delicado aroma.

Cuando volvía tarde por las noches, era ella quien le calentaba la cena. Apenas si se daba cuenta de lo que comía, sintiéndola tan cerca, a solas y de noche, mientras todos dormían. ¡Y lo solícita que se mostraba! Si la noche era fría, o húmeda, o borrascosa, allí había sin falta un vasito de ponche preparado ex profeso para él. Tal vez pudieran ser felices juntos...

Solían subir la escalera de puntillas, cada cual con una vela, y en el tercer rellano se daban muy a disgusto las buenas noches. Tomaron la costumbre de besarse. Recordaba bien sus ojos, el contacto de su mano, el delirio en que aquello terminó por precipitarle...

Pero el delirio pasa. Se hizo eco ahora de la frase de ella: «¿Qué voy a hacer?» Su instinto de célibe le advertía que no se comprometiese. Pero el pecado allí estaba; su propio sentido del honor le decía que por tal pecado debía efectuarse una reparación.

Sentado así con ella en el borde de la cama, apareció Mary en la puerta y dijo que la patrona quería verle en la sala. Se levantó para ponerse el chaleco y la chaqueta, más desamparado que nunca. Una vez vestido, se acercó a ella para consolarla. Todo se arreglaría, no había que temer. La dejó llorando en la cama y gimiendo débilmente: «¡Oh, Dios mío!»

Cuando bajaba por la escalera se le empañaron de tal forma los lentes que tuvo que quitárselos y limpiarlos. Hubiera querido salir por el tejado y volar lejos, a otro país donde jamás volviera a saber nada de aquel lío, y sin embargo una fuerza le empujaba escalera abajo, peldaño por peldaño.

Las caras implacables de su patrón y de la señora parecían mirarle inquisitivas, en su frustración y desconcierto. En el último tramo de escaleras se cruzó con Jack Mooney que subía de la despensa con dos botellas de cerveza amorosamente abrazadas. Se saludaron con frialdad, y los ojos del galán detuviéronse un par de segundos en una recia fisonomía de perro de presa y dos brazos cortos y vigorosos. Al llegar al pie de la escalera, echó una furtiva ojeada hacia arriba y vio a Jack mirándole desde la puerta del recibimiento.

Entonces recordó la noche en que uno de los *artistes* de *music hall*, cierto rubio londinense, hizo una alusión a Polly bastante desenfadada. La reunión casi terminó de mala manera debido a la violenta reacción de Jack. Todos se extremaron por aplacarle. El *artiste* de *music hall*, un poco más pálido que de costumbre, no hacía más que sonreír y repetir que no lo había dicho con mala intención. Pero Jack no hacía más que gritarle que si cualquier individuo intentaba llevar adelante tales devaneos con su hermana, por su alma que le iba a hacer tragarse las muelas, como lo estaban oyendo.

Polly continuó un rato sentada en el borde de la cama, llorando. Luego se enjugó los ojos y se acercó al espejo. Mojó la punta de la toalla en el jarro del lavabo y se refrescó los ojos con el agua fría. Se miró en la luna de perfil y se ajustó una horquilla en el pelo por encima de la oreja. Luego volvió a la cama y se sentó a los pies. Miró un largo espacio las almohadas, y esta contemplación suscitó en su ánimo secretos y dulces recuerdos. Apoyó la nuca en el frío barandal metálico de la cama y se abandonó a sus ensueños. Toda perturbación visible había desaparecido de su rostro.

Siguió esperando paciente, casi alegremente, sin sobresalto, dejando que sus recuerdos dieran paso poco a poco a esperanzas y visiones del futuro. Tan intrincadas eran estas esperanzas y visiones que ya no veía las almohadas blancas donde tenía fija la mirada ni recordaba que estaba esperando algo.

Por fin oyó a su madre que la llamaba. Se puso de pie automáticamente y corrió al pasamano de la escalera.

—¡Polly! ¡Polly!

—Aquí estoy, mamá.

—Baja, hija mía. El señor Doran quiere hablar contigo.

Entonces recordó lo que estaba esperando.

LA CIUDAD EN LLAMAS

HJALMAR SÖDERBERG/SUECIA



EL PÁLIDO sol de invierno se filtra a través de los dos ventanales con alegres cortinas y forma sobre la alfombra color verde manzana dos sesgados cuadriláteros, en cuyos espacios tibios y luminosos un niño salta y baila. Todavía no conoce mucho del mundo. Sabe que es pequeño y que llegará a crecer, pero desconoce que haya nacido o que morirá. Sabe que tiene cuatro años y que muy pronto cumplirá cinco, pero desconoce lo que significa «un año»; su medida del tiempo se reduce, por ahora, al ayer, hoy y mañana.

—¡Papá! —grita repentinamente a su padre, que acaba de desayunar y que ha encendido el primer puro del día (es una persona que mide el tiempo en puros)—. Papá, he soñado muchas cosas anoche. ¡Soñé con toda la habitación! Soñé con las sillas, con la alfombra verde y el espejo, con el reloj y la estufa, las contraventanas y los armarios.

Al decir esto, salta hacia la estufa, donde flamea y crepita el fuego, y se da una voltereta. Considera que la estufa y su espacio delantero son las cosas más nobles e importantes de la habitación.

El padre asiente con una sonrisa por encima del periódico y el hijo le contesta con una risa irrefrenable.

Todavía está en la edad en que la risa es una manifestación de alegría y no una percepción del ridículo. Cuando hace unos días, de pie junto a la ventana, se reía de la luna, no era porque le pareciese ridícula, sino porque le producía alegría su cara redonda y brillante.

Al terminar de reírse, se encarama en una silla y señala uno de los cuadros de la pared.

—Pero con lo que más soñé fue con este cuadro.

El cuadro es una fotografía de una antigua tabla holandesa: «Una ciudad en llamas».

—Bien, y ¿qué soñaste? —pregunta el padre.

—No lo sé.

—¡Venga, hombre, piénsalo!

—¡Ah, sí! Soñé que estaba ardiendo y que yo acariciaba a un perrito.

—Pero si a ti te suelen dar miedo los perros.

—Sí, pero en los cuadros puedo acariciarlos sin miedo. —Y vuelve a reírse, a saltar y bailar. Finalmente, se acerca a su padre y le dice—: Papaíto, baja el cuadro. Quiero que me enseñes el cuadro otra vez, como ayer.

El cuadro es una novedad en la habitación. Llegó el día anterior. El niño ya está familiarizado con el resto de los cuadros, que llevan allí mucho tiempo: el tío Strindberg y el tío Schopaur (Schopenhauer), el tío Napoleón, el viejo y feo Goethe, y la abuela cuando era joven. Pero la ciudad en llamas es algo nuevo, y mucho más atractivo, además, que el resto de los cuadros. El padre complace al pequeño; baja el cuadro y se distrae en su contemplación en compañía del niño. Sobre un ancho estuario que serpentea hacia el mar, repleto de chalupas y botes de remos, se extienden los arcos de un puente con una torre fortificada. En la orilla izquierda, se ve la ciudad en llamas: hileras de casas angostas con gabletes puntiagudos, tejados muy altos, iglesias y torres, un tropel de gente corriendo de un lado para otro, un mar de llamas y brasas, nubes de humo, escalas de mano apoyadas en las paredes, caballos desbocados con cargas bamboleantes a punto de volcarse, los muelles atestados de barriles y sacos, amén de todo género de escombros; en el río, un bote repleto de gente está a punto de zozobrar, mientras por el puente la gente huye como alma que lleva el diablo, y en primer término, dos perros se olfatean. Y allá en el fondo, donde el estuario se abre al mar, una luna demasiado pequeña aparece en el horizonte envuelta en un velo de pálidas nubes, atisbando con pena y tristeza la horrible tragedia.

—Papá —pregunta el niño—, ¿por qué arde la ciudad?

—Alguien se descuidó con el fuego —responde el padre.

—¿Quién fue el que se descuidó?

—¡Oh! No es posible estar seguro después de tanto tiempo.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Hace muchos cientos de años se quemó la ciudad —afirma el padre.

Esto resulta algo confuso para el niño, como el mismo padre se da claramente cuenta, pero algo tenía que contestar. El niño se queda quieto, reflexionando por unos momentos. Nuevos pensamientos e impresiones se entremezclan con los que ya bullían en su cabeza. Señala con su dedito sobre el cristal de la ciudad en llamas y dice:

—Sí, pero ayer estaba ardiendo y hoy sigue ardiendo.

El padre intenta explicar la diferencia entre el cuadro y la realidad.

—Esa no es una ciudad de verdad, es tan sólo un cuadro. La verdadera ciudad se quemó hace mucho, mucho tiempo. Ha desaparecido. Las personas que corrían de un lado para otro agitando los brazos están muertas y ya no existen. Las casas se quemaron del todo, las torres se desplomaron y el puente ha desaparecido también.

—Las torres, ¿se desplomaron o se quemaron? —pregunta el niño.

—Las dos cosas: se quemaron y se desplomaron.

—¿También están muertos los vapores?

—Las embarcaciones también desaparecieron hace muchos años —contesta el padre—. Pero esos no son vapores, son veleros. Por aquellos días no había vapores.

El pequeño hace un gesto de contrariedad con el labio inferior.

—¡Pero yo veo que son vapores! Papá, ¿cuál es el nombre de ese vapor?

El pequeño es un poco obstinado y quiere las cosas a su manera. El padre se cansa de su labor docente y guarda silencio. Señala el niño con el dedo los viejos mercantes holandeses y balbucea para sí mismo:

—Ese vapor es el *Bragë*, el nombre de aquel es *Hillersea,* y ese otro es el *Princess Ingeborg.*

—Papá —grita de repente el niño—, ¿la luna ha desaparecido también?

—No, la luna sigue existiendo. Es la única de todas esas cosas que todavía existe. Es la misma luna de la que te reíste la otra noche, junto a la ventana de tu cuarto de jugar.

De nuevo, el pequeño se sienta y reflexiona. A continuación surge otra pregunta:

—Papá, ¿hace mucho, mucho tiempo que se quemó esa ciudad? ¿Tanto como cuando viajamos en el *Princess Ingeborg?*

—Hace mucho más tiempo —responde el padre—. Cuando se quemó esa ciudad, ni tú, ni yo, ni mamá, ni la abuela estábamos aquí.

La cara del muchacho se pone seria. Su preocupación es evidente. Se queda meditando un largo rato. Pero parece como si las cosas no se le aclarasen con facilidad. Por fin pregunta:

—Dime, papá, ¿dónde estaba yo cuando se quemó la ciudad? ¿Se quemó cuando estaba en Grenna con mamá?

—No, cariño, cuando se quemó la ciudad tú no existías.

El muchacho vuelve a hacer un gesto con el labio inferior con una expresión como si dijera: ¡No! No puedo estar de acuerdo con una cosa así. Y repite con más énfasis:

—Sí, pero, ¿dónde estaba yo entonces?

El padre le contesta:

—Tú no existías en absoluto.

El niño mira a su padre con ojos como platos. De repente se le ilumina la carita, se marcha a toda prisa del lado de su padre y se pone a saltar y bailar otra vez en las partes soleadas de la alfombra verde, mientras chilla con todas sus fuerzas:

—¡Claro que sí! ¡Por supuesto que yo existía! ¡Estaría en cualquier parte!

Pensó que su padre estaba bromeando. ¡Semejante idea era demasiado ridícula! Las criadas, a veces, le contaban tonterías para tomarle el pelo, y su padre habría querido hacer lo mismo ahora.

De modo que sigue saltando y bailando al sol.



EL INCIVIL MAESTRO DE CEREMONIAS KOTSUKE NO SUKE

JORGE LUIS BORGES/ARGENTINA

EL INFAME de este capítulo es el incivil maestro de ceremonias Kotsuké no Suké, aciago funcionario que motivó la degradación y la muerte del señor de la Torre de Ako y no se quiso eliminar como un caballero cuando la apropiada venganza lo conminó. Es hombre que merece la gratitud de todos los hombres, porque despertó preciosas lealtades y fue la negra y necesaria ocasión de una empresa inmortal. Un centenar de novelas, de monografías, de tesis doctorales y de óperas conmemoran el hecho—para no hablar de las efusiones en porcelana, en lapislázuli veteado y en laca. Hasta el versátil celuloide lo sirve, ya que la Historia Doctrinal de los Cuarenta y Siete Capitanes —tal es su nombre— es la más repetida inspiración del cinematógrafo japonés. La minuciosa gloria que esas ardientes atenciones afirman es algo más que justificable: es inmediatamente justa para cualquiera.

Sigo la relación de A. B. Mitford, que omite las continuas distracciones que obra el color local y prefiere atender el movimiento del glorioso episodio. Esa buena falta de «orientalismo» deja sospechar que se trata de una versión directa del japonés.

LA CINTA DESATADA

EN la desvanecida primavera de 1702 el ilustre señor de la Torre de Ako tuvo que recibir y agasajar a un enviado imperial. Dos mil

trescientos años de cortesía (algunos mitológicos) habían complicado angustiosamente el ceremonial de la recepción. El enviado representaba al emperador, pero a manera de alusión o de símbolo: matiz que no era menos improcedente recargar que atenuar. Para impedir errores harto fácilmente fatales, un funcionario de la corte de Yedo lo precedía en calidad de maestro de ceremonias. Lejos de la comodidad cortesana y condenado a una *villégiature* montaraz, que debió parecerle un destierro, Kira Kotsuké no Suké impartía, sin gracia, las instrucciones. A veces dilataba hasta la insolencia el tono magistral. Su discípulo, el señor de la Torre, procuraba disimular esas burlas. No sabía replicar y la disciplina le vedaba toda violencia. Una mañana, sin embargo, la cinta del zapato del maestro se desató y este le pidió que la atara. El caballero lo hizo con humildad, pero con indignación interior. El incivil maestro de ceremonias le dijo que, en verdad, era incorregible y que sólo un patán era capaz de frangollar un nudo tan torpe. El señor de la Torre sacó la espada y le tiró un hachazo. El otro huyó, apenas rubricada la frente por un hilo tenue de sangre... Días después dictaminaba el tribunal militar contra el heridor y lo condenaba al suicidio. En el patio central de la Torre de Ako elevaron una tarima de fieltro rojo y en ella se mostró el condenado y le entregaron un puñal de oro y piedras y confesó públicamente su culpa y se fue desnudando hasta la cintura, y se abrió el vientre, con las dos heridas rituales, y murió como un *samurai*, y los espectadores más alejados no vieron sangre porque el fieltro era rojo. Un hombre encanecido y cuidadoso lo decapitó con la espada: el consejero Kuranosuké, su padrino.

El simulador de la infamia

La Torre de Takumi no Kami fue confiscada; sus capitanes desbandados, su familia arruinada y oscurecida, su nombre vinculado a la execración. Un rumor quiere que la idéntica noche que se mató cuarenta y siete de sus capitanes deliberaran en la cumbre de un monte y planearan, con toda precisión, lo que se produjo un año más tarde. Lo cierto es que debieron proceder entre justificadas demoras y que alguno de sus concilios tuvo lugar, no en la cumbre difícil de una

montaña, sino en una capilla en un bosque, mediocre pabellón de madera blanca, sin otro adorno que la caja rectangular que contiene un espejo. Apetecían la venganza y la venganza debió parecerles inalcanzable.

Kira Kotsuké no Suké, el odiado maestro de ceremonias, había fortificado su casa y una nube de arqueros y de esgrimistas custodiaba su palanquín. Contaba con espías incorruptibles, puntuales y secretos. A ninguno celaban y vigilaban como al presunto capitán de los vengadores: Kuranosuké, el consejero. Este lo advirtió por azar y fundó su proyecto vindicatorio sobre ese dato.

Se mudó a Kioto, ciudad insuperada en todo el imperio por el color de sus otoños. Se dejó arrebatar por los lupanares, por las casas de juego y por las tabernas. A pesar de sus canas, se codeó con rameras y con poetas, y hasta con gente peor. Una vez lo expulsaron de una taberna y amaneció dormido en el umbral, la cabeza revolcada en un vómito.

Un hombre de Satsuma lo conoció, y dijo con tristeza y con ira: *¿No es este, por ventura, aquel consejero de Asano Takumi no Kami, que lo ayudó a morir y que en vez de vengar a su señor se entrega a los deleites y a la vergüenza? ¡Oh, tú, indigno del nombre de Samurai!*

Le pisó la cara dormida y se la escupió. Cuando los espías denunciaron esa pasividad, Kotsuké no Suké sintió un gran alivio.

Los hechos no pararon ahí. El consejero despidió a su mujer y al menor de sus hijos y compró una querida en un lupanar, famosa infamia que alegró el corazón y relajó la temerosa prudencia del enemigo. Este acabó por despachar la mitad de sus guardias.

Una de las noches atroces del invierno de 1703 los cuarenta y siete capitanes se dieron cita en un desmantelado jardín de los alrededores de Yedo, cerca de un puente y de la fábrica de barajas. Iban con las banderas de su señor. Antes de emprender el asalto, advirtieron a los vecinos que no se trataba de un atropello, sino de una operación militar de estricta justicia.

La cicatriz

Dos bandas atacaron el palacio de Kira Kotsuké no Suké. El consejero comandó la primera, que atacó la puerta del frente; la

segunda, su hijo mayor, que estaba por cumplir dieciséis años y que murió esa noche. La historia sabe los diversos momentos de esa pesadilla tan lúcida: el descenso arriesgado y pendular por las escaleras de cuerda, el tambor del ataque, la precipitación de los defensores, los arqueros apostados en la azotea, el directo destino de las flechas hacia los órganos vitales del hombre, las porcelanas infamadas de sangre, la muerte ardiente que después es glacial, los impudores y desórdenes de la muerte. Nueve capitanes murieron; los defensores no eran menos valientes y no se quisieron rendir. Poco después de media noche toda resistencia cesó.

Kira Kotsuké no Suké, razón ignominiosa de esas lealtades, no aparecía. Lo buscaron por todos los rincones de ese conmovido palacio y ya desesperaban de encontrarlo cuando el consejero notó que las sábanas de su lecho estaban aún tibias. Volvieron a buscar y descubrieron una estrecha ventana, disimulada por un espejo de bronce. Abajo, desde un patiecito sombrío, los miraba un hombre de blanco. Una espada temblorosa estaba en su diestra. Cuando bajaron, el hombre se entregó sin pelear. Le rayaba la frente una cicatriz: viejo dibujo del acero de Takumi no Kami.

Entonces, los sangrientos capitanes se arrojaron a los pies del aborrecido y le dijeron que eran los oficiales del señor de la Torre, de cuya perdición y cuyo fin él era culpable, y le rogaron que se suicidara, como un *samurai* debe hacerlo.

En vano propusieron ese decoro a su ánimo servil. Era varón inaccesible al honor; a la madrugada tuvieron que degollarlo.

El testimonio

Ya satisfecha su venganza (pero sin ira, y sin agitación, y sin lástima), los capitanes se dirigieron al templo que guarda las reliquias de su señor.

En un caldero llevan la increíble cabeza de Kira Kotsuké no Suké y se turnan para cuidarla. Atraviesan los campos y las provincias, a la luz sincera del día. Los hombres los bendicen y lloran. El príncipe de Sendai los quiere hospedar, pero responden que hace casi dos

años que los aguarda su señor. Llegan al oscuro sepulcro y ofrendan la cabeza del enemigo.

La Suprema Corte emite su fallo. Es el que esperan: se les otorga el privilegio de suicidarse. Todos lo cumplen, algunos con ardiente serenidad, y reposan al lado de su señor. Hombres y niños vienen a rezar al sepulcro de esos hombres tan fieles.

El hombre de Satsuma

Entre los peregrinos que acuden, hay un muchacho polvoriento y cansado que debe haber venido de lejos. Se prosterna ante el monumento de Oishi Kuranosuké, el consejero, y dice en voz alta: *Yo te vi tirado en la puerta de un lupanar de Kioto y no pensé que estabas meditando la venganza de tu señor, y te creí un soldado sin fe y te escupí en la cara. He venido a ofrecerte satisfacción.* Dijo esto y cometió *harakiri.*

El prior se condolió de su valentía y le dio sepultura en el lugar donde los capitanes reposan.

Este es el final de la historia de los cuarenta y siete hombres leales —salvo que no tiene final, porque los otros hombres, que no somos leales tal vez, pero que nunca perderemos del todo la esperanza de serlo, seguiremos honrándolos con palabras.



POR LOS CAMINOS DEL EDEN

TRUMAN CAPOTE/ESTADOS UNIDOS

Truman Capote

UN SÁBADO de marzo en que la brisa era apacible y las nubes surcaban serenas el cielo, el señor Ivor Belli compró a una florista de Brooklyn un ramillete de narcisos que llevó, primero en el metro y después andando, a un inmenso cementerio de Queens, lugar que no visitaba desde que vio enterrar allí a su esposa el otoño anterior. Su visita de hoy nada tenía que ver con los sentimientos, ya que la señora Belli, con quien estuvo casado veintisiete años, período en el cual trajo al mundo dos hijas, ya crecidas ahora y unidas en matrimonio, fue una mujer de variados dones, la mayor parte desagradables: el señor Ivor Belli no abrigaba el menor propósito de reanudar unas relaciones tan poco reconfortantes ni siquiera en un plano espiritual. No; pero acababa de pasar el crudo invierno y sentía necesidad de un poco de ejercicio, de aire, de un paseo estimulante con tan hermoso tiempo, nuncio ya de la primavera, y no estaría mal, claro, que por añadidura pudiese relatar a sus hijas la excursión a la tumba de su madre, sobre todo si con ello conseguía apaciguar un poco a la mayor, un tanto resentida por la visible adaptación del señor Belli a la vida en soledad, aceptada según ella con demasiada complacencia.

El cementerio no era un grato lugar de esparcimiento, sino un sitio más bien deprimente y macabro: losas y más losas del color de la niebla dilatándose en una planicie desprovista de sombra, entre parches de un césped mezquino. Una visión sin obstáculos del horizonte de Manhattan confería al lugar una belleza de de-

coración de teatro: surgía erecto allá detrás de las tumbas como una enorme lápida mortuoria en que se honrase a ese vecindario del silencio, a sus ex ciudadanos ya extintos e impersonales. La yuxtaposición del espectáculo hizo sonreír, o más bien reír entre dientes, al señor Belli, de profesión inspector de hacienda, y habituado por tanto a apreciar la ironía más sádica; y sin embargo, Dios fuera loado, sus evocaciones le escalofriaban como a cualquiera, quitaban todo su brío al paso largo y boyante con que recorría los rígidos y empedrados senderos del cementerio. Fue, pues, moderando su marcha hasta que se detuvo por completo. «Tenía que haber llevado a Morty al parque zoológico», pensó. Morty era su nieto, de tres años de edad. Pero sería una ruindad el no seguir ahora, un desagravio mísero. ¿Y por qué desperdiciar un ramo? Esa combinación de espíritu ahorrativo y de virtud le reanimó, y respiraba a pleno pulmón, tras la acelerada marcha, cuando al fin se detuvo a meter los narcisos en un jarrón de piedra puesto sobre una rústica losa gris. Allí, grabado con caligrafía gótica, se decía que

SARAH BELLI
1901-1959

había sido la

AMADA ESPOSA DE IVOR
QUERIDA MADRE DE IVY Y DE REBECCA.

Señor, qué alivio saber que estaba quieta al fin la lengua de aquella mujer. Pero la idea, pese a su aire tranquilizador, y aun hallándose sustentada, como se hallaba, por evocaciones de su nuevo y silencioso apartamento de soltero, no reavivaba aquel sentido de inmortalidad repentinamente captado, aquella alegría de vivir que antes hiciera brotar en él tan hermoso día. Se había puesto en marcha confiando en la bondad del aire, el paseo, el aroma de una nueva primavera. Ahora echaba de menos una bufanda; los rayos del sol eran falsos, sin verdadero calor, y el viento le parecía estaba tornándose bastante desapacible. Dio a los narcisos un sesgo decorativo, lamentando no poder demorar su marchitamiento con una pequeña provisión de agua; abandonó, pues, las flores a su fatal destino y dio la vuelta para marcharse.

Una mujer se interponía en su camino. Aunque había varios visitantes más en el cementerio, no se había dado cuenta antes de su presencia, ni oyó aproximarse a la dama. Esta no se apartó. Miró los narcisos, y luego sus ojos, tras unos lentes con montura de acero, tornaron al señor Belli.

—¿Pariente de usted?

—Mi esposa —repuso él, y suspiró como si tal manifestación audible fuese allí obligatoria.

Ella suspiró también; fue un suspiro extraño, no exento de complacencia.

—Vaya, pues lo siento.

El rostro del señor Belli se distendió.

—Gracias.

—Una pena.

—Sí.

—Confío que no fuese una enfermedad larga. Algo doloroso...

—Nooo —repuso él apoyándose en un pie y después en el otro—. Mientras dormía. —Advirtiendo un silencio insatisfecho, añadió—: Del corazón.

—Ya. Así perdí yo a mi padre. Hace poco. Es como si usted y yo tuviéramos algo en común. Algo... —continuó en un tono alarmantemente plañidero— algo de que hablar.

—...me figuro cómo debe sentirse.

—Por lo menos no sufrieron. Es un consuelo.

La mecha de la paciencia del señor Belli se iba consumiendo. Hasta entonces había mantenido la vista discretamente baja, limitándose, después del primer vistazo, a observar los zapatos de la mujer, que eran de ese tipo recio y funcional que calzan con frecuencia las mujeres de edad y las enfermeras.

—Un gran consuelo —corroboró, procediendo a ejecutar tres operaciones: levantar la vista, tocar el ala de su sombrero y dar un paso hacia delante.

La mujer empero se mantuvo firme en su puesto; parecía como si la hubiesen colocado allí para detenerle.

—¿Podría decirme la hora? Este cacharro de reloj... —anunció, golpeando tímidamente con el dedo la monada que llevaba sujeta a la muñeca—. Me lo regalaron cuando acabé el bachillerato.

Pero ya no marcha tan bien como antes. Se comprende, es bastante viejo. Pero todavía tiene buen aspecto.

El señor Belli se vio obligado a desabrocharse el abrigo y hurgar en busca del reloj de oro que llevaba embutido en un bolsillo del chaleco. Mientras tanto sometió a la mujer a un escrutinio completo. De niña debió de ser rubia, según se desprendía de su color en general: el brillo límpido de su cutis escandinavo, sus mejillas carnosas sonrojadas de salud campesina y el azul de sus ojos cordiales, tan honrados y atractivos pese a las finas gafas de montura de plata que los circundaban; pero el cabello, en la parte que podía descubrirse por debajo de un sombrero pardusco de fieltro, mostraba una mala permanente de matiz inconcreto. Era un poco más alta que el señor Belli, que medía uno setenta con zapatos de alza, y seguramente pesaría más; de todos modos se figuró que no acudía a las básculas con demasiado entusiasmo. Sus manos eran de cocinera y las uñas no sólo estaban desigualmente mordisqueadas, sino además pintadas con un esmalte perla de extraño viso fosforescente. Llevaba un abrigo marrón, sencillo, y un bolso negro corriente. Cuando el observador de todos estos elementos los recompuso, descubrió que se articulaban en una persona de aspecto muy decoroso que le complacía mirar; el esmalte de las uñas era desalentador; no obstante se dio cuenta de que allí seguía habiendo alguien en quien se podía confiar. Como confiaba en Esther Jackson, la señorita Jackson, su secretaria. En realidad tal era la persona a quien le recordaba, la señorita Jackson; aunque la comparación no fuera equitativa para esta última, que poseía, como una vez hizo saber a la señora Belli en el curso de una disputa, «elegancia espiritual y elegancia de otra clase». Comoquiera que fuese, la mujer que tenía delante parecía revestida de aquella suerte de benevolencia que tanto apreciaba en su secretaria, la señorita Jackson, Esther (como hacía unos días la llamó distraídamente). Además, calculó que vendrían a tener la misma edad: no mucho menos de los cuarenta.

—Las doce en punto.

—¡No me diga! Pero usted debe estar hambriento —dijo ella, y abriendo su bolso, rebuscó en su interior como si fuese una mochila repleta de provisiones como para organizar un suculento almuerzo en frío. Por último extrajo un puñado de cacahuetes.

—Yo vivo prácticamente de cacahuetes desde que papá... desde que ya no tengo a nadie para quien guisar. Aunque me esté mal, he de decirle que echo de menos mis guisos: papá siempre decía que yo cocinaba mejor que en ningún restaurante visitado por él en su vida. Pero no tiene gracia cocinar para uno mismo, aunque se sepa hacer hojaldre de lo más fino. Vamos. Tome algunos. Están recién tostados.

El señor Belli aceptó; siempre le habían chiflado los cacahuetes y, cuando se sentó a comerlos sobre la tumba de su esposa, su único anhelo era que su amiga tuviese más. Con un gesto de la mano le indicó que se sentase junto a él; le sorprendió que su invitación pareciera confundirla; en efecto, súbitas oleadas de rubor saturaron sus mejillas como si le hubiera propuesto convertir el ataúd de la señora Belli en un lecho de amor.

—En usted tiene pase. Fue su mujer. Pero yo... ¿Le gustará a ella que una extraña se siente en su... en su lugar de descanso?

—Por favor. Está usted invitada. A Sarah no le importa —le dijo, felicitándose de que la difunta no pudiera oír, pues el solo pensamiento de lo que Sarah (la vivaz promotora de escenas, la dinámica descubridora de manchas de carmín y de imprevistos cabellos rubios) diría si lo viese pelando cacahuetes en su tumba con una mujer no totalmente exenta de atractivo le hacía gracia y al mismo tiempo le sobrecogía.

Y entonces, al acomodarse ella con toda compostura en el borde del sepulcro, reparó él por primera vez en su pierna. La pierna izquierda. Tiesa como un garrote con el que se propusiera zancadillear aviesamente a los transeúntes. Al advertir su interés, la mujer se echó a reír y movió la pierna hacia arriba y hacia abajo.

—Un accidente, ¿sabe? Cuando era niña. Me caí de una montaña rusa en Coney. De verdad. Salió en los periódicos. No me maté de milagro. Lo único que no puedo doblar la rodilla. De no ser por eso no se notaría ninguna diferencia. Menos para bailar. ¿Es usted aficionado al baile?

El señor Belli negó con la cabeza; tenía la boca llena de cacahuetes.

—Pues otra cosa más que tenemos en común. Lo del baile. Podría gustarme. Pero no. Y sin embargo me gusta la música.

El señor Belli hizo gestos de aquiescencia.

—Y las flores —añadió ella, tocando el ramillete de narcisos; sus dedos siguieron después en movimiento, y como si estuviera leyendo Braille, recorrió en el mármol la inscripción de su nombre—. Ivor —dijo pronunciándolo bastante mal—. Ivor Belli. Yo me llamo Mary O'Meaghan. Pero me gustaría ser italiana. Mi hermana lo es; bueno, se casó con un italiano. Y hay que ver lo alegre que es: campechano y efusivo, como todos los italianos. Dice que mis spaghetti son los mejores que ha comido. Sobre todo los que hago con salsa marisquera. Tiene usted que probarlos.

El señor Belli había terminado con los cacachuetes y estaba sacudiéndose las cáscaras del regazo.

—Ya tiene usted un cliente. Pero no es italiano. Belli parece un apellido italiano. Pero soy judío.

Frunció ella el entrecejo, no con desaprobación, sino como desalentada misteriosamente ante él.

—Mi familia procede de Rusia; yo nací allí.

Esta última información restableció su entusiasmo, y aun lo aceleró.

—No me importa lo que digan los periódicos. Estoy segura de que los rusos son lo mismo que los demás. Seres humanos. ¿Ha visto en televisión el Ballet Bolshoi? ¿No le hace sentirse orgulloso de ser ruso?

«Qué pesada; pero lo dice con buena intención», pensó él; y guardó silencio.

—Sopa de lombarda (caliente o fría) con crema agria. Hum. Tome —añadió la mujer, aportando una segunda ración de cacahuetes—. Tenía usted hambre, pobrecillo —suspiró—. Cuánto debe echar de menos las comidas de su mujer.

Era verdad, en efecto; y aplicado a su apetito el peso de la conversación le hizo darse cuenta de ello. Sarah preparaba unos platos excelentes: variados, oportunos y muy apetitosos. Evocó días de fiesta con aroma de canela. Tardes con salsas y con vino, manteles almidonados, la plata «buena» y después una siesta. Además, Sarah jamás le pidió que secara un plato (aún le parecía oírla canturrear plácidamente en la cocina); jamás se quejaba de las labores de la casa; y había logrado hacer de la crianza de las dos niñas una serie

apacible de acontecimientos íntimos y evocadores; la contribución del señor Belli a su educación fue siempre la de un espectador admirado; si sus hijas le daban toda clase de satisfacciones (Ivy vivía en Bronxville y estaba casada con un cirujano dentista; su hermana era la esposa de A. J. Krakower, el socio más joven del bufete de Finnegan, Loeb y Krakower), a Sarah y sólo a Sarah debía agradecérselo; eran obra suya. Mucho había que decir en favor de Sarah, y le complació sorprenderse en este pensamiento, puesto a evocar no el largo infierno de las horas que gastó su esposa en criticar acerbamente sus costumbres, imaginándole jugador de póquer o perseguidor obseso de mujeres, sino episodios mucho más gratos: Sarah mostrándole los sombreros confeccionados por ella misma, Sarah esparciendo miguitas para los pájaros en los alféizares de las ventanas con nieve: una oleada de visiones que botó al mar el junco de los recuerdos más amargos. De pronto se notó feliz de sentirse apesadumbrado, pesaroso de no haberlo estado antes; pero aunque ahora echaba verdaderamente de menos a Sarah, no pretendía por ello lamentar que su vida en común hubiese terminado, ya que la situación presente, en general, era con mucho preferible. Sin embargo, hubiese deseado traerle, en vez de narcisos, una orquídea, el obsequio de gala que ella siempre salvaba de las fiestas sociales de sus hijas, guardándolo en la nevera hasta que se marchitaba.

«...¿no?», oyó decir, y se preguntó quién hablaba, desconcertado, hasta que reconoció a Mary O'Meaghan, cuya voz había seguido sonando sin oídos que la escucharan: una voz sosegada, medrosa, con un tono sorprendentemente débil, infantil, para venir de persona tan robusta.

—Decía que deben de ser encantadoras, ¿no?

—Vaya —fue la cauta respuesta del señor Belli.

—Es usted modesto. Pero estoy segura de que lo son. Si salen a su padre... ja, ja, ja, no me haga caso, era una broma. Pero, ya en serio, los niños me vuelven loca. Cambiaría un niño cualquiera por el mejor adulto que haya vivido en el mundo. Mi hermana tiene cinco, cuatro niños y una niña. Dot, que es mi hermana, siempre me está pidiendo que vaya a cuidarlos, ahora que tengo tiempo y no he de estar pendiente de papá a cada minuto. Ella y Frank, que es mi cuñado, del que antes le hablé, dicen: Mary, no hay

nadie que sepa manejar a los niños como tú. Y lo bien que se pasa. Pero es la mar de fácil; no hay como una taza de cacao calentita y una guerra de almohadas para que los niños se queden dormidos. Ivy —dijo, leyendo en voz alta la austera inscripción de la lápida—. Ivy y Rebecca. Bonitos nombres. Estoy segura de que usted hace todo lo posible. Pero dos muchachitas sin una madre...

—No, no —dijo el señor Belli, cayendo al fin en la cuenta—. Ivy ya es madre. Y Becky está esperando.

El rostro de ella cambió la momentánea expresión de disgusto por un gesto de incredulidad.

—¿Abuelo? ¿Usted?

El señor Belli adolecía de diversas vanidades: por ejemplo, estaba convencido de ser más cuerdo que los demás; se consideraba una brújula andante; sus buenas digestiones y su aptitud para leer cabeza abajo eran otros aspectos en que se cimentaba la satisfacción de su ego. Pero su imagen en el espejo no despertaba en él excesivo entusiasmo; no es que le disgustase su aspecto, pero entonces se daba cuenta de que era más bien del montón. La liquidación de su cabello se había iniciado ya hacía algunas décadas; ahora su cabeza era casi un erial. Si su nariz tenía carácter, su mentón, aun proponiéndoselo con doble empeño, no tenía ninguno. Sus hombros eran anchos; pero también lo era toda su persona. Desde luego era limpio: llevaba los zapatos brillantes; la ropa interior lavada; rasuraba y friccionaba su azulada barba dos veces al día; pero todas estas manipulaciones más destacaban que disimulaban la vulgaridad de su clase media, de su mediana edad. No desdeñó, sin embargo, la lisonja de Mary O'Meaghan; después de todo una alabanza inmerecida suele ser la más halagüeña.

—Pues sí, tengo cincuenta y uno —dijo quitándose cuatro años—. Y no puedo decir que me pesan.

Y así era; acaso porque el viento se había apaciguado, o porque el calor del sol iba haciéndose más auténtico. Fuese cual fuese la razón, volvieron a encenderse sus aspiraciones, de nuevo era inmortal, un hombre con proyección hacia el futuro.

—Cincuenta y uno. Eso no es nada. La flor de la vida. Siempre que se cuide. Un hombre de su edad necesita atenciones. Que se le vigile.

¿Se estaba realmente a salvo, en un cementerio, de las cazadoras de maridos? La pregunta, al cruzar por su cerebro, se detuvo a mitad de camino, en tanto examinaba el rostro agradable y cándido de la mujer, tratando de descubrir superchería en su mirada. Aunque tranquilizado, estimó lo más oportuno recordarle a ella la circunstancia en que se hallaban.

—Su padre ¿está... —el señor Belli accionó torpemente con las manos— por aquí?

—¿Papá? Oh, no. Era muy cabezota; se negó en redondo a que lo enterráramos. Por eso le tenemos en casa. —Una imagen inquietante pasó por la cabeza del señor Belli, sin que acertasen a disiparla del todo las siguientes palabras de ella—: Sus cenizas, claro. Bueno —se encogió de hombros—, así lo quiso él. Entonces me figuro que usted se preguntará por qué estoy aquí. Vivo cerca. Este es un buen sitio para pasear, y las vistas...

Volvieron a contemplar el horizonte; en los remates de algunos edificios flameaban penachos de nubes, y las ventanas relucían de sol como un millón de láminas de mica.

—¡Qué día tan estupendo para un desfile! —exclamó Mary O'Meaghan.

«Es usted una chica muy agradable», pensó el señor Belli, y hasta lo dijo a continuación, y se arrepintió de su imprudencia, ya que naturalmente ella le preguntó por qué.

—Porque... Bueno, es simpático lo que usted ha dicho. Lo del desfile.

—¿Lo ve? ¡Tenemos muchas cosas en común! ¡Yo nunca me pierdo un desfile! —le confesó ella con aire de triunfo—. Las trompetas... Yo también toco la trompeta; solía tocarla cuando estaba en el Sagrado Corazón. Usted dijo antes... —bajó el diapasón como si se acercaran a un tema que exigiese tonos graves—. Usted dijo que le gustaba la música. Yo tengo miles de discos viejos. Centenares. Papá se dedicaba a eso; era su trabajo. Hasta que se retiró. Barnizaba discos en una fábrica. ¿Se acuerda de Helen Morgan? Me chifla, me fascina, créame.

—Válgame Cristo —murmuró él. Ruby Keeler, Jean Harlow: esas fueron pasiones vehementes pero curables; pero Helen Morgan, de palidez albina, un espectro con lentejuelas, brillando trémula

tras las candilejas de Ziegfeld... había estado realmente enamorado de ella.

—¿Usted lo cree? ¿Que murió alcoholizada? ¿Por culpa de un gángster?

—Es lo mismo. Era encantadora.

—A veces, cuando estoy sola y harta de todo, me imagino que soy ella. Me figuro que estoy cantando en un cabaret. Es divertido, ¿sabe?

—Sí, lo sé —dijo el señor Belli, cuya fantasía predilecta consistía en imaginar las aventuras que podría correr si fuera invisible.

—Quisiera preguntarle, ¿usted me haría un favor?

—Si puedo, desde luego.

Ella inspiró hondo, retuvo el aire como sumergida bajo una ola de timidez, y al salir a la superficie preguntó:

—¿Querría escuchar cómo la imito? ¿Y decirme su opinión sincera? —Inmediatamente se quitó las gafas: la montura metálica se le clavaba tanto que llevaba su marca permanente impresa en el rostro. Sus ojos, desnudos, húmedos, desamparados, parecían aturdidos por la libertad; los párpados, casi horros de pestañas, se debatían como pájaros liberados de pronto tras un largo cautiverio—. Vamos a ver. Todo es suave y nebuloso. Ahora tendrá usted que echarle imaginación. Suponga que estoy sentada sobre un piano... ¡Caramba!, disculpe, señor Belli...

—Vale. No se preocupe. Usted está sentada sobre un piano.

—Estoy sentada sobre un piano —repitió ella con aire soñador, echando la cabeza atrás en actitud romántica. Succionó las mejillas, entreabrió los labios, y en el mismo instante el señor Belli se mordió los suyos. Fue una visita harto inoportuna la que hizo al rostro rubicundo y rellenito de Mary O'Meaghan la pretensión de ser interesante y seductora; una visita que no tenía por qué haberse hecho en absoluto; estaba equivocada la dirección. Esperó un momento, como escuchando una música que le diese la entrada; después entonó: «*¡Nunca me abandones ahora que estás aquí! Aquí debes estar. Parece todo tan hermoso cuando estás conmigo. Todo es tristeza cuando te vas*». Y el señor Belli experimentó una conmoción, porque lo que estaba oyendo era exactamente la voz de Helen Morgan, y aquella voz, con su refinamiento, con su vulnerable dulzura, con sus tiernos trémolos

desgranándose desde las notas altas, parecía no una imitación, sino la propia voz de Mary O'Meaghan, la expresión natural de una personalidad oculta. Fue abandonando poco a poco su actitud teatral, y ahora cantaba sentada y erguida, con los ojos muy cerrados: «*Te necesito tanto. Cuando me falta el ánimo corro siempre hacia ti. ¡No me dejes nunca!, pues si me dejas, no tendré a quien dirigirme*». Tanto ella como el señor Belli se dieron cuenta demasiado tarde de la presencia de un cortejo que acompañaba un féretro: negra oruga de negros circunspectos que contemplaban a la pareja de blancos en la actitud de quien acaba de sorprender in fraganti a un par de salteadores de tumbas borrachos. Sólo uno de los acompañantes del duelo, una muchachita de ojos enjutos, soltó el trapo a reír y no podía parar; su hilaridad, entrecortada de hipos, siguió resonando mucho después de haber desaparecido el séquito tras una esquina lejana.

—Si esa chica fuera mía... —dijo el señor Belli.

—Me siento de lo más avergonzada.

—Pero oiga... ¿Por qué? Ha sido muy hermoso. Usted puede cantar, pues no faltaba más.

—Muchas gracias —dijo ella, y como colocando una barrera contra las lágrimas a punto de brotar, se puso las gafas.

—Créame, me ha conmovido. Me gustaría... me gustaría una repetición.

Era como una niña a quien él hubiera regalado un globo; un globo maravilloso que fue hinchándose e hinchándose hasta arrebatarla por los aires, trasladándola de acá para allá de modo que sólo tocaba la tierra de cuando en cuando. Descendió para decir:

—Aquí ya no. Quizá... —comenzó, y una vez más pareció elevarse y juguetear por el aire— quizá alguna vez quiera usted que le prepare una cena. Lo que se dice una cena rusa. Y oiremos discos.

El pensamiento, la sospecha espectral que antes pasara de puntillas, volvió con pasos más recios: un ente sólido y corpulento del que el señor Belli no podía desembarazarse.

—Muchas gracias, señorita O'Meaghan. Será un verdadero placer —aseguró. Y levantándose, se puso el sombrero y se arregló la chaqueta—. Si está uno sentado mucho tiempo sobre una piedra fría, puede coger algo.

—¿Cuándo?

—Nunca. No debe uno sentarse nunca en una piedra fría.

—Que cuándo vendrá usted a cenar.

La existencia del señor Belli basábase en gran parte en su condición de sagaz inventor de excusas.

—Cuando sea —respondió evasivamente—. Pero no demasiado pronto. Soy inspector de hacienda. Y ya sabe cómo andamos en el mes de marzo. Sí, señor —añadió, echando mano de nuevo a su reloj—, tengo que volver al trajín.

Sin embargo, pensó, no estaba bien que desapareciese por las buenas y la dejara sentada en la tumba de Sarah. Le debía una atención. Aunque sólo fuera por los cacahuetes. Y por otras cosas... Quizá le debiera haberse acordado de las orquídeas de Sarah marchitándose en la nevera. Y de todos modos, era agradable, una de las mujeres más simpáticas que había tratado en su vida. Pensó en tomar por achaque el tiempo, pero el tiempo no ofrecía posibilidades: las nubes eran escasas y el sol lucía esplendoroso.

—Está refrescando —observó, frotándose las manos—. Seguramente va a llover.

—Señor Belli. Tengo que hacerle una pregunta muy personal —dijo ella pronunciando solemnemente cada palabra—. No vaya usted a pensar que invito a cenar a todo el mundo. Mis intenciones son... —sus ojos se movieron inquietos, vaciló su voz, como si la anterior franqueza fuese un disfraz que no podía seguir llevando por más tiempo—. Voy a hacerle una pregunta muy personal. ¿Ha pensado usted en volverse a casar?

El señor Belli emitió unos sonidos entrecortados como los de un aparato de radio cuando se calienta antes de que la voz llegue a oírse con nitidez, y aun entonces sonó como una interferencia:

—Oh, a mi edad. Ni siquiera deseo la compañía de un perro. A mí deme usted televisión. Un trago de cerveza. Póquer una vez a la semana. Diablos. ¿Quién demonios me iba a querer a mí? —dijo, y se acordó con sobresalto de la suegra de Rebecca, la doctora Paulina Krakower, una dentista (retirada) que había participado audazmente en cierta conspiración familiar. ¿Y qué decir de la mejor amiga de Sarah, la tenaz «Brownie» Pollock? Parecerá raro, pero en vida de Sarah él se había aprovechado en ocasio-

nes de la admiración de «Brownie»; después... no tuvo más remedio que decirle que dejara de telefonearle (entonces ella disparó: «Tenía razón Sarah en todo lo que decía. Gordo sinvergüenza, macaco peludo»). Volvió una vez más a su memoria la señorita Jackson. Pese a las sospechas de Sarah, que en realidad no eran sospechas sino absoluta convicción, nada impropio, nada lo que se dice muy impropio, había acontecido entre él y la apacible Esther, cuya distracción principal era el juego de bolos. Pero él había imaginado siempre, convenciéndose de ello en los últimos meses, que si un día le hubiese propuesto salir a tomar algo, o a cenar, o a jugar una partida en cualquier bolera...—. He estado casado —dijo—. Veintisiete años. Toda una vida. Y ya está bien. —Pero aún no había terminado de decirlo cuando advirtió que acababa de tomar una decisión: invitaría a Esther a cenar, la llevaría a jugar a los bolos y le compraría una orquídea, una orquídea morada de lo más fino, con un lacito color lila. ¿Y dónde pasan las parejas su luna de miel en el mes de abril?, se preguntó. ¿O a fines de mayo? ¿En Miami? ¿En las Bermudas? ¡Oh, las Bermudas!—. No, ni pensarlo, casarse otra vez...

Por su gesto de atención, cualquiera hubiese pensado que Mary O'Meaghan estaba escuchando embelesada al señor Belli; pero sus ojos vagaban extraviados como si estuviese en una reunión de sociedad tratando de descubrir desesperadamente un rostro distinto y más prometedor. El color se había borrado de su cara, y con él se esfumó casi todo su salutífero encanto. Tosió.

El tosió también. Se quitó el sombrero y dijo:

—Ha sido un placer conocerla, señorita O'Meaghan.

—Igualmente —respondió ella, y se levantó—. ¿Le importa que vaya con usted hasta la puerta?

Claro que le importaba; lo que él quería era seguir solo su camino, devorando el agridulce maná de aquel tiempo radiante, primaveral y festivo; quedarse a solas con sus muchos pensamientos sobre Esther, su ánimo esperanzador, placentero, gozoso de vivir.

—Será un placer —aseguró, acomodando su paso largo al más lento de ella y al ligero contoneo a que le obligaba la rigidez de su pierna.

—Pues parecía una idea bastante razonable —arguyó ella—.

Y si no, ahí está la vieja Annie Austin: la prueba viviente. No sé de nadie que haya tenido una idea mejor. Todo el mundo me decía lo mismo: cásate. Desde el día que murió papá, mi hermana y todo el mundo no hacen más que decir: pobre Mary, ¿qué va a ser de ella? Una chica que no sabe escribir a máquina. Ni taquigrafía. Y además con lo de la pierna; no puede ni servir una mesa. ¿Qué le sucede a una chica (una mujer talludita) que no sabe nada y no ha hecho nada en su vida? Salvo guisar y cuidar de su padre. Todo se les volvía: Mary, tienes que casarte.

—Claro. ¿Por qué no? Una persona tan estupenda como usted; ya lo creo que debía casarse. Usted haría muy feliz a cualquiera.

—Desde luego, ¿pero a quién? —extendió los brazos, señalando con una mano Manhattan, el país, el mundo entero—. Por buscar no ha quedado; no soy de las que se tumban a la bartola. Pero honradamente, con franqueza, ¿cómo se encuentra un marido? Cuando una no es demasiado bonita; o baila fatal. Cuando una es... vamos, corriente. Como yo.

—No, no, de ninguna manera —musitó el señor Belli—. Nada de corriente. ¿No podría usted sacar partido de sus habilidades? ¿De su voz?

Ella se detuvo, abriendo y cerrando repetidas veces su bolso.

—No se burle, por favor. Es mi vida lo que está en juego. —E insistió—: Yo soy corriente. Como la vieja Annie Austin. Y ella fue quien me dijo que el mejor sitio para encontrar marido (un hombre formal y hogareño) son las esquelas de defunción.

Para ser un hombre que se consideraba una brújula humana, el señor Belli estaba pasando por la angustiosa experiencia de haberse extraviado; al fin distinguió con alivio las puertas del cementerio, a una distancia de cien metros.

—¿Ah, sí? ¿Dice eso? ¿La vieja Annie Austin?

—Sí. Y es una mujer muy práctica, da de comer a seis personas con $58,75 a la semana: comidas, ropa, todo. Y de la manera que lo expuso parecía de lo más lógico. Porque las necrológicas están llenas de viudos. Va uno al entierro y busca la forma de presentarse, de simpatizar. O al cementerio: se viene aquí un día que haga bueno, o al de Woodlawn, y siempre hay viudos paseando. Añoran la vida hogareña y acaso desean volverse a casar.

Cuando el señor Belli se dio cuenta de que aquella mujer hablaba con toda seriedad se sintió aterrado, pero no menos divertido: y soltó el trapo a reír; se metió las manos en los bolsillos y echó atrás la cabeza. Ella le acompañó en la risa; soltó una carcajada que le devolvió el color y, ya en plan de chacota, la arrimó contra él en sus vaivenes.

—Yo también... —dijo colgándosele del brazo— yo también tengo sentido del humor. —Pero fue un momento fugaz; de pronto, con tono solemne, declaró—: Así conoció Annie a sus maridos. A los dos: al señor Cruikshank y después al señor Austin. Así que debe ser una idea práctica. ¿No cree usted?

—Oh, ya lo creo.

Ella se encogió de hombros.

—Pero ahora no ha funcionado bien del todo. Nosotros, por ejemplo. Parece que teníamos tantas cosas en común...

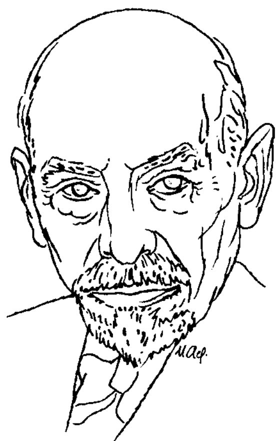
—El día menos pensado... —dijo él, acelerando el paso—. Con otro más dispuesto...

—No lo sé. He conocido a gente estupenda. Pero siempre acaba igual. Vamos... —dijo, y en este punto se interrumpió, pues un nuevo peregrino que en ese momento franqueaba las puertas del cementerio acababa de llamar su atención: un hombrecillo vivaracho que iba silbando tan contento y caminaba con exuberante energía. El señor Belli lo vio también, reparó en la banda negra que llevaba cosida en la manga del abrigo de mezclilla verde y comentó:

—Buena suerte, señorita O'Meaghan. Gracias por los cacahuetes.

LA CORONA

LUIGI PIRANDELLO/ITALIA



El doctor Cima se detuvo a la entrada del parque municipal que se alzaba sobre la colina, a la salida del pueblo; contempló unos momentos su rústica cancela de una sola hoja, apoyada en dos pilares no menos rústicos, tras los que se elevaban dos tristes cipresillos (tristes pese a que los rodeasen, con risueñas guirnaldas, unos rosales trepadores); ojeó el empinado camino que subía por la colina desde la cancela hasta la cumbre —donde, entre árboles, podía distinguirse un quiosco con pretensiones de pagoda—, y confió en que las ganas de darse un paseíto por aquel viejo parque casi abandonado consiguiesen vencer en él la flojedad que había producido en sus miembros la embriagadora tibieza del sol matinal.

El umbrío frescor de la colina estaba saturado de fragancias silvestres: amargosas de endrina, densas y agudas de mastranzo y de salvia. Como una invitación, llegaba desde la arboleda el persistente gorjeo de los pájaros, que festejaban el dulce regreso de la primavera. Y el doctor Francesco Cima emprendió lentamente la subida, respirando voluptuosamente el aire impregnado de aromas y sintiéndose como arrebatado, aturdido, casi delirante en aquella ebriedad deliciosa.

La visión de todo aquel reverdecer meciéndose indolentemente al sol, el vuelo de las mariposas blancas sobre las flores de los arriates, daban a los pensamientos del doctor —que no podían ser alegres— una vaporosa sensación de ensueño.

¡Qué hermoso aquel parque, por el que nadie venía a pasear!

—Si fuera mío...

Lo sabía: aquel deseo, ante la imposibilidad de una posesión real, desembocaba siempre en ese suspiro. Y quién sabe cuántos no iban allí a pasear precisamente por lo mismo, por no suspirar como él ahora: «¡Si fuera mío!»

Porque es destino de las cosas que a todos pertenecen el de no pertenecer realmente a nadie...

A cada paso, una advertencia: PROHIBIDO ENTRAR EN LOS PARTERRES. PROHIBIDO DAÑAR LAS PLANTAS. PROHIBIDO CORTAR FLORES.

En definitiva, sólo era dueño de todo aquello con la vista y de paso. Hoy por hoy, el concepto de propiedad significa «yo» y no «nosotros». Y allí dentro sólo una persona podía decir «yo»: el jardinero, que era, pues, el verdadero amo de aquello y al que además le pagaban por serlo, y que tenía allí casa y vendía por su cuenta las flores, que eran de todos y de nadie.

Un trino especialmente agudo trajo de pronto a la memoria del doctor el claro recuerdo de unas lejanas vacaciones, en un viejo caserón campesino perdido entre los árboles y alegrado por la proximidad del mar. ¡Ah, entonces era un muchacho, un mocetón poseído por la afición de la caza! Cuántos pobres pájaros había liquidado...

Y ahora, las amarguras, los problemas, las contrariedades de su profesión médica, casi se le habían adormecido en el fondo del alma. Pero no la pena de haber cumplido cuarenta años pocos meses atrás. La más bella etapa de la vida había ya terminado para él, y por desdicha sin que pudiera decirse que había gozado verdaderamente de la juventud. No obstante, tal vez pudiera todavía disfrutar de la vida. Ah, sí, la vida aún podía ser hermosa, y una mañana tan serena como aquella compensar de tantas aflicciones y de tanto tedio.

Una idea que se le ocurrió de improviso le hizo detenerse de pronto: la de volver a casa y hacer que su joven esposa, con quien llevaba casado siete meses, compartiese con él el encanto de aquel paseo. Pero después de un momento de duda, reanudó despacio la subida. No. Aquel encanto era únicamente para él. Habría podido ser también para su mujer si ella hubiese tenido la misma ocurrencia de irse a pasear por allí sola. Juntos, el encanto se habría

disipado para los dos: incluso se había desvanecido para él, sólo de pensarlo. La acidez de su sutil melancolía, tan lejana pocos segundos antes, se le subía ahora a la garganta.

Y no porque tuviese, ciertamente, nada que decir de su mujer. ¡Pobrecilla, tan buena! Pero contaba casi dieciocho años menos que él, ventidós recién cumplidos, y él ya andaba con las sienes plateándole y la barba entrecana.

Siete meses atrás, cuando se casó, confió en que la afectuosa estima que ella le había demostrado durante su breve noviazgo pudiera convertirse fácilmente en amor. Bastaba con que ella se percatara de que, no obstante aquellas canas, él la amaba como un muchacho, entre otras razones porque no había amado, antes que a ella, a ninguna otra mujer.

¡Ilusiones, sueños! El amor, el verdadero amor, y él lo percibía muy bien, no había nacido aún en su esposa y quizá no llegase a nacer nunca. Le sonreía, sí, le demostraba cariño de muchas maneras, pero todo ello como por obligación.

Aquella congoja, desde luego, no hubiese sido tan dura para él si cierto puntillo no se la hubiera exacerbado secretamente, impidiéndole hacerse, acerca de su joven compañera, esas reflexiones, algo amargas pero llenas de bondadosa indulgencia, con las que habitualmente se disculpan, comprenden y compadecen muchas cosas de la vida.

De muchacha, con todo el fervor de los dieciocho años, su mujer se había enamorado de un mozalbete, estudiante de bachillerato, que murió de tifus. Lo sabía muy bien porque habían sido requeridos sus servicios de médico, en aquella ocasión, para atender al chico. E igualmente sabía que ella había estado a punto de enloquecer de pena; que se había encerrado en una alcoba, a oscuras, semanas y semanas, sin querer ver a nadie; que no había salido de casa en mucho tiempo; que había insistido en hacerse monja... ¡Se había hablado tanto en el pueblo de todo aquello! El vecindario en pleno se sintió conmovido ante el desenlace cruel de aquel gran amor de dos jóvenes destruido por la muerte, ya que, además, el pobre finado les caía simpático a todos por la vivacidad de su ingenio, sus facciones agradables, sus modales garbosos y su carácter alegre, mientras que ella, la que tan desesperadamente lo lloraba,

era, sin duda alguna, una de las muchachas más guapas del pueblo.

Cuando, casi un año después, y obligada a ello por sus padres, había hecho acto de presencia en alguna reunión, su porte, la triste expresión de su cara, su mirar y sus sonrisas melancólicas, habían despertado en todos, y especialmente en los jóvenes, una ardiente admiración, una gran ternura. Ser amado por ella, sacarla de aquella dolorosa tristeza, devolverla a la vida, al amor y a la juventud, habían llegado a ser el sueño, la ambición de todos los muchachos.

Pero ella se obstinaba en su luto. Sin ostentación desde luego, pero sí porque —empezaba malignamente a murmurarse—, aunque tan sencilla y modesta, ella debía de experimentar cierta complacencia con su propia amargura al darse cuenta de que la hacía para todos más querida y admirable. Quizá quienes hablaban así lo hacían por despecho o por celos. Y una buena prueba de que ella no intentaba utilizar aquel luto para ser más admirada y deseada estaba en el hecho de que había rehusado cuatro o cinco serias ofertas de matrimonio formuladas por algunos de los mejores jóvenes del pueblo.

Casi dos años habían transcurrido desde la desgracia y nadie ya, después de tan decididos rechazos, había vuelto a arriesgarse a pedir su mano, cuando fue él, el doctor Cima, quien dio el paso adelante, pese a que todos los amigos le aconsejaron que no lo hiciera, y he aquí que había sido aceptado en el acto.

Sin embargo, pasada la primera sorpresa, todos se explicaron las razones de aquella victoria: ella había dado el «sí» precisamente porque el doctor no era ya un hombre joven. Nadie, pues, habría podido suponer que ella se casaba por amor, por auténtico amor; había consentido porque él, desde luego, no podía pretender ser amado como un muchacho y se contentaría con un afecto tranquilo y tibio hecho de estimación, agradecimiento y respeto.

Tampoco tardó en entenderlo así el propio doctor. Sufrió mucho con ello y aún sufría, hasta el punto de tener que esforzarse, muchas veces al día, para contener un gesto brusco que delatase su acerba pena. Realmente, era un martirio sentirse aún joven de corazón y no poder decirlo, no poder demostrarlo, por miedo a perder también el aprecio respetuoso y la gratitud de ella, únicamente atenidos a este pacto: reprimir los impulsos de aquel amor,

que era el primero para él, y que también había de ser el último.

¡Bah! Joven todavía, incluso niño, sólo para una mujer podía él serlo ya: para su anciana madre, si no hubiera muerto tres años antes. Ella sí que habría gozado con el encanto de aquella mañana deliciosa; por ella sí que, sin pensarlo dos veces, hubiera él corrido a buscarla a casa, para que su viejecilla disfrutase también la tibieza de aquel sol mañanero. Seguramente la habría encontrado acurrucada en un rincón y rosario en mano, rezando por todos los enfermos a los que él atendía.

El doctor Cima, evocándola así, sonrió con suave melancolía y meneó levemente la cabeza mientras abordaba el sendero más elevado del parque en la colina. Bueno: lo cierto es que, intercediendo siempre por sus pacientes, la buena viejecilla no demostraba demasiada fe en él ni en su ciencia. Así se lo había preguntado una vez, bromeando, y ella le había replicado en el acto que la ayuda de Dios podía contribuir a salvar a sus enfermos.

—O sea, que tú crees que sin la ayuda de Dios...

Ella no le había dejado terminar.

—¿Pero qué estás diciendo? ¡La ayuda de Dios hace falta siempre, hijo!

Y rezaba, rezaba de la mañana a la noche. Tanto que, a veces, él casi hubiera querido tener una clientela menos numerosa para no cansarla demasiado.

Volvió a sonreír. Con el recuerdo de su madre, sus pensamientos habían vuelto a adquirir el vaporoso contorno de los sueños y el paseo había recobrado su encanto. Pero volvió a rompérselo de pronto el nuevo jardinero, que andaba por allí arriba escardando un macizo.

—¡Ah, señor doctor, aquí me tiene! ¿Me ha buscado mucho?

—¿Yo? No, hombre, no.

—Ya está lista, ¿sabe usted? Desde las ocho. Y es preciosa.

Y diciendo esto, el jardinero salió a su encuentro, gorra en mano y la frente perlada de sudor.

—Si la quiere ver, aquí la tengo, en la pagoda. Vamos allá.

—Pero ver ¿qué? —preguntó el médico deteniéndose—. No tengo ni idea de...

—¡Cómo no, doctor! La corona.

—¿La corona?

El jardinero también se detuvo, y le miró no menos asombrado.

—Perdone, pero ¿no es día 12 hoy?

—¿Y qué?

—¿No me mandó usted a la criada el otro día con el encargo de que preparase una corona para hoy?

—¿Yo? ¿Para el día 12? Ah, sí, sí... —dijo el doctor, fingiendo recordar—. Claro que sí... Yo, yo le mandé a la muchacha...

—Rosas y violetas, ¿no se acuerda? —y el jardinero sonrió ante la falta de memoria del doctor—. Pues está lista desde esta mañana a las ocho. Venga, vamos a verla.

Por suerte, el jardinero echó a andar delante, así que no pudo advertir la súbita alteración de la cara del doctor, que lo seguía como un autómata, los ojos entre atónitos y hoscos, abiertas la boca y las manos.

¿Una corona? ¿Su mujer, a escondidas, había encargado una corona? Sí, claro: justamente el día 12 era el aniversario de la muerte de aquel chico. Pero, ¿todavía, al cabo de tres años...? ¿Incluso ahora que era ya su mujer? Y le mandaba secretamente una corona; ¡siendo la esposa de otro! Ella, tan tímida, tan modesta, ¡se atrevía a eso! ¿Así que todavía lo amaba, que aún vivía en su corazón el recuerdo de él? ¿Por qué, entonces, se había casado con otro, si su corazón aún pertenecía al muerto y le pertenecería siempre? ¿Por qué, por qué?

Desvariando así, seguía el doctor al jardinero. Sí que quería ver aquella corona: verla para convencerse, con sus propios ojos, de que su mujer era capaz de semejante engaño, y de semejante traición. Y cuando la vio en un rincón de la pagoda, apoyada contra la pared, sobre una mesa de hierro, le pareció que era para él y la contempló un buen rato, mientras el jardinero interpretaba a su modo aquella contemplación.

—Preciosa, ¿eh? —dijo—. Toda de rosas y violetas frescas, cortadas a primera hora, ¿sabe? Desde luego cien liras no es dinero, doctor. ¿Se imagina lo que es juntar una a una todas estas violetas? Bueno, y las rosas... En invierno porque están escasas. Y cuando es la época, porque todo el mundo las pide... ¡De verdad que cien liras no es dinero para esto! Tendría que darme, por lo menos, veinte más.

El doctor intentó responder, pero no le salía ni el aliento; tuvo que reducirse a plegar los labios en una macilenta sonrisa y murmurar deshilvanadamente:

—Que te la pague yo, ¿eh? Cien liras es poco... Rosas y violetas, ya, ya... Ciento veinte... Aquí las tienes.

—Gracias, señor doctor —se apresuró a decir el jardinero, cogiendo el dinero—. Puede estar seguro de que las vale.

—Déjala aquí —le interrumpió el médico guardándose la cartera—. Y si viene la criada, no se la des. Yo mismo vendré por ella.

Y salió precipitadamente de allí, bajó por el sendero, se detuvo después de mirar atrás y cerciorarse de que nadie le veía, apretó los puños y su cara se contrajo con una risa acongojada.

—Se la he pagado yo...

¿Qué decisión tomar ahora? ¡No hacerle daño a su mujer, pero devolvérsela a sus padres: eso es lo que se merecía! Y que siguiera, pero lejos de él, llorando a aquel muerto, sin estafar así el amor de un hombre honrado a quien ella tenía, por lo menos, el deber de respetar. Así que había rechazado a los jóvenes y se había decidido por un hombre ya mayor para ella, no sólo porque a este ni por asomo se le habría ocurrido pretender su amor, con el pelo gris y la barba salpicada de canas, sino que además habría cerrado un ojo, e incluso los dos, a sus verdaderos sentimientos; ¡un viejo tiene que aceptarlo todo! Y aquella corona, a la chita callando... ¡Menos mal! Claro: esposa ya de otro, no había creído prudente ir a llevársela en persona; por muy «viejo» que fuese el marido, la cosa hubiera sido demasiado fuerte. Por eso había mandado a la criada para encargar la corona, en prueba de su constante amor, y que la pusiera luego en la tumba de su pobre amado...

¡Ah, cuán injusta había sido en verdad la muerte de aquel chico! Porque si hubiese vivido, si hubiera tenido tiempo de llegar a ser un hombre, experto e instruido en todas las sabias perfidias de la vida, y se hubiese casado con ella, la niña enamoradita hubiera podido darse cuenta de que galantear por la ventana a los dieciocho años es una cosa, y otra, pero que muy otra, vivir las duras realidades cotidianas cuando ya se han extinguido las primeras y más altas llamas, cuando comienza el tedio y la lasitud de los días monótonos y nacen los primeros sinsabores, y el joven esposo empieza

a estar harto de la mujer y a pensar en traicionarla... Qué bien, qué bien hubiera estado que por algún tiempo ella hubiese podido tener, con aquel chico, semejante experiencia. Entonces tal vez este «viejo»...

Apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas; se miró después las manos, que le temblaban, y por fin logró dominarse lanzando un profundo suspiro.

El ímpetu de la primera impresión acababa de ceder. Vio un banco algo más allá, y fue a sentarse en él mecánicamente.

Pero bueno, siguió cavilando, este hombre experto, maduro, ¿no estaba a punto también de portarse como un chiquillo, de hacer una escena y dar un escándalo? Y eso era tanto como dar pábulo a quienes adivinaron, con tanta facilidad, la razón de la rápida aceptación de ella. «¿Un escándalo?», habrían dicho. «¿Y por qué, a fin de cuentas? Por una corona fúnebre... Claro, como la pobrecilla había estado mandando todos los años, el día 12, una corona al cementerio y el jardinero nuevo no lo sabía... Naturalmente, también este año se había acordado... Naturalmente, sí, porque el pobre doctor nunca hubiera podido hacérselo olvidar. Así que ella se acordó y no había podido resistir a la tentación. Claro, claro que eso no era muy correcto... ¡Pero los sentimientos no razonan! Y, al fin y al cabo, sólo se trataba de un muerto...»

Eso es lo que todos habrían pensado.

¿Qué debía, entonces, hacer? ¿Dejar pasar aquello? ¿Fingir que no sabía nada? ¿Quizá volver sobre sus pasos y decirle al jardinero que, cuando viniera a buscarla, diese a la sirvienta aquella corona que él había querido retener allí para que le sirviese de prueba? ¡Ah, no, no! Tendría también entonces que hacerse devolver el dinero pagado, rogarle al jardinero para que cerrase el pico...

O bien ir a casa, pedirle a su mujer inútiles explicaciones, reprocharle sus subterfugios, su engaño, y castigarla... Pero qué mezquino, qué bajo, sería también seguir esa conducta. Peor aún que dar el escándalo...

El hecho era grave porque le había traspasado el corazón, y también por el ridículo que, como consecuencia de ello, podía caerle encima si el asunto se divulgaba, ya que demostraría la poca consideración que le tenía su mujer. Debía vencer su propio corazón; era vano

sentirse joven cuando todo el mundo lo consideraba «viejo». Un jovenzuelo hubiera podido armar un escándalo. Pero él, no. Tenía que mostrarse superior a todo eso, y servirse de otros medios para hacerse respetar por su mujer.

Se levantó calmosamente, pero con una sensación de entumecimiento en todos sus miembros. Los pájaros del parque seguían cantando gozosamente. Pero, ¿qué se había hecho de la sensación de bienestar que le embargaba poco antes?

El médico abandonó el parque y se dirigió a su casa. Sin embargo, cuando llegó al portal, ¡adiós serenidad! Jadeaba como un caballo y no sabía cómo iba a lograr subir la escalera con aquellas piernas temblonas. La idea de ver a su mujer ahora... Ese día tenía que estar más triste que de costumbre... Pero quizá sabría también disimular su tristeza; al fin y al cabo, ya estaba habituada, resignada... Y él la amaba, ¡qué desgracia! La quería tanto, tanto... Y sentía, en el fondo, que ella merecía ese amor porque era también buena, tan buena como lo evidenciaban sus delicadas facciones, sus hondos ojos negros, aterciopelados, en la atezada palidez de la cara.

La criada acudió a abrirle la puerta, y su presencia lo desconcertó. Aquella vieja participaba en el secreto, era cómplice del engaño. Servía desde hacía muchos años en la casa paterna de su esposa y la quería mucho. Quizá por eso no había ido con el chisme de acá para allá, si bien tampoco hubiera sabido apreciar nunca, ni siquiera comprender, lo que él estaba ya resuelto a hacer. De todos modos, aquella vieja no podría ser más que un vulgar testigo. Y él quería que todo lo que estaba a punto de ocurrir quedase entre él y su esposa.

Se fue derecho a la alcoba. Ella se estaba peinando ante el tocador y, por entre los brazos enarcados sobre la cabeza, le vio la cara en el espejo y encontró su mirada, un tanto sorprendida de verlo por allí a aquella hora insólita.

—He venido a buscarte —le dijo— para que salgas conmigo.

—¿Ahora? —preguntó ella volviéndose, pero sin bajar los brazos que sostenían su bellísimo pelo negro, suelto aún.

Le sonrió lánguidamente y a él le turbó, casi hasta las lágrimas, aquella sonrisa melancólica. Era como si en ella hubiese percibido una profunda lástima por él, por el amor que le tenía, por el dolor que no podía adivinar aún pero del que iba a saber pronto, muy pronto.

—Sí, ahora —respondió—. Hace un tiempo tan hermoso... No tardes. Iremos al parque y más lejos aún, al campo... Vamos a tomar un coche.

—¿Para qué? ¿Precisamente hoy? —preguntó ella, casi sin querer hacerlo.

Y él temió, ante esta última pregunta, que su mirada le traicionase, cuando ya le estaba costando lo suyo mantener tranquilo el tono de su voz.

—¿Qué, hoy no te gustaría? —dijo—. Pero sé que va a sentarte bien, ya verás. Aligera, aligera. Quiero que vengas conmigo.

Al salir del dormitorio se volvió de nuevo en el umbral.

—Te espero en el despacho.

Muy poco después, estaba lista. Ah, la verdad es que era una maravilla; buena, obediente, siempre hacía lo que él quería y como él lo quería. Sólo que en su corazón... ah, allí, no; allí no tenía él poder alguno. Apenas si había intentado una tímida oposición: «¿Precisamente hoy?». Pero, no obstante, pese a toda la aflicción que ese día debía de sentir dentro de sí, había obedecido y estaba allí dispuesta a ir de paseo al campo, donde él quisiese.

Salieron. Recorrieron a pie el pueblo durante un rato; luego, él tomó un coche de caballos y le indicó al cochero que se parase ante el parque municipal. Llegados allí, se apeó y pidió a su esposa que lo esperase un poco.

Cuando, después de casi un cuarto de hora, la mujer, inquieta ya, lo vio salir del parque, seguido del jardinero que llevaba la corona, estuvo a punto de desmayarse. Pero él la sostuvo con la mirada.

—¡Al cementerio! —le ordenó al cochero, mientras subía ágilmente al carruaje.

Y apenas arrancó el coche, ella rompió en un llanto irreprimible, llevándose el pañuelo a los ojos, a la boca...

—No llores —le dijo él, en voz baja—. No quise decirte nada en casa y tampoco quiero decírtelo ahora. Por favor, no llores. Lo he sabido por pura casualidad. Fui a pasear por el parque y el jardinero me lo dijo, creyendo que era yo quien había encargado la corona. ¡Ea, no llores más! Si vamos a ponerla juntos, mujer, ¿no lo ves?

Ella, sin embargo, siguió tapándose los ojos con el pañuelo hasta

que el coche se detuvo a las puertas del cementerio. El la ayudó a bajar; luego cargó con la corona y entró con ella en el camposanto.

—¿Sabes dónde está?

Ella hizo seña de que no con la cabeza.

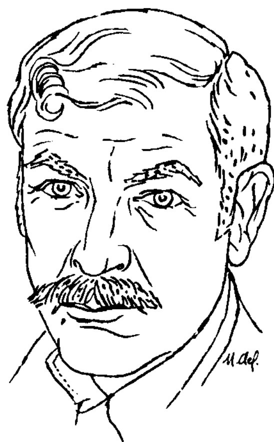
—¡Ven conmigo! —dijo él, encaminándose por el primer sendero de la izquierda y mirando, una por una, las tumbas alineadas.

Era la penúltima de aquella primera hilera. El médico, entonces, se destocó, dejó la corona sobre la lápida, se retiró de espaldas despacito y, sin atraer la atención de ella, furtivamente, se fue alejando, como para darle tiempo a rezar una oración. Pero ella seguía allí, muda, sin poder tan siquiera separar el pañuelo de los ojos. Ni un pensamiento, ni una lágrima por el difunto. Como perdida, se volvió por fin buscando a su marido y lo llamó como no lo había llamado nunca; se le prendió a un brazo, convulsa:

—¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡Sácame de aquí!

JUAN DE DIOS

RAMON FERREIRA/CUBA



Juan de Dios es el nombre de mi hermano, pero yo le digo Juan porque Dios está en la iglesia y la vieja no quiere a Dios y yo sí quiero a Juan. Juan trabaja en una goleta. No en la que tiene las velas recogidas ni en la que las está izando para irse, sino en la que se puede ver desde aquí anclada al espigón esperando a que sea mañana. Esta noche hay fiesta en el desembarcadero y en cuanto oscurezca encenderán los faroles y cuando suene el cañonazo de las nueve soltarán los voladores.

Juan me conseguirá un volador sin explotar, y con el cabo de un cigarro lo encenderá desde aquí arriba. Juan pronto vendrá a bañarse y a ponerse ropa limpia. Luego bajará a la fiesta a tomar cerveza y se fajará con Tino por seguir diciendo que fue él quien salvó a Juan cuando la goleta embarrancó en el cayo.

Cuando eso pasó salieron varios días en el periódico y los viejos lloraban cada vez que lo leían, y cuando dejaron de llorar se aparecieron en la goleta y volvieron a salir en el periódico.

Ese día hubo fiesta en el billar y estuvieron celebrando hasta que fue de día. Pero eso fue cuando todavía yo era chiquitico y no podía salir de la cama. La vieja me metía en la cama y me abría la ventana que da al mar para que le avisara si llegaba la goleta, y la cerraba con pestillo cuando quería castigarme por arrastrarme por el suelo. Ahora ya soy grande para valerme solo y ya me sirven las camisas viejas de mi hermano. Los pantalones todavía no me sirven porque para eso antes me tienen que crecer también las piernas. La vieja me

dijo que las piernas no me van a crecer porque lo que yo tengo no se va a quitar con nada y el viejo amenazó con pegarle si ella no se callaba y Juan los dejó pelear y tiró la puerta y se fue sin decir nada. Ese día me quedé esperando hasta que Juan volvió, y cuando estuvimos solos le pregunté si era verdad lo que la vieja decía y él me dijo que no y me pasó la mano por el pelo.

Luego le volvía a preguntar lo que iban a demorar las piernas en crecer y me dijo que no hablara de eso porque para ser buen marinero sólo se necesitan buenas manos. Juan me enseñó a tirar piedras y desde aquí ya puedo alcanzar las campanas de la iglesia. Y eso que antes sólo llegaba hasta el muro que hay delante y si sigo practicando llegaré adonde llega Juan por encima de los tejados hasta el agua que hace aros alrededor de la goleta. A mí no me gustan los aros ni las carriolas ni los patines ni nada que tenga ruedas y en cuanto pueda caminar dejaré la silla que me trajo el viejo para que no ande por el suelo. Eso estaba bien cuando yo era chiquito y tenía que pasarme el tiempo en la cama. Entonces dormía con Juan y a veces me despertaba y le veía las piernas alumbradas por la luna y me ponía a pensar en el tiempo que les faltaba a las mías para ser iguales. Un día se despertó y me preguntó por qué lloraba, y como yo no pude decir nada me arrinconé donde la luna no llegaba para que no me volviera a preguntar, pero yo lloraba por no tener las piernas como él y no saber decirlo. Al otro día Juan me dijo que yo ya era grande y el viejo me trajo la silla con ruedas donde quieren que esté sentado.

La vieja protestó del gasto y dijo que no me hicieran cuentos porque iba a ser peor cuando no hubiera remedio y que no estaba bien hablarle del mar a un lisiado. Y Juan se encaró a ella y le dijo que me llevaría en la goleta aunque ella no quisiera y la vieja se echó a reír y le dijo que donde yo debía estar era en otro lado y el nombre que le dio al lugar los hizo callarse y se pusieron a mirarme. El viejo se levantó para irse y al llegar a la puerta se volvió gritando y dijo que peor era hablar de lo que sólo Dios sabía. Pero la vieja escupió y sólo pude entender que no le gustaba Dios ni le gustaba nada y que lo que quería era que se acabaran los cuentos y que la dejaran sola. Por eso a mi hermano yo le digo Juan y nunca digo lo de Dios. Ni cuando me lo preguntó la hija del hombre que hizo una casa más arriba de la nuestra el día que bajó a pedirle azúcar a la vieja y se

quedó a mi lado viendo cómo Juan se iba por el trillo. Yo sabía que lo estaba mirando porque se hizo una visera con las manos para quitarse el sol de encima. Yo le contesté que se llamaba Juan y nada más para que no lo siguiera mirando como si pensara hacerle algo. Ella dijo Juan qué y se echó a reír, y cuando se alejó corriendo por el trillo quise que se muriera porque tenía los pies sanos y levantaba el polvo igual que yo cuando camino con los palos y mis pies van dejando dos rayas en la tierra. Cuando yo tenga los pies como los tiene Juan me pondré zapatos de dos tonos y bajaré al pueblo y me sentaré en el muro con Juan a hablar mal de las mujeres que andan descalzas para que no las oigan cuando vienen a echarte brujería. Ella cree que no la vi ponerse flores en el pelo y hacerse la que tenía que bajar al pueblo para tropezar con Juan cuando pasaba por su lado. Un día Juan se paró y se volvió para mirar cómo ella estaba dejando que el aire le levantara la ropa y el sol le anduviera entre las piernas. Juan encendió un cigarro y volvió a mirar antes de irse y luego se volvió a parar para mirar de nuevo. Ella pasó por delante de mi ventana y siguió a Juan por el trillo y yo cogí los palos y fui hasta donde empiezan los escalones de tierra que bajan hasta la bahía. Allí me caí porque uno de los palos resbaló, y como no me dolía nada me quedé callado esperando a que alguien pasara y me ayudara. En eso vinieron los muchachos que no quieren jugar conmigo aunque a veces me miran como si fueran a jugar y luego nunca juegan. Uno de ellos se acercó y me preguntó lo que buscaba y yo le dije que un dinero para que luego volvieran a buscar lo que no había. Entonces se acercaron los otros y se pusieron a escarbar hasta que se cansaron y se fueron corriendo y dando gritos. Ahora ella regresó loma arriba y yo miré para otro lado para que no me fuera a preguntar lo que pasaba. Pero a ella no podía engañarla y siempre me ayudaba aunque no quisiera. Se acercó y me tendió las manos y yo me dejé alzar y que me apretara contra las flores que traía en el pelo. Cuando llegábamos a la casa la vieja salió secándose las manos y maldiciendo la hora en que había nacido. Yo empecé a llorar porque ella siempre decía lo mismo cuando me quería meter en la cama y cerrar la ventana que da al mar. Y aunque grité más que otras veces me tiró en la cama y cerró la ventana y le puso el pestillo y se marchó. Me quedé llorando hasta que me cansé

porque no importaba lo mucho que llorara, siempre me cansaba sin que la vieja volviera. Y cuando sólo suspiraba oí los pasos que se acercaban hasta el pie de mi ventana. Allí se pararon y yo me incorporé en busca de la hendija entre las tablas, que me dejaba ver aunque la vieja no quisiera. Pero cuando quise ver sólo encontré una estrella donde buscaba. Era tan de noche que no se veía nada y las voces parecían llegar de tan lejos que no se podía entender lo que decían. Sólo podía entender que Juan le pedía algo a ella y que ella decía que no y Juan decía que sí. Luego se callaron y sólo podía oír cómo respiraban y que ella trataba de que la dejara ir y de que Juan no la dejaba. Entonces Juan la dejó y le dijo que se fuera y ella contestó que ahora no quería. De tanto que quería oír me dolía la cara contra las tablas, y de tanto que estuve así acabé por cansarme y me rendí y me estaba durmiendo cuando las voces empezaron a gritar. Ahora ella lloraba como si Juan le hubiera pegado y yo me estaba alegrando cuando Juan le prometió algo que la calló en seguida. Ni uno más dijo ella y Juan contestó ni uno más. Júralo por Santa Bárbara, que está en el cielo, dijo ella, y Juan le preguntó por qué. Para saber que es verdad, dijo ella, y Juan juró por Santa Bárbara que no lo haría. Entonces ella habló de un camión y del dinero que su padre ganaba, y Juan le contestó que un camión no era una goleta y que una carretera no era el mar. Pero ella dijo que más valía una caja de cerveza que cien pescados en una red y riéndose le empezó a dar besos que sonaban. Por eso no oí cómo la vieja llegó y me dio un empujón y abrió la ventana y se asomó. ¿Qué es lo que pensabas ver?, me preguntó, y yo le dije que nada, y luego de cerrar la ventana otra vez se sentó a mi lado y me dijo que me tenía que dormir, y que tenía que dormirme en seguida para que llegara mañana. Traté de hacerlo y no podía. Por más que quería dormir, la hendija de luz debajo de la puerta no me dejaba. Ni el canturreo de la vieja, que se había sentado en el quicio y esperaba. Hacía rato que el cañonazo de las nueve había sonado y que los fuegos artificiales habían iluminado la bahía, y cuando se caía el viento todavía llegaba el ruido de los que fiestaban en la plaza. Apreté más los ojos para imaginar la goleta en que me iría con Juan y para ver los peces volando delante de la proa. Pero lo único que podía ver era la raya de luz y cómo la sombra de la vieja iba de un lado al otro y luego volvía y se paraba. Cerré bien los ojos porque la sentí

descalza y cómo abría la puerta poco a poco y se quedaba allí vigilando y diciendo shhhhhh a la voz de un hombre a sus espaldas. Era una voz extraña que nunca había oído y que por más que traté no pude ponerle cara. Y al igual que Juan y la otra, ellos también hablaron del mar y de que no podía ser, y cuando él le preguntó lo que podía hacer, la vieja le dijo: tú sabes. Hablaban cada vez más bajito hasta que no se podía entender nada. Y por más que quise ya sólo podía saber que estaban allí por la forma de respirar y por los pasos que se movían sin ir a ningún lado. Traté de encontrar los palos y no los encontré. Y ahora me acordé que se quedaron en el trillo cuando ella me cargó y no me dejó que los cogiera. Por eso me bajé de la cama como hacía cuando no quería que la vieja se enterara. Primero dejé caer una mano y luego la otra, y cuando me pude aguantar al piso dejé que el cuerpo resbalara. Poco a poco me arrastré hasta la puerta, y cuando llegué la empujé y la abrí hasta que los vi donde se estaban entendiendo a oscuras. El hombre se enderezó mientras la vieja quedó en el suelo, y cuando se quitó el cinto y se volvió hacia la puerta yo di un grito para que no me pegara. La puerta me dio en la cara y me tumbó, y cuando me pude enderezar me arrastré hacia la cama y me agarré para subir antes de que la vieja llegara. Pero por más que traté no pude y por más que cerré los ojos la sentí llegar maldiciendo como hacía siempre que me iba a pegar sin saber por qué lo hacía. No me pegues, le grité, porque me caí de la cama. No me pegues y no diré nada, le volví a gritar cuando vi la mueca que hacía con la boca y cómo alzaba la mano para darme. Pero no me pegó. Dejó caer la mano y hasta trató de entender lo que yo decía. Y cuando se inclinó a mi lado hasta me pasó la mano por el pelo y me volvió a preguntar como si nada hubiera pasado. Me caí de la cama, le volví a decir, y esta vez se arregló la blusa y sonrió y me dijo que le diera los brazos para alzarme. Luego me acostó y se sentó a mi lado y me dijo que era malo imaginar que eran verdad las cosas que se soñaban y que si me portaba bien hasta podía ir a pescar y nunca más cerraría la ventana. ¿De veras?, le pregunté, y ella contestó: de veras. ¿Y podré ir con Juan?, le volví a preguntar, y ella dijo: veremos. Y cuando se inclinó para arroparme yo cogí la mano, pero ella la soltó y me dijo que era hora de dormir y de olvidar porque mañana sería otro día. Cuando llegaba a la puerta fue que le pregunté, y

cuando le pregunté sabía que no debía. Pero sin saber por qué le pregunté por el hombre y que si era alguien conocido o alguien que nunca había estado. Y en vez de irse se quedó parada, y en vez de contestar no contestó. Pero poco a poco volvió hacia la cama y yo empecé a gritar antes de que llegara. A gritar más alto que nunca había gritado para que llegara el viejo o llegara Juan, porque esta vez me iba a pegar hasta que yo olvidara lo que no podía olvidar. Me cogió por los pelos y me alzó y con la otra mano me dio al derecho y al revés llamándome cochino y jurando que nunca me dejaría ir al mar ni a ningún sitio, sino adonde todos sabían que era donde debía. En eso llegó el viejo y me la quitó de encima y de un golpe la tiró por el suelo y le empezó a gritar cosas que no se pueden repetir. Le gritaba y apretaba los puños y cerraba los ojos y escupía. Y parecía como si lo hubieran clavado en el lugar para que no la matara y que todo el tiempo estaba tratando de zafarse. Desde el suelo la vieja lo miraba con la cara que ponía cuando el viejo bebía tanto que al otro día juraba que no sabía lo que hacía. Y aunque ella le enseñaba los golpes y Juan lo amenazaba con matarlo el viejo lloraba igual que lloro yo y pedía perdón y se ponía de rodillas. Juan llegó corriendo a tiempo de aguantarlo y los dos se abrazaron como si fueran a quererse, pero en vez de quererse Juan cogió al viejo por el cuello y lo zarandeó dando tumbos por el cuarto. Entonces fue la vieja la que se levantó y se metió entre los dos y con una mano agarró a Juan y con la otra agarró al viejo y gritando más que todos maldecía y maldecía hasta que no pudo más y se agarró las manos y con los puños cerrados se empezó a golpear en la barriga. Eso fue lo que los apartó, y en vez de mirarme a mí miraban a la vieja, y en vez de llorar empezaron a asustarse y los dos fueron junto a la vieja y la alzaron y primero la abrazó uno y luego la abrazó el otro sin dejar de llorar y sin soltarla. Y así se fueron los tres hablando todos a la vez y prometiendo todos que ella tenía razón y que era la que sabía y que no había más que hablar ni prometer porque la vida es como es y nadie puede cambiarla. Y cuando ella dijo: mañana, los dos dijeron: mañana.

Y otra vez dijo el nombre que antes los hacía callarse y mirarme de un modo especial. Pero esta vez repetí el nombre y lo repetí prometiendo no dormirme hasta no saber qué lugar podía llamarse tan raro. Lo estaba repitiendo cuando Juan regresó y se empezó a desnu-

dar a oscuras. Luego se acostó y yo podía ver su sombra contra las tablas con una mano detrás de la cabeza y con la otra moviendo un cigarro. Estuvo un rato así. El cigarro yendo y viniendo y yo esperando a que dejara de moverse. Al fin la luz roja se quedó quieta, y luego de encenderse y apagarse varias veces dio un salto y salió por la ventana. Y Juan tosió bajito y se movió y dio la vuelta hacia la pared y en seguida el suspiro que uno da antes de dormirse. Pero yo no iba a dejar que se durmiera sin saber. Y le pregunté:

—Juan.

No me contestó y volvió a suspirar. Yo sabía que estaba despierto, porque cuando te duermes de verdad sólo suspiras una vez. Y le volví a preguntar.

—Juan.

—Déjame dormir.

—¿Qué es un asilo?

—¡Duérmete!

—Es algo malo, ¿verdad?

—No.

—¡Dime lo que es!

—¿Asilo?

—¡Sí! ¡Dime lo que es!

—Asilo es el nombre de la goleta en que irás a pescar conmigo.



LA MUJER DEL GANADERO

HENRY LAWSON/AUSTRALIA

La casa de dos piezas está construida de troncos, tablas y planchas de corteza, y el suelo lo tiene de lajas resquebrajadas. La amplia cocina de cortezas que se alza en una punta es mayor que la casa en sí con veranda y todo.

Monte alrededor; monte sin horizonte, ya que la región es llana. No hay montañas en la lejanía. Forman el monte manzanos del país, desmedrados y canijos. No se ven espesuras de matas. Nada en que descansar la vista salvo el verde más oscuro de unos robles dispersos que destacan sobre el angosto cauce del torrente casi seco. Treinta kilómetros hasta el signo más próximo de civilización: una cabaña junto al camino real.

El ganadero, un ex colono furtivo, se ha marchado con las ovejas. Su esposa y sus hijos han quedado solos en casa.

Cuatro niños harapientos y escurridos de carnes juegan en las inmediaciones. De pronto uno de ellos grita:

—¡Una serpiente! ¡Madre, una serpiente!

La mujer del ganadero, enteca y quemada por el sol, surge veloz de la cocina, levanta al más pequeño del suelo, lo sostiene sobre su cadera izquierda y agarra un bastón.

—¿Dónde está?

—¡Aquí! ¡Debajo de la leña! —aúlla el chico mayor, un granuja de cara afilada, de unos once años—. ¡Cuidado, madre! Ya la tengo. ¡Atrás! ¡Voy a cazar a esa maldita!

—¡Tommy, ven aquí, que te va a morder! ¡Ven aquí, te digo!

El pequeño se acerca, desobediente, con un garrote mayor que él. Entonces vocifera con aire de triunfo:

—¡Allá va! ¡Debajo de la casa! —y se lanza como una flecha tras de la serpiente, enarbolando el garrote. Al mismo tiempo, el gran perro negro de raza indefinible y ojos amarillos, que ha presenciado con el más fogoso interés los acontecimientos, rompe su cadena y se precipita tras el reptil. No llega a tiempo, sin embargo, y su nariz alcanza la grieta de las tablas en el momento justo en que la cola desaparece. Casi en el mismo instante desciende el garrote del niño, pelando del golpe la susodicha nariz. Caimán, que así se llama la fiera, parece no dar importancia al trance, y procede a escarbar bajo el edificio; pero después de una breve lucha es reducido y encadenado de nuevo. Un perro vale mucho; no lo pueden perder.

La mujer del ganadero reúne a los niños junto a la caseta del perro, sin dejar de mirar por donde ha desaparecido la serpiente. Prepara dos platitos de leche y los coloca junto a la pared, para hacerla salir; pero pasa una hora y sigue sin dejarse ver.

Está a punto de ponerse el sol, y se avecina una tormenta. Los niños deben entrar bajo techado. No quiere que pasen a la casa, pues sabe que está allí la serpiente y en cualquier momento puede salir por un agujero del tosco piso de lajas, de modo que lleva varias brazadas de leña a la cocina y hace pasar allí a los niños. La cocina no tiene suelo, o mejor dicho, el suelo es de tierra; en la región lo llaman *ground floor.* En medio hay una mesa grande y rústica. Lleva allí, pues, a los niños, y los hace sentarse encima de esta mesa. Son dos varones y dos hembras, todos de corta edad. Les da algo de cenar, y después, antes de que oscurezca, entra en la casa y recoge algunas almohadas y mantas, con miedo a ver o tocar en cualquier momento a la serpiente. Prepara, pues, una cama en la mesa de la cocina para los niños, y se sienta al lado dispuesta a seguir vigilando toda la noche.

No pierde de vista el rincón, y tiene un garrote de madera, todavía verde, listo y a mano sobre el aparador; también se ha traído su cesto de la costura y un ejemplar del *Young Ladies' Journal.* Además ha hecho pasar al perro.

Tommy se acuesta protestando; dice que va a estar despierto toda la noche para aplastar a esa puñetera serpiente.

Su madre le pregunta que cuántas veces le ha repetido que no diga palabrotas.

El niño conserva su garrote bajo las mantas, y Jacky protesta:

—¡Mamá! Tommy me está despellejando vivo con el garrote. Quítaselo.

Tommy dice:

—¡Cállate, cabri...! ¿Es que quieres que te muerda la serpiente?

Jacky cierra la boca.

—Si te muerde —prosigue Tommy tras una pausa—, te hincharás todo, y olerás mal, y te pondrás colorado, y verde, y azul hasta que revientes. ¿No es verdad, madre?

—Vamos, no asustes al niño. A dormir —corta ella.

Los dos niños más pequeños ya se han dormido, pero Jacky sigue quejándose de que le están «estrujando». Le dejan más sitio.

Ahora dice Tommy:

—¡Madre!; escucha las zarigüeyas. Me gustaría retorcerles el p... cuello.

Jacky protesta soñoliento:

—¡Pero las zarigüeyas no nos hacen nada, las p...!

La madre:

—Mira, te lo tengo advertido, ya estás enseñando a Jacky a hablar mal.

Pero el comentario le hace sonreír. Jacky se duerme.

Tommy vuelve a preguntar:

—¡Madre! ¿Tú crees que llegarán a sacar al canguro?

—¡Dios mío! ¿Y cómo quieres que yo lo sepa? Vamos, duérmete.

—¿Me despertarás si sale la serpiente?

—Sí. Duérmete.

Se acerca la medianoche. Todos los niños se han dormido y ella continúa tranquilamente sentada; a ratos cose y a ratos lee. De cuando en cuando echa una mirada al suelo y a las tablas de la pared, y cada vez que escucha un rumor apresta el garrote. Llega la tormenta, y el viento que entra con fuerza por las grietas de la pared de tablas amenaza con apagar la vela. La sitúa en un lugar resguardado de la cómoda y le pone un periódico a guisa de pantalla para protegerla. A cada relámpago relucen las grietas como plata bruñida. Retumba el trueno y la lluvia cae a torrentes.

Caimán está tendido cuan largo es en el suelo, vueltos los ojos hacia el tabique. De ello deduce la mujer que la serpiente está allí. En la pared hay grandes grietas que comunican con el subsuelo de la vivienda.

Ella no es cobarde, pero los últimos acontecimientos le han trastornado los nervios. A un hijito de su cuñado le mordió hace poco una serpiente, y el niño murió. Además, lleva más de seis meses sin noticias de su marido, y está inquieta por él.

El era ganadero y se establecieron furtivamente en la zona nada más casarse. La sequía de 18.. le arruinó. Hubo de sacrificar los restos de su rebaño y empezar de nuevo. Cuando vuelva, abriga el proyecto de llevarse a su familia a la ciudad más cercana, y entretanto su hermano, que tiene una cabaña junto al camino real, suele traerles provisiones una vez al mes. La esposa conserva todavía un par de vacas, un caballo y algunas ovejas. El cuñado sacrifica una oveja de cuando en cuando, entrega a la mujer la carne que pueda necesitar y se lleva el resto en pago de otras provisiones.

Ella se ha acostumbrado a estar sola. Una vez llegó a pasar hasta dieciocho meses de esta manera. De moza levantó sus consabidos castillos en el aire, pero esas aspiraciones y esperanzas juveniles murieron hace tiempo. Toda la distracción e incentivo que precisa los encuentra en el *Young Ladies' Journal*, y —¡válgale el cielo!— hasta se complace en hojear las láminas de modas.

Su esposo es australiano, lo mismo que ella. Es hombre despegado, pero bastante buen marido. Si tuviera medios, la llevaría a la ciudad y la tendría allí como una princesa. Se han acostumbrado a estar separados, al menos por parte de ella. «No hay que tomarlo a pecho», suele decir. El podrá olvidar a veces que está casado, pero cuando regresa con fondos le da a ella la mayor parte. Cuando tenía dinero la llevó varias veces a la ciudad: viajaban en coche-cama y se alojaban en los mejores hoteles. También le compró una calesa, pero hubo de sacrificarla con lo demás.

Los dos niños últimos nacieron en el monte: uno mientras su marido arrastraba a viva fuerza a un médico borracho para que la asistiese. En esta ocasión se encontraba sola y muy débil. Había estado con fiebres. Rogó a Dios que le enviase ayuda, y Dios le mandó a la negra Mary —la comadre «más blanca» de los alrededores—.

O por lo menos Dios mandó a King Jimmy por delante y este trajo a la negra Mary. Jimmy asomó la cara negra por la puerta, se hizo cargo de la situación a la primera ojeada y dijo jovialmente:

—Muy bien, señora; le traigo a mi vieja; baja ya mismo por el arroyo.

Uno de los niños murió estando allí sola. Lo menos seis leguas hizo a caballo para pedir auxilio, con el niño muerto en sus brazos.

DEBEN DE ser la una o las dos de la mañana. El fuego se está apagando. Caimán yace con la cabeza entre las patas, atento a la pared. No es un perro muy lindo que digamos, y a la luz se distinguen las innumerables cicatrices donde no volverá a crecer el pelo. No teme a nada sobre la tierra ni de debajo de ella. Acomete a un toro con la misma presteza que a una pulga. Odia a todos los demás perros —excepto a los dingos— y siente un profundo desagrado por los amigos o parientes de la familia. Sin embargo, raras veces viene nadie de visita. A veces hace amigos entre los extraños. Aborrece a las serpientes y ha matado muchas, pero acabarán por morderle y morirá; la mayoría de los perros cazadores de serpientes mueren de ese modo.

De cuando en cuando la mujer del ganadero abandona su labor y observa, escucha, piensa. Piensa en cosas de su propia vida, ya que aquí apenas hay otras cosas en que pensar.

La lluvia hará crecer la hierba, y esto le recuerda el modo en que hubo de luchar contra un incendio en el monte, una vez que andaba su marido fuera. La hierba estaba alta y muy seca, y el fuego amenazaba con arrasarlo todo. Se puso unos pantalones viejos de su marido e hizo frente a las llamas con una rama verde; grandes gotas de sudor negro brotaban de su frente y formaban regueros por sus brazos ennegrecidos. El ver a su madre con pantalones divirtió mucho a Tommy, que luchaba a su lado como un pequeño héroe, pero el chiquitín, aterrorizado, no pudo por menos de lanzar frenéticos alaridos llamando a su «mamá». El fuego hubiese acabado por dominarla de no ser por cuatro vaqueros alarmados que llegaron en el último momento. Todo era confusión alrededor; cuando fue a coger al pequeño este chilló y se debatió convulsivamente creyendo que quien lo cogía era un «negro»; y Caimán, fiado más del parecer

del niño que de su propio instinto, la acometió furioso, sin reconocer al principio, en su enardecimiento (era ya viejo y algo sordo), la voz de su dueña, y siguiendo luego encarnizado contra los pantalones de piel de topo hasta que lo espantó Tommy con una correa de cinchar. El disgusto del perro por su equivocación y su afán por dejar bien sentado que todo había obedecido a un error se mostraron con toda la expresividad de que fueron capaces su pingajosa cola y su sonrisa perruna de dos palmos. Fue un día inolvidable para los chicos; un día que recordar y comentar entre risas durante varios años.

También recuerda la mujer cómo luchó contra una inundación en ausencia de su marido. Horas y horas bajo el aguacero, calada hasta los huesos, cavando una zanja de desagüe para que la riada no se llevase el dique por delante. Pero no pudo impedirlo. Hay cosas imposibles hasta para la mujer de un ganadero australiano que vive sola en el monte. A la mañana siguiente reventó la presa, y su corazón también estuvo a punto de romperse, pensando en la desolación de su marido cuando volviera y viese aniquilado el esfuerzo de tantos años de trabajo. Entonces lloró.

Tuvo que luchar también contra la pleuroneumonía. Medicinó y sangró al poco ganado que le quedaba, y cuando murieron sus dos mejores vacas volvió a llorar.

En otra ocasión tuvo que reducir a un toro desmandado que asedió la casa un día entero. Preparó municiones y le hizo varios disparos por entre las grietas de las tablas con una escopeta vieja. Por la mañana apareció muerto. Le desolló y sacó diecisiete libras y seis peniques por la piel.

También suele luchar contra los cuervos y las águilas que acechan sus gallinas. Su plan de operaciones es verdaderamente original. Los niños gritan: «¡Cuervos, madre!», y entonces ella sale corriendo y apunta con un palo de escoba para las aves, gritando: «¡Pum, pum!», como si se tratara de una escopeta. Los cuervos huyen precipitadamente; son astutos, pero mayor es la astucia de una mujer.

Alguna que otra vez se presenta un vaquero borracho o un vagabundo mal encarado y le da un susto de muerte. Normalmente, cuando el forastero sospechoso pregunta taimadamente por el dueño

de la casa, le dice que su marido y sus dos hijos están trabajando al pie de la presa, o en el corral.

Hace tan sólo una semana, un trotamundos de rostro patibulario —después de haberse cerciorado de que no había hombres en el lugar— tiró su macuto en la veranda y pidió algo de comer. Se lo dio, y luego el hombre manifestó su intención de quedarse a pasar la noche. Estaba ya poniéndose el sol. Ella agarró un palo del sofá, soltó al perro y plantó cara al forastero con el palo en una mano y el collar del perro en la otra. «¡Márchese!», ordenó. El la miró, miró al perro, dijo: «De acuerdo, señora», con tono servil, y se alejó. Era una mujer de aspecto resuelto, y los ojos amarillos de Caimán relucían que daba grima. Además, las mandíbulas del animal se parecían mucho a las del saurio cuyo nombre llevaba.

Pocos son los placeres que puede recordar, en cambio, mientras vela junto al fuego, a solas, al acecho de una serpiente. Todos los días le parecen prácticamente iguales; pero los domingos por la tarde se viste, adecenta a los niños, acicala al más pequeño y da un paseo solitario por el sendero del monte, empujando un viejo cochecito de niño. Lo hace todos los domingos. Se toma tanto trabajo en arreglarse y preparar a los niños como si saliese a dar un paseo en la ciudad. No hay, sin embargo, nada que ver y nadie con quien encontrarse. Cualquiera no familiarizado con el país puede andar seis o siete leguas por este sendero sin encontrar nada distinto, nada que destaque de lo demás. Esto se debe a la uniformidad perenne y enloquecedora de los raquíticos árboles; monotonía que a todo el que allí vive le hace desear la huida: huir todo lo lejos que pueda llevarle a uno el tren, o lo más lejos que pueda llevarle un barco, y aun más allá.

Pero esta mujer está habituada a la soledad del paisaje. De recién casada la odiaba, pero ahora no sabría lo que hacer sin ella.

Cuando vuelve su marido se alegra, pero sin efusiones ni alborotos. Se limita a prepararle algo especial de comida y a asear a los niños.

Parece resignada con el destino que le ha tocado en suerte. Ama a sus hijos, pero no tiene tiempo de demostrárselo. Los trata con rudeza. El ambiente en que viven no favorece el desarrollo de los aspectos femeninos o sentimentales del carácter.

SE ACERCA la mañana; pero el reloj se lo ha dejado en la casa. La vela está casi agotada; olvidó que se le estaban terminando las velas. Hará falta un poco más de leña para mantener el fuego, por lo que encierra al perro dentro y se apresura hacia la leñera. Ya no llueve. La mujer agarra una rama, tira de ella, y ¡zas!, todo el montón se derrumba.

La víspera ajustó con un negro vagabundo que le trajese algo de leña, y mientras él quedó trabajando se fue a buscar una vaca descarriada. Estuvo ausente una hora o así, y el aborigen aprovechó bien el tiempo. A su regreso le sorprendió ver un gran montón de leña junto a la chimenea, tanto que le dio una ración extra de tabaco y alabó mucho su diligencia. El le dio las gracias y se marchó con la cabeza alta y abombando el pecho. Era el último de su tribu, y nada menos que rey, pero había apilado la leña en hueco.

La mujer se ha lastimado, y se le saltan las lágrimas. Vuelve a sentarse junto a la mesa y saca un pañuelo para enjugarse el llanto, pero se mete los dedos en los ojos. El pañuelo está lleno de agujeros y resulta que ha introducido el pulgar por uno de ellos y el índice por otro.

Esto le hace reír, lo que provoca el asombro del perro. La mujer tiene un sentido muy agudo del ridículo, y no perderá ocasión de divertir a los paisanos contándoles el suceso.

Ya en otra ocasión hubo de reírse en un caso semejante. Fue un día que se sentó «a llorar a gusto», como ella dijo, y el viejo gato se restregó en su falda y «lloró también». No pudo por menos de soltar la carcajada.

DEBE DE estar a punto de rayar el día. En la pieza la atmósfera está muy cargada y caldeada por el fuego. Caimán sigue observando de vez en cuando la pared. De repente da muestras de vivo interés; se arrastra unos centímetros hacia el tabique y un estremecimiento recorre su cuerpo. Empieza a erizársele el pelo del pescuezo, y sus ojos de ámbar brillan agresivos. Sabe ella lo que esto significa y pone la mano en el garrote. Una tabla del tabique presenta una amplia grieta a cada lado, junto al suelo. Unos ojos malignos, brillantes como abalorios, fulgen en uno de los agujeros. La serpiente —negra— va saliendo despacio, casi dos palmos, y hace oscilar la cabeza arriba

y abajo. El perro permanece inmóvil y la mujer sigue en su asiento como hipnotizada. La serpiente sale dos palmos más. La mujer levanta el garrote y el reptil, súbitamente consciente del peligro, zampa la cabeza por la grieta del otro lado de la tabla y se apresura para que le dé tiempo a pasar todo él, hasta la cola. Salta Caimán, y sus quijadas se cierran bruscamente. Falla el golpe, por culpa de lo largo que tiene el hocico, y la serpiente comprime el cuerpo en el ángulo formado por las tablas y el piso. Tira una nueva dentellada el can al paso de la cola, y ahora sí que ha enganchado a la serpiente, y tira de ella, y saca fuera lo menos medio metro. Zas, zas, golpea el garrote de la mujer en el piso. Caimán sigue tirando. Zas, zas. Caimán da otro tirón y al fin saca la serpiente entera. Es negra, de metro y medio de largo. Levanta la cabeza para atacar, pero el perro ha atrapado a su enemigo por la garganta. Es un perro grande y recio, pero ágil como un terrier. Zarandea a la serpiente como si compartiese con la humanidad la maldición original. El chico mayor se despierta, echa mano a su garrote y trata de saltar de la cama, pero su madre le inmoviliza con mano de hierro. Zas, zas —el espinazo de la serpiente está roto en varios trozos. Zas, zas —le aplasta la cabeza, y sigue desollando la nariz a Caimán.

La mujer levanta el destrozado reptil en la punta de su garrote, lo lleva a la chimenea y lo arroja al fuego; echa después leña encima y se queda viendo arder a la serpiente. El niño y el perro asisten también a la escena. Pone ella la mano en la cabeza del perro y desaparecen la ferocidad y la cólera que brillaban en sus ojos amarillos. Los niños más pequeños están tranquilos y siguen durmiendo por ahora. El mayorcito sigue allí un momento, en camisa, luciendo sus piernas sucias y contemplando el fuego. Luego mira a su madre, ve lágrimas en sus ojos y echándole los brazos al cuello exclama:

—Madre, yo nunca me iré con el ganado; ¡maldíceme si me voy!

Y ella le estrecha contra su pecho lacio, y le besa, y ambos se sientan juntos mientras la luz enfermiza del día va surgiendo por encima del monte.

MacNAIR EL CIEGO

THOMAS H. RADDALL/CANADA

Thomas H. Raddall



En Shardstown ya no se cantan baladas. Tampoco se oyen canciones marineras, porque se han ido los que las cantaban, y las altas hierbas campan en los astilleros, otrora ocultos bajo una capa de astillas y virutas.

Es un pueblo encantado. Allí el polvo amarillento de la calle, la hilera de viviendas prolongándose hacia la bahía amplia y abrigada, capaz de acoger a toda una flota, mientras qué ahora sólo una barca de pesca enarbola gallardamente una vela; y allí la pequeña iglesia, y el almacén, y el carcomido muelle de pescadores dormido bajo el sol, todo tan tranquilo que se diría muerto. La mitad de las casas están deshabitadas, con las persianas echadas, olvidadas, descoloridas, y la hierba que invade los senderos de los huertos.

La gente es apacible y silenciosa. Sonríe y desaparece. En la playa, al resguardo de un cobertizo desvencijado, puede verse un anciano sentado en un montón de redes inservibles, echados los pies hacia delante, con sus gastadas botas, fruncido el entrecejo para proteger sus cansados ojos de la claridad resplandeciente del mar, y una expresión soñadora en el semblante.

—¿Una balada? Ahora la gente no canta baladas. ¿Una canción marinera? ¡Ja! ¿Para qué, si no hay velas que halar?

Si se le insiste, prorrumpirá en sonoros juramentos de fuerte sabor marinero, y al fin dirá:

—Bueno, hombre, bueno; pero hace demasiado tiempo. Eso era por los tiempos de MacNair el Ciego.

¿Y quién era MacNair el Ciego?

Antes de que Shardstown quedara encantado, el pueblo era muy parecido al de ahora, pero estaba vivo, con un aroma en el aire de madera recién aserrada, y el son del mazo y de la azuela, y el clac-clac de las macetas de calafate. Se hacían buenos barcos en Shardstown entonces. Los cascos se iban elevando en la playa y sus baupreses llegaban hasta la ensenada. Un cantero y tres familias de toneleros habían montado sus talleres a espaldas de sus casas, y un afanoso velero, provisto de hilo y aguja, trabajaba en cuclillas allí arriba entre mares de lona, en el largo almacén de las velas. El herrero del pueblo construía piezas de hierro para los barcos las tres cuartas partes del año; en invierno herraba bueyes y caballos y construía patines de trineo y picas de gancho para los madereros.

La alta chimenea de hierro del aserradero dejaba elevarse al cielo el humo azul de la madera quemada, y de la mañana a la noche, entre sus paredes de madera gris, se oía el gemido de los tablones hendidos. De cada chimenea brotaba entonces un hilo de humo, y los niños jugaban en la calle polvorienta, mientras las mujeres salían a la puerta de sus cocinas y hacían rechinar los tornos de los pozos. Demasiadas mujeres; porque entonces los hombres se iban a correr mundo en los barcos de vela y el mundo no siempre los devolvía. El mar se llevó muchos, y hubo la carrera del oro hacia California y la carrera del oro hacia Australia; y treinta hombres marcharon a la guerra de Secesión. Todo ello en el plazo de veinte años.

De modo que había muchas mujeres solas en Shardstown. Un tiempo, en la larga calle, llegaron a juntarse seis viudas pared con pared. Tres de ellas volvieron a casarse; pero las otras eran de la familia Bullen y en el pueblo se consideraba que traían mala suerte; sus maridos murieron a los quince meses de su boda, uno arrastrado por una racha de viento cuando estaba encaramado en una verga de gavia; otro arrebatado de cubierta por un golpe de mar, y el tercero apuñalado por un marinero borracho. Los hombres podían hallar esposas menos gafes en un pueblo como Shardstown.

Había una cuarta hermana Bullen, la más joven, pero vivía con el viejo Chris en la granja Bullen, un claro solitario en la ladera,

junto al camino de Revesport, a catorce millas de Shardstown. Nellie Bullen andaba en lenguas de la gente. Hacia el año 60 ó 61 se había marchado a trabajar a Revesport; era entonces una muchachita rubia y delgada de 22 años, con la expresión obstinada de los Bullen, y regresó embarazada a fines del 62, y tuvo una criatura. Se desataron las lenguas, cómo no, en este pueblo de tantas mujeres. Pero un domingo, el viejo Chris Bullen vino al pueblo en su calesa, y en la puerta de la iglesia, para que todos lo vieran, clavó el certificado de matrimonio de Nellie Bullen con una fecha que ponía en entredicho los cálculos de los murmuradores.

Después de aquello se olvidó el asunto, y nadie se acordaba ya siquiera del nombre del marido. Nellie Bullen continuó en la granja solitaria, con su hijito, y siguió llamándose por su apellido de soltera. Cosas así no eran infrecuentes en aquellos tiempos, cuando los hombres iban y venían de la mar como visitantes de la luna.

La gente solía cantar baladas, excepto los domingos, cuando llegaba el pastor de Revesport en una calesa y había que cantar himnos. Y los mejores cantores procedían de las goletas y bergantines, los barcos de vela más hermosos del muelle. Hoy dice la gente que los barcos de vela no valían para nada y bien perdidos están; y dicen que las canciones marineras no tenían música ni las baladas poesía. Son ciegos, más ciegos que el Ciego MacNair, que sabía de la belleza de todas estas cosas.

Ah, sí, MacNair el Ciego, que llegó a Shardstown en el otoño de 1872 a bordo de una goleta que traía patatas de la Isla del Príncipe Eduardo. Era un hombre de constitución robusta, de manos y rostro morenos y barba negra rizada, con un cabello largo y negro como la noche. Llevaba en los ojos una venda de seda verde, y en la mano un bastón y un hatillo. Vestía pantalones negros de frisa de los que antaño llamaban de felpa, por cuyos amplios bajos asomaba un par de recias botas pardas de mar; camisa roja de marinero, y encima un viejo y largo abrigo con faldones que pendían arrugados y lacios sobre sus rodillas; pero no tenía sombrero, y la brisa del mar agitaba su negro cabello.

La marea estaba baja, lo cual había hecho descender el barco, y MacNair el Ciego trepó por las jarcias hasta el nivel del muelle; un marinero le echó una mano y le puso de cara a la punta del ma-

lecón. De esa manera llegó a Shardstown MacNair el Ciego, acompañado del hueco son de su bastón al golpear las tablas del muelle; la brisa del mar hacía revolotear los faldones de su abrigo, y el largo cabello ondeaba sobre su cabeza; era como un profeta ciego salido de la Biblia.

La gente de Shardstown se sentía cohibida ante los forasteros, y MacNair el Ciego era un hombre de aspecto impresionante, de modo que se mantuvieron a distancia, mirándole subir y bajar por la calle del pueblo sin pronunciar una palabra. Pero los niños adivinaron su bondad y al pasar le gritaron «¡Hola!», y MacNair el Ciego se detuvo en la calzada polvorienta y les preguntó sus nombres con aquella voz suya profunda y reposada. Y al cabo del rato, la mujer de Taggart —Taggart, el de la fragua— llamó a sus hijos para cenar y los vio en cuclillas en torno a MacNair sobre la hierba que crecía al lado del camino.

MacNair estaba cantando a media voz, y su canción era la de «La bella Margarita y el amable Guillermo», una canción triste y al mismo tiempo dulce. Los niños no se movieron hasta que acabó, y la mujer de Taggart salió a la puerta del cercado y se puso también a escuchar. Cuando acabó le dijo:

—¿No querría usted pasar, buen hombre, a tomar un bocado con nosotros?

MacNair se levantó con mucho empaque e hizo una reverencia.

—Gracias, señora, con mil amores.

Acabada la cena, Taggart se sentó con MacNair junto a la estufa de la sala, y mientras la señora Taggart acostaba a los niños, dijo el herrero:

—¿Dónde vive usted, si me permite preguntarlo?

—No tengo casa —repuso MacNair el Ciego—. Lo mismo que los pájaros.

—Pero ya estamos en otoño —dijo Taggart—, y los pájaros se han ido al sur para pasar el invierno.

—¡El sur! —exclamó el ciego—. Hermosa región, el sur, pero triste, y ya he pasado bastantes tristezas. Llevo diez años errante, y de pronto una gran nostalgia me ha empujado de nuevo a mi país. Esta es mi tierra. Hay pájaros que deben pasar el invierno en el norte porque tienen que hacerlo así.

—¡Ah! —exclamó Taggart. Era un hombre alto y enjuto, con la barba roja cuadrada como una pala, y unos ojos benévolos—. ¿Quiere que le prepare una cama en el desván para pasar el invierno?

—Pero hombre —dijo MacNair—, el pájaro de invierno no es un mendigo. El matorral en la linde del prado, las bayas rojas sembradas por el buen Dios en el humilde escaramujo, unas migajas, si se tercia, junto a la puerta de la cocina, y volar a la ventura. Así es el pájaro invernal, y así es MacNair el Ciego.

—Veo que es usted orgulloso, y por eso le respeto —concedió Taggart—. Hay un cuarto de sobra encima de la sala, perfectamente arreglado para predicadores y gente importante.

—¿No tiene usted un pajar en el establo? —preguntó MacNair.

—¿Es sitio ese para una persona? —exclamó la mujer de Taggart, que había entrado en la habitación y estaba de pie junto a la silla de su marido, apoyadas las manos en sus hombros.

—Yo no soy más que media persona —dijo MacNair—, y un establo bastó para el Hijo de Dios.

De modo que MacNair durmió todas las noches del invierno en el pajar de Taggart, abrigándose con las mantas de la cama que Taggart tenía para sus invitados, y comía lo mismo que los pájaros, un almuerzo aquí, una cena allá; con Fraser el cantero, con Lowrie el patrón de pesca, con Shard el proveedor de efectos navales, y alguna vez que otra con Taggart; pero no con excesiva frecuencia, porque «ya le debo bastante por el pajar», como decía MacNair el Ciego.

Era un huésped bien recibido dondequiera que fuese. Nunca tenía una mancha en la ropa ni despedía su persona el tufo del establo; porque aquel hombre era muy limpio, tan limpio como el regato que baja de la montaña, y comía con tanta pulcritud como si tuviera ojos. Hablaba en gaélico, como todos en Shardstown, y cuando bendecía la mesa antes de comer, se sentía en la casa la presencia de Dios.

Después de las comidas, MacNair el Ciego gustaba de cantar, mientras los hombres fumaban su pipa, las mujeres recogían los platos y los niños se sentaban a sus pies. Tenía una voz fuerte y poderosa y era capaz de rugir a dúo una canción marinera con el más recio

de los hombres de mar. Pero lo que más le gustaban eran las baladas; para las baladas recogía la voz a la medida de la habitación; más que cantar, parecía decir la música, y su voz era entonces profunda y triste en las notas graves como los tubos bajos del órgano presbiteriano de Revesport.

Pasaba el día en la fragua de Taggart. La fragua, en invierno, era el casino de Shardstown, sentados los viejos en las banquetas que Taggart había construido para ellos, y recostados o en cuclillas los arrieros, mientras Taggart herraba sus caballerías, bufando los fuelles bajo las brasas rojas. A MacNair le gustaba que se cantasen canciones marineras, y él mismo hacía de solista con su vozarrón, mientras los demás se desgañitaban coreándole. Y cuando atacaban algo realmente animado, como «El marinero borracho», el propio Taggart se les unía, cantando a pleno pulmón, y era de ver lo que disfrutaba, golpeando el hierro al rojo, rang-tang-tang, y haciendo brotar el fuego dorado. Eran tiempos de canciones, y los hombres de Shardstown eran grandes cantantes; pero nunca se habían escuchado canciones como las de aquel invierno en la fragua de Taggart.

Al remate del año se hicieron más intensos los fríos y cayó una nieve excelente para arrastrar los troncos. Los cencerros de los bueyes sonaban por doquier en la trillada pista de trineos que baja del bosque, y crujían los yugos de abedul, los patines chirriaban en la nieve, y los arrieros sonreían contentos haciendo restallar sus pequeños látigos.

En marzo los madereros volvieron de los bosques. Habían acarreado la madera cortada, y ahora un cambio del viento provocaría el deshielo y la fusión de la nieve. Había ya trabajo en los muelles, preparando las goletas para el viaje de primavera a los bajíos y un bergantín de Revesport con carga de duelas de la tonelería de McLaughlan. En la fragua, a la sazón, no cesaban las canciones, porque entre los cantores del bergantín había un negro corpulento y bien parecido, con una voz como tañido de campana, y Johnny Hanigan el Cantor había regresado de Revesport para tomar parte en la pesquería.

El Negro tenía un amplio repertorio de canciones, y Johnny el Cantor era famoso en cuarenta millas a la redonda, y cuando los

de Shardstown comenzaron a alardear de MacNair el Ciego, era seguro que algo había de pasar.

Fue el sábado por la mañana; los viejos se sentaron cada uno en su sitio, y los marineros, los madereros, los pescadores, los carpinteros de ribera se acomodaron de pie o en cuclillas donde buenamente pudieron. La fragua de Taggart era espaciosa y sombría, por más que el sol fulgiese en la nieve de fuera, pues las paredes y las altas vigas oscuras estaban ennegrecidas por el humo de un siglo, las angostas ventanas cegadas por el polvo y las grandes puertas dobles cerradas en obsequio a las exangües naturalezas de los viejos ocupantes de las banquetas.

Siempre reinaba allí un olor a hierro caliente, un tufo a caballos, y a bueyes, y a pezuñas socarradas; pero este olor a humanidad y a tabaco pocas veces se había conocido en la fragua, y es que Johnny el Cantor y el Negro habían desafiado a cantar a MacNair el Ciego.

Cuando empezó el cántico, Taggart había colocado ya el buey grande de Donald MacAllan en el herradero, y siguió adelante con su trabajo, pues no era hombre que gustase de mezclar la diversión con el negocio. De modo que obligó al buey a arrodillarse en el hueco del herrador y sujetó con una cuerda ambas patas delanteras a los barrotes de herrar, hacia arriba los cascos, amarrando al animal a proa y popa como si fuera un barco, con una soga en el yugo y una cuerda elevada para la pata trasera derecha. El herrero pasó la ancha faja de lona por debajo del duro y oscuro vientre del animal e introdujo la espiga de madera en la muesca del torno, procediendo a izarlo sobre sus cuartos traseros para herrar los cascos de atrás.

Toda la armazón de madera del tal herradero estaba ya negruzca y pulida por el contacto de las manos de Taggart, de las manos de su padre y de su abuelo que le precedieron. La chimenea quedaba en la parte posterior de la fragua, con su hogar de ladrillo delante, que llegaba a la altura del talle, y el brazo negro de los fuelles, el yunque y el banco de trabajo a la izquierda, junto a la ventana. A la derecha, en el suelo, había una parva de barras largas de hierro y un banco para los trabajos de reparación de carros.

En este espacio se hacinaban los hombres, haciendo resonar el hierro con los movimientos de sus pies; otros estaban sentados en el

banco, y el espacio comprendido entre el hogar y las grandes puertas dobles hallábase también ocupado por espectadores, salvo el rincón del herradero donde Taggart se afanaba en su trabajo. En medio estaba MacNair el Ciego, sentado en un taburete de tres patas, barriendo el polvo del piso con los faldones del abrigo y apoyadas sus grandes manos en las rodillas. El Negro, sonriente, tomó asiento en el suelo de tierra y Johnny Hanigan permaneció de pie.

Empezaron con canciones marineras por pura rutina, para animarse cantando los solos por turno y coreando los demás. La primera fue «Reuben Ranzo», y cantaron veinte estrofas sobre el famoso marinero zarrapastroso que navegaba en un ballenero.

Llegó entonces a Johnny Hanigan el turno de cantar su estrofa. Vaciló un momento, lo cual no era de extrañar, porque nadie había escuchado jamás tantas sobre el tema de «Reuben Ranzo»; pero consiguió salir del paso con unos versos torpemente hilvanados que se sacó de la cabeza, mal acompasados y peor rimados.

No existía regla alguna contra ello, ya que un buen coplero puede improvisar un verso nuevo para una vieja tonada, y muchas veces complace así los oídos de quienes le escuchan. Esta es la razón de que haya tan gran número de canciones marineras. Pero era de mal gusto ofrecer una estrofa amañada, y todavía peor si era para vencer a otro. Todo el mundo esperaba que MacNair dijese algo, porque ya no sabía más, pero se limitó a encogerse de hombros y abrir las manos; y el Negro dijo:

—Ya no hay más.

Y la tiza marcó en el tablero de la pared un tanto para Johnny el Cantor.

Entonces MacNair empezó con «Shenandoah», y el Negro cantó la estrofa siguiente, y después siguió Johnny. Es una canción estupenda que debe cantarse despacio, y así lo hicieron; si uno cierra los ojos, puede ver marineros llevando el compás con los pies en torno a un cabrestante, con las curtidas y atezadas manos en las barras, y al cantor encaramado en la serviola, mientras pasa el cable mojado por las olas del mar. MacNair dijo la última, el Negro hizo una mueca y declaró:

—Yo paso.

Y Johnny el Cantor hubo de imitarle.

Luego la emprendieron con «Déjala, Johnny», y «Soplad, chicos, soplad», y «Orillas del Sacramento», y «Derríbale», y «Las botas de Paddy Doyle», y «En la tempestad» y demás canciones marineras conocidas, para llegarse al fin a las menos corrientes. Y cuando salieron a la palestra «Sally Brown», y «Johnny ven a Hilo», y «Regreso a Alabama», y esas interminables canciones arrastradas hasta el mar con las aguas del Mississippi, el gigantesco Negro superó ampliamente a los otros en la puntuación, cantando estrofa tras estrofa cuando los contrincantes ya se habían retirado y se le había adjudicado el tanto, cantando sólo por el placer de cantar, y su voz envolvía la concurrida fragua como en una música de bronce martillado.

De atrás venían los ruidos que hacía Taggart en su trabajo al ajustar las pequeñas herraduras de media luna a las pezuñas del buey, recortar las puntas de los clavos con un movimiento rápido de su afilado martillo de orejas, soltar las ligaduras de las patas, retirar el pasador de la muesca del torno y posar al enorme animal babeante sobre sus patas recién herradas. Pero allí se quedó el buey. Su dueño formaba parte de la muchedumbre de oyentes, olvidado del mundo y del trineo que le esperaba en la colina. Y Taggart se subió al barrote de sujeción del herradero para escuchar mejor, y allí se mantuvo silencioso con una mano apoyada en el yugo del buey.

Todo era insólito: el pacífico y enorme buey en el rincón, y el hombre enjuto de barba roja apoyado en él; y el silencio de los varones allí reunidos, y los cantores que cantaban en medio: había en ello un no sé qué de exótico, antiguo como el mundo.

Fuera, el sol se acercaba a su cenit, pero nadie en la fragua de Taggart pensaba ni por asomo en comer. La comida es algo que suele hacerse tres veces al día. Canciones como aquellas acaso no volvieran a escucharse en mucho tiempo.

Tornaron entonces a las baladas como se pasa de las faenas domésticas al trabajo verdadero de todos los días. Canciones de mar las canta cualquiera, y el que sabe más estrofas es el que gana la partida. Pero con las baladas pasa como con los himnos; son versos perfectamente trabados que vienen del pretérito, y desgraciado del que se atreve a cambiar aunque sólo sea una palabra. Había en las ban-

quetas oídos viejos y experimentados, y lenguas prontas a desaprobar, y un punto que perder en el tablero de la pared.

Johnny el Cantor se lanzó con «El valiente Jack Donohue»; y cuando acabó, MacNair el Ciego dijo sosegadamente:

—Es una buena balada, y además antigua, pues vino de Australia mucho antes del descubrimiento del oro; pero usted ha confundido en el tercer verso los nombres de los forajidos australianos.

Y los viejos asintieron con la cabeza y aseguraron que era tal como decía el Ciego.

El Negro hizo lo que pudo en el tercer verso, pero los ancianos menearon la cabeza con desaprobación. Después cantó MacNair; y los nombres de Walmsley, Weber y Underwood fueron hallados exactos por los viejos jueces, y la puntuación del Ciego subió en el tablero.

Entonaron después «La fiebre del oro», y «Adiós, damas españolas», y «High Barbaree», y otras baladas marineras antiquísimas, y MacNair el Ciego se mantuvo a la par de Johnny el Cantor, y el Negro conservó su delantera, pero cuando empezaron con «El tigre y el león», que cuenta una batalla naval de la antigüedad, el Negro perdió un punto con respecto a Johnny el Cantor. Y después vino «A casa, amor mío, a casa», y el Negro cedió un punto en favor de MacNair el Ciego, ya que no conocía estas canciones; y a partir de este momento el Negro hubo de darse por vencido, pese a su voz estupenda y su buen natural.

—¡Nunca había conocido a ningún negro que supiera cantar baladas! —exclamó el Cantor Johnny Hanigan.

—Ni a ningún bravucón —interrumpió MacNair el Ciego, y Johnny el Cantor se echó a reír, pero se notaba que a pesar de la risa no estaba a gusto ni lo iba a estar ya en todo el día.

De modo que el Negro abandonó la partida y Johnny y MacNair siguieron adelante con «La Chesapeake y el Shannon», y después con «La probabilidad en el combate», manteniéndose igualada la puntuación entre uno y otro. MacNair el Ciego cantó «El capitán y la doncella», y Johnny el Cantor siguió con «El joven Johnson», y MacNair, a su vez, entonó «Lord Bateman», y Johnny respondió con «Los bancos de Terranova».

Entonces MacNair el Ciego declaró:

—Ha sido una balada hermosa y bien cantada, y se siente todo el dolor del mar en esa parte que dice:

«Cuando nos salvaron del naufragio más parecíamos espíritus que [hombres,
Nos dieron ropa y comida y nos mandaron para nuestra patria.
Pero pocos de la tripulación llegaron a tierra inglesa,
Y al capitán se le congelaron las piernas en los bancos de Terranova.»

Y el anotador apuntó con la tiza un tanto más a favor del Ciego MacNair, ya que Hanigan había dicho «*El capitán murió por congelación en los bancos de Terranova*», y todo el mundo sabía que la letra no era así. Johnny el Cantor volvió a reírse, pero también su alegría era ficticia.

Seguidamente MacNair el Ciego cantó «El buque Lady Sherbrooke», triste balada de unos irlandeses que naufragaron cuando viajaban rumbo a Quebec. Y Johnny Hanigan cantó «En las riberas de Brandywine», una tonada preciosa, con su historia de amor, y su paisaje, y por protagonista un marinero; un aire muy popular entre los hombres de Shardstown. Pero MacNair, que estaba de un humor melancólico, cantó «La joven Carlota», la balada de la novia que murió congelada, y los pescadores se agitaron con desasosiego, ya que consideraban «La joven Carlota» una canción de mal agüero, una canción gafe, y no querían que se cantase nunca a bordo.

De modo que Johnny el Cantor les hizo recobrar el ánimo con «El irlandés errante», una pieza jovial que hizo a todos golpear con los pies el duro suelo de tierra, y MacNair el Ciego se dio cuenta de que debía guardarse su melancolía para él solo. Así que cantó «Las laderas de Balquhidder».

Esta canción tiene en su música un hechizo semejante al del son de las gaitas que baja por la mañana de los montes lejanos, y a los hombres les alegró que MacNair hubiera conseguido vencer su tristeza. Y Johnny Hanigan, para que no le achicasen con una canción de la vieja Escocia, cantó «El orgullo de Glencoe», magnífica canción que trata del soldado MacDonald y de la moza que le esperaba en su tierra. Pero Johnny ya no gozaba con sus canciones, pues iba

detrás en la puntuación y sabía que no podría desbancar con sus coplas a MacNair el Ciego.

Hacía tiempo que había caído la tarde, las cenas se quemaban en los fogones de Shardstown y todas las esposas se asomaban a las puertas tratando de adivinar qué sandeces estaban haciendo sus maridos en la fragua de Taggart. El sol se fue ocultando entre retazos de neblina tras los bosques de poniente, y unos rayos postreros, misteriosos, brillaban en toda la redondez del horizonte. Era señal de nieve; el viento soplaba ahora de levante y traía del mar un remuzo frío que estremecía las jarcias de los barcos y hacía gemir todas las chimeneas del pueblo. Nevaría antes de amanecer.

Johnny el Cantor se sentía derrotado y tenía hambre. Dirigió su mirada al rostro tranquilo de MacNair el Ciego y creyó descubrir en él algo terrible. Vio la cara de un ser capaz de cantar, cantar eternamente, sin que pudiera detenerle siquiera un terremoto. A un ser así no podría vencerlo nunca con sus canciones; pero Johnny Hanigan había hecho un alarde, y eso es algo difícil de tragar cuando se es famoso en cuarenta millas a la redonda.

—¿Puede cantar usted «El marinero ciego»? —preguntó Johnny el Cantor.

—Desde luego —contestó MacNair el Ciego, y lo hizo.

Una estrofa de esta canción dice así:

«Antes de que alcanzásemos el tamborete del palo mayor, brilló un re-
[lámpago deslumbrador,
Bien que me acuerdo, Dios, fue mi última visión del sol.
Hecho trizas el mástil de cofa, todo en un fulminante resplandor,
Yo, con otros cuatro marineros, perdí la vista, el rayo nos cegó.»

—Y ¿así perdió usted la vista? —preguntó Johnny Hanigan.

—No —repuso MacNair el Ciego.

—Entonces ¿cómo?

—En la guerra —dijo MacNair el Ciego.

—¿La guerra entre los estados?... ¿La guerra civil?

—Llámela usted como más le guste.

—¿Querría cantarnos «El gaitero de Cumberland»? —preguntó Johnny Hanigan.

—No —respondió MacNair el Ciego.

—Me extraña que usted no la conozca. Es la canción de un valiente.

—Ya, un valiente; un yanqui. Una canción fabulosa.

—Yo hice la guerra con los yanquis —murmuró Johnny Hanigan, y paseó la mirada en derredor, porque la mitad de los allí presentes habían luchado con los ejércitos del Norte en aquella guerra.

—Sin duda —dijo MacNair el Ciego—. La guerra era al otro lado de la frontera y nada teníamos que ver con ella, por decirlo así. Pero todo se nos volvía hablar y más hablar, que si el Norte, que si el Sur, y los hombres pasan de las palabras a los hechos si ponen el corazón en lo que dicen. La guerra ya pasó y se acabó, y todos fueron valientes; pero yo peleé con los del Sur, y no quiero cantar canciones yanquis.

Y entonces todos vieron que Johnny el Cantor se agachaba, y luego se inclinaba hacia delante, y que sus largos dedos se tendían hacia el rostro de MacNair el Ciego.

—¡Dudo que hayas luchado en ninguna guerra y dudo que estés ciego! —exclamó, al tiempo que arrancaba de los ojos de MacNair la venda de seda y toda la fragua se quedaba boquiabierta e inmóvil.

Se hubiera podido tomar a MacNair por una figura de piedra. No movió ni un músculo. Tenía apretados los labios; los párpados, cerrados, blancos como los de una mujer, ya que desde el otoño del 64 no les había dado el sol. Debajo de sus espesas cejas oscuras corría una cicatriz de parte a parte, recta como una regla, derecha como el tajo de una espada.

Johnny el Cantor se quedó mudo, la venda verde entre los dedos.

—Me lo hicieron luchando contra la caballería de Sheridan en el Valle de Virginia —declaró lentamente MacNair—. Una gran batalla que fue la última para mí.

—Lo siento —murmuró Johnny Hanigan.

—No basta con sentirlo —dijo MacNair el Ciego. Entonces se levantó, y ofrecía un aspecto robusto y viril, un aspecto temible, con aquella franja pálida sobre su tez oscura, y la brillante cicatriz, y los blancos ojos cerrados.

—Muchos hombres de Nueva Escocia fueron a esa guerra (dicen que diez mil) y unos lucharon de un lado, otros del otro, según sus opiniones. No es cosa de preguntarse ahora quiénes tuvieron razón,

ya que un hombre valiente da valor a su causa, y la sangre tiene el mismo color en el Norte que en el Sur. Pero vistiese el uniforme que vistiese, el neoescocés fue un hombre honrado, y un bravo luchador, y un orgullo para Nueva Escocia. Claro que siempre hay alguna excepción que confirme la regla, y hubo algunos que cruzaron la Bahía de Fundy para hacer su agosto a costa del sufrimiento de otros. En Boston se podían sacar dos o trescientos dólares a los hijos de los ricos para sustituirlos en filas, y una prima de enganche de otros cien al estado. Y era fácil pasarse después a otro estado y alistarse de nuevo con otro nombre por otro puñado de dólares yanquis. Unos cayeron y otros volvieron a casa con su dinero manchado de sangre, aunque no pudieran comprar con ello bastante jabón para borrar de sus manos el olor de Judas. Yo soy ciego de verdad, Johnny Hanigan, pero los ojos del alma ven a través de los ladrillos de la pared. Voy a cantarte una canción yanqui. Es una canción muy buena y alegre, de lo mejor para acompañar la marcha.

Y empezó:

«Acercaos, muchachos, voy a cantaros una canción:
Os ruego me escuchéis, no os entretendré demasiado.
Era un buen muchacho que se llamaba Johnny:
Lo juzgaron en Alejandría por los hechos que cantamos.»

Era la canción titulada «El recluta saltarín», que todos los de la fragua conocían, y corearon a MacNair.

«Cantad, cantad conmigo cuando voy de ciudad en ciudad.
Como a todo buen chico me gusta la cerveza;
Como todo buen chico prefiero el buen whisky,
Soy hijo de un tahur, un errante buscador de miserias.»

Y MacNair el Ciego siguió cantando:

«Oh, saltó a Filadelfia y saltó a Nueva York;
Saltó a la ciudad de Boston y fue la comidilla de todos.
Oh, siguió salta que salta por toda la costa yanqui,
Pero su último salto fue en la ciudad de Baltimore.»

Era una canción para cantar y reír durante la marcha, pero MacNair el Ciego la interpretaba con insólita violencia, como si se tratase de una imprecación.

Johnny Hanigan el Cantor se levantó; el rubor y la palidez alternaban en sus mejillas; una tenue capa de sudor perlaba su rostro alargado e inteligente como si el coro le vertiese encima agua hirviendo. Y cuando los cantantes atacaron el agudo, vibraron levemente algunas varillas de hierro de la viga de arriba, como si la vieja fragua hubiese cobrado vida para burlarse de Johnny Hanigan.

> «*Oh, ahora cavaremos la tumba del pobre Johnny, la cavaremos ancha*
> [*y profunda.*
> *Lo enterraremos en el valle donde duermen los buscadores de recom-*
> [*pensas.*
> *Lo meteremos en su ataúd y lo llevaremos a hombros,*
> *Y nos uniremos todos al coro de la canción del saltarín.*»

Pero Johnny el Cantor no se quedó hasta el final. Se escabulló de la fragua como una sombra, y nadie volvió a verle nunca en Shardstown.

Dejó abierta una de las puertas grandes, por donde entró en la fragua a raudales la luz del día, que cegó a todos. Se hizo un gran silencio. Una sombra de mujer cruzó por el suelo y se oyó la voz de Nellie Bullen que gritaba:

—¡Señor Taggart! ¡Señor Taggart!

Taggart bajó del herradero y le salió al encuentro a través del grupo de hombres que parpadeaban deslumbrados.

—La yegua ha perdido una herradura, señor Taggart; ¿quiere echarle un vistazo? El camino es una pista de hielo y tengo que estar en casa antes de que empiece a nevar.

Salió Taggart y Nellie Bullen se volvió y le siguió. Y fue precisamente entonces cuando James McCuish dijo:

—Cántenos otra canción, MacNair, antes de marcharnos.

Nellie Bullen se detuvo.

Era una mujer espigada, de ojos grises, con el torso levemente altivo de las Bullen y el cabello recogido en espesos rodetes de suave brillo dorado como madejas de cáñamo recién salidas de la cordelería.

—¿Puede usted cantar «La viuda desolada»? —preguntó James McCuish, que era un insensato.

—Yo no —dijo MacNair el Ciego. Y volvió el rostro hacia la puerta abierta, juntos los pies y ambas manos sobre las costuras del pantalón, como un soldado, o como un reo ante el juez. La fría luz le daba de lleno en la cara.

—¡Cualquier otra canción, entonces!, una canción gaélica... Hoy no ha habido canciones gaélicas.

—Sé una canción —dijo MacNair el Ciego—, pero ya no me queda música en el alma, ni rima para la letra. Así no vale nada.

—Cuéntenos el busilis por lo menos —insistió James McCuish.

—Es una vieja historia, James, tan vieja como la amargura del mundo. Un joven atolondrado, y una esposa moza con mucho genio. Se producen desavenencias y el joven dice cosas que ninguna chica con temperamento puede tolerar. Viene entonces la separación, la joven esposa vuelve a su casa y el joven se marcha a la guerra. Mire si es vieja la canción. Pero en estas canciones antiguas el joven siempre vuelve a casa como un héroe del combate, y encuentra a su esposa que le perdona y le ha sido fiel, y así acaba todo. Pero en mi canción no van las cosas tan bien, porque el hombre vuelve ciego y pobre y no encuentra compañía en hombre, mujer ni perro. ¿Un castigo? Porque al marcharse dijo: «¡Ojalá no te vuelva a ver!». Y así fue, salvo con los ojos del alma.

—Cruel castigo ese, por unas palabras a lo tonto —objetó Lowrie, el patrón de pesca.

—Castigo de Dios —murmuró con acento de reproche el anciano John MacLaughlan.

—Pero ¿cómo acaba la canción? —preguntó Nellie Bullen desde la puerta, y los hombres se echaron hacia atrás, sin saber por qué, hasta que la dejaron sola bajo el haz de luz que caía sobre MacNair, todos los hombres callados en la sombra.

—La canción no acaba. Continúa —exclamó MacNair el Ciego.

—Continúa —dijo ella—. Sólo hay una canción que siempre continúa.

Un revuelo de faldas, y de pronto Nellie Bullen rodeó con sus brazos a MacNair el Ciego y apoyó la resplandeciente cabeza en su hombro, dejando caer el sombrero sobre el polvo del piso.

—¡Ah, Colin, Colin! —exclamó Nellie Bullen.

Rodaban las lágrimas por el rostro del Ciego, extraño y terrible, como agua que brotara de una roca estéril.

—No tengo nada que darte, Nellie.

Ella le besó entonces, y los hombres empezaron a escabullirse de la fragua de Taggart, con una expresión rara en el semblante, como si acabasen de ver un espíritu de ultratumba.

—¿Querrías ofrecer a tu hijo el son de la voz de su padre, Colin?

—Mi hijo.

—¿Quieres cantar para tu mujer la canción que no tiene final?

Ah, sí, fue un gran día de canciones aquel, en la fragua de Taggart, pero hace mucho tiempo, ¿y quién se acuerda hoy de aquello? La vieja granja Bullen, a la que Nellie MacNair llevó a su esposo aquella noche de la gran nevada de marzo, ha desaparecido del camino de Revesport, sin dejar otro rastro que una mella en el verde césped.

Muchos dicen que Shardstown está encantado, y cuentan que en las noches de mayo con luna llena se oye a MacNair el Ciego labrando la ladera batida por los vientos, tras el viejo caballo blanco de Bullen, y cantando la vieja canción gaélica «Mo Run Geal Dileas» («Mi hermosa fiel»). Pero todo esto es un cuento de viejas. ¿Y cómo iban a saber ellas esta canción? Porque en Shardstown sólo recuerdan los ancianos que salen y se sientan al sol, y los ancianos ya no cantan baladas.



HIJOS MODERNOS

SHOLOM ALEICHIM/RUSIA



HA DICHO hijos modernos? ¡Ah! Los traes a este mundo, te sacrificas por ellos, te conviertes en su esclavo día y noche, y ¿qué recibes a cambio? Piensas que de una manera o de otra todo se solucionará de acuerdo con tu condición social y tus ideas. Después de todo no espero casarlos con millonarios, pero tampoco voy a conformarme con un cualquiera. Así pues, yo me figuraba que tendría al menos un poco de suerte con mis hijas. ¿Por qué no? ¿No me ha bendecido el Señor con unas hijas muy bonitas? Y una cara bonita, como usted mismo ha dicho, es media dote. Y además, con la ayuda de Dios, ya no soy el Tevye de antes. El mejor partido, incluso de Yehupetz, está dentro de mis posibilidades. ¿No es verdad?

Pero existe un Dios en el cielo que cuida de todas las cosas. «Un Dios misericordioso y compasivo» que me acompaña a todas horas, en verano y en invierno, y que me dice: «Tevye, no hables como un necio. Deja que yo me ocupe de gobernar el mundo.»

Así es que escuche lo que puede acontecer en este mundo. Y ¿a quién le acontece? A Tevye, el *shlimazl* (el desgraciado).

Resumiendo, yo acababa de perder todo lo que tenía a consecuencia de una inversión bursátil en la que me había metido aquel pariente mío, Menachem-Mendel (cuyo nombre y recuerdo desaparezcan para siempre de la tierra), y estaba muy deprimido. Parecía que yo era hombre acabado. No más Tevye, no más negocios de lechería y vaquería.

—Insensato —me decía mi mujer—. Ya te has preocupado

bastante, y con preocupaciones no llegarás a ninguna parte. Lo único que conseguirás es reconcomerte. Hazte a la idea de que vinieron los ladrones y se llevaron todo lo que teníamos... Verás, ve a dar un paseo. Ve a visitar a Lazer-Wolf, el carnicero de Anatevka. Quería verte para algo muy importante.

—¿Qué le pasa? —pregunté—. ¿Por qué quiere verme con tanta urgencia? Si está pensando en nuestra vaca lechera, ya se le puede ir quitando esa idea de la cabeza.

—¿Por qué te preocupas tanto por la vaca? —dijo mi mujer—. ¿Es por la leche que nos da, o por el queso o la mantequilla?

—No estaba pensando en eso —contesté—. Es, sencillamente, que no puedo hacerme a la idea. Sería un pecado desprenderse del pobre animal para que lo sacrifiquen. Está escrito en la Biblia...

—¡Basta ya! Todo el mundo sabe que eres un hombre de gran saber. Haz lo que te digo. Ve a ver a Lazer-Wolf. Los jueves, cuando nuestra Tzeitl va a buscar la carne, no la deja en paz, repitiendo constantemente: «Dile a tu padre que venga a verme, que es algo muy importante.»

Bueno, de vez en cuando uno tiene que obedecer a su mujer. Así es que me dejé convencer y me fui a Anatevka, a unos cinco kilómetros de camino. No estaba en casa.

—¿Dónde puede estar? —le pregunté a una mujer chata que andaba ajetreada por la casa.

—Hoy es día de matanza —contestó—, y ha ido a buscar un buey. Volverá pronto.

Esperé. Y mientras esperaba, curioseé un poco por la casa. Por lo que pude ver, parecía que Lazer-Wolf era un hombre acomodado. Había un aparador lleno de utensilios de cobre que valdrían por lo menos ciento cincuenta rublos; un par de samovares, bandejas de bronce, candelabros de plata y copas doradas. Una elegante lámpara Hanukkah y varios dijes de porcelana y plata, y muchas cosas más.

«¡Dios Todopoderoso!», pensé para mis adentros. «Si yo pudiera vivir lo suficiente para poder ver cosas como estas en casa de mis hijas... Es un hombre afortunado, con tanta riqueza y sin tener que mantener a nadie. Sus dos hijos están casados y él es viudo...»

Por fin la puerta se abre y aparece Lazer-Wolf.

—Y bien, Reb Tevye —dice—. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué es tan difícil echarte la vista encima? ¿Cómo van las cosas?

—¿Cómo han de ir? —le contesto—. Me afano y me afano, pero no consigo nada. «Ni fortuna ni salud, ni siquiera vida», como dice la Tora.

—No te quejes, Reb Tevye —me dice—. Ahora eres un hombre rico comparado a lo que eras cuando yo te conocí.

—Ojalá tuviéramos ambos lo que todavía necesito para ser un hombre rico —le digo—. Pero estoy satisfecho, gracias a Dios. «*Abracadabra askakudra*», como dice el Talmud.

—Siempre tienes a punto una frase del Talmud. Tienes gran suerte al conocer todas estas cosas, Reb Tevye. Pero, ¿qué tiene que ver toda esta sabiduría y conocimiento con nosotros? Tenemos otras cosas de las que hablar. Siéntate. —Y lanzando un grito, pide—: Traigan un poco de té.

Y como por arte de magia, aparece la mujer chata, coge un samovar y se lo lleva a la cocina.

—Ahora que estamos solos, podemos hablar de negocios —prosigue—. He aquí de qué se trata. Quería hablar contigo desde hace tiempo. Intenté ponerme en contacto contigo por medio de tu hija. ¿Cuántas veces te he pedido que vinieras? Ya sabes, me he fijado en...

—Lo sé —le digo—. Sé que te has fijado en ella, pero como si no. No pierdas el tiempo, Reb Lazer-Wolf. Es un tema del que no quiero ni hablar.

—¿Por qué no? —me pregunta con una mirada asustada.

—¿Y por qué sí? —le contesto—. Puedo esperar, no tengo prisa alguna. No se me quema la casa.

—¿Por qué quieres esperar si es algo que podemos ajustar ahora?

—Oh, eso no tiene importancia —digo—. Además, la pobre me da pena.

—¡Mírenle! —exclama Lazer-Wolf, soltando una carcajada—. Le da pena... Cualquiera que te oiga, Reb Tevye, juraría que es la única que tienes. Y sin embargo, me parece que tienes unas cuantas más sin contarla a ella.

—¿Te molesta si las guardo? —le contesto—. Si alguien tiene envidia...

—¿Envidia? ¿Quién habla aquí de envidia? —grita—. Al contra-

rio, sé muy bien que son superiores, y esto es precisamente por lo que... ¿me comprendes? Y no te olvides, Reb Tevye, de que tú también puedes sacar algún beneficio.

—¡Claro!... Ya sé todo lo que se puede sacar de ti... Un trozo de hielo en invierno. Te conocemos desde hace mucho tiempo.

—Olvídalo .—me dice en un tono empalagoso—. De eso hace muchos años. Al fin y al cabo, ahora somos casi una sola familia, ¿no te parece?

—¿Familia? ¿Qué clase de familia? ¿De qué estás hablando, Reb Lazer-Wolf?

—Dímelo tú, Reb Tevye. Estoy empezando a sospechar...

—¿Qué sospechas? Estamos hablando de mi vaca lechera, la que tú quieres que te venda.

Lazer-Wolf echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada estentórea.

—¡Esa sí que es buena! —me grita—. ¡Una vaca! ¡Una vaca lechera!

—Y si no era de una vaca lechera de lo que estábamos hablando, ¿de qué era? Dímelo para que yo también me pueda reír.

—Hablábamos de tu hija. Durante todo el tiempo hemos estado hablando de tu hija Tzeitl. Tú ya sabes, Reb Tevye, que llevo mucho tiempo viudo. Así es que he pensado: ¿Por qué he de andar buscando por el mundo y mezclarme además con esos hijos del diablo que son los casamenteros? Aquí estamos los dos. Tú me conoces a mí y yo te conozco a ti. No es como ir tras una extraña. La veo en mi tienda todos los jueves. Me ha causado muy buena impresión. Hemos hablado en varias ocasiones. Parece muy buena chica. Y respecto a mí... puedes verlo por ti mismo. Estoy en buena situación económica, tengo mi propia casa, dos tiendas, unas cuantas pieles en el ático y un poco de dinero en el cofre. Vivo bastante bien... Mira, Tevye, ¿por qué vamos a andar negociando y regateando entre nosotros, tratando de impresionarnos mutuamente? Escúchame. Vamos a darnos la mano y considerarlo como cosa hecha.

Cuando oí esto, me quedé quieto con los ojos fijos. No podía decir ni media palabra. Pensaba: Lazer-Wolf... Tzeitl... El tenía hijos de la misma edad que ella. Pero entonces me decía a mí mismo: «¡Vaya una suerte para ella! Tendrá todo cuanto desee. ¿Y qué

más da que no sea bien parecido? Hay otras cosas además del físico.» Sólo había una cosa que realmente me disgustaba en él: casi no podía leer sus oraciones. Pero tampoco todo el mundo puede ser un erudito. Hay muchos hombres ricos en Anatevka, en Mazapevka e incluso en Yehupetz que no distinguen una letra de otra. Pero no importa; si tienen la suerte de poseer un poco de dinero, todo el mundo les respetará. Como dice el refrán: «El conocimiento se encuentra en una caja fuerte y la sabiduría en un monedero.»

—Y bien, Reb Tevye, ¿por qué no me dices algo?

—¿Qué quieres que haga? ¿Que grite? —le pregunto suavemente, sin querer demostrar mi ansiedad—. Comprenderás que es algo sobre lo que hay que meditar. Es algo muy serio. Se trata de mi hija mayor.

—Tanto mejor. Precisamente porque es tu primogénita... Esto te dará una oportunidad de casar a la segunda dentro de poco, y a su debido tiempo y con la ayuda de Dios también podrás casar a la tercera. ¿No te das cuenta?

—Amén. Lo mismo te digo. El casarlas no es cosa difícil. Deja que el Altísimo le envíe a cada una el marido predestinado.

—No, no es eso lo que yo quiero decir. Lo que digo es algo muy diferente. Me refiero a la dote. Quiero decir que no necesitarás dársela. Y yo también me ocuparé de su ropa. Y quizá tú también te encuentres algo en tu bolsillo...

—¡Desvergonzado! —le grito—. Estás hablando como si estuvieras en la carnicería. ¿Qué quieres decir con mi bolsillo? ¡Vergüenza te había de dar! Mi Tzeitl no es de esas que hay que vender por dinero.

—Como tú quieras —contesta—. Yo lo decía con buena intención. Si tú no quieres, olvídalo. Si estás contento sin eso, yo también lo estoy. Lo importante es que concretemos. Quiero decir, que concluyamos el asunto, y ahora mismo. Una casa debe tener un ama. Ya sabes lo que quiero decir...

—Como quieras. No quiero interponerme en tu camino. Pero antes tengo que hablar con mi esposa. En una cosa así, ella debe dar su opinión. Es algo muy serio. Como dice Rashi: «Una madre no es un trapo para quitar el polvo.» Además, hay que preguntarle

a Tzeitl. ¿Cómo es el refrán? «Trajeron a todos los parientes a la boda y se dejaron a la novia en casa...»

—¡Qué tontería! —exclama Lazer-Wolf—. ¿Es esto algo que debas consultarle? Simplemente comunícaselo, Reb Tevye. Ve a tu casa. Dile lo que has decidido y haz los preparativos para la boda.

—No, Reb Lazer-Wolf. No es así como se debe tratar a una jovencita.

—De acuerdo —me dice—. Ve a tu casa y discute el asunto. Pero primero, ¿qué te parece si tomamos una copa?

—Como quieras —le digo—. ¿Y por qué no? Como dice el refrán: «El hombre es humano, y un trago es un trago.» —Y continúo—: Hay un pasaje del Talmud... —y le recito el pasaje, aunque ni yo mismo sé lo que digo, algo del «Cantar de los Cantares» o del «Hagada»...

Tomamos un trago o dos, como está mandado. Entretanto, la mujer había traído el samovar y nos hicimos uno o dos vasos de ponche. Pasamos un rato muy agradable, brindamos unas cuantas veces, hablamos, hicimos planes para la boda, discutimos de esto y aquello y volvimos al tema de la boda.

—¿Tú te has dado cuenta, Reb Lazer-Wolf, de que es un tesoro?

—Lo sé... claro que lo sé... Si no lo supiera, jamás habría hecho la menor sugerencia...

Y seguimos gritando los dos. Yo decía:

—¡Una joya! ¡Un diamante! ¡Espero que sepas cómo tratarla! No como un carnicero...

Y él gritaba:

—No te preocupes, Reb Tevye; lo que comerá en mi casa todos los días no lo ha comido en tu casa ni en los días de fiesta.

—Ya, ya —le digo—. Alimentar a una mujer no lo es todo. El hombre más rico del mundo no se come monedas de oro de cinco rublos, y el más pobre no se come las piedras. Tú eres un hombre tosco, Reb Lazer-Wolf. Ni siquiera sabrás cómo valorar sus dotes, su modo de hornear el pan, sus guisos. ¡Ah, Lazer-Wolf, si vieras el pescado que cocina! Tendrás que aprender a apreciarla.

—Tevye, perdóname por lo que te voy a decir, pero estás un poco ofuscado. No me conoces, no me conoces ni por el forro...

—Pon oro en una balanza —le contesto— y a Tzeitl en la otra...

Escucha, Reb Lazer-Wolf, aunque tuvieras un millón de rublos no valdrías lo que su dedo meñique.

—Tevye, créeme, eres un gran necio, aunque seas más viejo que yo —me replica.

Nos seguimos chillando el uno al otro durante un largo rato, interrumpiéndonos tan sólo para tomar un trago que otro. Y cuando llegué a casa, bien entrada la noche, los pies me pesaban como si fuesen de plomo. Y mi mujer, viendo al instante que venía achispado, me recibió adecuadamente.

—Chist, Golde, modérate —le digo alegremente, a punto de ponerme a bailar—. No chilles así, mi vida. Estamos de enhorabuena.

—¿De enhorabuena? ¿Por qué? ¿Por haber vendido la pobre vaca a Lazer-Wolf?

—Peor que eso —le digo.

—¿La has cambiado por otra? ¿Has engañado al pobre Lazer-Wolf?

—Aún peor.

—¡Habla ya! —me suplica—. ¿Es que tengo que ofrecer dinero por cada una de las palabras?

—Enhorabuena, Golde —repito—. Enhorabuena a los dos. Tzeitl está prometida en matrimonio.

—Si hablas así me demuestras que estás borracho. Y no un poquito, sino mucho. No sabes lo que dices. Seguro que has estado copeando de lo lindo en algún sitio.

—Sí, he tomado un vaso de whisky con Lazer-Wolf y también hemos tomado ponche, pero todavía estoy en mi sano juicio. Ven y escucha. Golde, querida, nuestra Tzeitl se ha prometido real y verdaderamente de modo oficial a Lazer-Wolf.

Y le cuento todo desde el principio al fin, con el dónde y cuándo, el cómo y el porqué de las cosas. Todo lo que hemos hablado y discutido, palabra por palabra.

Finalmente, mi mujer me dice:

—¿Te das cuenta, Tevye? Yo tenía el presentimiento de que algo iba a pasar cuando Lazer-Wolf insistía tanto en verte. Me daba miedo sólo de pensar en ello. Quizá no saliera nada. ¡Oh, Dios mío! Gracias te doy, gracias te doy, Dios de los cielos... Que todo sea para bien. Que envejezca junto a él rodeada de riqueza y honores, no como

su primera mujer, Fruma-Sarah, cuya vida con él no fue muy feliz. Que me perdone por decirlo, pero era una mujer amargada. No se llevaba bien con nadie. No se parecía en nada a nuestra Tzeitl... ¡Oh, Dios mío!... Gracias, Dios mío... Y bien, Tevye, ¿no te decía yo, simplón, que no tenías por qué preocuparte? Lo que tiene que pasar, pasa...

—Estoy de acuerdo contigo —reconozco—. Hay un pasaje del Talmud que se refiere concretamente a eso...

—Déjame en paz con tus pasajes —me dice—. Tenemos que prepararnos para la boda. Lo primero, tenemos que hacerle una lista a Lazer-Wolf, con todas las cosas que Tzeitl necesitará. No tiene nada de ropa interior, ni siquiera un par de medias. Y de vestidos, necesitará un traje de seda para la boda, uno de algodón para el verano, otro de lana para el invierno y enaguas y abrigos, por lo menos dos, uno forrado de piel para diario y uno mejor para los sábados, con fruncidos. Además, necesitará todas esas cosas que las chicas usan hoy en día: un par de zapatos abotinados, un corsé, guantes, pañuelos y una sombrilla, ¿no te parece?

—¿Dónde has aprendido tú estas cosas, querida Golde? —le pregunto.

—¿Qué crees? ¿Acaso no he vivido entre gente civilizada? ¿Y acaso no vi en Kasrilevka cómo se vestían las señoras? Deja que sea yo la que hable con él. Al fin y al cabo, Lazer-Wolf es un hombre acomodado. No querrá que vaya toda la familia a molestarle con peticiones. Vamos a hacer las cosas como es debido. Si alguien tiene que comer cerdo, deja que se hinche...

Y no paramos de hablar hasta que comenzó a amanecer.

—Esposa —le digo—, ya es hora de juntar el queso y la mantequilla y de irme a Boiberik. Todo es verdaderamente maravilloso, pero todavía tenemos que trabajar para ganarnos la vida.

Así pues, con las primeras luces, enganché mi viejo caballo y partí para Boiberik. Cuando llegué al mercado de Boiberik... ¡Oh! ¿Hay alguien capaz de guardar un secreto? Todo el mundo sabía ya la noticia y por todas partes me daban la enhorabuena:

—¡Enhorabuena, enhorabuena, Reb Tevye! ¿Cuándo será la boda?

—Gracias, gracias —les contesto—. Parece que es cierto el refrán

que dice: «El padre aún no ha nacido y el hijo ya baila en el tejado.»

—¡Deja eso ahora! —me gritan—. ¡No te valdrá de nada! Lo que queremos es que nos convides. ¡Eres muy afortunado, Reb Tevye! ¡Un pozo de petróleo! ¡Una mina de oro!

—Los pozos se secan —les digo—, y lo único que queda es un hoyo en la tierra. —Sin embargo, no se puede ser un cerdo y desairar a los amigos, así es que les digo—: Volveré en cuanto termine con el reparto. Os invitaré a una copa y a un bocado. Divertíos. Como dice el Libro Sagrado: «Hasta un mendigo tiene derecho a celebrar.»

De modo que hice mi trabajo lo más rápidamente posible y me uní al grupo para tomar unos tragos. Nos deseamos buena suerte unos a otros y después me subí a mi carreta para volver a casa, sintiéndome muy feliz. Era un magnífico día de verano y el sol calentaba mucho, pero a ambos lados de la carretera había sombras y el olor de los pinos era maravilloso. Me estiré en la carreta como un príncipe y aflojé las riendas. «¡Vamos!», le dije al viejo caballo. «Ve por tu camino. A estas alturas ya debes de sabértelo.»

Me aclaro un poco la garganta y empiezo a cantar canciones antiguas. Estoy de un humor festivo y las canciones que canto son las de los días de *Rosh Hashono* y *Yom Kippur*. Mientras canto, tengo la mirada puesta en el cielo, pero mis pensamientos están concentrados en cosas de aquí abajo. Los cielos son de Dios, pero El dio la tierra a los hijos de Adán para que se la disputaran, para que vivieran con tal lujo que tuvieran tiempo de destrozarse mutuamente por un pequeño honor o por... Ni siquiera saben cómo hay que alabar al Señor por tantas cosas buenas como les ha dado...

Pero en cambio nosotros, la pobre gente que no vive en el lujo y la ociosidad, cuando disfrutamos un solo día de felicidad, damos las gracias y alabamos al Señor. Le decimos: «Ohavti, yo amo al Señor, al Altísimo, porque El escucha mis oraciones y mi voz, inclina su oído sobre mí para oírme... Las olas de la muerte me rodearon, las corrientes de Belial me acometieron...» A veces una vaca se cae y resulta herida; otras, un mal viento me trae de Yehupetz a un pariente, Menachem-Mendel, un vago que se lleva hasta mi último ochavo; y estoy seguro de que ha llegado el fin del mundo, que no hay verdad ni justicia sobre la tierra... Pero, ¿qué hace el Señor? Inspira a Lazer-Wolf la idea de tomar por esposa a mi hija Tzeitl

sin ni siquiera reclamar su dote... Por esto, Dios mío, una y mil veces te doy las gracias, por haber velado por Tevye y haber acudido en su ayuda... Volveré a ser feliz. Sabré lo que es visitar a mi hija y encontrarla hecha una perfecta señora, en una casa bien surtida, con los arcones llenos de ropa blanca, las despensas con grasa de pollo y conservas, con corrales llenos de gallinas, gansos y patos...

De pronto, mi caballo se arranca cuesta abajo, y antes de que pueda levantar la cabeza para ver qué pasa, me encuentro en el suelo, con todos los cántaros y las escudillas vacías y la carreta encima de mí. Con grandes esfuerzos logro salir de debajo y ponerme de pie, todo magullado y medio muerto. Desahogo mi ira contra el pobre caballo.

—¡Así te trague la tierra! —le grito—. ¿Quién te pidió que demostraras lo que puedes correr? ¡Por poco me matas, demonio!

Y le doy una buena paliza. El se da cuenta de que ha ido un poco lejos. Se queda quieto, con la cabeza baja en señal de humildad... Mientras le sigo regañando, pongo derecha la carreta, recojo los cántaros de leche y sigo mi camino. Ha sido un mal presagio, pienso, y me pregunto qué nuevos desastres me estarán aguardando...

Y he aquí lo que sucedió. Kilómetro y medio más allá, cuando ya estoy llegando a casa, veo a alguien que viene hacia mí. Me acerco, miro y veo que es Tzeitl. Al verla, mi corazón se encoge, no sé por qué. Me apeo de la carreta.

—¿Eres tú, Tzeitl? ¿Qué haces por aquí?

Se me abraza al cuello sollozando.

—¿Por qué lloras, hija mía? —le pregunto.

—¡Padre, padre! —y se ahoga en lágrimas.

—¿Qué tienes, hija? ¿Qué es lo que te pasa? —le digo, rodeándole los hombros con el brazo y acariciándola y besándola.

—¡Padre, ten compasión de mí! Ayúdame...

—¿Por qué lloras? —le pregunto mientras acaricio su cabeza—. ¿Por qué has de llorar, tontina? Por lo que más quieras, si tú dices que *no* es que *no*. Nadie te va a obligar. Lo hicimos por tu bien, creímos que era lo mejor para ti. Pero si a ti no te gusta, ¿qué le vamos a hacer? Evidentemente, no estaba escrito...

—¡Gracias, padre, gracias! —me dice, y se aferra a mi cuello mientras llora a lágrima viva.

—Mira, ya has llorado bastante en un día... Incluso comer pasteles todos los días cansa... Sube a la carreta y vamos para casa. A saber lo que tu madre estará pensando.

Subimos los dos a la carreta y trato de calmarla. Le digo que no teníamos intención de disgustarla. Dios sabe la verdad: todo lo que queríamos era proteger a nuestra hija de la miseria.

—De modo que no estaba escrito —dije— que tuvieras riquezas y todas las comodidades del mundo; o que nosotros tuviéramos un poco de alegría en nuestra vejez, después de haber trabajado muy duro, enganchados, como si dijéramos, día y noche a una carretilla sin un momento de felicidad, padeciendo continuamente de pobreza y miseria, y mala suerte...

—Padre —me dice prorrumpiendo otra vez en llanto—. Iré a servir de criada, o acarrearé piedras, o cavaré zanjas...

—¿Por qué lloras, tonta? ¿Es que te obligo acaso? ¿Acaso me quejo? Lo único que pasa es que me siento tan desventurado que tengo que desahogarme. Así es que hablo con El, con el Altísimo, acerca del modo que tiene de tratarme. Es un Padre Misericordioso, tiene piedad de mí, pero también me demuestra lo que El puede hacer. ¿Y qué puedo yo objetar? Quizá tenga que ser así. El está en lo alto, en el cielo, y nosotros estamos hundidos profundamente en la tierra. Así es que debemos decir que El está en lo cierto y que Su juicio es recto. Porque si lo consideramos desde otro punto de vista, ¿quién soy yo? Un gusano que repta por la tierra y al que la más ligera brisa, si Dios lo quiere así, podría aniquilar en un abrir y cerrar de ojos. ¿Quién soy yo para encararme a El con mi minúsculo cerebro y aconsejarle sobre cómo debe gobernar este pequeño mundo que le pertenece? Si El manda que una cosa ocurra de una manera, así ha de suceder y de nada sirven las quejas. Cuarenta días antes de que fueses concebida, dice el Libro Santo, un ángel se apareció y dijo: «Deja que Tzeitl, la hija de Tevye, tome por marido a Getzel, el hijo de Zorach; y deja que Lazer-Wolf, el carnicero, busque compañera en otra parte.» Y yo te digo a ti, hija mía: «Que Dios te envíe al que te tiene predestinado, que sea digno de ti y que llegue pronto. Amén.» Y espero que tu madre no me chille demasiado; ya lo hace bastante a diario.

Por fin llegamos a casa. Desenganché el caballo y me senté en

la hierba cerca de la casa, para poder pensar, para inventar algo fantástico que contar a mi esposa. Ya era tarde. El sol se estaba poniendo; a lo lejos se oía el croar de las ranas; el viejo caballo, atado a un árbol, mordisqueaba la hierba; de vuelta de los pastos, las vacas aguardaban en el establo a ser ordeñadas. Como en el Jardín del Edén, flotaba en el ambiente un celestial olor a hierba fresca. Me puse a meditar sobre las cosas... Qué inteligentemente ha creado este pequeño mundo el Dios Eterno, de forma que cualquier ser viviente, desde un hombre hasta una simple vaca, deba ganarse su alimento. Todo tiene un precio. Si tú, vaquita, quieres comer, ve y deja que te ordeñen para proporcionar medios de subsistencia al hombre, a su mujer y a sus hijos. Si tú, caballito, deseas pastar, tienes que ir y volver todos los días con la leche a Boiberik. Y tú, hombre, si deseas un pedazo de pan, ve a trabajar, ordeña las vacas, transporta los cántaros, bate la mantequilla, haz el queso, engancha tu caballo, arrástrate con el alba hasta las *dachas* de Boiberik, saluda y reverencia a los ricos de Yehupetz, sonríeles, abastéceles, congráciate con ellos, observa si están satisfechos, no hagas nada que pueda herir su orgullo... Pero todavía queda una pregunta: «*Mah nishtano?*» ¿En dónde está escrito que Tevye tenga que trabajar por ellos, que deba levantarse antes de que amanezca, cuando Dios todavía está dormido, para que ellos tengan un trozo de queso fresco y mantequilla para el desayuno? ¿Dónde está escrito que yo tenga que reventarme por conseguir un pocillo de avenate y una hogaza de pan de cebada, mientras ellos, los ricos de Yehupetz, haraganean en sus residencias de verano y con sólo alzar la mano les sirven patos asados y los mejores *knishes*, *blintzes* y *vertutin?* ¿Es que acaso yo no soy un hombre como ellos? ¿Sería pecado si, por ejemplo, Tevye pudiera pasar un verano en una *dacha?* Pero entonces, ¿dónde conseguiría la gente el queso y la mantequilla? ¿Quién ordeñaría las vacas? ¿Los aristócratas de Yehupetz, acaso? Y con sólo pensar en ello me echo a reír. Es como en el viejo refrán: «Si Dios escuchase a cada loco, el mundo sería muy distinto.»

En ese momento oigo que alguien dice:

—Buenas tardes, Reb Tevye.

Alzo la vista y veo una cara conocida, la de Motel Kamzoil, un joven sastre de Anatevka.

—¡Vaya, vaya! Hablas del Mesías y mira quién aparece. Siéntate, Motel, en la tierra verde de Dios. ¿Qué te trae por aquí tan de repente?

—¿Qué me trae por aquí? —me contesta—. Mis dos pies. —Y se sienta en la hierba, cerca de mí, y mira a lo lejos, hacia el granero donde las chicas trasiegan con los cántaros y cacharros—. Hace tiempo que quería venir aquí, Reb Tevye —dice por fin—, aunque por una causa o por otra nunca tenía tiempo. Tan pronto termino una prenda ya tengo que empezar con la siguiente. No sé si sabe que ahora trabajo independiente y, gracias a Dios, no me falta trabajo. Los sastres tenemos en estos momentos todo el trabajo que somos capaces de hacer. Ha sido un verano de muchas bodas. Todo el mundo ha casado a sus hijos, todos, incluso la viuda Trihubecha.

—Todo el mundo —le digo—. Todo el mundo menos Tevye. Puede que no sea merecedor a los ojos de Dios.

—No —me responde rápidamente, mientras continúa con la mirada fija donde están las chicas—. Está equivocado, Reb Tevye. Si usted quisiera, también podría casar a una de sus hijas. Todo depende de usted...

—¿Ah sí? —le pregunto—. Quizá tú tienes alguna pareja para Tzeitl.

—La más adecuada —contesta el sastre.

—¿Y es una buena pareja, por lo menos? —le pregunto.

—Hecha a la medida —me contesta en su lenguaje de sastre, y sin dejar de mirar a las chicas.

—¿Y de parte de quién vienes? Si huele a carnicería, no quiero oír ni una sola palabra más.

—¡Dios me ampare! No huele ni por asomo a carnicería.

—¿Y tú crees de verdad que es una buena pareja?

—Nunca existió una pareja semejante. Hay parejas y parejas, pero esta, quiero que usted sepa que ha sido hecha a la medida.

—Y, ¿puedo preguntar quién es el hombre? Dímelo.

—¿Que quién es? —me pregunta, mientras continúa con la mirada puesta más allá—. ¿Que quién es? Pues yo... yo mismo.

Cuando dijo esto me levanté de un salto de la hierba como si me hubieran escaldado y él también saltó, y nos quedamos mirando frente a frente, como si fuésemos gallos de pelea.

—O tú estás loco —le digo— o has perdido el juicio. ¿Qué eres, todo en una misma persona? El casamentero, el novio, el maestro de ceremonia... todo al mismo tiempo. Y supongo que también tocarás la marcha nupcial. Es lo nunca visto, hacer de casamentero para uno mismo.

Pero no parece escucharme. Continúa hablando.

—Cualquiera que piense que estoy loco, es porque quien está loco es él. No, Reb Tevye, estoy completamente cuerdo. No hace falta estar loco para querer casarse con su hija Tzeitl. Por ejemplo, el hombre más rico de la ciudad, Lazer-Wolf, el carnicero, también quería casarse con ella. ¿Cree que es un secreto? Toda la ciudad lo sabe. Y respecto a ser mi propio casamentero, me extraña que se sorprenda. Después de todo, Reb Tevye, usted es un hombre de mundo. Si alguien le mete un dedo en la boca, sabe muy bien lo que tiene que hacer. Así pues, ¿por qué estamos discutiendo? Estos son los hechos: su hija Tzeitl y yo hace más de un año que nos dimos mutuamente promesa de matrimonio...

Si alguien me hubiese clavado un cuchillo en el corazón, habría sido más fácil de soportar que estas palabras. En primer lugar, ¿de qué forma un sastrecillo como Motel encaja en el cuadro como mi yerno? Y en segundo lugar, ¿qué significan las palabras: «Nos dimos mutuamente promesa de matrimonio?» ¿Y qué pinto yo en todo esto?... Le pregunto bruscamente:

—¿Tengo derecho todavía a decir algo sobre mi hija o ya no hace falta preguntar al padre?

—Al contrario, por eso es por lo que he venido a hablar con usted. He oído que Lazer-Wolf ha intentado llegar a un acuerdo. Yo hace más de un año que la quiero. Varias veces he intentado venir para hablar con usted, pero todas las veces lo he ido aplazando. Primero, hasta que logré ahorrar unos cuantos rublos para comprar una máquina de coser, y luego, hasta que tuve ropa decente. Hoy en día, todo el mundo debe tener dos trajes por lo menos, y unas cuantas camisas de buena calidad...

—¡Tú y tus camisas! —le grito—. ¡Vaya una chiquillada! ¿Y qué piensas hacer cuando te cases, mantener a tu mujer con tus camisas?

—Pero, ¿por qué se pone así, Reb Tevye? Por lo que he oído, cuando usted se casó tampoco tenía una mansión de ladrillos y, sin

embargo, aquí está... En todo caso, si el mundo sigue su marcha, yo también podré seguir. Además, tengo un oficio, ¿no?

Para no cansarles, les diré que me convenció. Después de todo, no debemos engañarnos. ¿No se casan así todos los hijos de judíos? Si fuéramos demasiado exigentes, ninguno de nuestra clase se casaría... Había sólo una cosa que me preocupaba y que no lograba entender. ¿Qué significaba «prometerse fidelidad»? ¿En qué clase de mundo estábamos? Un chico conoce a una muchacha y le dice: «Vamos a prometernos fidelidad.» La verdad, ¡me parece demasiado fácil!

Pero cuando miré a Motel, de pie, con la cabeza inclinada como un pecador, me di cuenta de que no quería aprovecharse de nadie y pensé: «¿Por qué me asusto? ¿Quién me creo que soy? ¿Cuál es mi árbol genealógico? ¡El nieto de Reb Tzotzel! ¿Qué enorme dote y qué vestidos puedo darle a mi hija? Quizá Motel Kamzoil sea sólo un sastre, pero también es un hombre bueno, un trabajador. Podrá ganarse la vida. Y además, es honrado. Así pues, ¿qué tengo contra él?»

«Tevye», me digo a mí mismo, «no discurras con argumentos pueriles. Déjalos que sigan su camino.» Sí... pero, ¿qué voy a hacer con mi Golde? Va a ser muy difícil convencerla, hacerle comprender que todo va a resultar bien. ¿Qué podría decirle?

—Mira, Motel —le digo al joven pretendiente—. Ve a casa. Yo arreglaré las cosas aquí. Hablaré con una y otra. Las cosas han de hacerse bien. Y si mañana por la mañana no has cambiado de idea, quizá nos podamos ver.

—¿Cambiar de idea? —me grita—. ¿Usted espera que yo cambie de idea? ¡Si lo hago, espero no vivir lo suficiente para marcharme de aquí! ¡Que me convierta en una piedra, en un hueso, aquí mismo, delante de usted!

—¿De qué te vale jurar? —le pregunto—. Yo te creo igual sin el juramento. Vete, Motel. Buenas noches. Y que tengas felices sueños.

Y yo también me voy a acostar. Pero no puedo dormir. La cabeza está a punto de estallarme. Pienso en una solución, luego en otra, hasta que al fin encuentro la adecuada. ¿Cuál es? Escuchen, se la voy a contar...

Es después de medianoche. Todos los de la casa duermen profundamente. Uno ronca, el otro silba. Y de pronto yo me incorporo

en la cama y chillo de manera desaforada, tan alto como puedo:

—¡Socorro, socorro, socorro!

Como es de suponer, mis gritos despiertan a todos los de la casa, y a Golde la primera.

—Dios te proteja, Tevye —me dice zarandeándome—. ¡Despierta! ¿Qué te ocurre? ¿Por qué chillas así?

Abro los ojos, miro alrededor para ver dónde estoy y grito lleno de terror:

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

—¿Dónde está quién? —me pregunta Golde—. ¿De qué hablas?

Apenas puedo contestar.

—Fruma-Sarah. Fruma-Sarah, la primera esposa de Lazer-Wolf... Estaba aquí hace un momento.

—Estás loco —me dice mi mujer—. Que Dios te proteja, Tevye. ¿No sabes que Fruma-Sarah hace mucho tiempo que murió?

—Ya sé que está muerta, pero hace sólo unos instantes estaba aquí, junto a la cama, hablando conmigo. Luego me agarró por el garguero y comenzó a estrangularme...

—Pero, ¿qué te pasa, Tevye? —me dice mi mujer—. ¿De qué estás hablando? Has debido de soñar. Escupe tres veces y cuéntame tu sueño. Yo te diré su significado.

—Bendita seas, Golde. Menos mal que me has despertado, de lo contrario me habría muerto de miedo en el acto. Dame un poco de agua y en seguida te contaré el sueño. Lo único que te pido, Golde, es que no te asustes; el Libro Sagrado nos dice que sólo las tres cuartas partes de lo que soñamos se convierte en realidad y el resto no significa nada. Absolutamente nada. Esto es lo que he soñado... Al principio, soñé que estábamos celebrando algo, no sé bien qué. Una petición de mano o una boda. La casa estaba abarrotada. Estaban todos los hombres y mujeres que conocemos y también había músicos... A la mitad de la fiesta, las puertas se abrieron y apareció tu abuela Tzeitl, que en paz descanse...

—¡La abuela Tzeitl! —exclama mi mujer, poniéndose pálida—. ¿Qué aspecto tenía? ¿Cómo iba vestida?

—Que nuestros enemigos tengan el mismo aspecto que ella tenía. Amarilla. Color amarillo cera. Y vestía... ¿cómo quieres que vistiera? Pues de blanco. Con un sudario. Se acercó a mí: «Felicidades»,

me dijo. «Estoy muy contenta de que hayas sabido elegir a un joven tan apuesto para Tzeitl, mi tocaya. Es un muchacho excelente, de valer, este Motel Kamzoil... Se llama igual que mi tío Mordecai. Y aunque sea sastre, es un muchacho muy honrado.»

—¡Sastre! —murmura Golde—. ¿Qué hace un sastre en nuestra familia? En nuestra familia hemos tenido profesores, salmistas, ayudantes de funeraria y otros tipos de gente modesta. ¡Pero un sastre, jamás!

—No me interrumpas, Golde —le pido—. Quizá tu abuela Tzeitl lo sabe mejor... Cuando la oí darme la enhorabuena, le dije: «¿Qué es lo que dices, abuela, acerca de Tzeitl prometida a un sastre? ¿Has dicho Motel?... Querrás decir un carnicero, ¿verdad? ¿Un carnicero llamado Lazer-Wolf?» «No», me dijo tu abuela. «No, Tevye. Tu hija está prometida a Motel, y él es sastre, y envejecerán juntos, si Dios quiere, satisfechos y respetados.» «Pero abuela», le repito, «¿qué haremos con Lazer-Wolf? Ayer le di mi palabra...» Aún no había acabado de decir esto, cuando miré y tu abuela había desaparecido. En su lugar estaba Fruma-Sarah, la primera mujer de Lazer-Wolf. Y he aquí lo que me dijo: «Reb Tevye, siempre te he tenido por un hombre honrado, un hombre virtuoso y sabio. ¿Qué te ha ocurrido para que hagas una cosa así, permitir que tu hija ocupe mi lugar, viva en mi misma casa, lleve mis llaves, se ponga mis vestidos, mis joyas, mis perlas?» «¿Tengo yo la culpa de que Lazer-Wolf haya querido casarse con ella?» «¡Lazer-Wolf! Lazer-Wolf tendrá un terrible destino y tu hija también, si se casa con él. Es una pena, Reb Tevye. Lo siento por tu hija. Vivirá con él sólo tres semanas, y cuando hayan pasado, vendré a buscarla por la noche, y la agarraré así por la garganta...» Y con estas palabras, Fruma-Sarah me cogió por el garguero y empezó a apretarme, tan fuerte que si no llega a ser porque tú me despertaste, ahora estaría yo lejos, muy lejos...

—Ptu, ptu, ptu —mi mujer escupe tres veces—. Es un espíritu endemoniado. Que se ahogue en el río; que se hunda en la tierra; que se suba a los tejados; que se tumbe en los bosques, pero que nunca nos haga daño a nosotros ni a nuestros hijos. ¡Que el carnicero tenga un sueño como este! ¡Un sueño horrible y espantoso! El dedo meñique de Motel Kamzoil vale más que él, aunque Motel sea

un simple sastre; pues si le pusieron el nombre de mi tío Mordecai, no creo que sea sastre de nacimiento. Y si mi abuela, que en paz descanse, se ha tomado la molestia de venir desde el otro mundo para darnos la enhorabuena, todo lo que podemos añadir es que todo sea para bien y que no podría ser mejor. Amén. *Selah*...

BUENO, ¿para qué voy a continuar?

Al día siguiente se prometieron oficialmente, y poco después se casaron. Y, ¡Dios sea alabado!, los dos son muy felices. El sigue con su trabajo de sastre y va por Boiberik de *dacha* en *dacha* recogiendo su trabajo. Ella no para ni de noche ni de día, cocinando, guisando, lavando, ordenando las cosas, trayendo agua del pozo... Apenas ganan bastante para comer. Si no fuera porque yo les llevo de vez en cuando algunos quesos y un poco de mantequilla, o en ocasiones algo de dinero, no podrían salir adelante. Pero si le pregunto, me refiero a mi Tzeitl, me dice que todo va lo mejor posible. Lo principal es que Motel tenga buena salud.

Por lo tanto, siga quejándose de los hijos modernos. Sacrifíquese, haga cualquier cosa por ellos. Y ellos le dirán que saben más que usted.

Y... puede que sea así.

NOTAS BIOGRAFICAS

SHOLOM ALEICHIM *1859-1916*
Salomon Rabinowitz nació en Ucrania y pasó los últimos años de su vida en los Estados Unidos. Adoptó como seudónimo el saludo hebreo «La paz sea contigo». Sus novelas, obras de teatro y cuentos —más de trescientos— se han traducido a muchas lenguas. Es conocido sobre todo por sus novelas cortas de tono humorístico en las que describe la vida de los judíos rusos pobres y oprimidos de finales del siglo pasado y comienzos del actual.

MIGUEL ANGEL ASTURIAS *1899*
Novelista, poeta y ensayista guatemalteco, nació en la capital y se doctoró en la Facultad de Derecho en 1923. Marcha a París, donde toma parte en el movimiento surrealista. Más adelante fue diputado, representante de su país en la Sociedad de Naciones y embajador en Francia. Obtuvo el Premio Lenin de la Paz en 1966 y el Premio Nobel de Literatura en 1967. Vivió muchos años como exiliado político en Argentina, Francia e Italia. Su novela *El señor Presidente*, en opinión de muchos, le convierte en un clásico de nuestro tiempo en Hispanoamérica.

HEINRICH BÖLL *1917*
Nació en Colonia. Tomó parte en la segunda guerra mundial; cayó prisionero, y al ser liberado produce sus mejores novelas. Escritor de fina sensibilidad, ha sabido plasmar en sus obras el vacío y el absurdo de una época y describir con mano maestra la sicología de los personajes y el ambiente alemán de la posguerra. En 1972 obtuvo el Premio Nobel de Literatura.

JORGE LUIS BORGES *1899*
Poeta y escritor argentino nacido en Buenos Aires; una de las figuras más representativas de la literatura hispanoamericana contemporánea. Estudió en Suiza e inició su vida literaria en Madrid; de regreso a su ciudad natal impulsó el ultraísmo en su país. Sus poesías, cuentos y ensayos le han llevado al nombramiento de doctor honoris causa por la universidad de Oxford. Premio de Honor de la Sociedad de Escritores Argentina (1945), obtuvo también, compartido con Samuel Beckett, el Premio Internacional de Editores (1961).

TRUMAN CAPOTE *1924*
Nacido en Nueva Orleáns, cosmopolita por vocación, los pasatiempos predilectos de Truman Capote son, por este orden, conversar, leer, viajar y, finalmente, escribir. No obstante, es un autor prolífico cuyas obras le han hecho famoso en todo el mundo. *A sangre fría*, quizá su libro más conocido, es un excelente reportaje sobre un horrible asesinato múltiple en el que Capote crea un estilo personal.

CLARIN (Leopoldo Alas) *1852-1901*
Fue el máximo representante del naturalismo español y ejerció un gran influjo sobre la Generación del 98. Hizo famoso el seudónimo de Clarín, con el que escribió millares de artículos de crítica literaria, severa y apasionada pero casi siempre justa. En 1884 publicó *La Regenta*, una de las mejores novelas españolas de todos los tiempos. *Su único hijo* (1890) es otra novela importante. Es también autor de cuentos excelentes: *Pipá*, *Cuentos morales*, etc.

MIGUEL DELIBES *1920*
Nació en Valladolid, estudió Derecho y obtuvo una cátedra en la Escuela

de Comercio, dedicándose desde entonces a su verdadera vocación, la literatura. Sus libros son sencillos y realistas. y su prosa fluida está al alcance de cualquier lector. Su novela *La sombra del ciprés es alargada* obtuvo en el año 1947 el Premio Nadal. Recientemente ha sido elegido miembro de la Real Academia Española.

RAMON FERREIRA *1921*
Cubano, aunque nació en la provincia de Lugo, pues a los ocho años emigró a Cuba con su familia. En 1952 publicó su primer libro, *Tiburón y otros cuentos.* Luego se interesó por el teatro, estrenando algunas obras. En 1960 vivió en México durante ocho meses y después se trasladó a Puerto Rico. En 1970 publicó un nuevo tomo de cuentos, *Los malos olores de este mundo,* escritos entre los años 1952 y 1960. Son narraciones producto de experiencias personales, relatadas áspera, acusadoramente, pero en las que a veces campea una ironía rayana en la ternura.

JORGE FERRETIS *1902-1962*
Periodista y político mexicano, nació en Río Verde, San Luis Potosí, y murió en un accidente automovilístico en la carretera que va desde San Luis a México, D. F. Dirigió varios periódicos y fue diputado por su estado natal. Su credo socialista se refleja en todas sus novelas, que contienen siempre una tesis al servicio de los grandes ideales de renovación y justicia social. *Tierra caliente,* publicada en 1935, fue su primera novela y tal vez la mejor.

MAXIMO GORKI *1868-1936*
En la Rusia zarista se consideraba peligroso que los hijos de las clases inferiores recibieran educación, de modo que a Máximo Gorki, hijo de un tapicero y nieto de un remero del Volga, le fue denegado el acceso a la universidad de Kazán. Estudió por su cuenta, y poco después de cumplir los treinta años ya era conocido como escritor. En sus numerosas obras se erigió en portavoz de la Revolución rusa.

GRAHAM GREENE *1904*
Nacido en Berkhamsted, Inglaterra, y educado en Oxford, Graham Greene desciende de una familia de profesores, escritores y estadistas. Empezó a escribir cuando aún asistía a la escuela, y desde entonces han salido de su pluma cuentos, ensayos, obras de teatro y más de una decena de novelas, la más conocida de las cuales quizá sea *El tercer hombre,* llevada con enorme éxito a la pantalla.

O. HENRY *1862-1910*
Empleado en un banco de Texas, William Sydney Porter fue acusado de robo y condenado a prisión. En la cárcel empezó a escribir cuentos bajo el seudónimo de O. Henry. Cumplida su condena, se trasladó a Nueva York, donde, con la compasión que caracteriza todas sus obras, trató el tema de la dura vida de chupatintas, secretarias y jóvenes aspirantes a las tablas.

JAMES JOYCE *1882-1941*
Posiblemente la figura literaria más importante de su tiempo, James Joyce creó el estilo denominado «fluir de la mente», que tanta influencia había de ejercer en la novelística del siglo actual. Nacido en Dublín y educado en colegios jesuitas, sostenía no obstante ideas políticas y religiosas que le obligaron a exiliarse de su país natal durante la mayor parte de su vida. La publicación de su conocidísima novela *Ulises* en 1922 le hizo internacionalmente famoso de la noche a la mañana.

HENRY LAWSON *1867-1922*
Nacido en un campamento de buscadores de oro de Nueva Gales del Sur,

Australia, Henry Lawson apenas recibió instrucción. Durante muchos años llevó una existencia errante, ganándose a duras penas la vida como pintor de brocha gorda. En 1887, sin embargo, se publicó su primer poema en un periódico de Sydney, y a partir de aquella fecha se dedicó a escribir poesías y novelas cortas.

BALDOMERO LILLO *1867-1923*
Nació en Lota, un pueblo minero del sur de Chile, donde se crió y trabajó. En 1898 tuvo una desavenencia con uno de los capataces y se vio obligado a trasladarse a Santiago. Sus cuentos, que muestran una gran predilección por el tema de los mineros, se publicaron en dos tomos, *Sub terra* (1904) y *Sub sole* (1907), y abrieron el camino de una renovación estilística del género. Como algunos de los personajes de sus obras, Lillo murió tuberculoso.

MACHADO DE ASSIS *1839-1908*
Hijo de portuguesa y de un pintor de brocha gorda negro afincado en Río de Janeiro, Joaquim Maria Machado de Assis trabajó como tipógrafo, corrector de pruebas y traductor antes de que sus propios poemas y novelas lo convirtieran en la más alta figura literaria de su país. Fue uno de los fundadores y primer presidente de la Academia Brasileña de Letras. Escribió un libro autobiográfico titulado *Memorial de Aires.*

THOMAS MANN *1875-1955*
Escritor alemán de raza judía, nació en Lübeck. El libro que lo consagró definitivamente fue *Los Buddenbrook* (1900), que se ha dicho es una biografía de su propia familia. Al subir Hitler al poder emigró a Suiza, y después a los Estados Unidos, donde adoptó la nacionalidad norteamericana. En 1929 se le concedió el Premio Nobel de Literatura. Falleció en Suiza. Entre sus innumerables obras, de gran complejidad, la más famosa de todas es *La montaña mágica*, y también son muy conocidas *Muerte en Venecia*, *José y sus hermanos*, *El elegido*, *Carlota en Weimar* y *Doctor Fausto.*

KATHERINE MANSFIELD
1888-1923
Nacida en Wellington, Nueva Zelanda, Katherine Mansfield fue enviada a la escuela en Inglaterra. Su primer cuento se publicó cuando tan sólo tenía nueve años de edad, y al final de su breve vida era ya famosa por las novelas cortas en las que con tan maravillosa maestría supo captar las sutilezas de las relaciones humanas.

DAPHNE DU MAURIER *1907*
Nieta de George du Maurier, eminente dibujante, caricaturista y escritor británico, e hija de Gerald, actor de inmensa popularidad, Daphne nació en Londres y empezó a escribir poemas y cuentos a la edad de diecinueve años. Escribió también una biografía de su padre, y es autora de varias novelas, principalmente de misterio, entre las que destacan *Rebeca,* que ha sido llevada a la pantalla, y *Mi prima Raquel,* por las que ha sido elevada al rango de Dama del Imperio Británico.

BENITO PEREZ GALDOS *1843-1920*
Nació en Las Palmas de Gran Canaria y murió en Madrid, ciego y casi sin recursos. Fue uno de los escritores más fecundos de su época y una de las más grandes figuras de la novela española; académico de la Lengua (1897) y diputado republicano (1906). Los *Episodios Nacionales* son un conjunto de 46 novelas históricas que abarcan los sucesos culminantes del pasado político español en el siglo XIX. Entre el resto de las novelas galdosianas descuellan las que se desenvuelven en el ambiente de la clase media madrileña, que él conocía a la perfección:

El amigo manso, *Fortunata y Jacinta*, *Angel Guerra*, *Misericordia*, *Nazarín*. También consiguió grandes éxitos en el teatro, como lo atestiguan *La loca de la casa*, *Doña Perfecta*, *Electra*, *Santa Juana de Castilla* y otras muchas.

LUIGI PIRANDELLO *1867-1936*
Antes de revelarse como uno de los más destacados dramaturgos que ha producido nuestro siglo, Pirandello se había dedicado principalmente a la poesía, la novela y el cuento. Nacido en Sicilia, estudió en la universidad de Roma y más tarde se doctoró en filología en Alemania. Tuvo que hacer frente a muchas adversidades antes de que le sonriera la fama. Premio Nobel de Literatura en 1934.

THOMAS H. RADDALL *1903*
Nacido en Inglaterra, Raddall vive en Canadá desde que era niño. Ha recibido dos veces el más alto galardón literario que se concede en el país. Ha publicado muchas novelas cortas en distintas revistas, y también ha escrito numerosos guiones para la televisión.

SANTHA RAMA RAU *1923*
Oriente y Occidente hallan una feliz conjunción en las obras de Santha Rama Rau, nacida en la India y educada en Inglaterra y los Estados Unidos. Casada con un periodista norteamericano. Con hábil y delicada pluma, ha sabido hacer llegar el ambiente de su país de origen al lector occidental.

SAKI (H. H. Munro) *1870-1916*
Pocos escritores igualan a H. H. Munro (conocido universalmente bajo el seudónimo de «Saki») como maestro no sólo del humor, sino también de lo macabro. Nació en Birmania y estudió en colegios ingleses. Aprendió el oficio de escritor como periodista, y fue corresponsal extranjero en Rusia y Francia. Su brillante carrera quedó trágicamente interrumpida cuando cayó en el campo de batalla durante la Gran Guerra.

HJALMAR SÖDERBERG *1869-1941*
Reconocido maestro de la prosa sueca, Söderberg trabajó algún tiempo como funcionario del estado antes de iniciar su carrera de escritor. Adquirió notoriedad por la franqueza con que abordaba los temas sexuales. *La infancia de Martin Birck*, su obra más importante, tiene carácter autobiográfico.

MARK TWAIN *1835-1910*
Dotado de un profundo sentido del humor, ingenioso como pocos escritores, Samuel Langhorne Clemens era un producto típico de la joven nación en que se crió. Como piloto fluvial, buscador de plata y periodista, tuvo ocasión de conocer a fondo su país, y de estas experiencias surgieron muchas de sus obras, la más conocida de las cuales es *Las aventuras de Tom Sawyer*.

OSCAR WILDE *1854-1900*
De joven era bien conocido en los círculos literarios de Londres por su ingenio y su excentricidad. Gozaba de algún éxito como poeta y conferenciante, pero no conoció la fama hasta la publicación de la novela *El retrato de Dorian Gray*. Más tarde fue condenado a dos años de prisión por atentar contra la moral pública. Cuando salió de la cárcel adoptó un nuevo nombre y se trasladó a Francia, donde moriría en París.

MIJAIL ZOSHCHENKO *1895-1958*
Junto con Chejov, Zoshchenko es uno de los mejores humoristas que haya producido la literatura rusa. Satirizó en su obra el fracaso del comunismo en crear una cultura propia, lo cual le causó no pocos problemas con las autoridades. Antes de su muerte fue oficialmente tildado de «escritorzuelo sin seso».

RECONOCIMIENTOS

EL ESPEJO DE LIDA SAL, copyright 1967 Siglo XXI Editores, S. A. Incluido en *El espejo de Lida Sal*, por Miguel Angel Asturias. Publicado con autorización de Siglo XXI Editores, S. A. QUÉ MÁS DA, © 1958 Santha Rama Rau. Publicado con autorización de William Morris Agency, Inc. LA MORTAJA, © Miguel Delibes. Publicado con autorización del autor. MATRIMONIO A LA MODA, copyright 1922, renovado en 1950, Katherine Mansfield. Publicado con autorización de The Society of Authors como representantes literarios del Legado de Katherine Mansfield. MARIO Y EL MAGO, copyright 1958 Katharina Mann. Publicado con autorización de S. Fischer Verlag, Frankfurt am Main. PROTESTO. Publicado con autorización de los herederos de Leopoldo Alas. LA VENTANA ABIERTA, copyright 1930 The Viking Press, Inc. Incluido en *The Short Stories of Saki*. Publicado con autorización de los editores. LOS PÁJAROS, © Daphne du Maurier. Relato perteneciente al libro del mismo título publicado por Plaza & Janés Editores. EL ARTÍCULO DE FONDO, © Rafael y Benito Verde Pérez-Galdós. Publicado con su autorización. PELAGIA, © 1963 Pantheon Books, Inc. Incluido en *Nervous People and Other Satires*, por Mijail Zoshchenko. Publicado con autorización de los editores. LA BALANZA DE LOS BALEK, © 1961 Heinrich Böll. Derechos exclusivos de edición en lengua española: © 1964 Editorial Seix Barral, S. A., Barcelona. EL RUISEÑOR, © 1961, 1964 George Reavy. Publicado con autorización de George Reavy. FIN DE FIESTA, copyright 1947 Graham Greene. Incluido en *Twenty-One Stories*, por Graham Greene. Publicado con autorización de The Viking Press, Inc., y William Heinemann Ltd. UN VIEJO DE PLATA, copyright 1952 Fondo de Cultura Económica. Incluido en *El coronel que asesinó un palomo*, por Jorge Ferretis. Publicado con autorización del Fondo de Cultura Económica. LA PENSIÓN, © 1967 Ejecutores del Legado de James Joyce. Publicado con autorización de The Society of Authors como representantes literarios del Legado de James Joyce. LA CIUDAD EN LLAMAS, © Betty Söderberg Stangerup, Tom Söderberg y Dora Carlsten. Publicado con autorización de The American-Scandinavian Foundation. EL INCIVIL MAESTRO DE CEREMONIAS KOTSUKÉ NO SUKÉ, copyright 1954 Emecé Editores. Incluido en *Historia universal de la infamia*, por Jorge Luis Borges. Publicado con autorización de Emecé Editores. POR LOS CAMINOS DEL EDÉN, © 1960, de SELECTED WRITINGS OF TRUMAN CAPOTE. Publicado con autorización de Random Haouse, Inc. LA CORONA, copyright Bemporad & F. 1925, renovado. Publicado con autorización de los Ejecutores del Legado de Pirandello. JUAN DE DIOS, copyright 1969 Fondo de Cultura Económica. Incluido en *Los malos olores de este mundo*, por Ramón Ferreira. Publicado con autorización del Fondo de Cultura Económica. LA MUJER DEL GANADERO, incluido en *The Stories of Henry Lawson*, publicado por Cecil Mann, Primera Serie. Publicado por primera vez por Angus & Robertson (Publishers) Pty. Ltd., Sydney, 1967. MACNAIR EL CIEGO, copyright 1945 Thomas H. Raddall. Incluido en *Tambour and Other Stories*, por Thomas H. Raddall. Publicado con autorización de The Canadian Publishers, McClelland and Stewart Limited, Toronto. HIJOS MODERNOS, © 1956 Crown Publishers, Inc. Incluido en *The Old Country*, por Sholom Aleichim. Publicado con autorización de los editores.